



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera Época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año VII, Vol. XL, Núm. 4 (julio-agosto de 1948).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

4

CUADERNOS
AMERICANOS
(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 965
Teléfono 12-81-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO
JUAN LARREA

AÑO VII

4

JULIO - AGOSTO
1 9 4 8

INDICE
Pág. IX

**FE EN
MEXICO**

**LAPATRIA
NECESITA
TU ESFUERZO**



CAMPAÑA DE RECUPERACION ECONOMICA DE MEXICO



Los CERTIFICADOS DE PARTICIPACION de la NACIONAL FINANCIERA, S. A., son inversiones que contribuyen a la industrialización de México y que, entre otras ventajas, ofrecen a sus tenedores las siguientes:

- FACIL NEGOCIABILIDAD.
- AMPLIAS GARANTIAS.
- RENDIMIENTOS SATISFACTORIOS.
- SEGURIDAD EXTRAORDINARIA Y
- MAXIMA ESTABILIDAD.

•

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

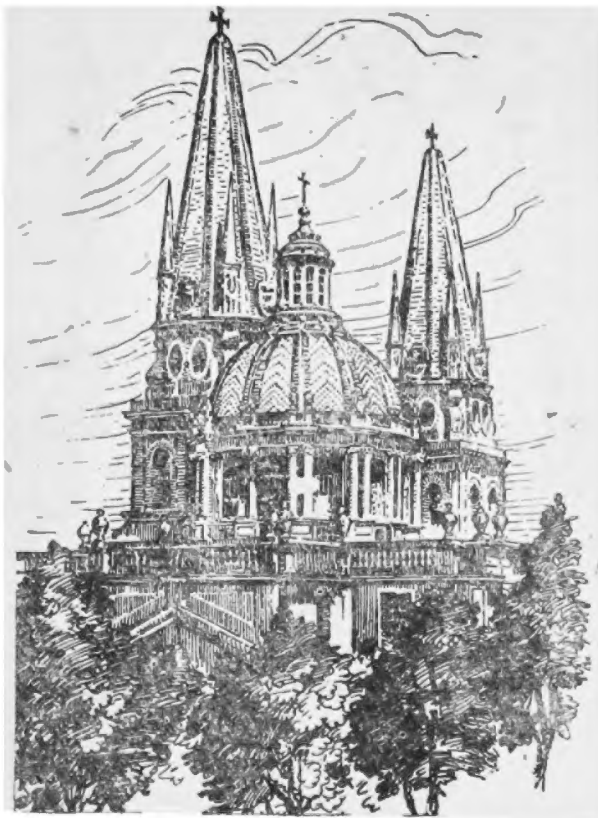
•

GERENCIA DE VALORES

VENUSTIANO CARRANZA ORIENTE 4 No. 853

APARTADO No. 353

MEXICO, D. F.



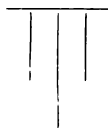
GUADALAJARA, fundada en 1541, cobró gran importancia desde luego cubriendo su suelo con monumentos de bella arquitectura y tomando parte importante en nuestra Historia.

Ha tenido fama también, tanto por su clima como por la sonrisa acogedora de sus alrededores llenos de matices musicales; pero sobre todo por el encanto de sus mujeres que llevan en la sangre y en los ojos la gracia andaluza.

Los Ferrocarriles Nacionales de México tienen para esa Capital un servicio rápido y confortable.

Acostumbre usted

beber cerveza después del trabajo o del deporte. Precisa renovar las energías gastadas con un vaso de cerveza; bebida que, además de ser siempre agradable y refrescante es esencialmente nutritiva.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

Distinción

BELMONT con su fina
mezcla de tabacos Virginia
Burley y Turco, va de acuer-
do con el gusto más exigente



COMPARE CALIDAD...Y PRECIO!

La pausa que refresca



Libros sobre la Historia de México

La Civilización Maya. Por S. G. Morley.	\$ 44.00
Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché. Edición de Adrián Reanos	\$ 12.00
Diálogo Sobre la Historia de la Pintura en México. Por J. B. Couto.	\$ 14.00
Sellos del Antiguo México. Por J. Enciso	\$ 55.00
Vigilmonóptimo Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la primera sesión celebrada en la Ciudad de México en 1939. Vol. II.	\$100.00
Historia Tolteca Chichimeca. Anales de Quauhtinchan. Versión preparada y anotada por Heinrich Berlin en colaboración con Silvia Rendón. Prólogo por Paul Kirchhoff. Con láminas.	\$ 35.00
Ensayo bio-bibliográfico sobre Fray Alonso de la Vera Cruz. Por Amancio Bolaño e Isla	\$ 25.00
Coahuila y Texas en la Epoca Colonial. Por Vito Alessio Robles	\$ 20.00
Coahuila y Texas. Desde la consumación de la Independencia hasta el Tratado de Paz de Guadalupe Hidalgo. Dos tomos. Por Vito Alessio Robles	\$ 30.00
La primera imprenta en las Provincias Internas de Oriente: Texas, Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Con facsímiles. Por Vito Alessio Robles	\$ 5.00
Monterrey en la historia y en la leyenda. Por V. Alessio Robles	\$ 5.00
Técnica de Investigación en la Historia del Derecho Indiano. Por R. Altamira	\$ 2.00
Noticias de la Península Americana de California. Por J. J. Baegert	\$ 20.00
Don Fray Juan de Zamárraga. Primer Obispo y Arzobispo de México. Documentos publicados con introducción y notas por A. M. Carreño	\$ 5.00
La Sociedad de Zacatecos en los Albores del Régimen Colonial. Actuación de los principales fundadores y primeros funcionarios públicos de la Ciudad. Por J. I. Dávila Garbí	\$ 6.00
La Obra de los Jesuitas Mexicanos durante la Epoca Colonial. Dos tomos. Por el P. Gerard Decorme	\$ 40.00
Documentos inéditos referentes al Ilmo. Sr. Don Vasco de Quiroga. Recopilados por el Dr. Nicolás León y publicados por J. M. Quintana	\$ 5.00
Documentos inéditos para la Historia de Tumpico. Siglos XVI y XVII. Recopilados por Joaquín Meade	\$ 1.50
Epistolario de Nueva España, 1505-1818. Documentos recopilados en el Archivo de Indias de Sevilla. (Referentes en su mayoría al Siglo XVI). Por Francisco del Paso y Troncoso. Diez y seis tomos	\$300.00
El Arte Moderno en México. Breve historia. Siglos XIX y XX. Por Justino Fernández. Prólogo de M. Toussaint. Ilustrado.	\$ 20.00
La vida económica y social de Nueva España al finalizar el siglo XVI. Por Gonzalo Gómez de Cervantes. (Documento del Siglo XVI)	\$ 15.00
Prehistoria de México. Por F. Plancarte y Navarrete	\$ 15.00
Fray Margil de Jesús. Apóstol de América. Por E. E. Ríos	\$ 10.00
Hernán Cortés. Sus hijos y sus nietos, caballeros de las Ordenes Militares. Por Manuel Romero de Terreros	\$ 3.50
Los Retratos de Hernán Cortés. Por Manuel Romero de Terreros	\$ 10.00

DE VENTA EN LA

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

Esq. Guatemala y Argentina

México, D. F.

TIERRA A 40

libros consagrados como los mejores para conocer a Hispanoamérica. Los más notables escritores contemporáneos del Continente publican por primera vez en la Colección *Tierra Firme* verdaderas síntesis de todos los aspectos de la vida de nuestros países.



FIRME

La música popular brasileña, La pintura en Colombia, Las letras mexicanas, La novela ecuatoriana, Las ideas políticas en Argentina, La arquitectura peruana, La geografía de México, El movimiento obrero latinoamericano y veinte títulos más de otros

tantos trabajos originales de escritores prestigiosos como GERMÁN ARCINIEGAS, PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, ALFONSO REYES, GILBERTO FREYRE, JULIO JIMÉNEZ RUEDA, MARIANO PICÓN SALAS, ARTHUR RAMOS, JOSÉ LUIS ROMERO, LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, MEDARDO VITIER, etc., corroboran el carácter enciclopédico que atribuimos a esta Colección.

Pida usted el catálogo especial de *Tierra Firme* y, una vez conocidas las fichas y los comentarios de la prensa de América en torno a cada uno de estos 40 volúmenes iniciales, usted querrá ser uno de los 3,000 lectores dueños de la primera enciclopedia completa, actual, viva de Hispanoamérica.

ENVÍENOS ESTE
CUPÓN →

**FONDO DE
CULTURA
ECONOMICA**

Pánaco, 63

México, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Pánaco 63

México, D. F.

Sírvanse enviarme un catálogo especial, gratis, de la Colección *Tierra Firme*.

Nombre:

Dirección:

CUADERNOS AMERICANOS

No. 4

Julio-Agosto de 1948

Vol. XL

INDICE

	Págs.
NUESTRO TIEMPO	
MARIANO PICÓN-SALAS. Esquema de Venezuela	7
JORGE TAMAYO. Lo que perdimos y lo que nos queda	31
MANUEL MORENO SÁNCHEZ. El imperialismo en América Latina	54
<i>Advertencia de un peligro</i> , por HORACIO QUIÑONES	67
<i>Encuentro con los lacandones</i> , por NORBERT FRYD	70
AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
EDUARDO NICOL. Libertad y comunidad. En el centenario de Francisco Suárez	79
ALBERTO ZUM FELDE. Etica y Estética	105
RAMÓN XIRAU. La expresión de lo concreto	120
<i>Civilización a prueba</i> , por EMILIO URANGA	136
PRESENCIA DEL PASADO	
RAFAEL GIRARD. Génesis y función de la greca escalonada	141
PEDRO BOSCH-GIMPERA. Cervantes y un momento crucial de la historia de España	152
ARTURO USLAR PIETRI. Bolívar	162
RAFAEL HELIODORO VALLE. El hondureño Ramón Rosa	173
AGUSTÍN YÁÑEZ. El ideario educativo de Justo Sierra	188

	Págs.
DIMENSION IMAGINARIA	
GABRIELA MISTRAL. Aniversario	211
ROSAMEL DEL VALLE. Profundo Verano	213
VICENTE LORENS CASTILLO. El retorno del desterrado	216
JUAN LÓPEZ MORILLAS. Unamuno y sus cria- turas: Antolín S. Paparrigópulos	234
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Rufino Tamayo. Un nuevo ciclo de la pintura en México	250
LINO NOVÁS CALVO. Esto también es gritar	261
<i>La música en la sociedad europea</i> , por ISABEL POPE	283



*Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son riguro-
samente inéditos en todos los idiomas.*

Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.

NOVEDADES

- JEAN BABELON: Cervantes** \$ 7.00
 Ni caprichosamente novelesca, ni secamente documental, esta nueva biografía de Cervantes se recomienda por su seriedad histórica, por el acierto con que el autor traza un cuadro completo de la vida y la obra del Príncipe de los Ingenios. Además, hace claros para el lector en general los puntos de vista que ha impuesto en los últimos años la crítica cervantina especializada. Con ilustraciones.
- GEORGE VERNADSKY: Historia de Rusia** \$ 12.00 ✓
 Desde los orígenes del pueblo ruso en la época de los escitas hasta la segunda guerra mundial. Tal es el vastísimo contenido de esta gran historia, nutrida de datos precisos y escrita con absoluta objetividad.
- ESTEBAN SALAZAR CHAPELA: Perico en Londres** \$ 7.00
 La vida pintoresca y nostálgica de los españoles exiliados en la capital inglesa, tras la guerra española, con agudas reflexiones sobre los choques y afinidades de psicologías, se refleja magistralmente en esta novela de firme interés argumental y escrita con amenidad e ingenio.
- LUIS CERNUDA: Como quien espera el alba** \$ 4.00
 Constituye esta nueva colección lírica del prestigioso poeta español Luis Cernuda, la parte octava de su obra agrupada bajo el título común de *La realidad y el deseo*.
- MAXIMILIAN BECK: Psicología (esencia y realidad del alma)** \$ 10.00 ✓
 Procedente de las más nuevas corrientes filosóficas, el autor ha sabido trasladar sus preocupaciones al campo psicológico, trazando así el más actual tratado de la materia.
- SOREN KIERKEGAARD: Temor y temblor** \$ 4.00 ✓
 "Nuestra época organiza una verdadera liquidación en el orden de las ideas" escribe, al comenzar el prólogo, el famoso filósofo danés, verdadero precursor del existencialismo, la corriente filosófica más apasionante del día.
- RODOLFO MONDOLFO: Tres filósofos del Renacimiento (Bruno, Galileo, Campanella)** \$ 5.00
 La visión de los tres mayores filósofos del Renacimiento, renovada por el mejor conocedor actual de la materia.
- FRANCISCO ROMERO: Filósofos y problemas** Bca. Contemporánea No. 197 \$ 3.00
 Una nueva colección de ensayos críticos y estudios cuya diversidad de temas —Varona, Sombart, Lessing, Dilthey, etc.— muestra la unidad esencial del pensamiento filosófico de Francisco Romero.
- RAFAEL ALBERTI: El alba del Alheli.** Bca. Contemporánea No. 196 \$ 2.50
 Perteneciente a la primera época de Alberti, es este uno de sus libros más puros y fragantes. Agotado hace años, se reimprime ahora por primera vez en la Biblioteca Contemporánea.
- FRANZ WEIDENREICH: Simios, gigantes y hombres** \$ 6.00 ✓
 El camino recorrido por el hombre a través de las edades. Apasionante relato de la evolución humana hecho a la luz de los más recientes descubrimientos.



EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131, Buenos Aires

MONTEVIDEO

SANTIAGO DE CHILE

LIMA

EL COLEGIO DE MEXICO

publica trimestralmente la

Nueva

Revista de Filología Hispánica

DIRECTOR: AMADO ALONSO

Redactores: William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor Bibliográfico: Mary Plevich.

Secretario: Raimundo Lida.



PRECIO DE SUSCRIPCION Y VENTA:

En México: 20 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 5 dólares norteamericanos. Número suelto: 6 pesos moneda nacional y 1.50 dólares, respectivamente.



REDACCIÓN:

EL COLEGIO DE MEXICO

SEVILLA, 30.

MÉXICO, D. F.

ADMINISTRACIÓN:

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PÁNUCO 63.

MÉXICO, D. F.



DM Nacional

LOTE "A"

MUY POCO DINERO le cuesta equipar su oficina con los mejores muebles del mundo.

ESTA MODERNA OFICINA CONSTA DE LO SIGUIENTE:

1 Escritorio	R 6034	Archivero de 4 gavetas	1004 OC
1 Mesa para teléfonos	R 2020	Sillón forrado de piel	R 11 C
1 Librero aerodinámico	E 3642-L	Cesto para desperdicios	R 101 C
	Escupidora consultada	8-AC	

Haga su pedido por correo o hablemos por teléfono y pida informes indicando solamente **LOTE "A"**.
VISITE NUESTRAS SALAS DE EXPOSICION EN: BOLIVAR 25.
MADERO 22 Y BOLIVAR 21. TELEFONO DIRECTO AL
DEPTO. DE SERVICIOS Y PEDIDOS 17-23-51

"BONDERIZADO"

ESTE MUEBLE HA SIDO SOMETIDO AL PROCESO

"BONDERITE"

UNICO QUE PRESERVA DE LA RUMBIACION Y PROLONGA
CADA VEZ LA VIDA DE LOS MUEBLES DE ACERO
EXCLUSIVO EN MEXICO DE

DISTRIBUIDORA MEXICANA, S.A.

ERIC GIRE O LE PIDA

DISTRIBUIDORA



(SERVICIO POR HOMER)

MEXICANA, S.A.

UNA ORGANIZACION DE MEXICANOS

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS DE LOS MAS AVANZADOS EQUIPOS DE ACERO

R E S E R V A D O

P A R A L A

U N I O N N A C I O N A L

D E

P R O D U C T O R E S D E A Z U C A R



COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$ 50,000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina.

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



Domicilio Social

y

Oficina General de Ventas:

BALDERAS N° 68.

Apartado 1336.

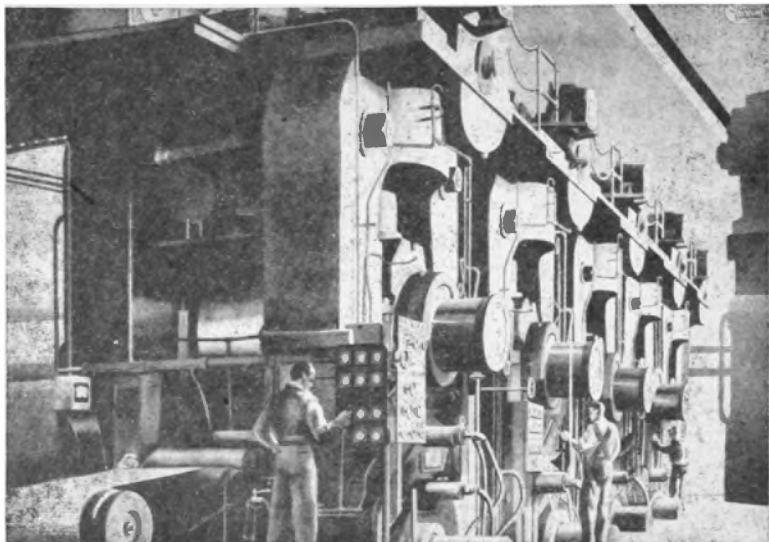
MEXICO, D. F.

FABRICAS

en

MONTERREY, N. L.

Apartado 206.



La Industria de la Hoja de Lata en el Siglo XX...

El desarrollo de la técnica moderna, aplicada a la industria ha alcanzado también, a la fabricación de la hoja de lata. Esta cuenta, hoy día, con la maquinaria especializada más completa y con todos los recursos técnicos para el desarrollo de sus actividades.

A presente gráfica ilustra el proceso, usado hoy en todo el mundo, de laminación en frío y que consiste en hacer pasar repetidas veces, una cinta de acero a través de poderosas "cylinders", hasta obtener una lámina de espesor conveniente y libre de asperezas que, de pronto, además de perfoliar su acabado, efectúan la subsiguiente aplicación de una capa de estaño en proporciones adecuadas.

Este procedimiento representa, en relación al empleado hasta hace un cuarto de siglo, ventajas resultantes que afectan a la calidad de esta lámina laminada, puesto que se traduce en:

- MAYOR UNIFORMIDAD en el espesor; lo cual permite la fabricación de productos en maquinaria automática.
- MAYOR EXACTITUD en el corte.
- MEJOR RESISTENCIA a la corrosión.

- MEJORES CONDICIONES de maleabilidad.

La superficie así obtenida es MAS TERSA y reúne las condiciones propias para satisfacer las debidas proporciones de estaño. El sistema de reducción en frío y el procedimiento de empujado a que se somete a continuación, comunican a esta lámina la ductilidad necesaria para su aplicación a las diversas formas industriales, complementan la definitiva estructura de este producto que se encuentran, así, listo para llenar sus funciones en beneficio de las industrias que emplean la hoja de lata como base de sus actividades.

Tal es, en resumen, un aspecto fundamental en la fabricación de la hoja de lata, como se lleva a cabo en las industrias más modernas del mundo entero... En México, empleando también las mejores materias primas, la maquinaria y la técnica más adelantadas, la fabricación de la Hoja de Lata se sintetiza en ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

ALTOS HORNOS, está ya en capacidad de entregar Hoja de Lata para cualquiera de sus empleos, desde un envase de aceite mineral, hasta el que se necesita para los comestibles más delicados.

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S.A. 

OPICHAS EN MEXICO, V. CARRANZA No. 25 DESP. #04 A 011
TELE. MEXICANA: 13 91-47 MEXICANA: 35-6178

• REALIDAD •

REVISTA DE IDEAS

Director, Francisco Romero.

Buenos Aires

SUMARIO DEL NUMERO 7

Carta sobre el humanismo.....	Martin Heidegger
Meditación del Occidente	Francisco Romero
El Valor	Camilo Viterbo
Reverso y anverso de André Gide.....	Guillermo de Torre
La política de la Iglesia	A. C. Jemolo
Civitas Diaboli	Alberto Wagner de Reyna
Ideas y Letras de hoy en Inglaterra...	George Pendle
Carta de España	Ricardo Gullón
Wells, Hitler, Estado mundial	Patrick Dudgeon
El encuentro de Oriente y Occidente...	Francisco Miró Quesada
Pintura abstracta y pintura figurativa.	Adolphe de Falgairolle
Pedro Henriquez Ureña	José Luis Romero

Notas de libros.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARATO-
RIA Y COMERCIO

Externos

VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA
Medio Internado - Externos.

REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

DEMOCRACIA EN FUNCIONES

LA interdependencia entre los fenómenos espirituales y económicos es tan compleja, y tan espontánea la tendencia de los pueblos a su mutuo conocimiento y trueque de valores, que todo inclina, dentro de una bien entendida democracia, a favorecer esas relaciones internacionales, a estimular, en lo espiritual y en lo económico, dichos intercambios.

Esta parece ser la razón por la que se observa actualmente en las esferas oficiales de los EE. UU., relativamente al turismo, una corriente pronunciada a favor de una tesis sostenida en México hace ya algunos años. El turismo es y sobre todo puede ser mucho más que asunto de distracción y solaz particular para convertirse en una circulación económica exigida por la salud del cuerpo de naciones. Hoy día, por ejemplo, los EE. UU. necesitan horizontes hacia donde dirigir los excedentes de su producción industrial siempre en auge. Mas para ello se requiere que los Estados clientes posean los dólares necesarios para la adquisición de tan deseables mercancías. Los préstamos de nación a nación, independientemente de sus peligros, conocen serias limitaciones en regímenes sensibles a los movimientos de la opinión pública. Por consiguiente, el crecimiento de las naciones menos desarrolladas que no se hallen dispuestas a renunciar a su propia industrialización conformándose con el papel de eternas abastecedoras de materias primas, dependerá en parte de su aptitud para recurrir a medidas complementarias en otro orden de cosas. Aquí es donde el turismo aparece como una industria básica capaz de restablecer el equilibrio de las balanzas exteriores. Es obvio que a la superproducción norteamericana en la industria manufacturera conviene que México responda con una superproducción similar en el ramo del turismo, es decir con la ampliación de su capacidad para absorber los caudales trashumantes. Porque el individuo que traspasa una frontera no es sólo un agente de conocimiento democrático, un pacífico lazo de unión entre los pueblos, sino que es al mismo tiempo un factor económico muy caracterizado que derrama a su paso la moneda de su país de origen. Gracias a la multiplicación de tan amables factores, puede un estado acogedor como México hacer cosecha de divisas que, bien invertidas, le permitan seguir adquiriendo sin interrupción, para su enriquecimiento nacional, aquellos artículos de la superproducción norteamericana que considere más útiles.

No es pues extraño que exista hoy una fuerte tendencia oficial en los EE. UU. en pro del encauzamiento de sus raudales turísticos hacia sus fronteras del sur con objeto de aumentar en su propio provecho nuestro poder adquisitivo, como existe en México una inclinación no menos declarada a mejorar nuestra capacidad colectora, viviendo en una armonía democrática cuyos beneficios materiales y morales no conocen todas las naciones

F. L. S.

*Para más informes, dirijase a la
Asociación Mexicana de Turismo.*

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO

AVENIDA JUÁREZ 76.

México, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO VII

VOL. XL

4

JULIO - AGOSTO

1 9 4 8

MÉXICO, 1º DE JULIO DE 1948

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, ex Rector de la Universidad Nacional de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General del Fondo de Cultura
Económica;

Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-
xico;

Eugenio IMAZ, escritor;

Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de Ma-
drid;

Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Acadé-
mico;

Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medici-
na de México;

Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;

Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.

Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Eco-
nomía de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Secretario
JUAN LARREA

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Mariano Picón-Salas* Esquema de Venezuela.
Jorge Tamayo Lo que perdimos y lo que nos queda.
Manuel Moreno Sánchez El imperialismo en América Latina.

Notas, por Horacio Quiñones y Norbert Fryd.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Eduardo Nicol* Libertad y Comunidad.
Alberto Zum Felde Ética y Estética.
Ramón Xirau La expresión de lo concreto.

Nota, por Emilio Uranga.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Rafael Girard* Génesis y función de la greca escalonada.
Pedro Bosch-Gimpera Cervantes y un momento crucial de la historia de España.
Arturo Uslar Pietri Bolívar.
Rafael Heliodoro Valle El hondureño Ramón Rosa.
Agustín Yáñez El ideario educativo de Justo Sierra.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Gabriela Mistral* Aniversario.
Rosamel del Valle Profundo Verano.
Vicente Llorens Castillo El retorno del desterrado.
Juan López Morillas Unamuno y sus criaturas.
Luis Cardoza y Aragón Rufino Tamayo. Un nuevo ciclo de la pintura en México.
Lino Novás Calvo Esto también es gritar.

Nota, por Isabel Pope.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
El lacandón Nabor (Fotos Norbert Fryd)	64
El explorador danés Frans Blom con los lacandones	—
María, mujer de Nabor	—
Nabor junto a las ruinas de Bonampak	—
Kayón	—
Carmita, una de las cinco mujeres de Obregón.	—
Obregón, jefe de su tribu	—
Carmita, mujer de Obregón, luciendo una camisa adornada con manchas de achiote	65
Portada del templo XXII, de Copán	144
Maqueta del templo agrario de Uxmal	—
Estelas de Copán y de Quiriguá	—
Salón de las grecas en el templo de Mitla	145
RUFINO TAMAYO: Naturaleza muerta con retrato. Oleo. 1932.	256
“ “ Niña bonita. (Col. Sra. de John Rogers, New York)	—
“ “ Desnudo en blanco. (Col. Pierre Matisse, New York)	—
“ “ Bailarinas sobre el mar. (Col. Cincinnati Museum Art. Cincinnati, Ohio)	—
“ “ Autorretrato. (Col. Pierre Matisse, New York)	—
“ “ Mujer alcanzando la luna. (Col. Cleveland Museum of Art, Cleveland, Ohio)	—
“ “ Hombre feliz. (Col. de la Sra. de Gardner Cowles, New York)	—
“ “ Pájaro agresivo. (Propiedad del artista)	257

Fotograbados de
FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.
Bucareli 24.—México, D. F.

Nuestro Tiempo

ESQUEMA DE VENEZUELA

Por *Mariano PICÓN-SALAS*

GEOGRAFIA CON ALGUNAS GENTES

A un cuero de los Llanos, bastante bien secado al sol de la Zona tórrida, se semeja en los mapas el territorio de Venezuela. El matarife divino (porque en todo inicio está la Teología o la Geología que conduce a lo mismo) al realizar aquella operación de corte, empleó, sin duda, un gastado cuchillo rural ya que lo que se puede llamar nuestra piel topográfica dista mucho de la simetría y de aquellas exigencias que en las grandes curtiembres se fijan al producto. La materia más abultada del inmenso cuero donde el geólogo taumaturgo se complació en las salientes costas, es ese arco irregular Sur-Oeste-Noreste que forman desde el Táchira hasta la Península de Paria los Andes y su ramificación montañesa costera. Al Sur de aquel arco, en el desagüe de los ríos que alimentan al Apure y la gran serpiente del Orinoco, el cuero ya es más simétrico y liso; es la región de los Llanos. Quien guste de soñar ante los mapas puede entretenerse en otras curiosidades topográficas: los pedazos de nuestro continente que en época remotísima se llevó el mar de los Caribes: el pie de la isla de Bonaire que yergue su talón de futbolista contra las Antillas más lejanas; la lámina del cuchillo de Curazao —verdadero cuchillo de pirata holandés—; las gallinitas cluecas bien acurrucadas en un suave nidal marítimo de las islas de Aves, el duro farellón de los Roques, Margarita con sus perlas y los prodigiosos colores de su "Arestinga", el zurron, contradictoriamente lleno de asfalto y azúcar de la isla de Trinidad de que disfrutaban los ingleses, y toda la menuda siembra de islotes que frente a nuestros dos mil ochocientos trece kilómetros de costa marítima, se alinean y despliegan como adelantándose a defender ese territorio

bravo —puente o costilla que parece juntar el mundo antillano con el mundo andino y que políticamente se nombra: Estados Unidos de Venezuela. Prehistórico sitio de paso para los feroces caribes que desde la más pilosa y bárbara selva amazónica avanzaron hacia el mar, y de piratas fluviales se convirtieron en piratas marítimos; vencieron y sometieron a los aruacas y de una a otra isla saltaron con su grito de guerra, su “Ana Carine Rote” por todo el Archipiélago que llevó su nombre. Vestigios de pequeñas civilizaciones derruidas al paso de la oleada bárbara se descubren cada día, y entre otras aquella misteriosa cultura del Lago de Valencia rescatada del limo lacustre por el Doctor Rafael Requena donde el fantasioso arqueólogo se complacía en ver y mostrar los “vestigios de la Atlántida”.

Pero, ¡qué de cosas debieron ocurrir en esa infancia de la Historia y del mundo! Frente a San Juan de los Morros, puerta de los Llanos, por donde ahora cruzan bajo el bravo sol, apaciguando sus reses con el canturreo monótono, los pastores llaneros que las llevan a la ceba y a los activos mataderos de la región de Aragua, se yerguen unos cerros dentellados, de la más caprichosa forma, especie de castillos feudales o graníticas almenas para dominar la planicie. Quien trepa a ellos con zapatos y bastón de explorador tiene la ilusión de haberse salvado de algún naufragio marítimo; y conchas petrificadas, fósiles de moluscos, le enseñan —aun sin saber Geología— que por allí se precipitaron las aguas del mar Terciario. Lo que es ahora llanura herbosa antes fué Océano, y desde el verandah del Hotel termal donde el Dictador Gómez bañaba en la piscina probática sus riñones de toro viejo, se perfila en roca viva el testimonio de esa lucha plutónica. Los peñones de los “Morros”, compendio de la más escueta y desgarrada geología, son los que impiden a las llanuras venezolanas —a diferencia de las pampas argentinas— salir al mar; los grandes ríos de la planicie se corrieron demasiado al Sur —donde todavía el hombre venezolano los utiliza poco— y los pequeños valles de la Cordillera de la Costa que con Margarita, el litoral cumanes y los estados andinos del Occidente tienen la mayor densidad demográfica, sufren a veces de sed y necesitan irrigación artificial.

Esa Venezuela poblada—la del norte del país y la de los Andes—ha requerido, a pesar de todos los cantos románticos a la opulencia de la Zona tórrida, esfuerzo de hombres machos para superar una Geografía bastante difícil. Los vascos del siglo XVIII con su buena servidumbre mestiza poblaron de casales y plantíos los valles de Aragua que a Humboldt se ofrecieron en 1800 como uno de los más laboriosos y animados jardines de América; los mayorazgos diligentes de las viejas familias criollas—Palacios, Pulidos, Bolívares y esa extraña dinastía fenecida de los Mier y Terán—penetraban a los llanos a doctorarse en rejo y en lazo, a domar reses bravas y a asentar con el imperio sobre la tierra ilímite aquel instinto de dominación que hizo de Venezuela durante las guerras emancipadoras del siglo XIX un caliente almacén de jefes. Como en dulce sombrero de aclimatación prosperó, también, desde fines del siglo XVIII el café que el padre Mohedano llevaba al valle de Caracas, y que fué extendiendo su palio de azahares y sus gajos de rosadas cerezas, en todas las laderas cordilleras del Norte al Occidente entre 800 y 1,700 metros de altitud. Si el cacao fué un cultivo esclavista; si durante la época colonial apenas sirvió para erigir sobre una gleba sumisa el dominio de la alta clase poseedora que adquiría títulos y a quienes apodaban, justamente, los “Grandes Cacaos”, el café fué en nuestra Historia un cultivo poblador, civilizador y mucho más democrático. Algo como una clase media de “conuqueros” y minifundistas comenzó a albergarse a la sombra de las haciendas de café.

En mi bella ciudad de Mérida cuyo paisaje de agricultura de tierra alta se transformó a comienzos del siglo XIX con los cafetos, narraban a propósito del fruto, una bonita historia del tiempo romántico. Ocurre, entre paréntesis, y para ambientar mejor el suceso, que aquella tierra de la angosta altiplanicie merideña tiene ya la fatiga de tres siglos de ser trabajada. Al más hispido cerrito se pegan los que ya fatigaron la tierra plana, mandando valle abajo los rodados y la erosión. Viejas familias que ya se transmitían sus testamentos y firmaban sus decoradas rúbricas en las escrituras del siglo XVII conservan esas tierras sobre las que gravitaron muchas capellanías y censos civiles y

eclesiásticos; estrictamente lo preciso para lo que en el estilo arcaico de mi ciudad se llamaba "no perder la decencia", pero insuficiente para quien quiera alcanzar el millón de bolívares. Y de las fiestas sociales de Mérida donde ponía las más gallardas contradanzas y adivinaba todas las charadas, partió por los años 60 poseído de un sorpresivo espíritu de aventura que asombró a sus contemporáneos, don Diego Febres Cordero a desbrozar las entonces virginales tierras de Rubio en el Táchira, a remover su negro migajón y a levantar con máquinas llevadas por piezas a lomo de mula a través de los barrancos cordilleranos, las primeras instalaciones modernas de caficultura conocidas en el país. Podían los caudillos en otras regiones de Venezuela combatir por el color rojo o por el color gualda, por "los sagrados principios" o la "alternabilidad republicana"—como decían las proclamas casi teológicas de entonces—pero en las fincas de don Diego con ceibos corpulentos, con represas para el agua y cilindros y trilladoras modernísimas, nunca faltó el pan abundante y una laboriosidad de Arcadia bien abonada. ¡Oh, si por tantos caudillos como tuvimos entonces hubiera poseído el país cincuenta Diegos Febres Cordero! A la escuela patriarcal de don Diego mandaban las viudas a sus hijos "con buena letra" para aprender la contabilidad y el estilo de cartas que se escribían a los comerciantes de Hamburgo, óptimos compradores del café tachirense. Y en aquella región fronteriza, el cultivo cafetero del siglo XIX formó pueblos alegres con iglesias de dos torres y tres naves, con amplia plaza para colear toros y correr "cucañas y cintas" el día del Santo Patrón y hasta con su "Centro de Amigos" o "Club del Comercio" para agasajo de visitantes forasteros. No todo era desorden ni algazara en aquella Venezuela post-federal que describieron algunos sociólogos pesimistas. Cuando faltaba el auxilio del Gobierno, los vecinos de los Andes reparaban su necesario camino al Lago; los magníficos arrees de mulas de Carora, anticipándose al ferrocarril, repartían por los más intrincados pueblos montañeses los productos de la civilización y las alzas de café y la buena ceba del ganado traído de los Llanos, permitía que en ferias y fiestas, campesinos prósperos hicieran a los gallos y a los

dados, "apuestas de a cien fuertes". El Estado era pobre pero prosperaba y crecía, a pesar de todo, nuestra buena raza hispana y mestiza; la que producía simultáneamente caudillos y agricultores y poetas de a caballo, generales que hacían versos, como Falcón y Arismendi Brito.

Los prohombres de un país inmenso y mal comunicado, de fuerte vida regional, se conocían en los Congresos o en las tiendas y hoteles de la "Calle de Mercaderes" de Caracas a donde todos llevaban con "el voto de los pueblos" las complicadas listas de encargos de sus familiares, clientes y compadres. Allí precisamente alternaban el andino Eusebio Baptista con el guayanés Dalla Costa, el General Araujo con el sutilísimo doctor Vicente Amengual, creador de todo un estilo político, de una sagaz malicia indígena cuyo último intérprete fuera hasta hace apenas dos lustros el Doctor Victoriano Márquez Bustillos. Durante veinte y tantos años el "recibo semi-parisiense, modelo Segundo Imperio, del General Guzmán Blanco, albergó todos los días los rostros de esos mensajeros de una Venezuela inmensa y violenta; barbas de caudillos de la Guerra Federal, doctores atiborrados todavía de cánones y latines en la vieja Universidad de los Andes, oradores de la época romántica que tenían la negrísima perilla, la voz de órgano y las metáforas orientales del Doctor Ildelfonso Riera Aguinagalde. Contra todos ellos había erguido su Cesarismo liberal, su política de europeización ese Pedro el Grande del trópico que se llamaba el "ilustre Americano". Pero de una de esas audiencias del "Ciudadano Presidente", derrocado ya Guzmán Blanco, y finalizando el siglo XIX, salió un hombrecillo desmirriado, mal vestido y de ojitos de parapara profiriendo injurias contra el Mandatario que según el incómodo visitante "ya no oía el voto de los pueblos". Tratábase de Cipriano Castro, descendiente —según dicen— de bravos indios motilonos, personaje rural hasta esa fecha pero cuya tremenda energía y audacia desplegara pocos meses después la revolución andina que desde los últimos rincones fronterizos hizo en marcha sorpresiva y casi paralizante de más de mil kilómetros, la Conquista del Capitolio. Un espíritu aristocrático, dueño de la mejor prosa modernista, discípulo de Barrès

y de D'Annunzio, Manuel Díaz Rodríguez comparaba en una novela publicada en 1901, "Idolos rotos" la marcha de aquella soldadesca enruanada, de los labriegos con fusil que acamparon al pie de la estatua de Bolívar, con una invasión de bárbaros. El desterrado en su propio país que era en ese instante el autor del libro, cerrábalo con un lóbrego "Finis Patriae". Vivir en Europa, pasearse por las "loggias" de Florencia y amar heroínas dannunzianas, parecía la solución de aquellos personajes pálidos y nerviosos de Díaz Rodríguez. Pero, ¿es que acaso con las mesnadas de Castro no se incorporaban a fundirse en una gran síntesis venezolana, gentes que vivieron aisladas y cuya propia aventura por primitiva que parezca, no revelaba una nueva conciencia de sí mismos, un ímpetu altivo de participación? No es culpa de ellos sino de las condiciones sociales, si su insurgencia no fué más culta; si los doctores y legistas no pudieron crear un marco jurídico para el nuevo ascenso de masas, si por el renunciamiento y cobardía de las llamadas clases influyentes, se pasó de la aventura de Castro al letal letargo de la tiranía de Juan Vicente Gómez. Pero en ésta —como después lo veremos— es preciso no juzgar tan sólo las circunstancias autóctonas sino también las de imperialismo voraz, las de consorcios inversionistas sin escrúpulo, que encontraron en el duro pastor de La Mulera el mayordomo que requerían sus intereses.

En todo caso, y desde una perspectiva más amplia que es la que hace la Historia, el proceso de la República en los cientos y tantos años que separan a Bolívar de Juan Vicente Gómez, fué un largo proceso de fusión. En 1777 cuando una real cédula creó la Capitanía General de Venezuela, esto parecía casi una entelequia administrativa. ¿Qué tenía que ver entonces Mérida con Cumaná y los esclavos de las haciendas cacaoteras con los mantuanos de Caracas? Bolívar y su agónica peripecia a través de Llanos y Andes fué el Moisés que reunió las tribus dispersas y les dió la conciencia de unidad y destino. Aquel orgullo venezolano, el de las lanzas llaneras que subieron al Alto Perú, el de los caballos apureños que abrevaron en el Desaguadero, el de Antoñito Sucre, prócer en Bolivia, mantuvo su mesianismo, su esperanza y mérito de mejores días, aun

en los momentos de mayor desolación nacional. Después, los territorios y las gentes aisladas empezaron a juntarse en el gran crisol de la República. Sangre llanera se unía con sangre andina en la convulsión de la guerra federal. Los montañeses del Táchira iban al Oriente y descubrían la fascinación de la Guayana en las guerras castristas de 1902. Y si hay un factor que pierde cada día su validez en la Política venezolana es el regionalismo que ayer fué consigna de pequeños caciques. En poco más de un siglo, Venezuela ha asentado su unidad, y diría que ya hay un mestizo nuestro, un tipo venezolano que ha asimilado aquellas sangres, aquellas divergencias, aquella parte de historia común que marca hoy con gozo y con esperanza nuestro patronímico.

Acaso falte —como en todas partes— perfeccionar nuestra democracia legal, pero es ya bastante amplia nuestra democracia humana. Una educación gratuita que reparte cada día nuevos grupos escolares, nuevas escuelas granjas, nuevas legiones alfabetizadoras por todo el país, que aumenta cada año el presupuesto educacional; una moderna y creciente conciencia de los servicios públicos, empresas económicas que surgen con más audacia, están cumpliendo en nuestra tierra una tarea redentora. Y por todo el tiempo que los venezolanos dedicamos a lamentarnos, a ser los Narcisos del propio dolor, bien vale la pena señalar y alentar esta hora de estímulo.

SIGNO DEL CALOR

CIERTA Sociología naturalista, muy de moda a fines del siglo XIX nos desacreditó el Trópico como tierra del más langoroso calor donde se anula y amortigua el impulso del batallar humano. Pero además de que en nuestro Trópico el clima se modifica por las altitudes andinas y quien sin saber viese, por ejemplo, una fotografía de Mucuchíes en el Estado Mérida con sus mestizos enfundados en chamarretas de lana situaría el lugar y las gentes en una región hiperbórea, y quien comiera manzanas en Pueblo Nuevo o Bailadores supondría, imaginariamente, que estaba en Galicia; a más de las complicadas relaciones entre temperatura y

orografía y de que la técnica del siglo xx puede afrontar el problema del trópico de modo muy diverso a como lo consideraba el siglo xix, a más de todo eso, se hace necesario para quienes lo hemos sudado y vivido bastante, distinguir los matices y variedades del calor. En el calor como en el amor también se distinguen grados y especies. Antes de desenvolver la teoría—porque presumo de ser experto en calores— conviene una requisitoria contra ese melindroso siglo xix que tanto nos calumniara. Siglo burgués, si lo hubo, sobre todo en su segunda mitad, el siglo xix —como en las famosas caricaturas de Daumier— se caracterizó por un falso ideal de seguridad, por presumir que todo, en un mundo que se tornaba sumamente satisfecho y orondo, ya transcurriría sin riesgo ni peligro. El burgués bien comido y pensionado por el Estado —como en las novelas francesas de 1870 a 1890— podía entregarse a la contemplación de sus complejidades psicológicas. Y el criollo que vivía en Caracas, en Bogotá o en Managua se dedicaba al lamento que engendró muchas páginas de nuestra literatura modernista. Pero los voluntariosos vizcaínos de la Compañía Guipuzcoana que en el siglo xviii dieron gran incremento a la Agricultura de Venezuela, y los agresivos y bien dispuestos frailes de las misiones catalanas que en el propio 1700 fundaron pueblos hasta en el más remoto rincón del país, no pensaron demasiado en el calor, como tampoco pensaba Humboldt que se solaza en su libro describiendo las tibias y estrelladas noches de Cumaná. Y un baño en el río Manzanares compensaba para el viajero romántico, de la molestia de cualquier día caluroso. Era para él la más perfecta emoción rusoniana que podría ofrecerle la zona tórrida.

Por ese impulso tan característico de la colonia venezolana en el siglo xviii, nuestra civilización de entonces pudo llamarse —aun con más propiedad que la de hoy— una civilización del calor. Buenas obras de mampostería arruinadas después por la guerra civil habían dejado frailes, guipuzcoanos y dueños de hatos, en las poblaciones llaneras. Algunas de las muestras de mejor arquitectura que tiene nuestro arte colonial, se encuentran curiosamente en los pueblos y ciudades más cálidas: aquel delicioso portalón

de la Casa de la Blanquera de San Carlos de Cojedes, la iglesia de San Juan Bautista del propio San Carlos con su limpia fachada de basílica romana; la "Casa de las Ventanas" de Coro, las iglesias de Araure, El Pao, Guanare; el palacio del Marqués de Pumar en Barinas. Y tal arquitectura —muy superior a todo lo que durante más de un siglo levantó la República— no brotaba, precisamente, como mero capricho y ornamento sino estaba en relación con la prosperidad y recursos de la tierra. Era el tabaco de los Pumar y las reses gordas, y las magníficas bestias de silla de los Pulidos, Palacios y Blancos que se hacía piedra y dibujaba volutas en los grandes paredones enjabelgados. ¿Qué el calor debilita? ¿Y de dónde salió el Catire Páez con su puñado de lanceros? Habían viajado bastante estas lanzas y atravesando llanos y páramos y asegurado en Boyacá la independencia de Nueva Granada, cuando una noche —precisamente la noche del 24 de junio de 1821, después de Carabobo— descansaban al lado de Bolívar, junto al vivac. Regalándose con el humo de su Capadare, Páez pregunta al Libertador: —General, usted que ya nos conoce bien ¿puede decir cuál es la primera lanza del Llano? —Monagas— contesta el Libertador. ¿Y cuál es la primera lanza de Venezuela —insiste el Catire—. Monagas, reafirma Bolívar. Y Páez, ya molesto: ¡Caramba, mi General! ¿Y entonces yo que soy? —Usted, General Páez, es la primera lanza del mundo.

Misiones de Guayana; hatos del Guárico, Portuguesa y Apure, opimos campos de Aragua sembrados de samanes; mulas caroreñas y sueltas caballadas a las que los llaneros de Páez les ponían el primer bozal —productos de tierra caliente, todos— contribuyeron a la economía de quince años de guerra vertidos sobre la mitad del Continente. Más bien con la República, se detuvo esa conquista de las tierras calientes y la población se fué concentrando en las montañas y en la zona costera. En los pueblos del Llano, por ejemplo en el desolado San Carlos, el bahareque ligero y el tuerto rancho de paja sustituyeron a la mampostería erguida por los españoles. Caserones como el de la "Blanquera" o el "Palacio Pumar", fueron ruinas cubiertas de tártago.

Calor seco y calor húmedo son dos connotaciones fundamentales de nuestra geografía biológica. Las tierras del calor seco —desde las islas perleras de Margarita y Cubagua hasta Coro, Carora y El Tocuyo en el Occidente, fueron tempranos centros de colonización española. Caroreños y corianos, hijos de un paisaje semidesértico, tienen fama de ser los soldados venezolanos de más aguante físico, y los borricos y yeguas que llevaron allí los conquistadores proliferaban y se reproducían con mayor talla y resistencia que en sus nativas dehesas andaluzas. Al fuerte asno coriano y a la mula caroreña le debe mucho nuestra vieja economía rural antes de las carreteras de cemento, los camiones y los automóviles. Junto al caballo llanero, el de los grandes combates que se plantó en el escudo nacional como símbolo de osadía y de distancia, la mula y el burro conducían el armamento y las vituallas de la guerra emancipadora. Casualmente en una de esas mulas de seca tierra caliente iba montado Bolívar —según lo cuenta O'Leary— el día en que salió a encontrar a Morillo para el armisticio de Santa Ana en 1820. Y durante la Colonia, altos Prelados y Oidores del Virreinato de Nueva Granada se disputaban esas mulas caroreñas pagadas en peluconas de oro. Su peripecia civilizadora tramontando páramos, torrentes y caminos de travesías se pierde en un sitio tan lejano como las montañas del Tolima o el duro camino que conducía de Bogotá a los llanos del Meta. A viejos "cachacos" granadinos que oyeron su leyenda, les he oído preguntar por nuestras mulas. Fueron una de las tantas cosas periclitadas en el tránsito de la Agricultura patriarcal a la absorbente industria del petróleo. Pero allá por los años 60 del pasado siglo, en el séquito del General Mosquera, se paseaba en una mula de esas, organizando elecciones e intrigando de Bogotá a Antioquia con todos los jefes liberales, nuestro diabólico Antonio Leocadio Guzmán que después de ser Vicepresidente de Venezuela se daba el lujo de firmar —como constituyente granadino— la famosa "Constitución de Río Negro". Y el General Mosquera le dió bastantes onzas y un título de Ministro Plenipotenciario en Caracas, para que fuese a gestionar en Venezuela la reconstitución de la Gran Colombia. Don Antonio Leocadio vendió la mula y

partió para Saint-Thomas en las Islas vírgenes, donde se escribieron tantos documentos y cartas clandestinas de nuestra Federación.

Esas familias vascas de una ciudad de firme estirpe española como Carora —Rieras, Zubillagas, Pereras, Oropesas, Aguinagaldes— pueden decir si el calor seco hace mal a la salud y si no se daban en aquellos caserones de tres patios familias prolíficas, gentes a quienes sólo vencía la más añosa longevidad. Otras regiones del calor seco como la isla de Margarita, tiene la más alta densidad demográfica de Venezuela y el margariteño —buzo, marinero, hombre de muy cambiantes profesiones— ha cumplido en todo el país, arrojado por la estrechez insular, una ingente obra colonizadora. El Territorio Delta Amacuro con sus tierras limosas emergidas del Padre Orinoco, es una especie de fundación insular. En las petroleras de Monagas, Anzoátegui y el Zulia, como en el “Central Venezuela”, abunda el brazo margariteño. Se les ve, además, con sus barquitos “tres puños” y “goletas” recorriendo todo el Caribe o haciendo un comercio lícito o ilícito, según sean las circunstancias. La vieja raza guaiquerí fundida con la española engendra estos mestizos ágiles, unidos entre sí por una conciencia tribal —como quizás no la tiene ninguna otra comunidad venezolana— y por el culto de la Virgen del Valle, talismán y “totem” de su pueblo, cubierta de perlas, aguardando siempre el regreso de tan nómade gente que desde cualquier rincón de Venezuela acude a depositar ofrendas y pedirle nuevo aliento para la constante aventura.

Como el margariteño, el coriano y el cumanés, el industrial maracaibero es también hijo del calor seco. Su gran lago les daba a los habitantes de nuestra segunda ciudad un como imperio acuático y comercial que exaltaban y defendían con celoso regionalismo. Aun no se erguían las grandes torres petroleras y no se iniciaba la danza de millones y regalías de aceite que remeció como un cataclismo la vida venezolana, y ya los maracaiberos afirmaban con un poco de injusticia que en un país demasiado pendiente del presupuesto y las dádivas gubernamentales, eran ellos los más laboriosos. Y para que no los apodaran fenicios tenían sus poetas propios y sus mitos indígenas regio-

nales. Absorto en la belleza de sus noches de luna, el mayor de estos rapsodas, el viejo Yepes, se ahogó cerca de los muelles, el que fuera marino y sorteado en piraguas y balandras todos los chubascos del Caribe. Contra la tradición del héroe militar, tan vigente en otras ciudades de Venezuela, Maracaibo alzaba estatuas a sus escritores y poetas. El neoclasicismo de sus maestros de escuela exigía que junto a la rumorosa "Calle del Comercio" existiera la "Calle de las Ciencias" y que cualquier rapaz se nombrara Aristóteles o Sócrates. Los "Ateneos del Zulia", aun en épocas de caudillos y revoluciones, sesionaban para discutir cualquier problema métrico o gramatical o estudiar las consecuencias que para el mundo antiguo tuvieron las guerras púnicas. La Mitología clásica era tan familiar como la nativa con sus leyendas de "Anaida" e "Iguaraya" immortalizadas por el viejo Yepes y con la que ofrecía en largos poemas nativistas premiados a todos los juegos florales, Udón Pérez, poeta oficial de la región y sumo Cacique de la poesía indigenista. Para escribir con severo rigor gramatical, hasta los contadores de las casas de comercio se aprendían el "Diccionario de Galicismos" escrito por su conterráneo don Rafael María Baralt. En ese Maracaibo anterior al petróleo que yo alcancé a conocer de muchacho; el de las grandes casas con azoteas, un poco monisco; de aljibes en los patios para recoger la escasa agua de la lluvia; de las muchachas bonitas en las carrozas del Carnaval o en los bailes del "Club del Comercio"; los viejos periódicos mantenían cada día junto a la página del tráfico portuario y exposición minuciosa de las toneladas de plátanos y azúcar que trajo del Sur del Lago la piragua "Chiquinquirá" o los sacos de café que llevó el vapor americano, la página de versos poblada de madrigales, elegías o epitalamios. Y antes del "Impuesto a la renta", las grandes casas de comercio debían contribuir a las carrozas de Carnaval y a los juegos florales. Se hacían millones; se exportaba todo lo exportable, se fundaban bancos regionales o centrales de azúcar, pero Maracaibo aun aspiraba —más que ampliar sus muelles o dragar su "barra" lacustre— a tener Universidad. ¿No era este un ejemplo —ingenuo o romántico, si se quiere— de un deseo de cultura, de un ansia de progresar y sobrevivir sobre

todo contratiempo, sobre toda oscura contingencia que pesó sobre la vida venezolana? En Maracaibo también se hacía con versos, con juveniles sociedades secretas, con organizaciones obreras clandestinas, la lucha contra la tiranía de Juan Vicente Gómez.

Si ese mundo del calor seco reivindica las calumnias que se esgrimieron contra el Trópico y es, por lo menos, tan habitable como el de nuestras altiplanicies andinas, Venezuela como todos los países tropicales debe incorporarse con la técnica del siglo xx, las zonas del calor húmedo. Mucho hace en semejante tarea nuestro ejemplar "Instituto de Malariología" que desgraciadamente no puede preparar aún toda la gran cuota de médicos higienistas o ingenieros sanitarios que requiere el país. A la patriótica tarea de luchar contra los mosquitos de Urama o de Barlovento, los jóvenes médicos prefieren su consultorio elegante en las ciudades grandes. Desde su laboratorio de Maracay, rodeado de un equipo de excelentes batalladores de la medicina social, el Doctor Arnoldo Gabaldón pide más vocaciones de higienistas. Y si las zonas del calor seco arrojan un saldo positivo en lo demográfico y humano, las del calor húmedo constituyen una potencial esperanza económica. Mucha más azúcar en la región de Bobures, mucho más arroz en el Delta del Orinoco, más cacao en Barlovento, más aserraderos en Turén, más bananos en Yaracuy, marcarán ese esfuerzo técnico y sanitario contra el calor húmedo. Ya en un sitio tan antiguamente palúdico como la costa de Turiamo, las estadísticas minuciosas de Arnoldo Gabaldón no registraron en los dos últimos años, ningún nuevo enfermo.

En un paisaje de calor húmedo el Dr. Juan Iturbe hizo una observación que no es sólo de hombre de ciencia sino también de poeta: mientras los hombres marchaban pálidos y desmirriados, los pájaros —turpiales, paraulatas, gonzálicos— se alborozaban en los árboles y parecían con sus plumajes brillantes, los ojos fogosos y el buche henchido de cantos, los pájaros más felices de la tierra; las aves del Paraíso. De la guayaba al caimito, al guanábano y al anón, picoteaban su banquete frutal. La mañana, herida de sol, saltó como una flecha desde sus gargantas. El gozoso des-

ayuno de los pájaros contrastaba con el que hacían en el rancho próximo unos campesinos, con su lámina de cazabe viejo y su café aguachento. Y es que más sabios que los hombres, los pájaros sabían elegir su comida; no sufrían de avitaminosis. No calumniemos tanto al clima ni hagamos una improvisada Sociología sobre los efectos del Trópico, mientras no enseñemos bien a comer y a vivir a todos nuestros campesinos; a los del frío San Rafael como a los del caliente Tucupita; a los de tierra seca como a los de tierra húmeda, a los del llano y de la altiplanicie. Hay en Venezuela, precisamente en el Ministerio de Sanidad, un conjunto de jóvenes investigadores que diseminados por todo el país ya nos han enseñado cómo se alimenta y por qué se enferma la población rural. Está descrita en estos cuadernos una auténtica política social, —humana, quisiera decir más bien—, que haga del hombre venezolano un ser más feliz, más dueño de su ambiente que lo que lo fué cuando lo expoliaban los “Jefes civiles” y los caudillos alzados. Juan Bimba, el hombre de la “pata rajada” o de la alpargata de fique, se vengaba en las coplas de su toscó romancero:

*Yo conozco generales
hechos a los empujones.
A conforme es la manteca
así son los chicharrones.*

Y esta súplica conmovedora: ¡No me diga General porque yo a naide he robao!

PUEBLO E INTELLECTUALES

¿ESTUDIABA Ud. por casualidad Derecho, Ingeniería o Medicina en la Universidad de Caracas en 1928? Sin duda que esa fecha tiene que ver o tendrá que ver, con lo que acontezca en Venezuela en los próximos años. Don Juan Vicente Gómez nacido en 1857 en el pueblo fronterizo de San Antonio del Táchira, antiguo contrabandista de ganado y uno de los empresarios financieros de la revolución de Cipriano Castro en 1899; omnipotente caudillo del país a

partir del 19 de diciembre de 1908 ya entraba en la más provechosa ancianidad y cada día un mayor número de venezolanos dudaba de la sedicente eficacia mágica de su régimen. En veinte años de satrapía ocurrieron —a pesar del silencio político— algunos extraños fenómenos: la nación agrario-pastoril que él comenzara a gobernar en fecha lejana, se había transformado en uno de los mayores reservorios petroleros del mundo. Y si el oscuro aceite contribuía como muchas otras cosas a enriquecer al General Gómez y su camarilla, también estaba engendrando frente al antiguo y paciente campesinado, una clase obrera. Surgían ya ante el anciano jefe problemas políticos y sociales más complejos que aquellos del año 21, cuando contestaba a la Oficina Internacional del Trabajo que Venezuela no requería una legislación social como la recomendada por los teóricos ginebrinos, ya que los asuntos de capital y brazo proletario eran decididos en el país del modo más armonioso. —¿No es así, don Antonio? —preguntaba el caudillo con asiática cazarería al Señor Pimentel, Rey del Café y su émulo en los latifundios aragüeses.

No puede negarse que don Juan Vicente fué uno de los hombres con mayor estrella personal que conozca la Historia contemporánea, o el astro que le favorecía estaba en conjunción opuesta con el que proyectó sobre Venezuela años tan fatidicos. Frente a los viejos caudillos románticos, derrochadores de la propia vida, y en cuyas frases pomposas resonaba el eco libertario de alguna traducción al español de la "Historia de los Girondinos", este era un hombre sanchesco, reservado, minucioso para esconder sus centavos y pesar sus frutos menores. Durante el gobierno de Castro que fué de ruinosa deuda pública, de conflictos con las grandes potencias, de saraos y discursos al "Restaurador", Gómez desempeñó tan perfectamente su papel de Bertoldo, que a su ingenuidad deberían acudir los doctores políticos avezados que promovieron en 1908 la conjura contra don Cipriano. ¿Iba a reconstituirse el viejo partido liberal del siglo XIX o por el contrario, después de tantos años de herejía, divorcio y patronato eclesiástico, se implantaría un conservatismo del buen modelo que don Rafael Nuñez y los hombres que le siguieron, habían im-

puesto en Colombia? A los diestros políticos que le ofrecieron un banquete y pensaban deshacerse de él en la más próxima coyuntura, nuestro impenetrable "Bertoldo" supo responderles que el sólo pertenecía al "Partido de la Paz y del Trabajo". A quienes aludían a las doctrinas tradicionales del siglo XIX, les contestaba que Venezuela necesitaba sembrar. Así como en el año 89 Rojas Paul convirtió los letrados que le acompañaron en la reacción contra Guzmán Blanco y a quienes no podía nombrar de Ministros, en Académicos de la Historia, Gómez iba metiendo en un pomposo "Consejo de Gobierno" todos los antiguos y peligrosos jefes que en Oriente u Occidente pudieran rebelarse. Y uno a uno y acompañando a los doctores que también pensaron "madrugárselo", aquellos fueron pidiendo pasaje para las Antillas o New York a riesgo de ser amurallados en La Rotunda.

La Filosofía positivista representada por algunos letrados en los primeros gabinetes de Gómez, erguía contra el liberalismo romántico la tesis del "Gendarme necesario" y la panacea de la Paz. "Héroes de la Paz" llamaban ya por 1910 a Juan Vicente Gómez. Si con el lema de "Prefiero la peligrosa libertad a la quieta servidumbre" se habían librado las polémicas del siglo XIX o desfilaron los estudiantes del año 88 a derribar las estatuas de Guzmán Blanco, ahora los nuevos intérpretes de la Historia, los que se irrogaban el derecho de sacar de la propia realidad del país una "Constitución" más constante que la que estaba escrita en los papeles, hacían del "caudillismo" una ley inflexible y entre todos los caudillos preferían, naturalmente, el que refrenara toda insurgencia. El café—principal fruto de exportación entonces—subió considerablemente en 1913 y 1919; el General Gómez propiciaba su "política de carreteras" y el más escondido villorrio se hacía la ilusión de estar pronto unido a la Capital con una cinta de cemento. Efectivamente, el General Gómez apaciguó con dádivas, presidencia de Estado o carcelazos—terapéutica cambiante según la calidad del sujeto—a los pequeños caciques ambiciosos. Y ya aparecían en los bordes del Lago Maracaibo erigiendo los primeros taladros, los ingenieros de la "Standard Oil". Con ese dinero incesperado y miliunanochesco se

fortalecería la dictadura. La riqueza potencial del país ya parecía un mérito atribuible al rudo "Pacificador".

Intelectuales perezosos y una cauta burguesía acomodable encontraron en el "General" la fuente de toda merced. Vertiendo en mejor prosa los lugares comunes del caudillo sobre "unión", "paz", "trabajo", "agricultura", conseguían bien pagadas prebendas. Y no alcanzó mayor eco la rebeldía de unos pocos estudiantes, cuando la Dictadura ordenó cerrar la Universidad, en 1913. Lo que entonces podía llamarse la "oposición" eran los viejos generales caídos en desgracia que desde su retiro de las Antillas o New York, narrando pretéritos heroísmos pero sin ninguna idea, esperaban la oportunidad de invadir las costas venezolanas. Gómez era más sagaz y disponía, naturalmente, de mejores servicios de espionaje.

Pero ya para 1928 hay grupos de muchachos, bastante coherentes, que cuando los sablazos de la policía gomecista les interrumpía la fiesta estudiantil en que coronaban una reina con flores y versos, se vieron empujados a pensar en serio. Del madrigal caían en la dialéctica, en la dialéctica feroz de las cárceles y persecuciones gomecistas. Sobre toda la retórica con que entonces se maquillaba, agrietada de dolor y de urgencias, la realidad nacional, aquellos jóvenes empezaron a usar el escalpelo. Muchos eran estudiantes de cirugía y rasgando la vistosa propaganda tocaron las más doloridas cosas: analfabetismo, miseria, injusticia social. No era de los ancianos caudillos —tan gastados como Gómez— que, cuando más, se quedaron en las frases del Liberalismo guzmancista, de quienes Venezuela podía esperar el cambio. Era preciso hablar con palabras concretas a tanta gente soslayada y desengañada, en el ciclo eterno de las autocracias vernáculos. Había que llevar el adjetivo "social", el que verdaderamente mueve al pueblo y a la insegura clase media, al plano de la política. ¿Y es que no había sido en Venezuela la política —como en todos los países hispanoamericanos— maniobra de "condottieros" armados, deseosos de empacharse de poder personal, o —por el contrario— juego retórico de grandes señores y letrados, de elegantes socios de club y de jóvenes "inteligentes" que desean arriarse al más rico o al más dadivoso? ¿Contaba hasta enton-

ces el pueblo? El pueblo suramericano atado a la recluta y a la conscripción forzosa, o conducido por los patronos de hacienda a votar en madrina, como otro ganado más del latifundio.

En el "dividir para reinar" del caudillismo vernáculo se acentuaba todo recelo o prejuicio regionalista. Monagas favoreció a sus "orientales", Falcón a sus "corianos", Crespo a sus "llaneros", Castro y Gómez a sus "andinos". Hay que defender a los andinos porque el resto del país se precipitará contra la montaña —decían cuando murió Gómez— algunos explotadores del regionalismo. ¿Pero es que no eran andinos aquellos veinticinco o treinta mil tachirenses que abandonaron casas y conucos y se refugiaron en Colombia para librarse de la cruenta protección de sus Procónsules? Sin distingo o privilegio lugareño, en las cárceles de Gómez no tenían celdas o suplicios diversos, centrales y andinos, maracaiberos y cumaneses.

Muerto, por fin, el viejo dragón, el General López Contreras presentaba a los venezolanos en febrero de 1936 un "Plan trienal" para resolver en treinta y seis meses las necesidades y el clamor de cien años. El "Plan" empleaba algunas palabras modernas, y cierta atmósfera de contemporaneidad ya no podía sino impregnar, entonces, el antiquosado vocabulario político venezolano. Acaso en su fuero interno pensaba el nuevo Presidente que el "era un poco socialista". Mas ciertas reformas de vocabulario no correspondieron a la renovación en los hombres. Tornaban a los Congresos con sus ideas de 1910, los más gastados políticos. Se reconstituían en el interior del país los cacicazgos provincianos. Con el cansado lema de "calma y cordura", con la gerontocracia que llenó algunos de los gabinetes de 1936 y 1937, por lo menos dos generaciones de venezolanos —los que habían pensado y sufrido más— se sentían excluidos. El General López Contreras actuaba como intérprete de cierta mágica y misteriosa realidad nacional que nunca comprenderían los jóvenes que residieron en el extranjero. Se hizo un excesivo consumo doméstico de la memoria del Libertador a quien se ponía de cómplice de malos discursos y decisiones mediocres. Por respeto a Bolívar, quien además de tantas virtudes excelsas tuvo la de

su buen gusto, algunos venezolanos—defendiéndose del abuso y profanación— tenían entonces el tacto de no nombrarlo. El choque de generaciones—los que propiciaban el cambio por cuentagotas y los que exigían superar con técnica y decisión el atraso en que nos sumieron cinco lustros de dictadura, llevaba su debate hasta las más tradicionales zonas de la vida nacional como la Iglesia y el Ejército. Los sacerdotes jóvenes pedían a sus viejos pastores que tuvieran mayor sensibilidad por los hechos sociales; que pensarán siquiera, un poco, en las “Encíclicas de León XIII”, así como los militares jóvenes que estudiaron en el extranjero y manejaban las máquinas complicadas de la ingeniería moderna ya empezaban a vocear su descontento contra los “coroneles” empíricos que los comandaban. Y se iba generando por eso, por el irrefrenable impacto de cultura y comunicación con el Universo que produjo la muerte del tirano, la revolución de 1945. El movimiento estaba ya en las cabezas, en los editoriales de los periódicos, en los libros, arengas y debates sostenidos en el país durante dos lustros.

El problema venezolano era de más calificada cuantía que aquella división regionalista, aquella polémica entre “andinos” y “centrales”, que promovieron los viejos caudillos. Sobre todo conflicto cantonal empezaba a erigirse la fuerza del espíritu nuevo. El tránsito de una economía agrario-pastoril que fué la del antiguo caudillismo a la de las grandes explotaciones petrolíferas, destruía la vida cerrada de los distritos, creando en torno de los pozos y los taladros, masas obreras unidas en la reivindicación y el reclamo común. Era ya tiempo de líderes y no de caudillos. Se producía el fracaso y definitiva oxidación de los políticos cortesanos que no se preocuparon de estudiar Economía ni de orientarse en el dédalo de la vida contemporánea porque su única estrategia fué la de “complacer a los generales”. Estaban, pues, enfrentándose dos estilos, dos métodos de política. Y lo que marca una diferencia profunda entre la Venezuela de estos días y la de hace dos o tres lustros, es que ya abordamos la realidad con actitud más audaz y concreta.

Desengaño y resignación o romántico escape de las cosas, habían sido durante los años de eclipse civil los síntomas de una prolongada derrota venezolana. Que aquí no valía la pena esforzarse por romper la costra de las costumbres y malos hábitos porque una misteriosa inercia autóctona terminaba prevaleciendo sobre todo impulso renovador. A los soñadores a quienes defraudaba la acción o encontraban esta muy tosca y rastrera, quedaba el recurso del escape. Reunir algún dinero del modo más expeditivo o conseguir un Consulado bajo la recomendación de un General para gozar de la vida en Europa. Estar en la propia patria como desterrado y liberarse y evadirse conversando pesimistamente de las cosas con otro ingenioso grupo de escépticos. La historia heroica —la época de Bolívar y de los grandes próceres— se transportaba como a un plano de mitología; era como esa vanidad de origen y linaje que tienen siempre los últimos y decaídos descendientes. Y precisamente, vencer todos aquellos temporales complejos de inferioridad o de frustración, ha sido la tarea más positiva de los últimos años. Cuando en los mítines políticos después de 1936 se descubrió que el pueblo respondía a las más inteligentes consignas; cuando los nuevos institutos y escuelas técnicas rebasaban su abundante matrícula, cuando en un liceo nocturno el hijo de la criada doméstica pudo concluir su bachillerato; cuando en las nuevas casas de los campamentos mineros —contra todo prejuicio reaccionario— los trabajadores no destruyeron los baños y conservaron los jardincillos, se había demostrado que nuestro pueblo no es inferior a ningún otro y que tiene el mismo anhelo de progresar y ascender de todos los pueblos. Civilizarse —desde este punto de vista— es necesitar y exigir más; no resignarse en silencio a lo que descuidadamente nos arroja la vida.

Tenían que aprender, por ejemplo, las grandes compañías inversionistas establecidas en el país, que las necesidades humanas son iguales para un trabajador de Venezuela que para otro de Massachusetts y Virginia. Que la Divina Providencia no ha dado a la raza sajona el privilegio de las casas limpias, de la escuela de amplios ventanales y cómodos bancos o del "Centro social" donde reunirse después de las

horas de trabajo. Y al antiguo "No Trespassing" con que los inversionistas se defendían contra la peligrosa gente nativa, nuestro pueblo opuso su designio de "traspasar". Y esto no era precisamente "Comunismo" —palabra con que quiso detenerse en 1936 todo justo avance social— sino más bien una forma moderna de Capitalismo; la que aumenta el número de consumidores, la que no hace de la higiene, la educación, el confort, exclusivo y costoso privilegio de un grupo oligárquico. En este problema de "traspasar" los cotos cerrados de la vieja plutocracia egoísta, está Venezuela como todos los países hispanoamericanos. Es nuestra gran batalla cultural y social del siglo xx.

Más allá de todo "ismo" político, de los dogmas y pasión de poder que ahora desgarran el mundo, la verdadera revolución suramericana en la que ya parecemos marchar, es ante todo de cultura y de técnica. De las nuevas generaciones que estudiando y planeando no se resignen a esperar que la felicidad les venga en el caballo de un general victorioso. De una ordenada Fe en que nuestros pueblos son capaces de prosperar y crecer como los mayores y más hábiles de la Historia; de que hemos perdido ante las naciones imperialistas aquel complejo de inferioridad o de desvalida urgencia con que en el siglo xix entregábamos, por ejemplo, a los ingenieros y compañías inglesas nuestras pocas líneas férreas con hipoteca de cien años. Y creo que esta nueva conciencia de crecer y de ser, de empezar a hacer las cosas con nuestra cabeza y nuestras manos, ya empieza a advertirse en la vida de mi país.

ESPERANZA Y HUMANISMO AMERICANO

Aquí en una vieja hacienda del Estado Aragua, protegida de montañas azules y mirando la esmeralda tranquila del Lago Tacarigua, festoneada en los bordes de samanes y ceibas, está una colonia de seiscientos y tantos inmigrantes. Cada barco europeo que arriba a Puesto Cabello arroja su tributo de familias pobladoras que oyeron la leyenda de un país nuevo, con tierras feraces donde podría rehacerse el destino y la concordia rota durante los años de guerra y crisis en sus países originarios. Hay italianos y yugoes-

lavos, portugueses y checoslovacos. En las cómodas barracas —de técnica norteamericana— donde se alojan, aprenden las primeras palabras de español, colocan sus trajinados equipajes hasta que los autobuses los distribuyen, de acuerdo con la profesión y demanda de trabajo, en diversas regiones del país. Mientras se hace el censo de necesidades y aspiraciones, los chicos de la familia —porque cada grupo trae su prole— juegan en los jardines de la hacienda y se familiarizan con el gusto sávido y los colores violentos de la fruta tropical: mangos, guayabas, caimitos. A la hora de comer se levanta la olla del sancocho con una prodigalidad que aquellas gentes olvidaron en sus años de éxodo a través de los bombardeados caminos de Europa. Al principio, cuando llegaron los primeros inmigrantes, las gentes más temerosas escribían artículos en los periódicos para decir que apenas se les debía aceptar en los trabajos agrícolas, pero ocurre que en un país que está creciendo también se necesitan mecánicos, electricistas, constructores. Y hasta es posible que en una dormida villa del interior para alegrar la vida de las gentes y mejorar la pequeña orquesta municipal, también sea conveniente la presencia de un músico austríaco. El Ministerio de Sanidad coloca, además, numerosos médicos e higienistas que prestan excelentes servicios en alejadas poblaciones rurales. He visto algunos de estos médicos, acriollados ya por la urgencia de su nueva vida, visitando en su mula o su caballito de paso —a donde no puede llegar el automóvil— la esparcida clientela campesina. En un pueblo de los Andes uno de estos médicos arregló su casa como una granja del Tirol, y la Providencia del país nuevo regala su terrenito de frescos espárragos, alcachofas y tomates. Decíame que aquí, andando a caballo de uno a otro sitio cotidianamente; siendo ya compadre de algunos clientes agradecidos, resolviendo con humor y bondad los pequeños problemas de muchas gentes, le parece que rinde un servicio social más útil, más radicalmente humano, que cuando esperaba en su consultorio de Viena la visita de las señoras elegantes que venían a depositar su tributo de artificiales complejos. ¿Con sol, paisaje y leche tomada al pie de la vaca, no se disminuyen bastante las angustias del hombre supercivilizado? Y en esta casa de tejas, nítidamente

blanqueada, también puede conservarse aquello que siempre perdurará de Europa: los versos de Goethe o de Rilke, la colección de discos en que Toscanini y Bruno Walter dirigen las "Sinfonías" de Beethoven.

Esperanza hay bastante porque en un país de 900 mil kilómetros cuadrados donde ahora sólo viven cinco millones de hombres, no falta espacio ni promesa de abundancia para treinta o cuarenta millones. Cuando el grupo de inmigrantes contempla un bonito mapa de esos en que la Geografía se hace cuento de niños y dibuja en el terreno mismo los productos y actividades humanas, un sueño de colonización, de empresa económica y hasta de aventura, llena los ojos de estos hombres que vienen de pueblos azotados donde impera todo control y donde el instinto amoroso no es libre sino de tener los hijos que permite el magro salario y el pequeño tabuco donde la familia se amontona. Aquí convidan en el mapa los minerales de hierro de Imatata; la casi inexplorada Parima con sus caídas de agua, las verdes, frescas y recatadas lejanías de la Gran Sabana; las bahías de Guanta y Puerto la Cruz con su prodigioso "hinterland" petrolero, el horizonte vacío de las grandes llanuras. El engrandecimiento y tecnificación del país debe hacerse aun por encima de las guerras políticas y colisiones de credos e ideologías que tornaron tan áspera la Historia Universal de los últimos años. En este choque de grandes potencias, disfrazado a veces de filosofía política, en que cada corriente con su respectiva cauda de intereses quiere precipitarnos, las naciones hispanoamericanas por lo mismo que no tienen grandes secretos guerreros ni controlan los mercados mundiales, deben afirmar un primordial programa pacífico y de conservación humana. Huerta, telar y escuela más que caserna, debe ser nuestro plan de subsistencia histórica. Nuestra auténtica Revolución no consiste en pelearnos en las calles por determinado dogma o excluyente teoría de la sociedad escrito en algún viejo libro, sino ofrecer al Universo las reservas y esperanzas de tanta Naturalidad por poblar y domesticar. Entre los dos campos antagónicos que ya perfilan una nueva guerra mundial, cabe soñar en la tercera posición: la de los países pequeños que no desean desgarrarse sino desarrollarse, y para quienes la

tarea no consiste en pugna por la primacía sino por el bienestar y la cultura.

¿Habrán gentes capaces de precaverse contra todas las propagandas y bulliciosa extraversion que nos lanzan en cruzada por intereses extraños y que adviertan que la mejor utopía de América es superar las querellas de razas y místicas de desesperación que desquiciaron a Europa y buscar en el trabajo, en la tierra por poblar, en los recursos por desenvolver, la nueva concordia humana? En una de las puertas de este Continente, con la conciencia de nuestro mestizaje conciliador, con el horizonte de grandes espacios virginales; con la única nobleza que a cada cual señalen sus obras, los venezolanos estamos esperando. Aquí el hombre no se ahoga en su marco geográfico ni en la abrumadora historia pasada, porque puede salir a conquistarlo y a escribirla cada día.

LO QUE PERDIMOS Y LO QUE NOS QUEDA

Por JORGE L. TAMAYO

INTEGRACION TERRITORIAL

DURANTE los siglos XVI, XVII y XVIII en que estuvimos sujetos a la dominación española, nuestro territorio estuvo fraccionado en varias porciones de límites y superficies variables que, con diversas denominaciones, dependían de la corona española y aun cuando transitoriamente quedaron bajo un mando central, no constituían unidad bien definida.

Ha sido tema de estudios e investigaciones laboriosas tratar de explicar la complicada superposición de jurisdicciones en esa época.

La Nueva España propiamente dicha, no comprendió siempre la totalidad del territorio que ahora integra nuestro país. Por el norte lindaba con los Estados Unidos, por el sur su provincia más lejana era la Antequera de Oaxaca, es decir, se extendía hasta el Istmo de Tehuantepec y al oriente y occidente sus límites coincidían con las costas sobre los océanos Atlántico y Pacífico.

La Península de Yucatán estuvo organizada como Capitanía del mismo nombre, que a veces constituía unidad administrativa independiente y durante algunas épocas dependió del Virrey de la Nueva España, sin embargo aún en esos casos, la autoridad de este último fué débil y nunca se sintió ligada a la Nueva España.

Los que hoy conocemos como Estados de Tabasco y Chiapas pertenecieron a la Capitanía de Guatemala, si bien Tabasco, dentro de la época colonial, fué incorporada a la Nueva España, en cambio Chiapas no lo hizo hasta 1821, con motivo de la Independencia.

Es decir, el área que sirvió de apoyo a la nación mexicana fundada a raíz de haberse separado de España, había permanecido desintegrada en varias porciones que tuvieron vida administrativa independiente y si a eso se agrega la dificultad de comunicación entre ellas, puede explicarse la falta de una comunidad de intereses y de ideales que pudieran haber servido de base a la naciente nacionalidad.

Por ello al iniciarse la insurrección insurgente, no se tuvo la misma reacción en todas partes y al consumarse la Independencia, el Imperio resultó como un mosaico de dispersas jurisdicciones que transitoriamente se unieron y, cuando el nexo político se rompió, pretendieron declararse estados libres y soberanos.

Al caer Iturbide, el amplio territorio que llegaba por el sur hasta la Gran Colombia y por el norte hasta el paralelo 42°, se desmembró y apareció una nueva nación con límites definidos únicamente donde el contacto con el Océano impedía confusiones, porque tanto en el norte como en el sur, los linderos eran imprecisos y difusos.

LOS ESTADOS UNIDOS Y SU EXPANSION TERRITORIAL

EL territorio de esta Nación, fué explorado y colonizado por ingleses, franceses, españoles, suecos y holandeses.

De la parte noreste que puede considerarse como el núcleo original, se lee en la interesante obra de Reginald C. Mc. Grane titulada "The Economic Development of the American Nation" lo siguiente: "Entre el árido norte y el subtropical sur se extendía la llanura costera del Atlántico con sus espléndidos puertos, suelo productivo y vigoroso clima. Este fué el hogar de los ingleses y de las colonias holandesas y suecas de corta vida".

La colonización inglesa fué regulada por métodos que la diferenciaron de los procedimientos de otras naciones. Algunas veces se empleó la organización de sociedades de acciones en las que unos cuantos aportaban dinero y otros su esfuerzo para hacer productivo el territorio colonizado y, en el orden político, es fundamental señalar la indepen-

dencia que desde su origen disfrutaron estas colonias, ligadas a la metrópoli, principalmente por nexos económicos.

Así se colonizó Virginia, Plymouth, Massachusetts, en los principios del siglo xvii. Un nuevo elemento apareció a partir de 1630, cuando se inició el "Gran Exodo" de los puritanos, huyendo de la intolerancia de la metrópoli. La posición religiosa de estos grupos dió matiz especial a la colonización. "La aridez del suelo, el clima severo y el estrecho criterio de los padres puritanos, guió inevitablemente la expansión de Nueva Inglaterra. . ." dice el autor antes citado.

Virginia, Plymouth y Massachusetts, fueron colonizadas por sociedades de acciones y Maine, New Hampshire, New York, Maryland, Pennsylvania, New Jersey, Las Carolinas y Georgia, por usufructuarios de títulos de propiedad expedidos por la corona.

La expansión se inició cuando los colonos ingleses se apoderaron en 1664 de Nueva Amsterdam y continuaron arrebatando territorio a los franceses, en la ribera derecha del río San Lorenzo, y a los españoles en Louisiana, haciendo llegar su límite occidental hasta el río Missisipi. En 1776, las trece colonias maduras ya en su evolución, se independizaron de Inglaterra constituyendo la Confederación que tomó el nombre de Estados Unidos de América. El territorio original que cubrían estas Colonias representa el 30.62% de la superficie actual de esta Nación.

España, a fines del siglo xviii era dueña de grandes extensiones de Norteamérica. Al iniciarse el siglo xix, el Soberano español poseía además de Nueva España, la Florida y la Louisiana, territorio limítrofe a las Provincias Internas, porción septentrional de Nueva España. En el año de 1800, con una absoluta falta de visión, España vendió a Napoleón la Louisiana mediante el Tratado de San Ildefonso; fué tan descuidada esta operación que no se tuvo precaución de establecer, con la debida exactitud, los límites occidentales de este territorio. Cuidó eso sí, de que Francia se comprometiera a no ceder la Louisiana a alguna nación vecina a la Nueva España, es decir concretamente le pidió se comprometiera a no entregarla a los Estados Unidos. La estipulación citada, indica que España sospe-

chaba el creciente desarrollo de esta nación, no obstante ingenuamente creyó que bastaba el compromiso de Francia, para detener su expansión hacia el Oeste.

En 1803 Francia vendió a nuestros vecinos, la provincia de Louisiana con una superficie de 2.144,486 km.², los que ganaron 27.3% del territorio actual. El Gran Corso, preocupado por sus combinaciones políticas y militares europeas, escéptico respecto a las posibilidades que en América se apuntaban, no tuvo inconveniente en violar lo convenido y vender este territorio a los Estados Unidos por unos cuantos millones de francos, sin darse cuenta de que le abría grandes perspectivas de expansión al Occidente y que definía nuestro destino. Con una Louisiana intermedia, otra hubiera sido la suerte nuestra.

Los resultados de la desacertada política de los reyes españoles, comenzaron a percibirse a principios del siglo XIX sobre todo cuando los Estados Unidos, aprovechándose de la falta de una precisa definición de la frontera de la Louisiana, invadieron terrenos de la Nueva España y de la Florida. Los incidentes se sucedieron con frecuencia, pretextando que el límite de la Louisiana abarcaba mayor territorio, pretensión de la que al cabo de 130 años aun no desisten, porque todavía en las cartas que actualmente edita el Gobierno Estadounidense sobre la expansión territorial, presenta la Louisiana con las fronteras que ellos le consideraron por aquel entonces. Además, se anexaron parte de la Florida Occidental y fomentaron la constitución de una nueva nación en la Florida Oriental.

Tratando de detener tardíamente la expansión de los Estados Unidos, se inició una serie de conversaciones entre esa Nación y España, que permitieron firmar en el año de 1819, el Tratado de Límites conocido con el nombre de Onís-Adams, en el que después de una larga discusión se estableció una línea divisoria entre los Estados Unidos y la Nueva España.

Según el artículo III del Tratado, la frontera se definió del siguiente modo:

"La línea divisoria entre los dos países al occidente del Missisipi, arrancará del Seno Mexicano en la embocadura del río Sabina en el mar, seguirá al Norte por la orilla oc-

cidental de este río hasta el grado 32 de latitud; desde allí, por una línea recta al Norte, hasta el grado de latitud en que entra en el río Rojo de Natchitoches, Red River y continuará por el curso del río Rojo al Oeste, hasta el grado 100 de latitud occidental de Londres y 23 de Washington, en que cortará este río, y seguirá por una línea recta al Norte por el mismo grado hasta el río Arkansas, cuya orilla meridional seguirá hasta su nacimiento en el grado 42 de latitud septentrional; desde dicho punto se tirará una línea recta por el mismo paralelo de latitud hasta el mar del Sur; todo según el mapa de los Estados-Unidos, de Melish, publicado en Filadelfia y perfeccionado en 1818. Pero si el nacimiento del río Arkansas se hallase al norte o sur de dicho grado 42 de latitud, la línea correrá desde dicho origen hacia el Sur o Norte, hasta encontrar dicho paralelo 42 de latitud, y desde allí por el mismo paralelo hasta el mar del Sur. Pertenecerán a los Estados-Unidos todas las islas de los ríos Sabina, Rojo, de Natchitoches y Arkansas, en la extensión de todo el curso descrito; pero el uso de las aguas y la navegación del Sabina hasta el mar y de los expresados ríos Rojo y Arkansas en toda la extensión de sus mencionados límites en sus respectivas orillas, será común a los habitantes de las dos naciones”.

“Las dos altas partes contratantes convienen en ceder y renunciar todos sus derechos, reclamaciones y pretensiones sobre los territorios que se describen en esta línea, a saber: S. M. C.¹ renuncia y cede para siempre, por sí y a nombre de sus herederos y sucesores, todos los derechos que tiene sobre los territorios al Este y al Norte de dicha línea; y los Estados Unidos, en igual forma, ceden a S. M. C. y renuncian para siempre todos sus derechos, reclamaciones y pretensiones a cualesquiera territorios situados al Oeste y al Sur de la misma línea descrita”.

Desgraciadamente esta última frase, como ocurre en la mayoría de los tratados, se quedó en calidad de letra escrita. Recuérdese que los Estados Unidos ratificaron este documento en 1828, reconociendo a México como la Nación que substituía a España en el disfrute de los derechos y obligaciones que en él se establecen.

¹ Su Magestad Católica.

Por el artículo II del mismo Tratado, España vendió en cinco millones de dólares la Península de Florida, perdiendo así el control del Golfo de México; de mar español que lleva el nombre de nuestra Patria, se convirtió en golfo internacional, para llegar a ser al cabo del tiempo una zona marítima de completo dominio estadounidense, su Mediterráneo como alguna vez se ha dicho. Con esta nueva compra, los Estados Unidos acrecentaron su territorio en una superficie de 151,945 km.², que representan el 2.0% del área actual. Además por los ajustes de la frontera, obtuvo 34,797 km.² más; (0.5% del territorio actual).

Desgraciadamente la expansión estadounidense aun no terminaba, eran estos los primeros pasos de los múltiples y variados que habría de dar para acrecentar su territorio, siguiendo la trayectoria de su "destino manifiesto" el que J. W. Pratt² define como la creencia de algunos estadounidenses en "el derecho (de los Estados Unidos) de cubrir y poseer la totalidad del continente".

Reginald C. Mc. Grane³ dice que: "Defensores de la expansión pretendían que Dios y la Naturaleza habían decretado que el pueblo americano debería obtener esas regiones. Además estas áreas eran necesarias para su protección. Tenían también la obligación de extender el área de la libertad y para eso los Estados Unidos debían adquirir no sólo esas regiones sino tal vez en anexión, Canadá, México y parte de América Central, especialmente la última después de haberse propuesto allí un canal istmico. Las naciones, como los individuos, se elevan y decaen: y ya que los Estados Unidos llegaron a ser una gran nación, fué por lo tanto, natural e inevitable que debía crecer".

Como Stephen A. Douglas dijo en 1835, refiriéndose a este ambicioso futuro:

"Ustedes pueden hacer tantos tratados como gusten para aprisionar. . . esta gran República y ella los arrojará y su ruta se dirigirá hacia un límite que no me atreveré a describir".

² The origin of Manifest Destiny in American Review. Vol. 32, p. 795.

³ Obra citada.

Estas ideas ampliamente difundidas y aceptadas por una importante mayoría de estadounidenses de la mitad del siglo XIX explican, sin justificar, la actitud estadounidense frente a México hace cien años.

LO QUE SE SABIA DEL NORTE DEL PAIS

Todo el vigor y pujanza que los españoles mostraron en el centro del país para colonizarlo, faltó por completo en la zona norte. Es difícil tratar de analizar las razones que hayan determinado este diferente proceder y sólo como un apuntamiento cabe señalar que acaso haya influido el hecho de que a lo largo de las rutas exploradas, se encontraron enormes páramos y vastas extensiones áridas que hicieron perder el interés de los colonizadores. Además, no fueron localizadas muchas de las riquezas minerales que hoy se explotan y sobre todo, existía el grave impedimento de las peligrosas tribus de indios bárbaros, agresivos, que no pudieron ser dominados sino hasta mediados del siglo pasado cuando nuestros vecinos aplicaron el cruel apotegma de que "el mejor indio es el indio muerto".

Poco se había publicado sobre la parte septentrional de Nueva España y aun los textos manuscritos y cartografía eran escasos.

El Barón de Humboldt que a principio de siglo hizo una muy importante recopilación de los datos disponibles sobre la Nueva España, afirma que ⁴ "En la parte de la Nueva España situada al norte del paralelo 24°, en las provincias llamadas Internas (esto es el Nuevo México, el Gobierno de Coahuila y la Intendencia de la Nueva Vizcaya), el geógrafo se ve reducido a hacer combinaciones fundadas en los diarios de ruta. . . Así, más allá de la Ciudad de Durango, se vaga, por decirlo así, en un desierto; a pesar del apoyo de algunos mapas manuscritos que por lo común están en contradicción unos con otros; no se encuentran allí más recursos que los que tuvo el Mayor Rennell al delinear los mapas del interior de Africa".

⁴ HUMBOLDT, ALEXANDER VON. *Ensayo Político del Reyno de la Nueva España*. Tomo I, p. 144.

Más adelante dice: "Es una lástima que se hayan descrito con tan poca exactitud hasta el día de hoy las costas orientales de México al norte de Veracruz. La parte comprendida entre la embocadura del río Bravo del Norte y la del Mississippi es tan desconocida como la costa oriental del Africa entre Orange River y Fish Bay".

Mas concretamente al referirse al curso de los ríos nos dice: "Las fuentes de los ríos que nacen entre los 33° y los 42° de latitud, sobre la falda oriental de la Cordillera Central de las Provincias Internas y que van a desaguar en parte (río de las Nueces, río Colorado de Texas y río de los Brazos de Dios) inmediatamente al golfo mexicano y parte (Canadian River, Arkansas, Platte River) al Mississippi y al Misouri, estas fuentes, repito, han sido por mucho tiempo materia de incertidumbre y de vagas hipótesis geográficas. Antiguamente (y el mapa de Alzate prueba esta aserción) se creía el nacimiento del río Colorado y del río Rojo 6½° al este de la cadena central. . .".

El mismo insigne polígrafo al comparar México y Estados Unidos, hace reflexiones que es oportuno recordar:

"Si la fuerza política de dos estados dependiese únicamente del espacio que ocupan en el globo y del número de sus habitantes, si la naturaleza del suelo, la configuración de las costas, el clima, la energía del pueblo, y, sobre todo, el grado de perfección de las instituciones sociales no fuesen los principales elementos de este gran cálculo dinámico, el reino de la Nueva España podría colocarse en el día, al lado de la Confederación de las Repúblicas Americanas. En una y en otra parte se palpa el inconveniente de una población distribuida con demasiada desigualdad. La de los Estados Unidos, aunque en un suelo y en un clima menos favorecido por la naturaleza, crece con una rapidez infinitamente mayor; pero no comprende, como la población mexicana, cerca de dos millones y medio de aborígenes".⁵

"Estos indios, embrutecidos por el despotismo de los antiguos soberanos aztecas y por las vejaciones de los primeros conquistadores, aunque protegidos por las leyes españolas, en general sabias y humanas, gozan, sin embargo, de

⁵ Obra citada. Tomo I, p. 194.

⁶ Obra citada. p. 194.

muy poco de esta protección a causa de la grande lejanía de la autoridad suprema”.

Cuán equivocado estaba Humboldt en sus apreciaciones, reflejo de las ideas de su tiempo. Hoy se sabe que es precisamente en la región templada del globo donde se localizan las más importantes áreas forestales, ganaderas, agrícolas, las mayores acumulaciones humanas, etc., y, dentro de esa zona estaban situados los Estados Unidos al principio del siglo XIX y las provincias septentrionales de la Nueva España.

No cabe duda que Humboldt reunió durante su estancia en México, el mayor número de informes y noticias y que su famosa obra representa una recopilación exhaustiva de datos de primera mano. La contradicción entre algunas de sus afirmaciones con la realidad que hoy se conoce, no debe cargarse a la cuenta del Barón, es índice del desconocimiento que de esos territorios tenían nuestros antecesores.

Veamos lo que nos dice de Nuevo México.

“Muchos geógrafos parecen confundir el Nuevo México con las Provincias Internas: hablan de él como de un país rico en minas y de una vasta extensión. El célebre autor de la Historia filosófica de los establecimientos europeos en las dos Indias, ha contribuido a propagar este error. Lo que él llama el imperio del Nuevo México no es más que un largo valle ribereño habitado por miserables colonos. Es un terreno fértil, pero despoblado, falto, según se cree hasta aquí, de toda riqueza metálica,⁷ y que se extiende a lo largo del río del Norte desde los 31° hasta los 38° de latitud boreal. Esta provincia tiene de S. a N. ciento setenta y cinco leguas de largo, y de E. a O. de treinta a cincuenta de anchura. Por consiguiente su extensión territorial es mucho menor de la que suponen en el mismo país algunas personas poco instruídas en materias geográficas. Además, la vanidad nacional se complace en ensanchar los espacios y llevar muy lejos, si no en la realidad, cuando menos en la imaginación, los límites del país ocupado por los españoles”. Pero lo cierto es que se desconocía su extensión; por enton-

⁷ En 1944 se extrajeron 126 millones de dólares en productos mineros.

ces se le atribuían 100 227 km.² y hoy sabemos que alcanzaba 343 818 km.²

"Sorprende el ver que después de dos siglos de colonización la provincia del Nuevo México no esté aún contigua a la intendencia de la Nueva Vizcaya. Un desierto, en que algunas veces los caminantes se ven acometidos por los indios cumanches, separa las dos provincias y se prolonga desde el Paso del Norte hasta la Villa de Albuquerque. Sin embargo, antes del año de 1680, en que se registró una sublevación general de los indios del Nuevo México, tal extensión de terreno inculto e inhabitado era menos considerable que hoy día. Entonces había tres pueblos, San Pascual, Semillete y Socorro, que estaban situados entre el pantano del Muerto y Santa Fé. En 1760 todavía vió las ruinas de ellos el Obispo Tamarón y encontró en los campos, albaricoques que se habían vuelto silvestres; prueba de la antigua cultura del país. Los dos puntos más peligrosos para los caminantes son el desfiladero de Robledo, al oeste del río del Norte, frente a la Sierra de Doña Ana, y el Desierto del Muerto, en donde los indios nómadas han asesinado a muchos blancos.⁸

"El desierto del Muerto es una llanura sin agua, de treinta leguas de largo. En general toda esta región es de una sequedad espantosa, pues las montañas de los Mansos, situadas al este del camino que va de Durango a Santa Fe, no tienen ni un solo arroyo. A pesar de la suavidad del clima y de los progresos de la industria, una gran parte de este país, lo mismo que la vieja California y varios distritos de la Nueva Vizcaya y de la Intendencia de Guadaluajara, nunca podrán mantener una población considerable". Sin embargo, de 40 200 habitantes en 1803 ha pasado a 317 622 en 1940.

Respecto a la Alta California, el ilustre escritor nos dice:

"En las cartas españolas se llama Nueva California toda la costa del grande océano, que corre desde el istmo de la Vieja California, o desde la bahía de Todos los Santos (al

⁸ Entre el Missouri y el Arkansas no se pueden cultivar el añil y el algodón más que hasta los 36° de latitud; el azúcar a los 37½°, (Long. Expedit. II, 348).

sur del puerto de San Diego) hasta el cabo Mendocino. Es un terreno largo y angosto en donde ha establecido misiones y puestos militares, de 40 años a esta parte, el Gobierno de México. Hacia el norte del puerto de San Francisco, que dista más de 78 leguas del cabo Mendocino, no existe ni un pueblo, ni siquiera una hacienda. La provincia de Nueva California sólo tiene hoy día 197 leguas de largo y de 9 a 10 de anchura”.

Más adelante comenta con acierto:

“¡Al considerar los atrevidos viajes, emprendidos por los primeros conquistadores en México, en el Perú y en el río de Amazonas, causa gran maravilla el ver que esa misma nación no haya sabido, en dos siglos hallar por tierra un camino en la Nueva España, desde Taos al puerto de Monterrey, ni en la Nueva Granada, desde Santa Fe a Cartagena o desde Quito a Panamá; ni en la Guayana, desde la Esmeralda hasta Santo Tomás de la Angostura”.

Por último nos da noticias que son augurio de la gran riqueza agrícola de esa comarca:

“Al contrario del suelo de la Vieja California, que es árido y pedregoso, el de la Nueva es fértil y todo él está regado; por lo cual es de lo más delicioso y pintoresco que pueda verse. El clima es ahí mucho más benigno que a igual altitud en las costas orientales del nuevo continente. El cielo de ordinario está cubierto; pero las nieblas que a menudo dificultan el surgidero en las costas de Monterrey y San Francisco, avivan la vegetación y fertilizan la tierra, cubierta siempre de un mantillo negro y esponjoso”.

De Texas decía el ilustre Barón:

“La parte que se extiende desde el embocadero del río Grande del norte hasta el de Sabina, es casi desconocida todavía: ningún navegante la ha examinado, a pesar de que sería muy importante el hallar un buen puerto en aquella extremidad boreal del Golfo de México. Por desgracia, las costas orientales de la Nueva España presentan en todas partes los mismos obstáculos, esto es, poco fondo para buques que calen más de 38 decímetros de agua, barras en la desembocadura de los ríos, lenguas de tierra e islotes largos con dirección paralela a la del continente y que impiden al entrada en el fondeadero interior. El litoral de las

provincias de Santander y de Texas, desde los 21° hasta los 29° de latitud, presenta una especie de festón muy singular y deja ver una serie de remansos de aguas inferiores, que tienen de cuatro a cinco leguas de anchura y de cuarenta a cincuenta de largo, a los que se da el nombre de lagunas o lagos salados. Algunos de ellos (entre otros la laguna de Tamiahua) constituyen verdaderos callejones sin salida; otros, como la laguna Madre y la de San Bernardo, comunican con el océano por varios canales; y estos últimos favorecen el cabotaje; porque los barcos costeros encuentran allí un abrigo de las grandes olas del mar”.

Al comentar el abandono y despoblación, se expresa así:

“Unos vastos arenales, cubiertos de gramíneas, sirven de límites comunes al territorio de la Confederación Americana y al Mexicano. Toda la comarca al oeste del Missisipi, desde el río de los Bueyes hasta el Colorado de Texas, está desierta. Estos arenales en parte pantanosos, ofrecen obstáculos fáciles de vencer y pueden considerarse como un brazo de mar que separa dos costas vecinas, pero cuyo paso no tardará en franquear la industria de los nuevos colonos. Las provincias atlánticas de los Estados Unidos han visto refluir al principio su población hacia el Ohio y el Tennessee, después hacia la Louisiana. Una parte de esta población movable irá alejándose hacia el oeste, y sólo el nombre de territorio mexicano hará nacer la idea de la proximidad de las minas. En las márgenes del río Mermentas, el colono americano creará tocar ya un terreno que oculta riquezas metálicas; y este error, propagado entre la gente común, dará lugar a nuevas migraciones, sin que lleguen a saber hasta muy tarde que las famosas minas de Catorce, que son las más próximas a la Louisiana, todavía distan cerca de trescientas leguas”.

Este panorama no había cambiado para 1835, según el resumen que Roa Bárcena hace de la Noticia Estadística del General Almonte, quien describiendo sus tres departamentos dice:

“El Departamento de Béjar tiene de cabecera a San Antonio de Béjar, y sus principales poblaciones son estas: Goliat o Bahía del Espíritu Santo y San Patricio. Existen

dos misiones a inmediaciones de Béjar, y han sido abandonadas dos en sus cercanías y otras dos que hubo cerca de la Bahía del Espíritu Santo. Hay varias colonias en este departamento; pero solo dos han prosperado y son, una de mexicanos sobre el río Guadalupe y otra de irlandeses sobre el Nueces; la población a excepción de San Patricio, es toda de mexicanos. San Antonio de Béjar se erigió en Presidio el 28 de noviembre de 1830, y sus primeros pobladores fueron veintiséis familias de las Islas Canarias”.

“Del Departamento de Brazos es cabecera San Felipe de Austin, y sus demás poblaciones principales son: Brasoria, Matagorda, González, Harrisburgo, Mina y Velasco. El terreno que se halla en la comprensión de estos pueblos es lo que generalmente llaman la colonia de Austin. San Felipe de Austin se fundó en 1824. En este departamento estableció el General Terán dos puestos militares ya abandonados; el uno en la boca del río Brazos, y el otro en Tenoxtitlán, sobre el mismo río”.

“El Departamento de Nacogdoches fué fundado en 1778 por emigrados de Louisiana pertenecientes entonces a España. El General Terán había establecido puntos militares en Nacogdoches, Terán y Anáhuac”.

Bien pobre es esta información, indicio de la despreciación y acaso desdén con que se vieron estas tierras por nuestros ancestros; en cambio, nuestros vecinos, las exploraban y reconocían, enviando colonos que penetraban a Texas al amparo de torpes y “generosas concesiones” como ellos mismos reconocen y que más tarde se alzarían con la tierra.

LAS NEGOCIACIONES

A fines de agosto de 1847, estando ya los tropas estadounidenses en la Cuenca de México y tras las luchas de Padierna y Churubusco, se concertó un armisticio y se recibió del señor Nicolás B. Trist, Plenipotenciario de los Estados Unidos, un proyecto de tratado en el que con toda precisión se describían los límites que se deseaban adoptar, pidiéndose la cesión de Texas, Nuevo México, parte de Tamaulipas, Alta y Baja California. La demanda por Te-

xas moviendo su lindero del río de las Nueces al Bravo, se esperaba, era ya una vieja cuestión, en cambio la petición sobre Nuevo México y las Californias, como indemnización de guerra, causó sorpresa.

Es oportuno destacar el hecho de que estas instrucciones las había recibido el Plenipotenciario ocho meses antes, lo que demuestra el conocimiento que tenían de nuestro territorio y la existencia de un plan preconcebido de expansión y no un hecho resultado de los azares de la guerra como se ha presentado, al pretender que Nuevo México y California se tomarían como pago de los gastos de movilización.

El comisionado aceptó retirar su petición sobre la Baja California, al solicitarlo los representantes mexicanos, pero en lo demás se mantuvo firme.

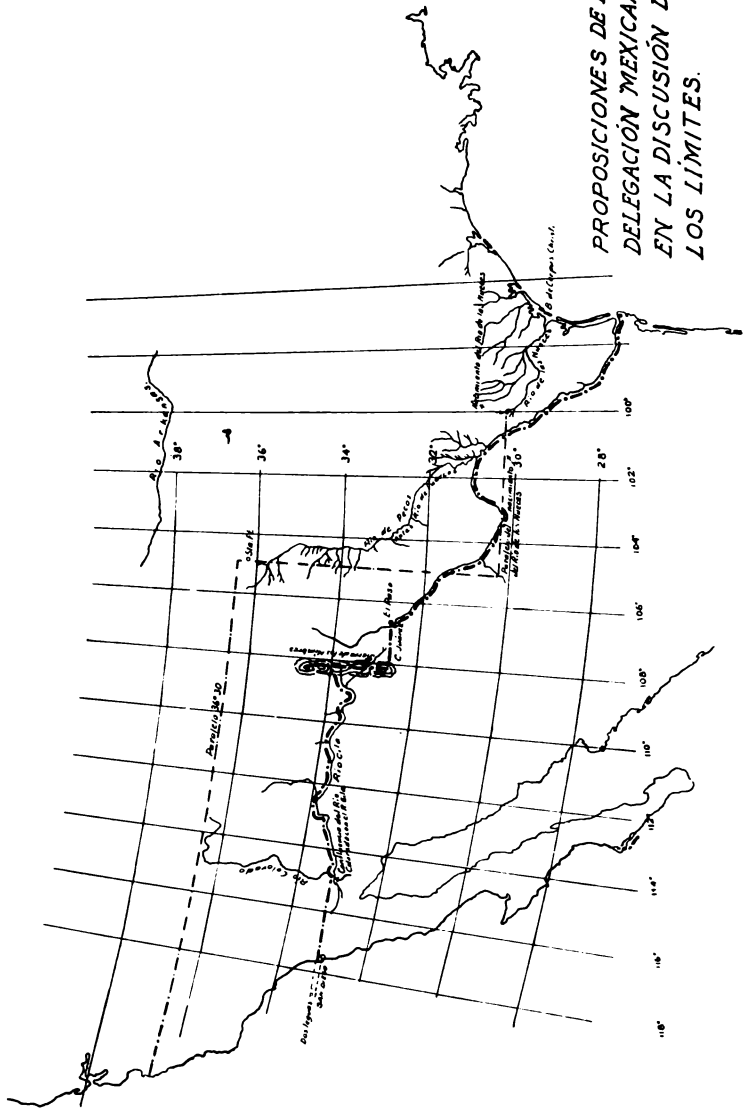
En agosto no se llegó a ningún acuerdo por la negativa mexicana y fué en octubre, después del derrumbe de la defensa militar, cuando se reanudaron las conversaciones sobre las mismas peticiones, las que sirvieron de base al tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado en febrero de 1848.

Ya hemos mencionado la tendencia expansionista estadounidense, que pedía más y más tierras para acrecentar su territorio. Dentro de ella, Texas, representaba una ambición antigua y una lógica absorción, si se toma en cuenta que se trataba de un territorio contiguo al estadounidense.

¿Por qué, —cabe preguntar— pidió la cesión adicional de Nuevo México y las Californias? Esto fué motivado no sólo por una ambición territorial, porque si así hubiese sido tal vez, se habría pretendido la anexión total de Tamaulipas, acaso Coahuila, tal vez Chihuahua.

Recuérdese que la agresión a México se inició en 1846, simultáneamente al apoderamiento del Oregón. Esto es indicio de que sus conquistas buscaban además las costas del Pacífico. Convencida de su "destino manifiesto", para ser potencia continental necesitaba litorales en los dos océanos y no en balde Asa Whitney había insistido desde 1832, que para asegurar el comercio con China, había que buscar rutas transcontinentales.

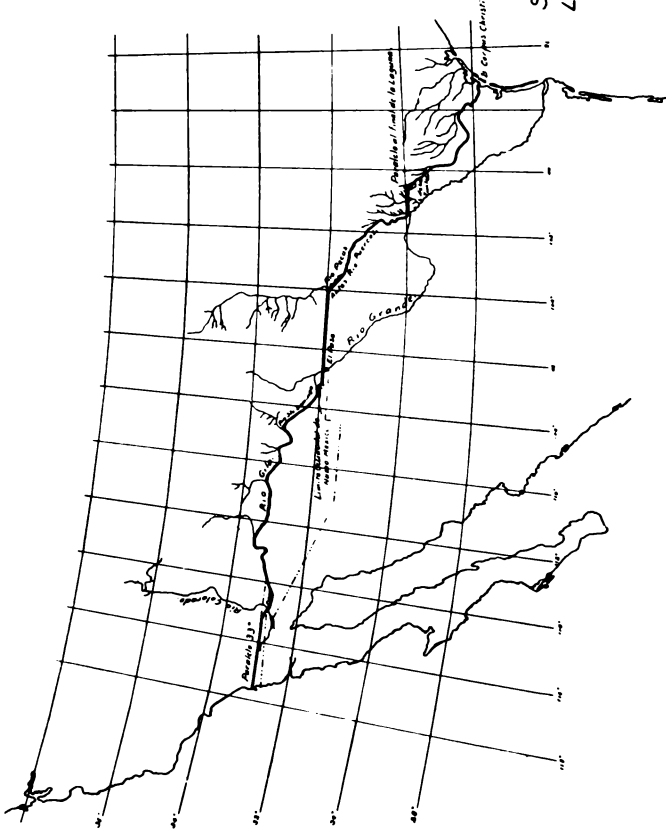
Si se estudia una carta de los Estados Unidos en la que aparezca el relieve y los ferrocarriles, se observará que exis-



PROPOSICIONES DE LA
 DELEGACION MEXICANA
 EN LA DISCUSION DE
 LOS LÍMITES.

Primer Proyecto Mexicano — — — — —
 Segundo Idem - - - - -

**SEGUNDO PROYECTO DE
LIMITES DE MR. TRIST. -- --**



ten cuatro rutas transcontinentales que aprovechan los puertos o puntos de menor altura de la serranía para pasar de las llanuras centrales al Pacífico, salvando las Montañas Rocosas. Es en esta región donde los pasos están obligados, no así en el este en que las comunicaciones pueden tomar diversas rutas, y por eso forman tupida red.

La seducción que el Pacífico ofrece a los estadounidenses, puede apreciarse al observar el hecho de que las rutas tienen nombres que incluyen a este Océano. Northern Pacific se llama la primera, que se aproxima a la frontera canadiense y requirió la posesión de Oregón para poder salir a la costa.

Central Pacific es la segunda que parte de Kansas y Nebraska y necesitó del antiguo territorio de la Alta California para desembocar en San Francisco.

La línea Atlantic and Pacific liga el Mississipi medio con el Océano Occidental, atravesando Texas, Nuevo México y Alta California, para concluir también en San Francisco.

La cuarta ruta, Texas and Pacific, que va de San Diego a Corpus Christi y es la más corta ruta transcontinental, fué motivo de una nueva pérdida de territorio. La frontera convenida en 1848, cortaba la ruta, dejando el puerto que en este caso lo formaba el Valle de Gila dentro de México y para vencer el obstáculo se compró en 1853 la Mesilla y se integró la línea, con mengua de los estados de Chihuahua y Sonora.

Cuando nuestros comisionados, capaces y valerosos, luchaban celosamente en medio del infortunio, pretendieron que la frontera partiera en el oriente de Corpus Christi apoyándose en los límites tradicionales de Texas, el comisionado estadounidense falto de razones, presentó argucias tan deleznable que su análisis demuestra que no estaban convencidos de su razón. En realidad eran objetivos geopolíticos los inspiradores de la línea propuesta, tratando de asegurar en terrenos áridos, una corriente tan importante como el río Bravo, que era navegable entonces y ofrecía la seducción de su fértil valle inferior y la línea transcontinental citada. Al poniente, donde no existía ni la más remota justificación en la absorción de territorio, Trist

pidió que San Diego, la magnífica bahía, quedase en la zona cedida, como discretamente le llaman los estadounidenses, y al objetar nuestros comisionados, afirmando que el punto había pertenecido a la Baja California, el Plenipotenciario yanqui replicó en forma tan categórica, que hizo que nuestros representantes informaran:

"Su convicción en esta parte es tal y las instrucciones de su gobierno tan precisas en la materia, que todo esfuerzo para hacerlo ceder es sin fruto".

Fué necesario entregar San Diego y como índice de la preocupación estadounidense al respecto, el tratado vago e impreciso en la delimitación, al referirse a la parte occidental dice: "Y para evitar toda dificultad al trazar sobre la tierra el límite que separa la Alta de la Baja California, queda convenido que dicho límite consistirá en una línea recta tirada desde la mitad del río Gila en el punto donde se une con el Colorado, hasta el punto en la costa del mar Pacífico, distante una legua marina al sur del punto más meridional del puerto de San Diego, según este puerto está dibujado en el plano que levantó en el año de 1772 el segundo piloto de la Armada Española D. Juan Pantoja..."

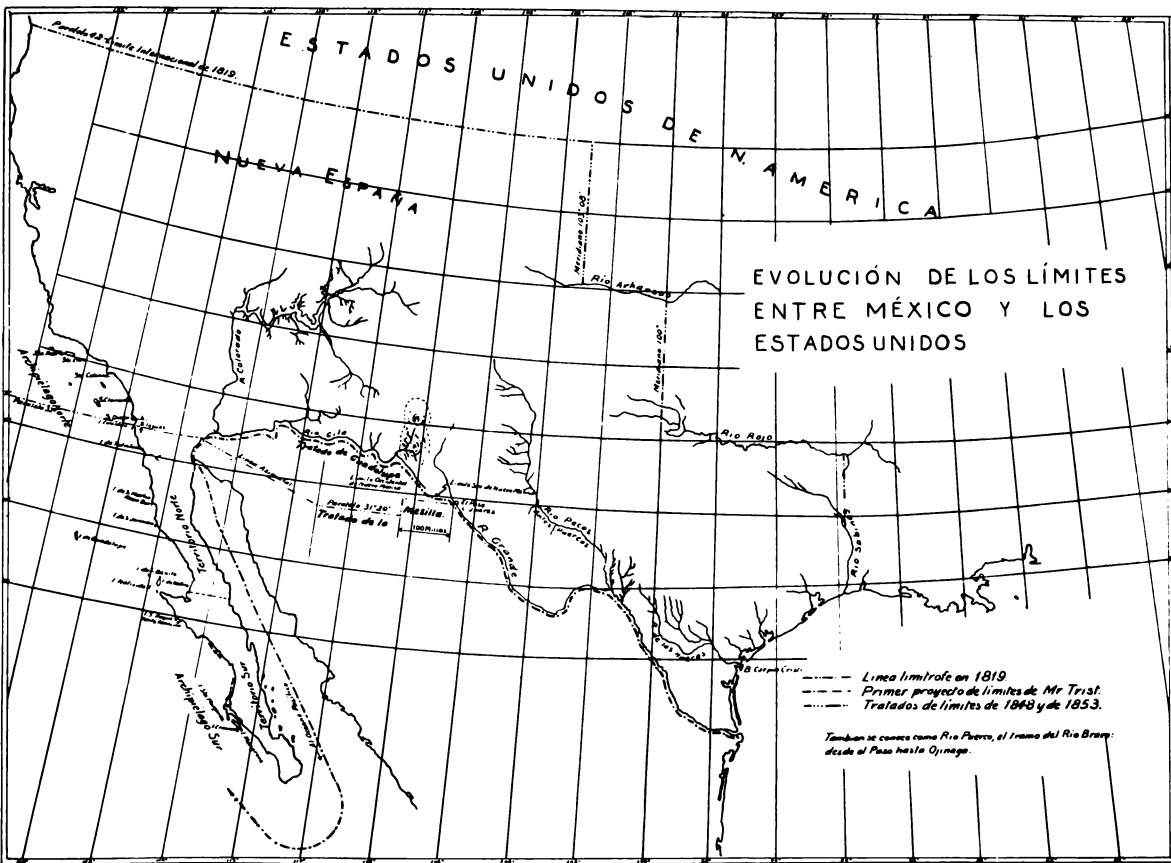
LO QUE PERDIMOS

Los territorios perdidos ya sea los que se anexaron en 1845, los "cedidos en 1848" como se les llama con eufemismo y los vendidos en 1853, cubren una superficie de 2.378,540 km.² según cartas modernas.

Con Texas y parte de Tamaulipas, se fueron 1.007,940 km.², en Nuevo México y la Alta California parte de Sonora y Chihuahua 1.370,600 km.²

México conservó 1.963,890 km.² 45% de lo que recibió de España, perdiendo el 55%

En 1831 se llevó a cabo un censo en el que se atribuía a la nación 6.382,264 habitantes; Nuevo México figura con 50,000; la Alta California con 27,000 y el Estado de Coahuila y Texas con 77,795. Es correcto tomando en cuenta otras estimaciones, considerar para Texas 30,000



habitantes por esos años; de este suerte con los territorios perdidos México entregó 107,000 habitantes.

Los amplios territorios que pasaron a los Estados Unidos sufrieron una profunda modificación en su división territorial. Texas conservó su carácter de Estado miembro de la Unión, pero no la totalidad de su territorio que se redujo a 692,408 km.² (66.2% del área original) y de él se tomaron 245,000 km.² (24.3%) para el Estado de Nuevo México: 13,300 km.² (1.3%) para el Estado de Oklahoma; 17,300 km.² (1.7%) para el Estado de Kansas, 65,000 km.² (6.45%) para el Estado de Colorado.

Las antiguas provincias de Nuevo México y California de linderos imprecisos y la Mesilla, se fraccionaron para integrar los Estados de California, Nevada, Utah, Arizona, y contribuir con importantes áreas para el Estado de Nuevo México, Colorado y Wyoming.

Analicemos *grosso modo*, los recursos que actualmente se explotan, para de esta suerte poder valuar en unidades materiales, la pérdida que sufrimos.

Texas es un territorio extraordinariamente rico, tanto en sus recursos rurales, como por sus reservas petroleras y minería.

De 30,000 habitantes que tenía aproximadamente a tiempo de perderlo, ha pasado a seis millones y medio y es tal su riqueza minera que en el año de 1944 extrajo del seno de la tierra, productos con valor de 1,319 millones de dólares, en cambio todo nuestro país para ese mismo año, sólo pudo extraer 620 millones de pesos.

Su ganadería espléndida le ha permitido tener en algunos años 827 mil cabezas de caballo, 1,052,000 mulas, 936,000 vacas lecheras y 6 millones de cabezas de ganado de cría, tres y medio millones de carneros, y más de un millón de cerdos.

Su agricultura es vigorosa y rica, destacándose principalmente la producción de algodón, de maíz, trigo, avena y legumbres. Sus vías férreas alcanzaron 26,000 km, cuando nuestro total nacional sólo ascendió a 20,000 km.

Esto es el Texas de hoy.

En *Nuevo México* la población no ha aumentado con el mismo ritmo. De cincuenta mil habitantes que tenía en

los treinta del siglo pasado, apenas se ha llegado a 550,000 de habitantes en 1940.

La producción agrícola es bastante importante sobre todo desde que se construyeron obras sobre el río Bravo y su riqueza minera le permitió extraer en 1944, 126 millones de dólares de productos.

Colorado es un estado que se integró aproximadamente con 66% de territorio mexicano. Su población actual se eleva a 1.123,000 habitantes y en él la ganadería y la agricultura se destacan como actividades principales que le han permitido tener un millón y medio de cabezas de ganado vacuno, trescientas mil de caballar, un millón setecientos mil de carneros, ciento ocho mil cerdos y una importante producción minera que representó en 1944 setenta y nueve millones de dólares.

Arizona es un Estado formado en su totalidad con antiguas tierras mexicanas en el que no ha sido posible que la población se incremente fuertemente; sólo ha llegado a medio millón de habitantes y la agricultura y la ganadería se han ampliado en los últimos años por la construcción de importantes obras de regadío. También la minería es un recurso de primer orden y en 1944 obtuvo productos por valor de ciento dieciséis millones de dólares.

Utah.—Entidad que se integró exclusivamente con tierras mexicanas, no ha podido incrementar fuertemente su población habiendo alcanzado 550,000 habitantes en 1940.

La ganadería y la agricultura representan las actividades principales y también el aprovechamiento de sus importantes bosques con abeto, arce, cedro, roble, caoba. Respecto a sus recursos mineros, los dispone en abundancia y tiene la fortuna de tener carbón en las vecindades del hierro; también manganeso, yeso, sal gema. Los productos mineros en el año de 1944 representaron 150 millones de dólares.

Nevada también se formó exclusivamente con antiguos terrenos mexicanos, actualmente tiene una población de 110,000 habitantes y se levanta en ella la Sierra Nevada que le ha permitido disponer de grandes elementos para el regadío artificial, lo mismo puede decirse de su ganadería

y otros importantes recursos forestales, ya que sólo de bosques nacionales tiene tres millones de hectáreas.

También como los estados vecinos su primitivo desarrollo lo debió a la minería, si bien ha venido ésta a menos, obteniendo en 1944 productos por valor de cincuenta y dos millones de dólares.

Llegamos por fin al vergel de *California* en el que parece que la naturaleza se mostró pródiga en todos sus dones. El suelo es fértil, las lluvias moderadas, los ríos permanentes y el clima casi siempre primaveral.

Una de las formas más adelantadas de la agricultura se observan en este Estado, particularmente en el cultivo de los frutales.

La pesca también es fuente de importantes ingresos; pero sobre todos ellos, se destaca su riqueza minera que le permitió extraer en 1944 seiscientos seis millones de dólares.

Su población ha crecido también en forma extraordinaria. En 1803 tenía quince mil seiscientos habitantes, en los treinta del siglo pasado, veintisiete mil y en nuestros días siete millones.

Al resumir la transformación de la zona perdida, debemos puntualizar que su gran riqueza humana actual es obra de ellos. De ciento siete mil habitantes que estaban en esos territorios hace un siglo, hoy lo habitan dieciséis y medio millones.

Muy rápida ha sido esta visión panorámica, exclusivamente con el objeto de señalar los enormes rendimientos que estas tierras producen y que significan la pérdida positiva que el país sufrió.

Se fueron en estos territorios recursos como el petróleo, tan importante, que sólo en California se extrae el 20% del total de la producción de los Estados Unidos y en Texas el 35%, o sea que en esos dos Estados se produce el 55% del petróleo estadounidense y si consideramos lo que se extrae en los antiguos territorios mexicanos de Oklahoma, Arizona, Nuevo México y Colorado, no es aventurado asegurar que las dos terceras partes de la total producción petrolera estadounidense se obtienen de los territorios que hace un siglo eran nuestros.

También la minería es recurso destacado en estas tierras y dentro de una producción total de la nación vecina, con valor de 8,056.000,000 dólares registrada en 1942, Texas ocupó el primer lugar de la Nación con 14.7% y California el tercero con 8.7%, es decir, sólo estos Estados produjeron en ese año 1,853.000,000 dólares, cuando la nación mexicana en total sólo pudo producir seiscientos veinte millones de pesos.

Si pasamos a la ganadería, podemos señalar que se localizó en esos territorios la tercera parte de la zona ganadera templada más importante del mundo y que, respecto a la agricultura, tiene la fortuna de disponer de tierras también templadas con suelos fértiles y profundos, planos y propicios para la mecanización; adecuados para el trigo y el maíz que producen en grandes cantidades.

Se fueron también los grandes bosques templados de la Sierra Nevada y de las Montañas Rocosas y, grima da recordarlo, el río Bravo y el Colorado, caudalosas corrientes, fuentes de energía, abastecedoras de agua para regadío, la industria y los servicios municipales.

Desde el punto de vista de vialidad, perdimos la posibilidad de rutas transcontinentales fuera del trópico y las magníficas bahías de San Francisco, Monterrey y San Diego en el Pacífico, Galveston y Corpus Christi en el Atlántico. Obsérvese el hecho que la vigorosa Sierra Madre Occidental, nos ha impedido todavía comunicar Chihuahua y Durango, con Sonora y Sinaloa.

Con actitud realista, franca y leal, debemos preguntarnos ¿Por qué esos territorios perdidos han prosperado? ¿Su progreso guarda proporción con la evolución de la Nación Mexicana?

El técnico positivo que pretendo ser, debe contestar con la afirmación enfática de que esos territorios están en general muy bien dotados y que si bien el hombre ha tenido que realizar esfuerzos vigorosos, para vencer la naturaleza y dominarla, su lucha ha encontrado recompensa generosa y estimulante. Eso explica también por qué han superado en su ritmo a la evolución mexicana.

LO QUE NOS QUEDA

AHORA volvamos los ojos a lo que conservamos: desgraciadamente, en términos generales, son áreas pobres de recursos, sin que esto quiera decir que carezcan en lo absoluto de ellos.

Disponemos de llanuras y buenos suelos, donde no llueve y las corrientes fluviales son escasas; nuestros recursos mineros explorados no dan indicios de riquezas abundantes en hierro, carbón y demás minerales industriales; disponemos de plata, pero su demanda cada vez es menor; nuestros bosques importantes son los tropicales, de bajo rendimiento económico por superficie; los de maderas suaves de tierras frías y templadas, cada vez se reducen y debemos importar madera; sólo nuestra ganadería tiene perspectivas amplias aun no aprovechadas y ahora la fiebre aftosa se presenta para detener su progreso.

¿Quiere decir esto que pensando en la pobreza de nuestros recursos materiales, debemos declararnos vencidos?

No lo creemos así. Los recursos disponibles son efectivamente inferiores a los de la U.R.S.S., a los de los Estados Unidos; en ciertos aspectos a los argentinos y brasileños, pero aún estamos muy lejos de aprovecharlos íntegramente. Podemos, si nos proponemos, alimentar a una población dos o tres veces superior a la actual; hay fuentes mineras aun no explotadas y la ganadería ofrece perspectivas extraordinarias. Vivimos junto al más grande consumidor de carne y tiene escasez de ella. ¿Por qué no tecnificar esta actividad y alimentar a nuestro pueblo y exportar los excedentes? El mar, acuario natural, ha sido espléndido y somos muy ricos en reservas pesqueras, fuente de alimentos, de materias primas y artículos de exportación.

Nuestra industria, precaria y desorientada, cada día se afirma; no para competir con nuestros vecinos sino que, encaminada a la satisfacción de nuestro consumo, al abaratamiento del costo de la vida, creación de fuentes de trabajo, aprovechamiento de nuestras materias primas y poco ambiciosa respecto a la exportación, mientras no se piense seriamente en la reducción de los costos.

Las tierras tropicales representan una fuente inexplorada que debemos poner en marcha. Frente a los productos templados y fríos, nuestra situación es precaria, pero podemos ser el proveedor de Estados Unidos de frutos tropicales, de materias primas semielaboradas y acaso totalmente transformadas.

Falta analizar el aspecto geopolítico. Convertidos los Estados Unidos en potencia militar, sus costas ofrecen defensas casi inexpugnables y uno de sus puntos débiles, lo representa la frontera mexicana.

Como las grandes cadenas montañosas siguen dirección norte sur, en lugar de trasponerlas, no cabe duda que es preferible penetrar a través de México para seguir los valles intermontañosos.

El Istmo de Tehuantepec, siempre codiciado por nuestros vecinos, representa un clavo ardiendo en nuestras manos. Es necesario aprovechar ese accidente natural, pero al mismo tiempo, guardar el decoro para evitar se repita lo de Panamá o lo que se ha venido preparando en Nicaragua.

Todos estos elementos podrían justificar el comentario que alguien nos hacía en días pasados sobre el nombre de este escrito. ¿Por qué una de las partes del título es "lo que nos queda"? Mejor —sugería— debiera ser "lo que perderemos".

Eso es pesimismo e incomprensión de los hechos y sobre todo, olvido del momento en que vivimos y menosprecio de lo que somos.

Ha pasado ya la etapa de las expansiones territoriales; ahora el "destino manifiesto", ha tomado otras formas, caracterizándose en nuestros días por los imperialismos económicos y políticos; son estos contra los que hay que luchar, vencidos de que la tierra está a salvo.

¿Pero qué valor tiene conservar la soberanía del territorio cuando el usufructo está en manos extranjeras? Es ahí adonde hay que orientar las rebeldías; no tiene caso chillar y gritar contra nuestros vecinos, si después, serviles, no sabemos luchar en el campo económico y en el político para exigir respeto, o cuando con todo derecho nos apoderamos de una riqueza nuestra como el petróleo no podemos explotarla con eficiencia y acierto.

Tampoco es posible demandar independencia absoluta o aislamiento; habrá que ofrecer cooperación a cambio de lo mismo.

La geografía nos ha ligado y lo sensato, lo cuerdo y lo digno, deberá consistir en establecer un *modus vivendi* de colaboración, pero para ello se necesita que pongamos en marcha nuestras voluntades y realicemos esfuerzos constructivos para beneficio común.

Un ejemplo nos puede ilustrar esto. Hace unos cuantos años, ante el temor de una invasión japonesa, los Estados Unidos solicitaron enviar tropas a la Baja California para impedir un desembarco.

Un patriota era Secretario de la Defensa y con dignidad propuso: "proporcionen ustedes los elementos y nosotros construiremos defensas y adiestraremos las tropas necesarias".

Así se hizo y los militares estadounidenses públicamente han manifestado su satisfacción, por los preparativos defensivos llevados a cabo.

Con toda lealtad debemos preguntarnos: ¿Si México no hubiera puesto en estado de defensa la Baja California, qué podría haber acontecido? ¿Quién hubiera sido el responsable de las consecuencias?

No hay que olvidar que tenemos una personalidad que estamos obligados a conservar. Somos un pueblo de amplia base aborigen que recibió savia hispana y con ella, lengua y cultura de raíz latina. Realizado el mestizaje, el medio geográfico lo ha modelado dándole características especiales que definen nuestra fisonomía colectiva.

Eso sí está en peligro, no la tierra. Debemos, como resultado de estas meditaciones, hacernos el firme propósito de mantener intacta nuestra personalidad a base de trabajo, de esfuerzo y fe en nosotros mismos.

Desde hace cien años nuestro destino ha tomado otras rutas, pudimos ser potencia; propongámonos ahora un ideal más modesto si bien acaso más hermoso: robustecer a nuestro país y conservarlo como pueblo libre, de economía saneada y donde impere el bienestar social.

EL IMPERIALISMO EN AMERICA LATINA

Por Manuel MORENO SÁNCHEZ

Esquema y significados

Las palabras son útiles que deben manejarse con cuidado especial. Cuanto más importantes, el papel que desempeñan en la expresión del pensamiento es más complejo. Si se apoderan de nosotros y nos dominan, nos llevan a la deriva en medio de un temporal de confusiones. Por eso debemos siempre principiar por gobernarlas delimitando sus significados.

Cauces del pensamiento, de tanto transcurrir por ellos como que las palabras se azolvan con el tiempo y para usarlas nuevamente se impone una tarea que renueva lo que tuerce el sentido, hasta que, limpias y despejadas, podamos abrir las esclusas y soltar las ideas.

En el título que damos a estas páginas, podemos detenernos previa y brevemente para explicar qué entenderemos aquí por *imperialismo* y qué queremos decir con *América Latina*. La necesidad de ello es obvia. Bastaría que el lector entrecerrara los ojos, evocando los tan diversos y vastos significados de esas palabras, para que una especie de mareo que enturbia el pensamiento se apodere de él y le impida fijar sus juicios y considerar sus tesis.

Del imperialismo se han señalado connotaciones relativas a diferentes épocas y propósitos históricos. Romano, español, inglés, norteamericano; antiguo, moderno; colonial, mercantil, financiero; político, militar, cultural. Esas calificativas pretenden delimitar, dentro del vasto alcance de la palabra, un terreno que acorte y precise el concepto. Pero las confusiones no vienen solamente de tales adjetivos, ni ellos, con toda su fuerza, pueden realmente dar contorno

claro al sustantivo que perseguimos. Su significado varía también sensiblemente de acuerdo con las ideas fundamentales de quienes han usado de la palabra en forma destacada. Spengler, Lenin, Bujarin, son a ese respecto tres ejemplos elegidos un poco al azar.

Dentro de la visión spengleriana del desarrollo histórico, las culturas viven y mueren; agotados sus recursos creadores, perdido su sentido propio dentro de la historia, una cultura se vuelve civilización, se petrifica, se mecaniza y así comienza dentro de ella un proceso que la descompone y la conduce a su extinción histórica. Las formas económicas y políticas de esas etapas finales, es lo que se denomina imperialismo.

Lenin, partiendo de Rosa Luxemburgo y de Hilferding, concibe el imperialismo como la época final del régimen capitalista. A él conduce un vasto proceso de acumulación y concentración de capital, expresado en grandes monopolios y organizaciones comerciales, industriales y financieras que invaden círculos económicos menos evolucionados, pueblos, naciones, continentes, a donde exportan ya no mercancías únicamente, sino capital. A esa exportación de capital y sus consecuencias económico-políticas se denomina imperialismo.

Bujarin, concibió al imperialismo como una gigantesca división del trabajo entre los pueblos, de modo que unos son industriales y otros agrícolas, unos producen materias primas sin elaborar y las venden a los pueblos industrializados para su manufactura y éstos se las devuelven a cambio de nuevas materias primas. La dependencia y explotación económica que padecen los pueblos agrícolas se considera imperialismo.

Esos tres ejemplos bastan para estimar la riqueza expresiva de la palabra que usamos. Para los fines de nuestra exposición, imperialismo quiere decir de cualquier modo una forma de dominio cuyos grados varían, pero que, fundada en relaciones económicas, establece la dependencia de unos pueblos de otros, y en la que si los dependientes no son determinados por completo, el imperialismo imprime dentro de su vida y desarrollo histórico una señal, una orientación, una marca.

Para América Latina, en el imperialismo que ha padecido tradicionalmente unificamos diferentes formas de predominio que, partiendo de la ocupación o conquista después del descubrimiento se han mantenido hasta la fecha, si bien cambiando de propósitos y fundamento. Contra ese poderío, América Latina ha luchado siempre para verse libre y disponer de su propio destino y alcanzar, mediante una economía autónoma, las notas diferenciales de su personalidad cultural hasta ahora sólo entrevistas.

De igual manera, si nos preguntamos lo que queremos decir por *América Latina*. No hay en ella una unidad real que apoye un concepto definido. Un conjunto de países cuyas economías no se encuentran coordinadas ni son interdependientes; pero que mantienen no obstante una misma voluntad de actuación histórica fundamental por más que en muchas cuestiones concretas no estén acordes unánimemente. Ante todo, América Latina es una región geográfica, un conjunto de regiones económicas que tienen, en conjunto, caracteres semejantes en el pasado y el presente. Para nosotros, ahora, es una gran zona del Continente Americano, que en términos generales se extiende al sur del Río Bravo y en que existen pueblos originados por la influencia española, portuguesa, francesa, inglesa y norteamericana, donde otros países europeos tienen todavía *colonias*, territorios sin categoría política definida y quizás en camino de alcanzar un perfil social e histórico.

Las "etapas" del imperialismo

AMÉRICA LATINA ha padecido siempre alguna forma de dependencia política, económica o cultural. Otros países, economías extrañas, han fincado sobre ella, de diversos modos un conjunto de formas de dominio, de sujeción, de preponderancia. Tales manifestaciones de poder han pasado por épocas diferentes cambiando de sentido.

La *dominación* española se desarrolla a partir del siglo XVI con las conquistas, ocupaciones y fundaciones de ciudades, con el asentamiento de europeos y africanos y la fijación de los indígenas en núcleos útiles para la economía colonial. El proceso que va perfilando esa dominación es

sumamente complejo y se resuelve en los actos y determinaciones, normas y sistemas, que establecieron el imperio español.

América fué para España, desde un principio, un vasto mercado, una fuente de metales preciosos, una zona de expansión demográfica, de influencia cultural y, por eso, una razón de fuerza política en Europa. En el dominio español de América resuena el crecimiento y la declinación del poderío de Carlos V; así, las energías y valores hallados en el Nuevo Continente son empleados en la lucha por el predominio y unidad imperiales; pero a medida que el imperio se disgrega, las regiones del norte de Europa se industrializan y adquieren un tono comercial y financiero agresivo, el sur, la España misma, se estanca y se mantiene fiel a formas económicas menos elásticas.

En América los españoles establecen la feudalización, en bien de la clase burguesa metropolitana. Por de pronto ello conduce a la organización de un tipo de economía territorial basada en la apropiación de grandes extensiones comprendiendo en la relación de propiedad a los hombres que las habitaban; de un sistema principalmente extractivo de los recursos *inmediatos* y de un comercio forzosamente mantenido dentro de estancos y monopolios; en suma, a la creación de una economía de ritmo descendente, orientada hacia el estacionamiento, una economía a la defensiva que, desde muy pronto, empezó a sufrir los ataques de los sistemas mercantiles fundados en la libre competencia y en el desarrollo industrial, los cuales apoyando las ideas de la burguesía europea, le exigían libre comercio, libre contratación, libre navegación.

En los rasgos fundamentales, lo que se dice de España puede decirse también de la dominación portuguesa en América; mientras que, ingleses y franceses principalmente, asentaron alguna población más bien como una *cabeza de colonia* que sirviera de apoyo al ataque contra la cerrada economía ibera.

A lo largo de la dominación española se van formando centros de influencia, demarcaciones en torno a núcleos que después originan las entidades *nacionales* en que el imperio español se desgaja en el siglo XIX. No obstante que el

movimiento de independencia que conmueve a toda América española, por sí solo demuestra que ella lleva, en el fondo, parecidas preocupaciones, mucho antes de que se inicie ya los rumbos de la dominación económica en la América Latina han variado inclinándose hacia la influencia inglesa.

Desde la paz de Utrecht y a lo largo de la preponderancia inglesa en Europa, el poderío español sufre constantes ataques que van desde la piratería hasta la diplomacia. Al final del siglo XVIII, antes de la disgregación del imperio español, Inglaterra se presenta dominante con su comercio en la América Latina. Un imperialismo de tipo mercantilista, apoyado en la navegación marítima y en el intercambio comercial sin monopolios estatales predomina sobre América antes de que el imperio español declinara política y militarmente. Muchas veces se ha señalado la intervención inglesa en la independencia hispanoamericana como un aspecto de la lucha tradicional.

Realizada la independencia, los pueblos de Hispanoamérica en general se encuentran bajo la preponderancia de Inglaterra y reciben también la influencia de los otros países europeos fuertes económicamente, desde luego Francia y Alemania, y todos la comparten con los Estados Unidos que especialmente desde la segunda mitad del siglo XIX se dejan sentir en forma creciente de norte a sur.

El siglo XX, durante esta su primera mitad, significa para América Latina el paso de la influencia europea a la norteamericana ya que después de las dos guerras mundiales, las inversiones europeas se van liquidando.

Como un fenómeno mundial, el moderno imperialismo que se hace consistir principalmente en la exportación de capitales y su inversión para fortalecer a las economías exportadoras del mismo, aparece claramente definido, al decir de sus historiadores, desde la década de los 80 del siglo pasado. Desde entonces la política internacional de Europa que había girado en torno a un equilibrio de los países ahí dominantes, se convierte en una política de equilibrio mundial en que las naciones industriales buscan la forma de repartirse los mercados y las colonias de los otros continentes. Para América Latina es contemporánea de ese mo-

mento la manifestación del imperialismo norteamericano. Luego que los Estados Unidos dan fin a sus disensiones internas y su economía nacional se desarrolla con impulso singular, comienzan a excluir de la América Latina la intervención de los países europeos y en las balanzas comerciales de los países latinoamericanos se va afirmando creciente la superioridad norteamericana.

Durante el avance de la influencia norteamericana hay una época en que algunos países pueden apreciar un cierto equilibrio con las economías europeas y su política nacional queda determinada por la posibilidad de optar entre una y otra; pero los Estados Unidos avanzan siempre en ascenso. Tomadas en conjunto, las inversiones inglesas y norteamericanas en América Latina parecían equilibradas hasta la década 1930-39, pero después de la segunda guerra mundial el equilibrio se ha modificado en favor de los Estados Unidos.

En ese ascenso de importancia, la actitud de los Estados Unidos respecto a Latino América sufre cambios. Comercian con Europa para adueñarse de las regiones territoriales que limitan con ellos y fraguan una guerra con México para completar la expansión de su suelo conforme a su destino manifiesto, intervienen en Cuba, *toman* Panamá, retienen Puerto Rico, cobran en Santo Domingo, ocupan Nicaragua, sustituyen la política violenta por la buena vecindad y, por fin, comprenden que no están solos en el mundo y eso los conduce a buscar un sistema de coordinación económica con América Latina que aun no se logra ni define; pero que necesita existir para salvaguardar su situación futura.

Comercio internacional e inversión financiera

SI bien es cierto que la diversidad de las economías de los países de Latino América impide hablar de una *economía latinoamericana* también lo es que muchos síntomas acusan un proceso importante de unificación económica y política en estos países.

Una misma característica puede señalarse a todas las economías de América Latina, es la de ser economías pre-

ponderantemente agrícolas o productoras de materias primas y elementales no elaboradas que pueden consumirse de inmediato o que sirven para manufactura posterior y, a la vez, consumidoras de diversos efectos industriales que obtienen de las economías desarrolladas.

En conjunto, dos tercios de la población de Latino América se dedica al cultivo de la tierra, en algunos países hay grandes núcleos de población *autosuficientes* y en otros el régimen territorial en que se funda la agricultura es de tipo feudal e implica la servidumbre.

En algunas ocasiones, las economías latinoamericanas no solamente se caracterizan por ser productores de alimentos vegetales o animales, sino que se especializan en determinados productos que las llevan al monocultivo o a la producción de unos cuantos artículos reducidos. Azúcar, café, cacao, frutas, minerales, petróleos, algodón, carne, trigo y unas cuantas cosas más constituyen para muchas economías latinoamericanas los renglones más importantes de su producción.

Las economías latinoamericanas no pueden subsistir, con la especialización o el monocultivo, sin el comercio con las naciones industriales que les proporcionan una variedad de efectos necesarios. En un grado elevado, dependen como pocas regiones del mundo del comercio internacional. "Exportar o morir", como ha dicho Olson, parece ser la disyuntiva dramática de estas economías.

Las economías de los países latinoamericanos no podrían complementarse mutuamente como para formar una unidad, pues en todas ellas el tono dominante es de exportación de productos parecidos y requieren artículos que no producen para el consumo de unas y otras. Ciertamente dentro de Latino América pueden delimitarse regiones según la *tendencia* que se observa en su comercio y de acuerdo con los centros de gravedad a que responden.

Hacia el norte y el centro, una primera región puede localizarse en el Caribe. Desde México hasta Venezuela, comprendiendo en ella los países que configuran el mediterráneo americano, se extienden un conjunto de países sobre los cuales ejercen influencia dominante los Estados Unidos. Puede considerarse una segunda región a Brasil

solo, tanto por la grandeza latente que implica, cuanto porque sobre él, la influencia norteamericana alcanza el grado siguiente dentro de Latino América. Una tercera región puede localizarse en Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia, en la cual se ha prolongado la influencia inglesa y la norteamericana tropieza aún con mayores obstáculos. La importancia económica de Inglaterra en esa región explica las disensiones de diverso orden que se presentan frente a la *unidad* de Latino América con los Estados Unidos. La cuarta región se forma con ese grupo de países que caen sobre el Pacífico y son Chile, Perú, Ecuador, donde la influencia norteamericana no ha tropezado precisamente con la inglesa, sino que la tendencia de sus economías se divide entre otros diversos países de Europa.

Las características del comercio internacional de Latino América es lo que ofrece la naturaleza del imperialismo que padece, tal como se presenta en la actualidad. La relación entre el comercio exterior y las inversiones extranjeras, es patente. Las inversiones que se hacen en Latino América *buscan* precisamente el fomento de las materias que se exportan. Las inversiones se distribuyen geográficamente más o menos en la forma que se distribuye el comercio. Tal es el *papel tradicional* del capital extranjero en América Latina. La importación de capital extranjero no es para fomentar la producción de aquellos artículos que requieren sus economías y que por ahora importan, con la tendencia de hacerlas menos *deficientes*, sino precisamente lo contrario: aumentar la producción de las materias que se venden en el mercado mundial y que acentúan la dependencia económica de Latino América respecto de los países a la vez industriales e inversionistas. Ello tiende a prolongar la situación colonial.

Considerado simplemente como una inversión, el destino que de esa manera se le da al capital importado es lógico y consecuente; pues si toda inversión busca seguridad y ganancia, en el caso de las economías latinoamericanas, la mayor firmeza y utilidad puede obtenerse en la producción de las materias que se venden en el mercado internacional, ya que las inversiones que sirven los fines *interiores* de una economía son menos sólidas y no rinden

tanto cuando se trata de economías con bajo nivel de vida, mercados interiores reducidos, mano de obra escasa, en suma, demanda raquítica y que pretenden apoyarse principalmente en la protección estatal.

Las inversiones predominantes se hacen sobre minerales, alimentos, materias primas, servicios públicos. Siguen las principales fuentes del mercado internacional. América Latina exporta el 40% de la exportación mundial de petróleo e igual cifra alcanza también en minerales. W. Fenerlein afirma que de las inversiones de Estados Unidos al sur de su frontera mil quinientos millones han ido a lo que podría llamarse empresas *coloniales* "aquellas que producen minerales, productos forestales y agrícolas para exportación".

Ello explica que de las inversiones norteamericanas en Latino América que se hacen subir a cuatro mil millones de dólares, sean de cartera, es decir, con participación de los gobiernos unos mil seiscientos y, en cambio, sean inversiones directas las demás que significan los negocios o empresas controladas directamente por extranjeros o desde el extranjero. Según los datos más firmes, la utilidad producida por las inversiones norteamericanas manufactureras ha sido del 8.5% de la inversión en 1938 y del 6.5% en 1939, lo que constituye sin duda un negocio brillante.

El proceso de "descolonización"

DESDE principios del siglo XIX América Latina ha sostenido su voluntad de ser independiente. La decisión de dejar de ser colonia en cualquier forma, originó un proceso que por eso mismo ha sido llamado *descolonización* en cuyo seno alienta la lucha contra el imperialismo económico. Para quien los procesos históricos no son episodios simples, este de descolonización está lleno de matices, se resuelve en planes y propósitos, se encierra en consignas políticas y en actos de importancia nacional o internacional. Alcanza este movimiento desde las cuestiones territoriales hasta los propósitos más sutiles de autonomía cultural con el surgimiento de una conciencia americana que alcance tonalidades propias.

Por ahora, el proceso se concentra en un esfuerzo básico para atacar la dependencia: lograr la industrialización. Es decir, el acondicionamiento de las economías de los países de América Latina a fin de que sean cada vez menos sirvas de los países industriales o que la subordinación tome formas menos lamentables. Inclusive, el deseo de canalizar las inversiones extranjeras para fines *propios* de las economías nacionales de Latino América, es propósito que debe ser considerado en ese mismo sentido.

Lo que por ahora se llama industrialización en los países latinoamericanos, es aún vago e incierto, pues el problema de formar una industria nacional, capaz de enfrentarse a las grandes economías industriales del presente, no es una cuestión que puede plantearse a corto plazo con la cooperación consciente de las mismas economías que serían desplazadas. La industrialización es, por ahora, fundamentalmente una consigna de carácter político. Pero por más que se trate de una cuestión de programa político y de propaganda, no deja de ser un asunto vital en el que se trabaja ya incesantemente en todos lados y cuyos problemas determinan por ahora la actitud interna y externa de los países de Latino-América.

Fundar una industria nacional suficiente no es tarea para un régimen gubernamental, para un partido político en el poder, ni siquiera para una generación entera. Rebasa la actividad vital de todas ellas y se encuentra condicionada a factores que no pueden crearse, sino que están dados de la realidad. Ello responde de todos modos al surgimiento de una conciencia nacional en esos países que debe cuidar no solamente del papel exterior que desempeñe cada país, sino del ascenso interior que eso implica para la población en lo interno, sobre todo, el fortalecimiento de una clase media directora, responsable y firme.

El proceso industrial apoya su crecimiento en la acumulación del capital, de modo que es preciso contar con ciertas acumulaciones de él para impulsarlo. Cuando no se tiene capital propio, puede solicitarse el ajeno, sólo que éste tiene detrás de sí propietarios o impulsores que se proponen alcanzar fines propios preferentemente y, en términos generales, no se prestan a servir los objetivos de una

independencia económica. Por otro lado, pedir capital es contraer deudas y la capacidad de ser deudor no es ilimitada; hay siempre un momento en que se deja de ser deudor para convertirse en siervo. Los pueblos de Latino América sostienen un nivel de vida bajo y deficiente; su capacidad de recibir capital prestado es limitada para las necesidades de levantar a plazos breves una industria; si fuerzan su propio desarrollo industrial corren el riesgo de confrontar el alza de precios, la balanza de pagos pasiva, la moneda depreciada y con todo ello, una mayor dureza en la situación de sus pueblos.

Por otro lado, la maquinaria y herramientas que se requieren para iniciar el proceso, son escasas. América Latina no pudo cambiar, como lo deseó en la última guerra, el saldo favorable que alcanzó con la exportación de sus productos, por la maquinaria que le sirviera para enriquecer su capacidad económica y, al diferir sus compras, no lo hizo tanto por deseo de ahorro o con objeto de afirmar su moneda, sino ante la imposibilidad de adquirir los artículos deseados o necesarios. Ese saldo era calculado para 1939 en 750 millones de dólares y para 1943, en 2,400 millones de dólares. Como en la conquista española, tuvo que aceptar nuevamente las cuentas de vidrio de maquinaria de segunda importancia o de cosas superfluas y en ello gastar sus ahorros hechos de oro verdadero, sacado de las entrañas de su suelo con la sangre de sus hijos.

Pero si eso ocurre con el capital, puede decirse también algo parecido de la energía o del combustible para mover la industria. La energía eléctrica alcanza producción muy baja en relación con la población y sus necesidades, y por ello es costosa. Las inversiones necesarias para producirla menos cara y más abundante, son amplias y requieren tiempo para realizarse.

Por lo que respecta a las materias básicas de la industria, hierro y carbón, América Latina no se considera una región favorecida especialmente y sus recursos conocidos son limitados. Su producción de acero es, por ello deficiente. Pero mientras la producción industrial de América Latina no pueda contar con esos recursos en cantidad bastante o no se consolide la tendencia a apoyar su industria



El lacandón Nabor.

Foto: Norbert Fryd.



El explorador danés Frans Blom con los lacandones Nabor, María y Kayón.



María, mujer de Nabor.



Nabor junto a las ruinas de Bonampak.



Kayón.



Carmita, una de las cinco mujeres de Obregón.



Obregón, jefe de su tribu.



Ca.mita, mujer de Obregón, luciendo una camisa adornada con manchas de achiote.

en el petróleo, como fundamento esencial, América sentirá esa otra limitación que refrena su expansión económica.

Luego la mano de obra. La calidad del trabajo Latino Americano es, por supuesto, excelente; a lo sumo puede considerarse que la experiencia y preparación del trabajador se alcanzará plenamente cuando las condiciones de la industria lo faciliten. De todos modos, lo cierto es que si por una sorpresa pudiera contarse de pronto con los demás factores que determinan el desarrollo industrial, dentro de las condiciones actuales no habría la mano de obra necesaria para mover una industria latinoamericana de la importancia que se anhela.

Debemos considerar los mercados. Porque si la industria latinoamericana se propusiera satisfacer únicamente sus propios mercados interiores, éstos no tendrían la amplitud necesaria para sostener, con sus compras, el impulso inicial y la recuperación cíclica que se requiere. Para competir en otros mercados, frente a los productores industriales del mundo, tendrían que hacerse ajustes de importancia. Y junto a los mercados, los transportes. Por ahora, las vías de comunicación sirven a las economías semicoloniales, unen los centros productores de materias primas a los puertos de embarque. Para estructurarlos de nuevo, conforme a fines de economía nacional, se requieren inversiones y tiempo, más aún cuando algunos países de Latino América resienten el problema de la concentración demográfica en las altas mesetas que ya de por sí dificultan y encarecen las comunicaciones.

Concebido el problema de lleno, solamente la ingenuidad puede hacer creer a algunos latinoamericanos que estamos próximos a convertir nuestras economías en industriales. El proceso está iniciado y las primeras etapas se han llevado a cabo. Argentina, Brasil y México, por su orden, representan las avanzadas en el proceso industrial. Es claro que los mejores progresos se han hecho en las industrias ligeras, de ensamble y semimanufacturas; pero cada trabajo adicional que se agrega a la materia prima o al producto originario antes de exportarse, significa un

esfuerzo de superación y un factor importante en el nivel de vida ascendente de Latino América.

Por otra parte, la lucha contra el imperialismo tiene que apoyarse sobre los factores en que el propio imperialismo se funda. Tal parecería una necesidad dialéctica. Así como la independencia a principios del siglo XIX se hizo con las armas, la organización y la técnica de los ejércitos coloniales que España mantenía en América, ahora tienen que emplearse muchos de los elementos del imperialismo para este proceso liberador. Ello explica la tan discutida política expropiatoria a que el nacionalismo económico y político ha conducido en algunos países de Latino América. Bien mirada, la expropiación o la nacionalización no consisten sino en convertir las inversiones directas en inversiones de cartera, a las cuales responde, en la debida proporción, la nación toda, dejando de ser negocios de explotación privada capaces de contrariar, por sus fines parciales, la política nacional económica de un país.

Cuáles sean los detalles de este crecimiento industrial, cuáles los propósitos inmediatos y los mediatos, cuáles los factores de cooperación, son aspectos que escapan a este resumen. Sin embargo, por ahora, más que nada una consigna de carácter político, la descolonización, no ha surgido sin motivo o de la nada y responde a una necesidad de nuestra realidad económica. En gran parte el porvenir de ella está en el grado de cooperación y estrechamiento de los pueblos de América Latina, pues como lo hace notar Harris: "La historia nos muestra con toda claridad que la obtención de condiciones más favorables en el comercio por parte de los países que producen artículos primarios o de primera necesidad, dependerá de la colaboración que se establezca entre las diversas naciones que los producen".

ADVERTENCIA DE UN PELIGRO

Lo más importante, en nuestros días, es saber qué es lo que nos concierne. Es preciso reconocer que la actual mecánica de los hechos políticos permite repercusiones mundiales de rapidez increíble. Y es imprescindible tener la mente clara, y percatarnos.

La romántica, humanista posición de sentirnos afectados por todo lo humano, es ya inadmisibile en el terreno práctico. Es necesario no tolerar la indiferencia, a título de que la atención sobre hechos "que no nos conciernen" es pura afición sentimental de nuestra parte. Nada de eso. Es necesario demostrar que nuestro interés y nuestra preocupación obedecen a motivos harto realistas.

De aquí que tengamos que dispensar, en un terreno de realidades, con todo el bagaje de idealismo. Por ejemplo: si en los Estados Unidos linchan a un negro, es indispensable reconocer que eso no nos concierne. Ciertamente, es doloroso; y es un deber mínimo de humanidad sentirse afectado por sucesos semejantes. Pero desde el momento mismo que en los países latinoamericanos jamás habrá (ni ha habido ni hay) un clima para el florecimiento de tan primitivos complejos raciales, no es de temerse que el ejemplo norteamericano cunda. Nuestras tradiciones latinoamericanas y nuestra cultura nos colocan ya a salvo de semejante contingencia. No hemos de traer, por lo tanto, estos hechos a la arena de las luchas políticas. Decimos: no nos conciernen de manera directa. La realidad tendría que dar un largo rodeo para llegar a afectarnos cuando de linchamiento de negros se trata. Dejemos eso en paz. Hay otros problemas.

Hay ahora, concretamente, el problema de los norteamericanos que se han negado a declarar su afiliación de partido político a una Comisión del Congreso de los Estados Unidos. Acusados de "desacato a las autoridades", veinte personas han sido condenadas a cumplir un año de encarcelamiento. El último castigado ha sido el gran cantante negro Paul Robeson. Antes que él, 19 artistas e intelectuales.

Este hecho sí nos afecta, y de manera muy grave. Tiene que ver de manera muy inmediata con la realidad política latinoamericana. Es necesario demostrarlo. Es necesario distinguir entre una posición sentimental, y una posición práctica. La primera puede es-

timarse, pero relegarse a un segundo plano. La segunda no. Si ahora no se dice nada, no se hace nada, mañana mismo será demasiado tarde.

¿Hay alguien que ignore que los regímenes latinoamericanos oscilan todavía entre la democracia y la dictadura? ¿Todos, sin excepción alguna?

No es el momento de encontrar las causas ni definir los grados. Pero sí es necesario reconocer que todas las naciones latinoamericanas, sin excepción, tienen una afinidad a la dictadura. Y que esto es tan cierto como que repugnan por múltiples causas de los complejos derivados de las diferencias raciales.

También es necesario decir que la democracia norteamericana, apenas ha sido suficiente, en cien años, para colocarnos a nosotros, en lo político, "en el filo de la navaja" entre democracia y dictadura. Así somos: no vamos a discutir por qué.

Esa inmensa mole democrática norteamericana, con su sensacional pesantez, apenas, apenas nos sustenta en el borde. . .

¿Qué pasará ahora que se disuelve en los Estados Unidos la democracia y se concreta, en cambio, la dictadura?

Lo primero que sucederá es que las dictaduras latinoamericanas recobrarán repentinamente el aliento. Y esto lo afectará a usted. Puede ser mañana mismo.

LA libertad de pensamiento es la esencia misma de la democracia. Se entiende que es su sustentación fundamental. Todas las demás libertades inherentes a la democracia, se originan en la libertad de pensamiento. Mientras ésta no se extinga, las demás no pueden mermar. Cuando en alguna forma se ataca esta libertad, todas las demás quedan automáticamente en entredicho.

La mejor garantía de la libertad de pensamiento se concreta en el voto secreto. Las votaciones secretas existen en los códigos de las naciones democráticas, en virtud de que son éstas las únicas votaciones en las que queda asegurada la voluntad libre de elección, esto es, de pensamiento.

No hay manera de presionar al individuo. No hay manera de coartarlo, intimidarlo, forzarlo. Puede expresar con libertad entera su opinión, a través de un derecho inviolable: el voto.

Si una autoridad cualquiera puede en determinado momento obligarlo a usted a declarar su afiliación política, esto es, a confesar el sentido de su voto, ha sido derogado el privilegio del voto secreto.

En consecuencia, la libertad de pensamiento no existe, ha quedado prácticamente insubsistente.

Los Estados Unidos han abandonado ya, al parecer, el tronco mismo de su sustentación democrática. Hay veinte hombres encarcelados porque se han negado a renunciar a su derecho de votar en secreto; esto es, a pensar y decidir con entera y absoluta libertad.

Parece increíble que la democracia norteamericana pueda terminar tan rápidamente. Pero allí están los hechos. Falta, eso sí, que la Suprema Corte diga la última palabra; pero es impresionante ver cuán agónica está ya la libertad del pueblo norteamericano.

DECÍAMOS que es preciso distinguir entre lo que nos concierne y lo que no nos concierne. Seamos realistas. Releaguemos al terreno de nuestras íntimas consideraciones sentimentales lo que se refiere a los linchamientos de negros (por ejemplo). Veamos en cambio que la supresión del voto secreto y por ende de la libertad de pensamiento, es un hecho político que encontrará en las tierras latinoamericanas un clima propicio al rápido florecimiento. Nuestra inclinación a la dictadura necesita apenas cualquier pretexto.

¿Qué mejor pretexto que el ejemplo de esa gran nación, la democracia norteamericana?

Vea usted: no somos románticos. Nada de eso. No nos importa Paul Robeson, pobre hombre. A los demás ni los conocemos. O hemos olvidado quiénes son, o qué hicieron. Se trata de un hecho político peligroso, que sí nos concierne. Usted allí, donde está leyendo, puede ser mañana mismo la víctima. Usted estará en la cárcel, o perseguido, o asesinado, o acobardado: usted no podrá ya pensar libremente.

No somos románticos. Somos realistas.

Horacio QUIÑONES.

ENCUENTRO CON LOS LACANDONES

AUN cuando no soy arqueólogo profesional ni historiador de arte, tomé casualmente parte en una expedición soñada por muchos: estuve en Bonampak.

Las ruinas en la selva de Chiapas, descubiertas hace poco, han despertado en el mundo un interés extraordinario y en un sentido hasta poco saludable; los murales del templo principal—sin duda la obra maya más valiosa de esta índole y quizás el descubrimiento arqueológico más importante de varios decenios—se han convertido en el objetivo de varias instituciones e individuos, competidores entre sí. Pero no quiero entrar en esto. De todos modos, fui uno de los primeros en pisar ese lugar.

Vi todo; vi Bonampak así como también la otra maravillosa y poco conocida ciudad de Yaxchilán. Me entusiasmó—como debe ser—el grandioso pasado. Sin embargo, si he de ser franco, confesaré que el presente, más sencillo, me produjo una impresión mucho más honda.

Cuando llegué a México, hace más de un año, mi cámara enloqueció ante la exuberancia de maravillas plásticas; y en esta forma llené muchos metros de película con bellas vistas de iglesias, pirámides, esculturas y otras cosas semejantes. Hoy día he rebasado esa etapa. Pues descubrí, entretanto, que delante de la fachada de ese pasado mexicano tiene lugar algo mucho más dramático e importante, esto es, la vida de los hombres actuales.

Por esta razón, el descubrimiento más sensacional del arte muerto en la selva ya no me excitaría tanto como me ha excitado el presente en Bonampak. Esto es, descubrí allí, para mí, a los indios vivos para los cuales los templos antiguos son hasta hoy día lugares sagrados; los indios que son, ellos mismos, herederos humildes de todo lo que ha sobrevivido del imperio legendario de los mayas.

Miré los monumentos y los frescos con el asombro de un centro-europeo que, habiendo sido educado en las buenas escuelas de su país, presumía de saber algo del pasado artístico del mundo y que, a pesar de ello, no había oído nunca nada fundamental sobre la cultura maya, no había encontrado nunca en los manuales los nombres de Chichén

Itzá, Tikal o Palenque. Sin embargo, el asombro frío de un intelectual no era nada en comparación con la excitación, casi física, con la que me enfrenté, por primera vez, a la dignidad viva de los habitantes primitivos de esa selva.

No olvidaré jamás cómo salieron del paisaje perturbado de la selva, de ese basurero de hojas del año anterior, mezclados con espinas y lianas, las primeras tres figuritas descalzas y de cabello largo, y se acercaron a nuestro fuego. Mi amigo danés, el viejo conocedor de los lacandones Frans Blom, fué el primero en percibirlos.

—¡Hola, exclamó, tenemos invitados!

Era una mañana fría. Queríamos preparar el desayuno habitual —el té y los frijoles—, mientras el arriero Carlitos buscaba las mulas, que estaban pastando cerca del campamento. Me volví, con el jabón y la toalla en la mano, con el fin de ver a los visitantes; nuestro campamento distaba tres días de camino del poblado más próximo. Y luego me quedé mudo.

Se debía en parte a mi asombro. Estos salvajes imberbes, los tres con rasgos marcadamente femeninos y con cabello largo y de color negro azulado, tenían un rostro extraordinariamente pálido, amarillo y perlado de sudor. También de su única prenda de vestir, una camisa larga, burdamente tejida y sucia, se desprendía el hedor del sudor, ácido y extraño.

Lo primero que supimos fué que habían caminado toda la noche para encontrarnos.

Hasta que comenzaron a hablar no me dí apenas cuenta de que dos de ellos —que tenían voces increíblemente bajas— debían ser hombres. Era evidente el sexo femenino de la tercera persona, pues el alto grado de embarazo indicaba un parto próximo. Con los ojos pregunté a nuestra doctora Ruth, y ella me contestó:

—Dará a luz dentro de una semana, a lo sumo.

Así, en esta forma, caminó toda la noche esta mujer tan pequeña que medía un poquito más de 140 centímetros; en la obscuridad y descalza, en esa selva terrible en la que una mísera vereda se pierde entre espinas y lianas, donde es preciso subir cerros bruscos y vadear arroyos.

—¿Cómo te llamas?

Pareció que no entendía ni una palabra de español. El más viejo de los hombres la señaló con un dedo y explicó: "María". El mismo dijo llamarse Nabor y el tercero Kayon. Esto es, por lo menos, lo que dicen a los extranjeros. Esos indios no revelarán nunca su nombre verdadero, tribal.

Ciertos desechos de la civilización —los hombre que recogían el chicle en esas selvas durante la guerra— no ejercieron influencia benéfica sobre los Lacandones. Les enseñaron, sí, algunas palabras castellanas, mas les obsequiaron también con nombres absurdos, persiguieron a sus mujeres, les enseñaron cosas groseras y les transmitieron sus enfermedades. A pesar de ello, no los corrompieron totalmente. No pudieron cambiar su carácter pacífico y amable, no pudieron acostumbrarles a beber aguardiente ni a robar.

La curiosidad ingenua de nuestros huéspedes no tardó en revelarse. Mientras comían los restos de la carne del mono saraguato que habíamos cazado el día anterior, estuvieron inspeccionando constantemente nuestras cosas, comentando entre ellos sus descubrimientos, en un dialecto maya. Metían la mano también en nuestras mochilas.

—¡Déjelos!, se rió Don Pancho. Nunca toman nada. Si encuentran algo que les apetece tener, lo pedirán.

Apenas había terminado Don Pancho sus palabras cuando se acercó a mí el indio llamado Nabor, con una mascada roja que había sacado de mi hamaca.

—Es mío, dijo amistosamente.

Mis compañeros me rodearon maliciosamente para ver lo que iba a pasar.

—No tengo otra, le dije yo, y la necesito para el cuello. ¿No quisieras éste? Y saqué de mi bolsa un pañuelo.

Nabor examina el objeto ofrecido pero ve que es demasiado chico y mueve la cabeza en señal de negación.

—¡Este!, insiste Nabor, con la sonrisa puesta en la mascada roja y sacudiéndola delante de mis ojos.

—¡Quédate pues con ella, tunante!, le digo en mi idioma checo, y río también.

Pero en este instante, Kayon tiene ya en su mano el cuchillo de Blom.

—Es mío, dice con una voz que parece salir de la tumba.

Ahora le toca a Don Pancho rascarse tras la oreja.

—Hombre, dice Blom, necesito el cuchillo todo el tiempo. Pero te prometo traerte otro cuchillo semejante a éste cuando venga la próxima vez.

Kayon le mira directamente a los ojos y dice tranquilamente:

—¿No mentira?

Luego le devuelve el cuchillo, agarrándolo por el filo. Don Pancho lo toma, diciéndome en inglés:

—¡Mire, pronto, cómo me está dando el cuchillo!

Siempre he sentido antipatía por los boy-scouts, y por esto digo, haciendo una mueca:

—¡Ah, sí, un viejo ademán de cortesía de los pequeños exploradores!

Sin embargo, el sabio Don Pancho conoce más que yo, mero excursionista de los alrededores de Praga.

—No sir, dice seriamente. Dar un cuchillo en esta forma es un gesto propio de caballeros, gesto que tanto en la Edad Media europea como aquí, entre los lacandones, significa: ¡aquí, toma, no te tengo miedo y tú tampoco tienes por qué temerme!

A nuestros huéspedes les gustó estar entre nosotros. María, la mujer de Nabor, recibió como obsequio de nuestro modesto lote de provisiones, unos alfileres, una bolsita de sal —que anda muy escasa por allí—, un peso de plata, que puede añadir a los anillos de garras de ave, que lleva como adorno en el cuello. También Yakon y Nabor se llevaron varias cosas útiles en sus morrales.

Luego, acompañados de los lacandones, fuimos a visitar nuevamente las cercanas ruinas. Y allí vimos otra vez algo muy conmovedor: cómo los antiguos y semidestruidos templos no han perdido hasta hoy día su importancia misteriosa para estos descendientes de los constructores de antaño. Los lacandones no tienen la menor idea de lo que sucedía aquí, de las ceremonias complicadas que se desarrollaban en este lugar, de acuerdo con un exacto calendario de fiestas, olvidado hace mucho tiempo. Ellos, que andan descalzos, en camisa y no conocen ni su propia edad, ¿cómo podrían saber algo acerca de estos maravillosamente vestidos y calzados antepasados suyos, cuya procesión de la danza había sido eternizada hace más de mil cien años en los murales del templo principal?

De acuerdo con lo que a ellos, pequeños cazadores con arcos y flechas, les parece más notable —las bien visibles pieles de tigre en los vestidos de algunas figuras— los lacandones llaman ahora a todo el edificio "El Tigre". No les gusta que los extraños sepan de estos templos. Escrutan con miradas graves si vamos a destruir, derrumbar o llevarnos algo.

A la pendiente del cerro cubierto por las ruinas, sólo los hombres subieron con nosotros. Entretanto, María se queda esperando abajo —estos templos son para ella tabú hasta el día de hoy.

—Kika muere, nos explica Nabor; una mujer moriría aquí.

Sin embargo, nuestra doctora Ruth no tuvo miedo. Fué quizás la primera mujer que pisara estos lugares.

Poco antes de regresar al río Usumacinta, tropezamos aún con un grupo diferente de lacandones. Nuestro campamento fué visitado por un indio, conocido en toda la región bajo el apellido de Obregón, junto con dos de sus cinco mujeres.

Era éste un hombre de carácter diametralmente distinto. Mientras sus pacíficos y serios parientes, Kayon y Nabor, llegaron a nuestro campamento inermes, siguiendo una antigua costumbre (probablemente habían escondido sus armas en la selva), Obregón no soltó ni un instante la escopeta que había adquirido hacía ya tiempo. Ruidoso y seguro de sí mismo, no nos dejó desde el primer momento dudas acerca de su ruda hombría.

Como todos los demás lacandones, tampoco Obregón tiene pelo en el rostro ni en el cuerpo. Sin embargo, es el indio más alto y más fuerte de la región. Comparé mi altura con la suya —era solamente un poquito más bajo que yo (mido 166 centímetros), pero era más ancho y tenía brazos y piernas extraordinariamente fornidos. Tengo una voz relativamente baja, mas ni me atrevería a imitar el ruidoso bajo de Obregón. Me pareció que éramos aproximadamente de la misma edad. Le pregunté, pues, cuántos años tenía.

—No sé, contestó. Pero me preguntó en seguida:

—¿Y tú, cuánto?

—Treinta y cinco años, repuse.

—Tú muy viejo, afirmó con un bajo que tronaba.

Cuando nos echamos todos a reír, se rió él también. Estuvimos los dos parados frente a frente, dándonos mutuos golpes en las costillas; fué la suya una risa de hombre, una risa sincera.

También sus esposas eran diferentes de María, tanto por su fisonomía como por su conducta. La más vieja de ellas, Nabora, la esposa principal de Obregón —tiene quizás unos veinticinco años— se mostraba vivaz y llena de movimiento. La más joven, Carmita —¿catorce años?— parecía darse cuenta de su éxito con los hombres, pues causaba la impresión de ser coqueta. Mientras que los rasgos de María coincidían con los que en Europa atribuimos a las mujeres de Tahiti, Nabora presentaba el rostro corriente de una india mexicana. Carmita en cambio, tenía un tipo sorprendentemente mongólico —como lo tienen, por lo demás, muchas mujeres mayas. María llevaba el pelo suelto, pero las esposas de Obregón tenían trenzas. Sus largas túnicas ostentaban manchas irregulares de color violeta, dizque hechas a propósito como adorno, con el fruto de la plancha achioté.

Así como algunos bromistas suelen preguntar en los tranvías a mamás desconocidas si no les quisieran vender su niña, así también preguntó nuestro arriero a Obregón si no quisiera trocar a Carmita por mi rifle. La mujercita plegó sus labios, como lo hacen los niños enojados, y arrancó la extremidad de su camisa de los dedos de Carlitos.

—¡Mala gente, mala gente!, rió Nabora.

No quiero hacer injusticia a los murales de Bonampak, puesto que son verdaderamente únicos. Sin embargo, el tiempo los ha perjudicado a tal extremo que para tener una sensación del conjunto es preferible contemplar las copias maestras de Villagra que ver las dañadas y mal alumbradas paredes en su sitio. A los lacandones, en cambio, no se les puede conocer de lejos, ni leyendo la literatura que sobre ellos se ha escrito ni conversando con su mejor conocedora, la valiente Gertrude Duby. El hecho de tener yo mismo la oportunidad de verlos, de olerlos, de observar de cerca sus movimientos, gestos y reacciones a nuestras preguntas—he ahí la sensación más fuerte, para mí de nuestro viaje.

Eran los primeros salvajes con los que me he encarado en su ambiente primitivo. Indios, seguramente no distintos a los que encontraron en México los primeros conquistadores europeos. Y quedé profundamente conmovido por su ingenuo encanto, admiré la dignidad con que soportaron mis insaciables maniobras fotográficas; eran totalmente diferentes de todos los demás hombres que había encontrado en mi vida.

En el milenario templo pagano de Yaxchilán vi un primitivo vaso para sacrificio que habían colocado allí hacía muy poco; oí su extraña canción sagrada sobre el tigre. Me convencí de que Blom tenía razón al decir que los lacandones son personas, a su modo, mucho más civilizadas que todos los madereros y chicleros con los que suelen entrar en contacto. Conocen su selva, saben cazar en ella, esconden en ella sus milpas modelo de maíz, chile y camote; tejen su vestido primitivo con sus propias manos. Naturalmente, sé también que algunos de ellos han experimentado ya en su propio cuerpo la influencia benéfica de la penicilina; que otros han viajado en avión—como por ejemplo Nabor, que fué llevado una vez a una exposición en Guatemala—y que algunos hombres les pagan con rifles y gramófonos, a fin de sonsacarles sus secretos acerca de las ruinas enterradas aún en la selva. Sé que hoy día no quedan sino alrededor de

160 lacandones y que la gripa y otras enfermedades, nuevas para ellos, los están exterminando rápidamente.

Las copias de los frescos, hechas por Villagra, serán accesibles a generaciones futuras, aun si el tiempo hubiera terminado su obra, destruyendo totalmente los originales de Bonampak. Pero ¿quién puede decir cuántas personas más podrán ver aún lo más interesante que yo encontré en la selva de Chiapas, los lacandones?

Norbert FRYD.

Aventura del Pensamiento

LIBERTAD Y COMUNIDAD

*En el Centenario de Francisco Suárez
(1548-1617)*

Por Eduardo NICOL

1. **Q**UE la libertad está en crisis, si no por otros síntomas, se percibe por la predominancia de este tema en las discusiones públicas y privadas. No es ya sólo un problema de filosofía. Por el contrario, no conozco una sola teoría nueva que haya surgido de la situación histórica presente, y que logre entroncar los caracteres de esta situación con la tradición del pensamiento político-filosófico, replanteando así, desde su fundamento, esta cuestión central de la existencia humana. El debate ha sido acaparado más bien por voces ineptas, que lo son unas veces por incompetencia, otras por interés partidista, otras por ambos motivos juntos, y es el caso más frecuente. El debate es político, y en el más empírico de los sentidos. De las "grandes" figuras políticas contemporáneas —cuya grandeza no es tanto intrínseca, cuanto derivada del poder de que disponen o han dispuesto—, de esas personalidades no ha surgido una idea. Tampoco parece que haya tras ellos, como hubo en otras épocas, pensadores políticos que inspiren, corrijan o traten de guiar en su curso a los hombres de acción. No está Maquiavelo tras la ambición de poder, ni Hobbes tras el absolutismo, ni Locke tras el parlamentarismo, ni están Montesquieu y Rousseau a las puertas de la Revolución Francesa. Así, el concepto de libertad y los conceptos conexos se manejan como lemas o consignas de campaña política local; olvidado su origen y descuidada su evolución, se juega con ellos como con las barajas, que son estampas fijas de un valor convencional: con ellas se

pierde o se gana en el juego de la vida política nacional e internacional.

Un hecho notable, que captaría la atención del observador ingenuo, es que todos los "triumfos" de esta partida parecen estar en manos de los países anglosajones. La libertad política, cualquiera que fuese su esencia, habría sido una invención inglesa; su implantación efectiva hubiera sido llevada a perfección mayor todavía en su viaje hacia el oeste. Lo cual autorizaría al político y al hombre común de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos a una espontánea actitud de superioridad, matizada a veces de suficiencia; a veces de una paternal condescendencia y de un buen deseo de ilustrar la ignorancia de los demás pueblos; otras veces matizada de irritación ante la incapacidad política ajena; otras, finalmente, de una total despreocupación e inclusive de esa punta de cinismo —más o menos hiriente— que se requiere para tolerar y fomentar en otros lados lo que en la casa propia no se admitiría: *Quod finxere, timent!* La libertad sería tan buena, que podría suscitar la tentación de acapararla; y es un hecho paradójico, pero real, que la libertad ajena es a veces un estorbo para la hegemonía de los países que proclaman la suya. A todo esto, no podríamos decir si la libertad es la de los nobles contra el rey, según consta en la *Magna Charta*, o es la más tardía ley del *habeas corpus*, o es la Declaración Americana de Independencia, o acaso la Declaración francesa de los Derechos del Hombre, o bien lo que se ha venido a llamar en nuestros días libertad de iniciativa o libertad de empresa.

Así las cosas, la muy entretenida tarea de aclarar las ideas adquiere el carácter de una misión moral, como la de desfacer entuertos. Tal vez el remediar las confusiones ideológicas señale el camino para remediar los males prácticos correspondientes. Pero ahora vamos a intentar solamente, con la debida asepsia y un justo sentido de reivindicación, el tratamiento de ese infeccioso equívoco enquistado en la opinión que se forman muchos de España. Pues la pobre España, entre todas las pobres naciones incapaces de vida política normal, ocuparía el más abyecto de los sitios. A esta ineptitud, y a su empecinado absolutismo, se hubieran debido su decadencia y la pérdida de su Imperio.

Claro está que la soberbia capacidad política británica no ha valido para impedir el desvanecimiento de ese otro Imperio, creado precisamente en lucha contra el español. Lo cual permite sospechar que no fué tampoco la superioridad de una doctrina política lo que determinó su victoria en el siglo xvii. Mal criterio fuera éste de juzgar del valor de una doctrina por su éxito pragmático; según él, Platón hubiera sido la más ambiciosa nulidad de la historia, y la buena doctrina, en la Grecia antigua, hubiera sido la del sofista que hizo condenar a Sócrates. Todas las grandes potencias, en cualquier época histórica, se han comportado de una manera análoga: han hecho la política de poder implicada en la palabra potencia (pues la denominación de "pequeña potencia" es una pura concesión verbal de los grandes para encubrir la impotencia de los pequeños, y evitarse el rubor de la desproporción).

Pero el poder lleva en su entraña misma los elementos de su caducidad. El poder no se almacena; no puede conservarse indefinidamente, sino que tiene que gastarse, pues su esencia es la actividad, y sólo en ella brilla, y a la vez en ella se consume y agota. Sin embargo, no todas las grandes potencias de la historia han sido igualmente fecundas en su acción. Para nosotros, que las vemos desde lejos en su caducidad, completas ya en su ciclo que termina en un ocaso, contienen algunas de ellas enseñanzas vivas todavía; otras no son sino ejemplo de esa devastación que produce en la vida de las naciones el desbordamiento de un poder efímero. Lo que hay detrás del poder es lo que importa; esto es lo que queda, eventualmente, cuando el poder se rinde. El poder es siempre particular, encastillado y por naturaleza receloso de cualquier otro poder; pero las ideas que están detrás de un poder particular pueden tener alcance universal, y servir de puente entre los hombres separados. Los puentes, pues, que no los castillos, son lo que nos importa. Pero a veces el pensamiento político no es congruente con la acción; no logra inspirarla, y sólo trata en vano de enmendar sus directivas. Porque la nación está en el auge de todas sus fuerzas, triunfa la acción política a la vez que florece el pensamiento; pero de su contemporaneidad no ha de inferirse su congruencia. Hemos de saber que éste fué

el caso de España, mientras que el de Inglaterra ha sido el de una concordancia, tan perfecta como se haya podido ver jamás en la historia y como permita la condición humana, entre la filosofía política y la acción. Y es importante que lo sepamos ver con claridad, pues esta distinción, que desvanece un error tradicional, nos pone en camino para reivindicar el pensamiento español, el cual antecede y excede al pensamiento inglés en la formulación de los principios jurídicos que se consideran el fundamento de la civilización moderna en Occidente.

2. Un país no puede vivir sin tradición. Un pueblo es una realidad histórica; y así como no puede privarse de su suelo, que es su espacio, tampoco puede romper con la tradición, que es su tiempo. Pero, como la vida es esencial novedad, el problema a que se enfrentan el pensador y el buen político es el de combinar lo nuevo con lo viejo. Para guiar la marcha de un país hacia adelante hay que tener sentido de la continuidad histórica. Pero esta continuidad no es una pura fluencia que mane sin esfuerzo ni intención. El pasado no puede impulsarnos por sí solo hacia el porvenir. Es incumbencia nuestra seleccionar del pasado esa intención directiva, ese sentido de una misión presente y futura. Vivir es en parte revivir. El mismo concepto de tradición envuelve el de renovación. Sin ésta, la tradición se paraliza, y ya no es entonces tradición; el cuerpo de un pueblo se muere, y su pasado se archiva en la memoria infiel de los otros pueblos.

La tarea previa que los tiempos les señalan al pensador y al políticos españoles es la de arrancar de ese archivo de la memoria ajena la tradición muerta y revivirla para el porvenir de España. No todo habrá de ser literalmente válido; bastará con que lo sean unos pocos principios. Cuando un pueblo tiene vida propia, o sea cuando cumple conscientemente una misión histórica que él mismo se asignó, no hay fuerza extraña ni leyenda blanca o negra que puedan deformar su imagen. Inversamente, cuando esta deformación se produce y prospera, llega a influir en la visión que ese pueblo sin guía forma de su propio pasado (si no es que la deformación empieza asimismo desde dentro). Y como

el hecho capital del pasado de España es la grandeza de su obra en el mundo durante los siglos XVI y XVII, lo que urge ante todo es desvanecer la confusión que se establece entre los varios elementos de esa grandeza. Es muy cierto que la vida espiritual de España —si por ella entendemos las grandes creaciones del arte, las letras y el pensamiento— ascendió parejamente con su dominio político; pero no lo es que esa vida y ese dominio coincidieran en sus intenciones y significaciones. Nada resultaría más perturbador para la comprensión histórica que descuidar el hecho de esa tensión interna en que vive España en los momentos mismos de su grandeza. Así como no consigue España realizar una verdadera unidad política interna cuando la consigue administrativamente, así tampoco es unitaria en la concepción y ejecución de sus misiones históricas. En esta labor fundamental, el pensamiento se opone a la acción. El pueblo presta apoyo a la obra política de la Monarquía, porque su vitalidad desborda y necesita emplearse; no porque se identifique con ella y la apruebe en conciencia. La Monarquía no crea una conciencia nacional, y ofrece como sustituto de ella la imagen resplandeciente de una preponderancia militar y política, seductora para el buen español, y odiosa para el extranjero, en la cual se basa la leyenda que difunden por igual la animadversión ajena y la complacencia propia. Complacencia a la que sigue después esa nostalgia de los campos de Pavía que rezuma de los textos manuales de historia hasta en el siglo XX (y de otros que no son manuales). Lo malo de este equívoco es que aviva todavía en el ánimo del español, ya demasiado propenso al orgullo y a la suficiencia, el sentimiento del poder. Y así, la imagen de la nación empieza deformándose desde dentro, al acentuarse todos los rasgos malditos de la preponderancia militar. De la empresa de España, los españoles mismos no ven apenas sino lo que hay en ella de gesta militar. La mala educación del pueblo permite y ocasiona el gran equívoco: que estando divorciado de la empresa, parezca identificarse con ella. Pero la causa de esta mala educación y de este divorcio se encuentra en el otro divorcio: en el que existe entre el pensamiento político y la política efectiva. Un pueblo no se educa solo; se educa cuando en su gobierno hay ideas, ya

porque las tenga el estadista, ya porque se las facilite a éste el pensador que esté detrás. Pero en España la Monarquía carece de esta suerte de ideas, y además vuelve la espalda a sus propios teorizadores. En la misma medida en que discrepa de la acción política, el pensamiento español es libre de toda responsabilidad por ella; pero también en la misma medida fué infecundo, y no pudo contribuir a la formación de una conciencia nacional. En esos tiempos, la acción del pensamiento no se ejerce directamente sobre el pueblo, pasando como hoy día por encima de las instituciones. El pueblo y el filósofo se encontraron entonces aislados, separados el uno del otro por una barrera oficial que hubiera podido ser al contrario, vía de comunicación. En cualquier caso, sin comunicación no hay comunidad. Y la comunicación no se impidió por razones de ortodoxia, porque lo más ilustre del pensamiento español en esa época era precisamente ortodoxo. Son Vives y Vitoria y Suárez quienes dicen entonces las grandes verdades políticas; los grandes principios jurídicos y morales en que pudiera haberse asentado la vida nacional, ellos son quienes los formulan. Difícilmente podría encontrarse nada de tamaña seriedad en las amables trivialidades del erasmismo.

Este es otro de los equívocos históricos que hemos formado nosotros mismos. Porque España pareció constituirse como un Estado-Iglesia, adscribimos a su empresa sin discriminación a todos los pensadores eclesiásticos. Y porque la empresa imperial de España fracasó, volvemos la mirada a los pensadores heterodoxos, imaginando que sus directivas hubieran podido conducir a mejor fin. Pero, ni el despotismo es una doctrina católica española—decimos bien *doctrina*, y subrayando con intención la palabra—, ni fué ese despotismo de hecho más grave o más negro, por ejemplo, que el francés, o que cualquiera otro. Por lo demás, si la misión política de España era de tipo espiritual, como se alega y se alegaba, no puede decirse que fracasara, y por tanto no cabe la nostalgia, ni ese irritado sentimiento de inferioridad que padecen quienes buscan y rebuscan las causas de la decadencia. Unidad religiosa del Estado, Contrarreforma y Evangelización: éstas parecen ser las tres misiones políticas de la Monarquía, en España misma, en

Europa y en el Nuevo Mundo, respectivamente. Las tres tienen carácter religioso, y por tanto espiritual. Para su fin, el poder tenía que haber sido un puro medio o instrumento. Pero nadie parece acordarse de que España triunfó en ellas y las llevó en gran medida a feliz término; en medida total, la primera y la tercera. Si esta era la empresa histórica de España ¿dónde está su fracaso? ¿No debiera inspirar la decadencia más bien un sentimiento de reposada satisfacción, por lo menos en quienes comulgaran con la idea? Pero no. Ni eran estos en verdad los propósitos, ni lo creyeron así los propios españoles. El poder era el principio. Cuando el poder de España decayó, el pueblo perdió la noción, si alguna vez la tuvo, del carácter espiritual que había adoptado su misión histórica, y fué alimentando la amargura creciente de un fracaso que no existió. A ello colaboraron más tarde los mismos intelectuales nostálgicos, quienes, acaso por discrepar del sentido religioso de aquella misión, la confundieron con el despotismo que era incompatible con ella, y con el pensamiento ortodoxo que combatió el despotismo. Si las tres grandes empresas se hubieran presentado como tales empresas espirituales, y no se hubiera mezclado en ellas el afán de un dominio militar, económico y político, no se hubiera deformado desde su comienzo moderno la imagen de la nación. Para ello hubiera sido menester que España fuera una verdadera comunidad: que el pueblo hubiera vivido las ideas de sus pensadores, y que éstos hubiesen determinado efectivamente la forma del Estado y su acción en el mundo. Esto no ocurrió, y prevaleció en cambio el principio del poder. Pero contra este principio estaban por igual los grandes teólogos y los erasmistas, y con mayor autoridad todavía los primeros. De hecho, su autoridad y su competencia hay que tomarlas con la medida de su fracaso mismo. No es por azar que la nación los ha tenido olvidados durante siglos. Ejemplo comparable de descuido no se ofrece en toda la historia política de Europa. La tarea de reivindicarlos no debe hacerse ahora con el intento de prodigarles un honor tardío o, en el caso de Suárez, para fines de conmemoración. Debe hacerse con miras al futuro, y no al pasado; y pensando que si en el presente alguien intenta de nuevo en España encubrir con la imagen

aparente del Estado-Iglesia el principio del poder, los clásicos de nuestro pensamiento han de servir para que se invalide la ficción.

3. Frente a este caso de tensión interna, de contraposición radical entre el pensamiento político y la acción, está el de Inglaterra, extremo por el otro lado. Si hubiera que citar dos nombres característicos de estos dos casos históricos, y dos obras bien precisas, los nombres fueran Francisco Suárez y John Locke, y sus obras respectivas el *De legibus ac Deo legislatore* y el *Essay Concerning the True Original, Extent and End of Civil Government*. La eficacia política que tuvo esta segunda fué inmediata, constante y difusa. El Estado británico parece tomado literalmente del famoso *Ensayo*. Sus pensamientos influyen en la filosofía francesa de la Ilustración. De ahí la influencia pasa a América, y se notan sus efectos en la Declaración de Independencia y en la Constitución de los Estados Unidos. Finalmente, los efectos revierten hacia Francia nuevamente, y constan en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Este sería el camino real de la libertad política. Después de esto, Europa no habría producido ninguna gran innovación política hasta llegar al marxismo. La Unión Soviética, en efecto, lo mismo que el Reino Unido, sería un caso de fidelidad extrema de la acción respecto de la doctrina. Pero no vamos a abordar este caso más reciente. No urge ahora que veamos lo que pudo venir después de la Revolución Francesa, en el plano de las ideas políticas, sino lo que se produjo antes, inclusive antes que la Revolución Inglesa. Pues el hecho extraordinario es que la obra de Francisco Suárez contiene todas las ideas principales de política que se encuentran en la de Locke, y que luego reaparecen, más o menos forzadas por las circunstancias y expresadas con menos claridad, en la Declaración de los Derechos del Hombre. Para que a mí mismo no me cupieran dudas, y no pudiera quedarme en generalidades vagas, me impuse el deber de confrontar los textos. He aquí el resultado sorprendente:

Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano (1789).

Art. 1. Los hombres nacen libres e iguales en derechos y las instituciones sociales no pueden fundarse más que en la utilidad común.

Ensayo sobre el Gobierno Civil (1690)
de Locke.

El estado en que todos los hombres se encuentran naturalmente es un estado de perfecta libertad y también un estado de igualdad. (párrafo 4).

Tratado de las Leyes (1612)
de Suárez.

Por naturaleza todos los hombres nacen libres, y, por tanto, ninguno tiene jurisdicción política en otro, ni tampoco dominio. (Tomo III, cap. II).

La ley, para que sea justa y verdadera ley, debe ser útil al bien común y moralmente necesaria; pero la utilidad del bien común es un favor máximo, porque el bien común ha de preferirse a los demás. (Tomo V, cap. II).

Art. 2. El objeto de toda sociedad política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.

Todo hombre nace con un doble derecho. Primero, el derecho de libertad en su persona, sobre la cual nadie tiene poder. Segundo, el derecho a heredar los bienes de su padre. (190).

La finalidad suprema de la reunión de los hombres en sociedad es la preservación de su propiedad. (124).

La tiranía es el ejercicio de un poder

El fin de la república humana es la felicidad política, la cual no puede ser sin costumbres honestas; mas, por las leyes civiles, se dirige a aquella felicidad, y, por tanto, es necesario que aquellas tiendan de suyo al bien moral. (Tomo I, cap. XIII).

Cuando la potestad es dada inmediatamente por los hombres, es eviden-

que rebasa el derecho. . . y consiste en hacer un uso del poder, no para beneficio de quienes se encuentran bajo él, sino para beneficio propio. (199).

tísimo que no es para utilidad del príncipe, sino por el bien común de aquellos que la dieron; y por eso los reyes son llamados ministros de la república. (Tomo I, cap. vii).

En esto se diferencia el tirano del rey, que aquél busca la propia y éste la ajena utilidad en su gobierno. (idem).

Los imperios y los reinos fueron muchas veces introducidos y usurpados por tiranía y violencia; pero negamos que esto pertenezca a la razón intrínseca y naturaleza de tal principado, sino al abuso de los hombres. (Tomo III, cap. 10).

Art. 3. El principio de toda soberanía reside en la nación. Ningún individuo ni corporación puede ejercitar autoridad que no emane expresamente de ella.

La clara razón está de nuestro lado al decir que los hombres son libres por naturaleza; y los ejemplos de la historia muestran que los gobiernos de este mundo, cuando empezaron pacíficamente, se hicieron con el consentimiento del pueblo. (104).

La comunidad está por encima de cualquier persona de ella. (Tomo III, cap. xxxv).

Esta potestad de dar leyes, por sola naturaleza no está en ningún hombre singular, sino en la reunión de los hombres. (Id., II).

Es evidente que las criaturas de la misma especie y rango, dotadas de las mismas facultades y ventajas naturales, son iguales entre sí, sin ninguna subordinación o sujeción; a menos que el Señor y Dueño de todas ellas disponga a una por encima de las otras, mediante una manifiesta declaración de su voluntad, y le confiera por evidente y clara designación un derecho indudable a la soberanía y el dominio. (4).

Esta potestad es dada a la comunidad de los hombres por el Autor de la naturaleza, mas no sin intervención de las voluntades y consentimientos de los hombres, por los cuales ha sido reunida y congregada tal comunidad. (Id., III).

La potestad civil, cuando se halla en un hombre o príncipe por derecho ordinario y legítimo, procedió de la comunidad, próxima o remotamente; ni puede tenerse de otro modo para que sea justa. (Id., cap. IV).

Art. 4. La libertad consiste en poder hacer todo aquello que no dañe a otro: por tanto, el ejercicio de los derechos naturales del hombre no tiene otros límites que aquellos que aseguran a los demás miembros de la sociedad el goce de los mismos derechos. Estos límites sólo pueden ser determinados por la ley.

La libertad de los hombres bajo gobierno consiste en tener una regla de vida establecida, común a todos en esa sociedad. . . ; libertad de seguir mi propia voluntad en las cosas a que no se oponga aquella regla; y no estar sujeto a la inconstante, incierta, arbitraria voluntad de otro hombre. (22).

Cada individuo privado atiende a su comodidad privada, la cual es muchas veces contraria al bien común, y frecuentemente hay muchas cosas que son necesarias para el bien común, que no lo son para los particulares; y aun que lo sean a veces, no las procuran como comunes, sino como propias; luego en la comunidad perfecta es ne-

cesaría la potestad pública a la que pertenece por oficio intentar el bien común y procurararlo. (Tomo III, cap. I).

Así como el hombre, por lo mismo que es criatura y tiene uso de razón, tiene potestad sobre sí mismo y sus facultades y miembros para el uso de ellos, y por la misma razón es naturalmente libre, es decir, no siervo, sino señor de sus acciones; así el cuerpo político de los hombres tiene potestad y régimen de sí mismo y, consiguientemente, tiene también potestad sobre sus miembros y peculiar dominio en ellos. (Tomo III, cap. III).

Se requiere una ley estable, vigente y conocida, a la que el consenso común haya admitido y aceptado como medida de lo justo y de lo injusto. Pues, aunque la ley de la naturaleza sea clara e inteligible para toda criatura racional, los hombres, sin embar-

Es de esencia de la ley que se dé justamente, y toda ley dada de otro modo no es verdadera ley. (Tomo I, cap. IX).

Tiene que ser justa con justicia legal (procurar el bien común), con justicia conmutativa (que el legislador

Art. 5. La ley no tiene el derecho de prohibir sino las acciones nocivas a la sociedad. Todo lo que no está vedado por la ley no puede ser impedido, y nadie puede ser constreñido a ejecutar lo que ella no ordena.

go, predispuestos por sus intereses, así como ignorantes de ella por falta de estudio, carecen de aptitud para seguir la como una ley que se vincule con ellos en su aplicación a los propios casos particulares. (124).

no mande más de lo que puede), y con justicia distributiva (que la ley guarde igualdad de proporción). (Idem).

La ley que no tiene esta justicia u honestidad no es ley, ni obliga, ni tampoco puede guardarse. (Idem).

El fin intentado por la ley es hacer buenos a los súbditos. (Tomo I, cap. XIII).

La ley, para que sea ley, debe ser justa; mas para que sea justa es menester que tienda a buen fin, pertenezca al bien común y por medio honesto; luego, quien guardare la ley obrará acerca de lo honesto y por el bien común. (Idem).

Si uno es solitario, podrá ser un buen varón, aunque no sea un buen ciudadano; mas el que es parte de una comunidad no será absolutamente bueno si no es a la vez un buen varón y un buen ciudadano, porque el bien es por la totalidad de la causa; mas se podrá

Art. 6. La ley es la expresión de la voluntad general. Todos los ciudadanos tienen el derecho de concurrir a su formación personalmente o por representantes. Debe ser la misma para todos... Todos los ciudadanos son iguales a sus ojos.

ser un buen ciudadano sin ser buen varón, porque ser buen ciudadano es ser parcialmente bueno. (Idem).

Aun cuando esta potestad sea como una propiedad natural de la comunidad perfecta de los hombres, no está en ella inmutablemente, sino que por consentimiento de la misma comunidad o por otra justa vía puede privarse de ella y ser transferida a otro. (Tomo III, cap. III).

En algunas provincias, aunque sean gobernadas por reyes, dicese que no es trasladada al rey la potestad absoluta de dar leyes, sino sólo con consentimiento del pueblo por sus comicios, como se dice del reino de Aragón. Y entonces es verdad que se requiere de algún modo la aceptación del reino para el valor de la ley. Id., cap. XIX).

Donde no hay régimen democrático, el pueblo traspasó la potestad su-

Cuando un cierto número de hombres ha constituido una comunidad, ha hecho de ésta un cuerpo, dotado del poder de actuar como un cuerpo, lo que se hace sólo por la voluntad y determinación de la mayoría. (96).

Es necesario que el cuerpo se mueva hacia donde lo empuja la fuerza mayor, la cual es el consenso de la mayoría. (96).

Teniendo la mayoría el poder total de la comunidad, puede emplear este poder en hacer leyes para la comunidad de vez en cuando: la forma de gobierno es entonces una democracia perfecta; o puede poner este poder en manos de unos pocos hombres selectos, y entonces es una oligarquía; o en manos de un solo hombre, y entonces es una

prema al príncipe, sea él una persona física, como en la monarquía, sea un consejo de próceres, como en la aristocracia, sea algo compuesto de ambos. (Id.).

Por la ley pura de la naturaleza no son obligados los hombres a tener esta potestad en uno, o en muchos, o en la reunión de todos; esta determinación debe necesariamente hacerse al arbitrio humano... Pende toda esta cuestión del humano consejo y arbitrio. (Tomo III, cap. IV).

Puede desobedecerse la ley cuando es injusta; aunque no injusta, cuando es demasiado dura y grave y como tal es juzgada comúnmente por el pueblo; y si de hecho no guarda la ley la mayor parte del pueblo. (Id., cap. XIX).

Es conforme a la razón natural que la república humana tenga alguno al que se someta, aunque el mismo de-

monarquía. La forma de gobierno depende de donde reside el poder supremo, que es el de dar leyes. La comunidad puede disponer de esta potestad legislativa y depositarla en las manos que quiera, constituyendo de este modo una forma nueva de gobierno. (132).

Ninguna sociedad política puede existir o subsistir sin tener en sí misma el poder de preservar la propiedad y,

Art. 12. La garantía de los derechos del hombre y del ciudadano necesita una fuerza pública; esta fuerza es, por

tanto, instituida en beneficio de todos, y no para utilidad particular de aquellos a quienes es confiada.

para este fin, de castigar los delitos. (87).

En el estado de naturaleza se carece a menudo del poder de respaldar y apoyar la sentencia cuando es justa y de darle debida ejecución. (126).

Quienquiera que, del estado de naturaleza, pase a unirse a una comunidad, tiene que librar todo el poder necesario para los fines por los cuales entra en sociedad. (99).

recho natural no haya hecho por sí mismo la sujeción política sin intervención de la voluntad humana. (Tomo III cap. 1).

La ley dada por la comunidad obliga después a todas las personas de aquella comunidad. (Id., cap. xxxv).

Art. 16. Toda sociedad en la cual la garantía de los derechos no está asegurada, ni determinada la separación de los poderes, carece de constitución.

Existe una sociedad política o civil siempre que un número de hombres se unen en sociedad, renunciando cada uno de ellos al poder ejecutivo de la ley natural en favor del público. (89).

Nadie puede ser sometido al poder político de otro sin su consentimiento, lo cual se hace mediante acuerdo con otros hombres para unirse en comunidad, con el fin de convivir en paz,

La muchedumbre de los hombres se considera de dos modos: primero, solamente en cuanto es un agregado sin orden alguno o unión física o moral, y, por tanto, no son propiamente un cuerpo político. . . De otro modo se ha de considerar la muchedumbre de los hombres, en cuanto, por especial voluntad o común consentimiento, se reúnen en un solo cuerpo político por

un vínculo de sociedad y para ayudarse mutuamente en orden a un fin político, del cual modo forman un solo cuerpo místico, el cual puede de suyo llamarse uno. (Tomo III, cap. II).

seguridad y bienestar. (95).
Y así, todo hombre que consienta con otros en formar un cuerpo político bajo un gobierno, adquiere obligación respecto de cada uno de los miembros. (97).

Un pueblo, un cuerpo político, bajo un gobierno supremo. (89).

El bien común de la república es doble: uno es el que de suyo y primariamente es común, porque no está bajo ningún dominio privado, sino de toda la comunidad, a cuyo uso o usufructo inmediatamente se ordena. Otro es bien común sólo secundariamente y como por redundancia, más inmediatamente es bien privado, porque está bajo el dominio de persona privada y a su provecho se ordena inmediatamente; y se dice común o porque la república tiene un cierto alto derecho sobre los bienes propios de los

El gobierno no tiene otro fin que el mantenimiento de la propiedad. (94).

El poder supremo no puede quitar a ningún hombre una parte cualquiera de su propiedad sin su consentimiento. Pues, siendo la preservación de la propiedad el fin del gobierno, y aquél por el cual los hombres entran en sociedad, sería demasiado absurdo que la perdieran al entrar en ella. Los hombres unidos en sociedad tienen, por tanto, sobre los bienes que sean suyos de acuerdo con la ley de la comunidad, un derecho de tal naturaleza que nadie

Art. 17. Siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ella sino cuando la necesidad pública, legalmente justificada, lo exija evidentemente, y a condición de una previa y justa indemnización.

más puede tener el de quitárselos, total o parcialmente, sin su consentimiento. (138).

96

particulares de suerte que pueda usar de ellos cuando le fueren necesarios, o también porque, por lo mismo que cada persona es parte de la comunidad, el bien de cada uno que no redunde en daño de los otros es provecho de toda la comunidad. (Tomo I, cap. VII).

Aventura del Pensamiento

4. No se encuentra en la obra de Suárez un proyecto detallado de articulación de los poderes del Estado, como en la de Locke. Su tema es la ley, no el gobierno. Pero los principios de la política son muchas veces coincidentes en las dos obras; y cuando no, la discrepancia señalaría más bien una ventaja del lado de Suárez, una mayor "modernidad" en su pensamiento, lo que vale tanto en este caso como decir una mayor universalidad. La doctrina de Locke es una teoría del Estado británico moderno; la de Suárez contiene una teoría del Estado sin más. Y así como su modernidad tiene un acento personal, y hay que ponerla en la cuenta de su originalidad, su permanencia y su universalidad hay que situarlas en la tradición a la que pertenecen. El concepto de la ley, y casi el sistema entero de los conceptos conexos, ya los encuentra Suárez elaborados. Proviene remotamente de San Agustín y San Isidoro, a quienes cita textualmente Santo Tomás en la *Summa Theologica* (1a. de la 2a.); aparecen incluso en ese estúpido tratado de política que se titula *Regiment de la cosa pública*, escrito por el catalán Francesc Eiximenis en 1383. De suerte que se trata nada menos que de la tradición del pensamiento político cristiano, a la cual ha contribuido España muy notable y creadoramente, y de la que guarda Locke una ignorancia tan completa como la de quienes, después de él, han podido considerarlo el forjador de las ideas de libertad e igualdad y de los derechos políticos del hombre. Si el espíritu moderno ha podido olvidar esos antecedentes, para creerse innovador, su disculpa la recibe en parte del olvido que han venido sufriendo de ellos las mismas Instituciones eclesiásticas y las altas jerarquías, en las cuales no ha dejado de notarse también esa desavenencia íntima entre la doctrina y las decisiones políticas circunstanciales a que antes aludimos. La garantía de la dignidad de la persona humana, que es el pivote mismo de la doctrina, ha venido a reducirse a la de su propiedad, incluso cuando ésta no tiene carácter auténticamente personal, sino que es un instrumento de poder que se hace más o menos irresponsable respecto de la comunidad. El problema de la injusticia económica se hace pasar entonces como problema de caridad, que atañe a la pura conciencia individual, y no

al derecho y a la estructura misma del Estado. Pero esta deliberada omisión del Estado pertenece a una línea de ideas mucho más vecina de Locke que de Suárez y de San Agustín. Pues el punto medular de la discrepancia entre el inglés y el español es, en efecto, el de las relaciones entre el individuo y la comunidad. Para Locke, el ingreso del individuo en la sociedad política es una concesión, e implica una renuncia. Para Suárez, en cambio, este es el estado perfecto en principio, la situación adecuada del hombre en el mundo, aquella que completa su personalidad y en que precisamente puede realizarse la plenitud de su libertad. De esta discordancia fundamental derivan otras muchas, y hasta pueden percibirse sus matices en el espíritu de los textos que por la letra parecen coincidentes.

Dice San Agustín (*Conf.* 1, 3, 8): "Toda parte que no es congruente a su todo es viciosa". Y en otro lugar (*De gen. ad litt.* XI): "Hay dos clases de amor, de los cuales uno es santo, el otro impuro. El uno es social, el otro egoísta; el uno consulta el bien común, el otro reduce los negocios de la comunidad a su propio poder, para el fin de dominar con arrogancia". Y aun en otro lugar (*In Ps.* CXXXII, 6): "Un hombre en una muchedumbre es uno. Pero, aunque pueda ser llamado uno entre muchos, no puede ser *monos* (en griego), pues *monos* significa uno solo. Los que viven junto de tal modo que poseen realmente lo que dice la escritura, es decir, 'un solo corazón y un alma' (*Actas* IV, 32), muchos cuerpos pero no muchas almas, muchos cuerpos pero no muchos corazones, éstos digo son los que pueden llamarse *monos*, esto es, uno solo". El espíritu de estas palabras pasa íntegro a la obra de nuestro *Doctor Eximius* (véanse de nuevo los capítulos I y II del Tomo III). La individualidad aislada no es una perfección, no es una unidad completa y suficiente. La unidad verdadera es la de "todos a una", como dice el poeta, o sea la comunidad. Y dentro de la comunidad, la plenitud se alcanza en la congruencia; el egoísmo y el arrogante anhelo de dominio no sólo comprometen el bien común: son más bien una merma, que no una ganancia, para la propia individualidad.

Lo contrario aparece en Locke. Como en todos los contractualistas, la perfección para él se encuentra en el llamado estado de naturaleza. El ingreso del hombre en la comunidad tiene fines puramente defensivos, y no deja de producir una mella en la perfección intrínseca de la persona, a la cual ésta accede deliberadamente, calculando obtener a cambio de ello una mayor seguridad y una garantía para lo que Locke llama la "propiedad". Esta significa unas veces la vida, la hacienda y la libertad (párrafo 123); otras veces significa en el contexto la hacienda, de un modo exclusivo o eminente, como en el párrafo 138, donde taxativamente se establece como condición para el ingreso en la comunidad "que los hombres tengan propiedad"; en cuyo caso, aunque el término significara aquí las tres cosas (vida, hacienda y propiedad), resultaría que, sin hacienda, la "propiedad" no es completa, y por tanto que los desheredados no pueden ser miembros auténticos de la sociedad política. Y que esta consecuencia no es malicia de la interpretación, o lo que llaman los franceses *solliciter les textes*, lo confirma el propio Locke cuando se refiere a los esclavos (párrafo 85): "Estos hombres —dice—, por haber enajenado sus vidas, y con ellas sus libertades, y haber perdido sus haciendas; y careciendo en el estado de esclavitud de la capacidad de poseer ninguna, no pueden ser considerados en esa situación como parte alguna de la sociedad civil, cuyo supremo fin es la preservación de la propiedad". Este pasaje, que sin duda hubo de pasar por alto la admiración de los iluministas franceses, sería inconcebible en la obra de Suárez: la esclavitud es ilegítima, y no puede ser objeto siquiera de consideración jurídica, así como el título de ciudadanía no puede depender de la propiedad.

La esencia del "pacto" o "contrato" social consiste, pues, en renunciar al propio poder (99), a los privilegios del estado de naturaleza (127); en depositar en manos de la sociedad el poder ejecutivo, la libertad y la igualdad de que los hombres disfrutaban (131). Con ello, la sociedad política, o sea el Estado, asume la mera función de árbitro (*umpire*, 87), para dirimir ordenadamente las disputas que, en la vida natural, no dejan de producirse, a pesar de su intrínseca perfección (89, 93, etc.). De esta

suerte, la comunidad no es un "cuerpo místico", como decía Suárez; no es algo más que la suma de sus componentes individuales; no es "un alma y un corazón con muchos cuerpos", como quería San Agustín, sino una agrupación de tantas voluntades aisladas como cuerpos; o sea una asociación de tantos corazones dispuestos a defender su propiedad, dentro de ella, como "propietarios" pudo haber que consintieran en unirse. Los fines de la vida no se alteran ni completan por el ingreso del hombre en la sociedad política. El estado tiene deberes respecto del individuo; éste no tiene ninguno respecto de la comunidad en cuanto tal. Y habiendo implicado aquel ingreso, como decimos, más bien una merma de la perfección y dignidad del hombre en su estado de desvinculación individual, es natural que mantenga, una vez dentro de ella, un cierto recelo frente a la comunidad, y que ande siempre vigilando, no sea que el Estado asuma misiones propias, o se exceda en su función arbitral, o judicial, o policiaca, entrometiéndose en la "propiedad" privada. A esto se ha llamado después "el concepto del Estado como un medio, y no como un fin", y se presenta como la suma perfección anhelable de la libertad política.

Esta curiosa confusión del individualismo con la libertad pudo tener su hora en los siglos xvii y xviii, cuando se constituía lo que Groethuysen llama la conciencia burguesa; y aunque el título de ciudadanía consistiera para Locke principalmente en la posesión de una hacienda privada, sin embargo él mismo se encargó de limitar este poder económico, para que no perturbara demasiado la igualdad, o destruyera la justicia en su forma distributiva. A tal efecto, establece el origen en derecho de la propiedad en el trabajo (28, 32, 40, 44), y el límite de su extensión en la capacidad personal de uso (31, 37). Pero la confusión subsiste en nuestros días, cuando la evolución histórica ha producido poderes económicos de tal magnitud, que no sólo destruyen esa ideal igualdad originaria, sino que compiten con los mismos poderes políticos en el seno del Estado, y cuya naturaleza no guarda ya relación alguna con el concepto de la propiedad personal que se había formado Locke. Estos nuevos poderes, en cuya posi-

bilidad no habían atinado ni el *Essay* de Locke, ni el *Esprit des lois* de Montesquieu (los clásicos de la doctrina de la división de poderes del Estado), invocan sin embargo los derechos mismos que estos autores establecieron para la persona individual, y las garantías que Locke reclamaba para una propiedad originada en el trabajo y limitada por la capacidad de uso.

El equívoco no lo fomentan sólo partes interesadas o gentes ignorantes, sino que reaparece incluso en autores tan prestigiosos como Ernst Cassirer. En su *Mito del Estado* (págs. 167 sig.; trad. esp.) se lee lo siguiente: "Grocio, Pufendorf, Rousseau, Locke, consideraban al Estado como un medio, no como un fin en sí mismo. El concepto de un Estado 'totalitario' no lo conocieron estos pensadores. Había siempre una cierta esfera de vida y de libertad individual que permanecía inaccesible al Estado. El Estado y el soberano eran en general *legibus solutus*. Pero esto significaba solamente que eran libres de toda coerción legal, y no que estuvieran exentos de obligaciones morales". Pero es indebido plantear la cuestión, como aquí lo hace Cassirer, en los términos de una tajante disyuntiva entre el concepto individualista del Estado, tipo Locke, y el concepto del Estado totalitario. No sólo puede resultar conveniente en nuestros días encontrar una nueva alternativa, un tipo de Estado diferente; de hecho, hay que afirmar que esta tercera forma de Estado había sido ya pensada en el siglo xvi. En primer lugar, el soberano que es *legibus solutus* es el de derecho divino; pero la idea de un derecho divino de los reyes, que aparece en Locke a pesar de todo (párrafo 4), es ajena por completo al pensamiento político español, y al de Suárez particularmente, pues éste afirma con reiterada insistencia que el poder le viene al príncipe de la comunidad, y nunca le es conferido por Dios directamente. Por esto, en Suárez, el soberano no era *legibus solutus*: sus obligaciones no eran puramente morales, sino primariamente legales. "La ley dada por la comunidad obliga después a todas las personas de aquella comunidad", afirma Suárez (Tomo III, cap. xxxv). Y añade: "La sentencia común y constante es que está obligado el príncipe o legislador, lo mismo civil que eclesiástico, a guardar sus

leyes". Y más adelante: "El príncipe es obligado a guardar su ley próximamente por la misma ley y por su virtud y eficacia. Lo cual se explica, porque quebrantándola comete pecado de la misma especie que el de los súbditos que pecan contra ella". Es decir, que nadie está por encima de la ley, y todos son iguales ante ella, como dirá más tarde la Declaración de los Derechos del Hombre. Pero hay que atender bien a este punto, que es decisivo: si el príncipe tiene responsabilidades morales, no es porque sea libre de responsabilidades o ataduras legales —porque sea *legibus solutus*, como el soberano por derecho divino—, sino precisamente a la inversa: porque tiene los mismos deberes morales que sus súbditos, es por lo que tiene como ellos deberes legales. Y es que la ley, y por ende el Estado, tienen para Suárez un carácter de eficacia moral que no tienen en Locke, ni en los demás teorizadores del llamado derecho natural. La doctrina de estos pensadores es el amoralismo del Estado. Esto es lo que significa el individualismo en definitiva, y lo que significa el concepto del Estado "como un medio": la perfecta indiferencia del Estado respecto de la moralidad de sus miembros individuales (véase de nuevo el artículo 5 de la Declaración de los Derechos del Hombre, donde se manifiestan esa indiferencia y el carácter puramente negativo de la ley respecto del obrar humano). El divorcio completo entre ética y política es el vicio original de esta teoría individualista del Estado. Y es que el racionalismo plantea el problema de la libertad como una mera disputa de poderes, en la cual se trata de salvar los derechos individuales frente al predominio del soberano.¹ Suárez va más allá de los límites circunstanciales de una

¹ Dedicados a esta misión, el pensamiento y la acción política de los ingleses se olvidaron de salvaguardar estos derechos frente al exceso del poder de la nobleza. De hecho la Revolución Inglesa, ya terminada cuando Locke publicó su *Ensayo* —la ley del *habeas corpus* es once años anterior a esta obra— no tuvo un carácter popular o "democrático" como la francesa; tuvo el mismo carácter de una rebeldía de los nobles contra el rey que había tenido ya, siglos antes, aquella otra que obligó a un soberano a firmar la *Charta Magna*, llamada también, con un equívoco muy característico, *Charta libertatum* y *Charta baronum*: las libertades consignadas en ella eran las de los barones, no las del pueblo. Por esto la repudió Cronwell en 1654. El poder político del "brazo" popular, tradicional en la España medieval, principalmente en Cata-

disputa histórica, y plantea la cuestión en su radicalidad y pleno alcance. El problema político es el de la constitución de una comunidad humana sobre fundamentos éticos. La ley es esencialmente un instrumento de moralidad, cuyo fin primordial es obtener en parte la bondad de los sujetos individuales. Ética y política son inseparables, como lo fueron en Grecia para Sócrates y para Platón. La ley y el Estado no tienen un carácter puramente negativo o restrictivo, sino positivo y fecundo; pues el Estado tiene también sus fines propios, que no resultan de la suma de los fines privados, a los que a veces se contraponen, y a los que siempre exceden en derecho. Así, el individuo no puede erigirse en competidor de la comunidad, ni puede considerar a los poderes del Estado como invasores de su derecho, si no es por abuso, tiranía o injusticia, en cuyo caso son legítimas la desobediencia y la rebelión. En suma, el bien común, que es la finalidad de la ley según Suárez y según Locke, no significa en ambos la misma cosa. Si la comunidad está por encima del príncipe ¿cómo no va a estar por encima de un simple ciudadano?

La propensión individualista no tiene solamente consecuencias en el orden interno, en la estructura del Estado, sino que afecta también a la vida internacional y determina la posición de un Estado frente a los demás. La llamada libertad de iniciativa individual conduce inevitablemente a una situación en que predomina el principio de la competencia, según el cual la vida es rivalidad y antagonismo. Los individuos son competidores entre sí, dentro del Estado, y todos juntos competidores del Estado. De parecido modo, y por natural consecuencia, cada Estado es un competidor de los demás Estados. Cada miembro de la comunidad humana, sea un individuo o una nación, encovado en su suficiencia, mira al otro con ojos difidentes. No habiendo verdadera comunidad interna, no puede haberla en el orden exterior; pues una comunidad sólo puede establecerse sobre un principio de concordia, lo mismo en el

luña, no fué conocido en Inglaterra, ni tampoco, por lo demás, en Escocia. El éxito, la eficiencia del régimen parlamentario británico en la Edad Moderna no ha de hacernos olvidar que España fué más democrática en la Edad Media que en la moderna.

orden nacional que en el internacional. La historia nos enseña lo difícil que es implantar efectivamente la concordia en el corazón de los hombres, y lo precario que es el éxito eventual de semejante empresa. Pero empeñarse en ella es una misión irrenunciable del pensamiento. La historia se hace de errores y de aciertos, y el pensamiento puede compensar su ineficacia práctica dejando a la política que cargue sola con sus responsabilidades. Para la ejemplaridad de la filosofía, es mejor la discrepancia con la acción, que una coincidencia que parezca autorizar sus errores.

La predominancia del factor económico en la concepción individualista del Estado significa en el fondo la vigencia indisputada del principio del poder, que es la fuente inagotable de la discordia, como ya enseñaba Luis Vives en el siglo XVI. Así, las relaciones entre Estados, según Locke, tienen ese mismo carácter negativo y defensivo que tienen las motivaciones originarias y las regulaciones internas de la sociedad civil. Ningún aspecto de su obra, con relación a este punto, ofrece el carácter fecundo que tiene la creación del derecho internacional en las *Relecciones* de Vitoria, o el carácter positivo y la fuerza de humanidad que hay en el derecho de gentes de Francisco Suárez. En cuya obra se lee: "Aun cuando la universalidad de los hombres no haya sido congregada en un solo cuerpo político, sino que haya sido dividida en varias comunidades, no obstante, para que aquellas comunidades pudiesen mutuamente ayudarse y conservarse entre sí en justicia y paz (lo cual es necesario para el bien del universo), convino que observaran entre sí ciertos derechos comunes como por común alianza; y éstos son los que se llaman derechos de gentes, que han sido introducidos más por tradición y costumbre que por alguna constitución".

Ni el individualismo, ni la tiranía, ni el totalitarismo, ni el amoralismo del Estado, tienen justificación en la teoría política de Suárez. Descartadas estas direcciones, el pensador y el político de nuestros días pueden encontrar la idea de una nueva forma de comunidad que, en el caso de España, representaría solamente la continuidad de una tradición ilustre.

ETICA Y ESTETICA

(APUNTES PARA UNA METODOLOGIA CRITICA DEL ARTE)

Por *Alberto ZUM FELDE*

EL concepto del mundo de los valores como forma de conciencia —y, como forma, no permanente y absoluta sino relativa y variable, por cuanto se determina, en gran parte, por “estados de conciencia” históricos— implica el concepto de unidad funcional de todos los valores de la cultura, o de una época de la cultura, ya universalmente aceptado, y por tanto, del valor ético y del estético, anulando el falso conflicto en que ambos términos se mantenían hasta hoy, a través de las discusiones de las escuelas.

Eticistas y esteticistas han solemnizado largamente sobre un problema tal vez mal planteado, puesto que no era en el terreno de los principios donde podía resolverse, sino en el de la Psicología.

Si conceptuamos el mundo de los valores —por distinguir mental con respecto al de las cosas,—como la realidad espiritual creada por el hombre y adaptación ideal del mundo a las categorías del alma humana, vemos identificarse en lo profundo de la conciencia, en esa zona de penumbra que se interna en la oscuridad del subconsciente, y hasta donde alcanzan todavía nuestros instrumentos racionales, los principios genéticos de la moral y del arte, aparentemente distintos en sus formas concretas.

Simple ilusión apariencial en el plano de las afloraciones formales, las fronteras de sus reinos se borran así que nos adentramos en las capas subterráneas donde se encuentra la raíz psicológica. Allí comprobamos que todo auténtico valor estético entraña necesariamente un sentido ético, así como todo puro valor ético implica a su vez un sentido estético.

Estamos en el plano de una comprobación de hechos: verdad casi más científica que metafísica; y hasta pudiéramos decir empírica. Ya no se trata de discutir acerca de *lo que debe o no debe ser*; se trata de verificar simplemente *lo que es*, sin apriorismos de escuela. La discusión escolástica acaba y empieza la metodología fenomenológica.

Esta pretensión de dar una una solución de método científico y no puramente racional al problema, puede parecer muy modesta o muy ambiciosa, según se la mire; muy ambiciosa si se la encara como intento de resolver en términos definitivos algo que viene siendo desde antiguo motivo de alta discusión teórica; muy modesta si se considera que sólo aspira a hallar la respuesta en el plano de la observación de los hechos. En verdad, ni lo uno ni lo otro, pues los hechos de que se trata son de naturaleza psicológica, y ya sabemos que el hecho psicológico, es el más complejo, sutil, difícil y hasta desconcertante que podamos estudiar.

Así dispuestos, lo primero que conviene hacer notar es que, las correlaciones de lo moral y de lo estético son de orden funcional, y por tanto no suponen que las imágenes del arte hayan de ser representaciones directas de principios morales o hayan de responder de un modo expreso a esos principios. Su característica funcional es: que aun cuando respondan negativamente, actúan por relación con esos principios. Los personajes "inmorales" de la literatura, como las figuras horribles de la plástica, suscitan emoción por su contraste con los valores morales. En tales casos, el personaje o la figura, nos emocionan precisamente porque son inmorales, perversos o monstruosos; pues sólo pueden ser perversos o monstruosos para nuestro sentimiento moral.

Si no actuara en nosotros lo que pudiéramos llamar la sensibilidad moral, los personajes perversos y monstruosos, no nos emocionarían absolutamente; no poseerían ningún elemento emocional. Sólo en cuanto hieren esa sensibilidad —es decir, por su juego funcional con el valor moral— adquieren expresión, sentido, valor. La emoción estética y la emoción moral se identifican funcionalmente

en los casos negativos, tanto como en los afirmativos, en los cuales la figura es plásticamente bella, o literariamente, noble.

¿Por qué consideramos un género inferior de literatura —o de plástica— aquel que se dedica a explotar los motivos libidinosos, pornográficos, sin llevar dentro la sal de la sátira o el corrosivo del dolor? Porque su ausencia de todo sentido moral repugna a nuestra conciencia. Un monstruo de lujuria es una figura estética, como lo es un monstruo de crueldad: Nerón o Salomé, pongamos por ejemplo. La figura de Nerón resulta estética porque su perversión es trágica; como también lo es la perversión en Salomé; los dos alcanzan los límites de la locura, allí donde el hombre ya es entregado a sus demonios.

Las figuras del arte que actúan en oposición al valor moral, tienen fuerza emocional, vigor estético, en la medida que su oposición adquiere carácter dramático, porque nuestra conciencia responde —subconscientemente— con reacciones del sentido moral. Así también ciertas figuras inmorales pero de carácter grotesco, hallan en la burla satírica el contrapunto moral que las valoriza.

Ni el artista que engendra la imagen ni el espectador que la recibe son conscientes de este juego de valores; él se opera, casi siempre, en el plano oscuro de la subconsciencia. Es un juego funcional tan subconsciente como el de las funciones orgánicas. Y tan necesario como él. Podría decirse así, que esa necesaria correlación entre los sentimientos morales y los sentimientos estéticos, es *un automatismo psíquico*, del cual el hombre percibe los efectos pero no las causas.

TAN imposible es escapar a esta realidad de nuestro funcionamiento psíquico, que ni aún en el caso del escepticismo absoluto —sólo imaginable en hipótesis— la sensibilidad estética puede existir sin relación con un valor ético cualquiera, así sea el más aparentemente alejado de toda moral propiamente dicha.

El placer estético que un escéptico moral absoluto —un amoral, en el estricto sentido— hallaría en las bellas formas de un cuerpo, en una armonía de color o de so-

nidos, en el artificio de una metáfora ingeniosa, en la maestría técnica de una obra, no se produciría si, en su subconsciente, no actuaran ciertas leyes éticas fundamentales, de cuya correlación con ciertas formas y modos del arte, proviene el placer estético.

Todas las cualidades que pueden hacer *placentera* y estimable una obra de arte —aunque sea de arte menor— son también, en el fondo, cualidades éticas, categorías de valores. Orden, eutritmia, gracia, brío, sutileza, exactitud, audacia, dominio, libertad y todas las demás virtudes que puedan hacer estéticamente valioso un objeto, una obra, un ser, son valores éticos de la vida, en su polaridad biológica. Y aun cuando se prescindiera de todo otro contenido, el placer estético mismo proviene de la realización, de la actualización de esos valores.

Un escéptico absoluto de lo moral —un amoroso perfecto— no podría sentir ningún placer estético: sólo sentiría placeres sensuales, que no es lo mismo. El sensualismo estético es el último escalón de la posibilidad humana, en ciertos individuos de conciencia moral muy relajada. Más allá, ya deja de existir lo humano. Porque la diferencia entre el placer sensual y el placer estético, la determina precisamente la presencia del “valor”, operando en lo subconsciente. Lo estético trasciende lo sensual como el espíritu trasciende los sentidos. La absoluta insensibilidad moral traería automáticamente la absoluta insensibilidad estética. Del hecho de que existan individuos que presuman de “Inmoralistas” y sin embargo sean estetas, sólo se deduce que su inmoralismo no es sino de una moral distinta a la común, de una tabla de valores trasmutada; como la de Nietzsche.

El caso Nietzsche es bastante ilustrativo a este respecto. No respecto al hedonismo, pues el pálido Anticristo teutón era todo lo contrario de un hedonista; no buscaba la felicidad ni el placer, sino la heroicidad y la tragedia; pero sí, respecto del estetismo puro, del que quiere desligarse voluntariamente de toda moral.

La postulación de un arte que esté realmente más allá del bien y del mal, —como la postulación de la vida misma, más allá de esos valores, ha sido negada por el más genial

de sus teorizadores. Devoto de su amigo Ricardo Wagner, a quien llama su Maestro, mientras éste exalta, en su Tetralogía del Nibelungo, el mito heroico y el *fatum* trágico, se aparta de él, indignado, y lo combate con feroz sarcasmo, cuando, en "Parsifal", exalta al héroe místico. No era, pues, más allá del bien y del mal, donde Nietzsche concebía al Arte y la Vida, sino en relación con su nueva tabla del bien y del mal, anticristiana, antisocrática, dionisiaca.

Profeta iracundo de su Dios: Dionisos, al pálido Anticristo condena y abomina por inmoral el misticismo de "Parsifal", puesto que debilita y afemina las almas; y niega los valores estéticos de la obra, por cuanto éstos se hallan en oposición a su ética, de la potencialidad vital. Nietzsche se comporta en este caso como un moralista perfecto, aunque al revés. Y en última instancia, responde, sin saberlo, a la ineludible razón de unidad funcional de lo ético y lo estético, que es ley psicológica universal.

Parsifal es, para Nietzsche, personaje abominable; y como la obra es exaltación del personaje y su ideal místico, su celo inquisitorial lo condena a la hoguera; exactamente como la conciencia moral cristiana rechazaría, con repugnancia, un drama en que se exaltara la figura de Nerón o la de César Borgia. Borgia es una figura magníficamente trágica para el Arte, pero a condición de ser tratado como un ser satánico; al igual de Nerón, o de Salomé, su presencia emociona estéticamente, por cuanto choca con nuestro sentimiento moral, provocando el horror. Si el artista pretendiera sustituir este sentimiento natural del horror por el de admiración o simpatía, falsearía la obra, subvirtiendo el valor estético del personaje.

Supongamos a Nerón, despojado artificialmente del sentimiento de horror moral que su perversión provoca, y visto sólo como un cruel esteta, sentado frente al incendio de Roma, que mira a través de su esmeralda, pintado, afeminado, coronado de rosas y recitando enfáticamente, al son de la lira de oro, mediocres versos latinos. No sería más que un personaje ridículo; no quedaría de él sino el lamentable histrion que era. Lo que le da fuerza trágica, valor estético, es aquel sentimiento de horror moral que provoca su perversión elevada al poder de Emperador de Roma.

Wilde —con ser Wilde— hace, al fin, aplastar a Salomé bajo los escudos de los guardias, por orden del Tetrarca, que se cubre la cara con el manto. Mas, aquí cabe observar que Wilde ha sido, por ironía, uno de los escritores mas *morales*. Bastaría recordar "El Retrato de Dorian Gray". Están además, casi todas sus comedias y sus cuentos, donde el sentido moral es evidente.

No importa que sea de él la frase famosa: "No hay obras morales o inmorales, sólo hay obras bien o mal escritas", que parece descartar toda valoración ética en el Arte. Esto está, precisamente, dentro de la paradoja del fenómeno estético, en la cual se halla preso, sin saberlo, el gran paradojista. Wilde es moralista sin darse cuenta, y, desde luego, queriendo no serlo. El sólo quería ser artista; pero, he aquí que no podía serlo auténticamente, como lo es, sin que su obra tuviese, implícitamente, un sentido moral. Operando con valores puramente estético, operaba también, voluntariamente, con valores morales. El caso de Wilde es ejemplar.

La intensidad del bien o del mal implícita en una obra, opera en correlación directa con la intensidad de la emoción estética. La maldad mediocre, el vicio vulgar, no nos emocionan estéticamente, como no nos emocionan la bondad mediocre y la virtud pequeña. La virtud debe alcanzar el grado del heroísmo o de la santidad; el mal, el grado de la vileza o del satanismo. Sólo así alcanzan categoría estética.

La intensidad estética de los tipos de maldad, se produce en la medida en que su actuación se opone a los "imperativos categóricos" de la conciencia moral, que se suponen actuando en cada individuo normal. Por eso, cuando el artista quiere impresionarnos fuertemente, carga las tintas sombrías de sus personajes y sus escenas; o, al revés, les presta aureolas de pureza o de sacrificio. El realismo tiende, por lo general, a ensombrecer las tintas de sus cuadros; y ese procedimiento es el que suele dar intensidad estética a ambientes y personajes que, de otro modo más *verista*, no saldrían de la mediocridad fotográfica, de la simple vulgaridad incolora.

Sabemos que en la vida, el bien y el mal andan siempre muy mezclados. Eso da a los individuos y a las cosas una tonalidad gris confusa, que no nos impresiona directamente. Es preciso que el artista marque vigorosamente ambos elementos, oponiéndolos en contraste de luz y de sombra; o bien haga actuar esa oposición en el mismo sujeto, de modo contradictorio y desconcertante, pero con la suficiente fuerza de conflicto para tornarlo un ser dramático.

De esta segunda especie son los más característicos personajes de Dostoyewsky, por ejemplo. Y en ello consiste su poder de sugestión, su profundidad moral. Nadie como el sumo novelista ruso ha sabido tratar ese resorte dramático; pero, el no ha hecho sino agudizar, intensificar, en tipos de cierta psicología neurótica, la dualidad que se da, comúnmente, en la mayoría de los hombres, y aparece poco interesante al fundirse en la masa gris del término medio.

El realismo y el idealismo simples, suelen ser estéticamente falsos, porque su procedimiento ingenuo consiste en separar esos elementos, presentando siempre aquella batalla teológica original entre ángeles y demonios, cuando en el hombre, demonio y ángel se enredan.

La falsedad de la literatura "idealista" proviene, de que opera directamente con valores morales, a veces de rango sublime, a veces también meramente normativos, dándonos una imagen del mundo y de la humanidad no conforme a la verdad viviente de su doble naturaleza sino conforme a cierta tabla de idealidades éticas (lo que debe ser en lugar de lo que es) siempre proclive hacia un puritanismo más o menos retórico. Y si hay conflicto, es resuelto con criterio convencional: de antemano se sabe, como en las películas norteamericanas, que siempre el bien triunfa y el malo se redime. Es lo que exige el optimismo moral. La literatura idealista es, necesariamente, una literatura optimista; es decir, comprometida pragmáticamente con el optimismo.

El realismo simple, por su lado, incurre en la falsedad opuesta: presentar sólo la faz sombría, brutal, miserable, del hombre, su egoísmo, su codicia, su falacia, y, sobre todo

—¡sobre todo!— su libidinosidad. Le suprime radicalmente la conciencia moral, dejándole, a lo sumo, el taparrabos de la hipocresía. El realismo —falso realismo, si queréis— se cree en la obligación sistemática de ser inmoral como el idealismo en la de ser moralizante; aquél ha de complacerse en las exhibiciones sexuales y éste en ocultar lo sexual: exhibiciones versus hoja de parra.

Obsérvase, empero, que este tipo de realismo, que no toma toda la realidad humana sino sólo su mitad, pero pretendiendo que es toda y la única real, lo que hace es operar sobre los valores morales, sólo que, *jugando a la baja*, como ciertos especuladores bursátiles. Todos sus efectos los obtiene por ese juego de negación de la moralidad; sus personajes y sus episodios son tanto más eficaces cuanto más inmorales son, es decir, cuanto más fuertemente provocan en el lector o el espectador, *el escándalo moral*.

Si, detrás o debajo de ese realismo negativo no actúan en la conciencia del lector los valores morales —aun que subconscientemente— personajes y cuadros carecerían de todo valor estético; serían como la simple objetividad científica. La ciencia es lo único que está más allá del bien y del mal. Pero el objeto de la ciencia es el conocimiento y el del arte la vida.

Esas posiciones del realismo o el idealismo simples, se dan igualmente, equivalentemente, en las artes plásticas, siéndoles aplicable el mismo juicio crítico.

El realismo, en pintura y escultura, representa al hombre en la exageración de su animalidad física y de su sensualidad grosera, con tendencia a complacerse en la fealdad. Lo bello, aunque también es real, no es realista; lo realista es lo feo; un escultor o pintor realista lo será tanto más cuanto mayor suma de fealdad represente en sus obras. No es necesario señalar que se trata de un simplísimo prejuicio de escuela; y, acaso más que de un prejuicio, de un procedimiento. Este tipo de obras impresionan tanto más cuanto más están en oposición al ideal de la belleza, —que es la natural tendencia del espíritu— y operan precisamente por lo que podría llamarse “escándalo estético”, equivalente al escándalo moral.

El idealismo simple, en cambio, nos da esas figuras académicas convencionales, ya teatralmente ampulosas, ya fríamente pseudo-clásicas, donde la forma y el gesto, privados de verdadera vida, responden sólo a las normas de una especie de retórica plástica. Si el realismo especula sobre la brutalidad y la fealdad de las figuras, el idealismo especula a su vez, sobre el banal gusto de lo bello y sobre alegorías morales.

Excluimos expresamente de estas consideraciones el realismo *fotográfico*, la más inferior de las modalidades de arte, que ya está casi fuera del plano estético, y que es, sin embargo, desgraciadamente, la que más place al vulgo; sobre todo sí, a lo fotográfico de la imagen se une cierta idealidad de sentido moral en la composición, confundiéndose así en sus zonas más inferiores las dos modalidades del realismo y del idealismo, en lugar de confundirse en sus zonas superiores, que es lo que produce las obras valiosas.

Pues, así como en este caso de lo vulgar, se unen los dos en sus defectos, en el caso de la obra valiosa se unen en sus virtudes, completándose, equilibrándose, y dando de sí un producto que tiene las cualidades de la vida y las del espíritu, en una sola integridad formal.

Pero hay también otra manera de unirse inferiormente esos opuestos, aunque suele despistar con sus pretensiones de gran arte, no siendo sino su falsificación. Y es cuando aquel realismo que explota la fealdad (y no gusta al pueblo) se aplica a composiciones de sentido idealista, moralizante, ideológico, político. Nuestra época está abundando en estos engendros, a los que se conoce generalmente con el falso rótulo de "arte social".

No sin cierta sorpresa comprobamos que, después de todas las sutilezas y tortuosidades más o menos sofisticadas del nihilismo contemporáneo, una fenomenología rigurosa nos vuelve otra vez al punto crítico en que es preciso reconocer como naturalmente verdadera la antigua unidad platónica del bien y de lo bello. Pero con dos advertencias muy importantes.

La primera es que, la Moral a que ese Bien se refiere, no es la pequeña moral de las preceptivas comunes, sino

aquella otra, grande, de la sabiduría del alma, cuyos ideales son el heroísmo y la santidad. Heroísmo y santidad ¿no son ya virtudes estéticas en sí mismas? Compáreselas con la simple honestidad; ésta no es ya una virtud estética; vive en la zona vulgar de separación de valores; en lo inmediato y práctico de la humanidad.

Las figuras de Sócrates, Marco Aurelio, San Francisco de Assis, son figuras estéticas; ya no se puede separar en ellas la virtud de la belleza. Ambos valores se presentan fundidos en un solo sentimiento de sublimidad. En la jerarquía de lo sublime, se da el Bien más allá de la Moral y la Belleza más allá de la Estética. Estética y moral están dentro de la zona en que el Espíritu se divide para actuar en las condiciones de una realidad común (o, mejor dicho, en que nuestra Inteligencia lo divide, formalizándole, clasificándolo). Más allá de esa zona de lo común cotidiano, empieza el solo y soberano reino del Espíritu, en que los grandes valores fundamentales se identifican. El supremo Bien está más allá del Bien, (y del Mal); la suprema Belleza está más allá de la Belleza (y de la Fealdad). Los "Caprichos" de Goya no son bellos, propiamente dicho; las cuencas ciegas y sangrientas de Edipo, tampoco. Son trágicos, que es lo sublime. Pertenecen al reino del Horror.

El horror trágico está más allá del Bien y del Mal; pero, al mismo tiempo, ¿qué es ese *horror*, sino un sentimiento en que lo estético y lo moral se confunden, estando, a la vez, dentro y fuera de ellos, siendo y no siendo, a la vez, ellos mismos? Lo que ocurre con lo sublime del horror ocurre con lo sublime del éxtasis (porque todo lo humano se duplica, tiene dos caras). En el Cristo crucificado, terror y amor se confunden en el mismo hecho místico. Y el Cristo está tan dentro de la Estética como de la Moral, estando más allá de ellos.

(Obsérvese así mismo, de paso, cómo este concepto de "más allá del Bien y del Mal", que Nietzsche ha clavado en el centro de nuestra problemática contemporánea, está siempre actuando, de manera semejante a la *fuga*, en la música).

Precisamente, heroísmo y santidad han traspasado, trascendido, esa frontera, tal vez "demasiado humana", que

separa, en el reino de lo normal lo moral y lo estético. Son ambas cosas a la vez, de manera evidente. Su valor esencial nos coloca en ese plano de sublimidad donde podemos comprender inmediatamente la identidad fundamental de ambos valores.

Lo sublime, en arte, consiste en eso: en la fusión e identidad de los dos modos del ser humano en la misma forma. De ese plano hacia abajo, se va produciendo la separación y diferenciación de las cosas, hasta llegar al plano común, donde parece que se hallan casi en oposición. Así, el falso conflicto de la moral y del arte, se patentiza cotidianamente en la condenación que, por *inmoralidad*, la censura pública o privada lanza contra ciertos libros, cuadros, dramas, etc.

Cuando pisamos el terreno práctico de "las buenas costumbres" —la moral típica de las clases medias— el arte ya casi no puede vivir sino como algo clandestino, vergonzante y subversivo. El verdadero arte, se entiende, no aquel que pasa por la revisión aduanera de la moralidad, y que es, casi siempre, el mediocre. Porque, así como las formas mismas del arte se van trivializando al acercarse a los niveles comunes, su entidad estética se desvirtúa en adaptaciones y tributos a las preceptivas convencionales de la moral práctica y común.

No ha de olvidarse que, socialmente —y tanto para la Religión como para el Estado— la moral es lo primero, lo necesario, y el arte, el lujo, lo superfluo. En consecuencia, el arte sólo es permitido —y hasta secundariamente estimulado— en tanto no contravenga las conveniencias prácticas de una preceptiva moral, muy convencionalmente interpretada. Por esta razón, lo más conveniente para el Arte, es que los artistas traten de apartarse lo más posible de toda preocupación moral, en la seguridad de que así se acercarán tanto más al valor moral verdadero, profundo, que está necesariamente implícito en la autenticidad del valor estético. Y en esto tenía razón Oscar Wilde.

Llegamos así a la segunda advertencia, más importante que la primera. Para que la identidad implícita de arte y moral se realice auténticamente, es indispensable que el artista proceda con absoluta prescindencia de lo moral,

que ningún compromiso de esa índole intervenga en el proceso de su creación. El artista debe ignorar tal correlación de valores o hacer como si la ignorara. La manera cómo esa conexión de lo moral y lo estético se produce, es un fenómeno natural que debe quedar guardado en la sombra discreta del subconsciente, hasta que la obra salga a luz. Después, la crítica podrá descubrir donde está el secreto; a menudo no lo descubre. El subconsciente trabaja para el artista mientras éste trabaja para su obra.

Si el artista se tornara consciente de la relación natural, funcional, que existe entre lo estético y lo moral en su obra, podrían ocurrir una de estas dos cosas, igualmente funestas: o trata de apartarse del sentido moral para no incurrir en el pecado estético de lo moralizante, con peligro de caer en la falsedad de una perversión esteticista que lo aparte de la realidad del hombre o bien procura acentuar equivocadamente esas relaciones, creyendo así dar mayor intensidad al valor estético, y cae entonces en la desvirtuación moralizante del arte. En ambos casos la obra se habría frustrado.

Se notará que, en el segundo caso, hemos atribuído al artista, en trance de creación, un propósito de dar mayor intensidad al valor estético, por la acentuación del valor moral; pero no le hemos atribuído que buscara un fin moral por sí mismo. Este fin ya es radicalmente ajeno al verdadero artista, quien trabaja en la más entera independencia de tales valores. La palabra "moral", no tiene sentido para el artista, en cuanto tal. El sentimiento moral que, necesariamente, ha de estar en su obra, por modo involuntario, es tema de la filosofía del Arte. Aristóteles pudo descubrir que la Tragedia tenía una clave catártica; pero Esquilo no lo sabía.

LA relación subconsciente de la emoción estética con el sentido moral, podría compararse —para su más cabal comprensión— a la relación existente entre el deseo sexual y el instinto de la procreación. En presencia del objeto o imagen que provocan la emoción sexual, el hombre (o la bestia) no sienten sino un deseo de posesión; y, en la pose-

sión, el goce puro. Del Amor puede decirse también como Kant decía del Arte, que es una finalidad sin fin; por lo menos, sin fin voluntario. Porque el individuo no busca la reproducción sino la emoción sexual, el goce; sólo busca esa emoción por sí misma, sin referencia racional a ningún fin biológico. En el Amor no hay otra finalidad que el Amor mismo.

Y sin embargo, debajo del deseo y del Amor, opera el instinto de la reproducción, que es lo que les origina y les mueve. Sin el instinto reproductivo de la especie, el deseo sexual no existiría, y por tanto no existiría la emoción. Pero este deseo y esta emoción son independientes —psicológicamente— del hecho de la reproducción, que puede o no cumplirse, sin que ello influya en la plenitud del goce mismo. Sólo una mínima parte de los goces sexuales del hombre tiene efectos reproductivos; mas todas sus emociones sexuales tienen por principio el instinto de la reproducción.

Cuando dos seres se enamoran, o simplemente cuando se desean, no piensan, ciertamente, en reproducir la especie. La reproducción es una consecuencia natural involuntaria, no siempre efectiva, y a menudo expresamente rehuída. Por lo demás, el Amor es misterioso. Todas las cualidades —caracteres físicos y psíquicos— que atraen sexualmente a dos seres, quedan guardados en los profundos repliegues del subconsciente. Por eso Schopenhauer los atribuía al genio oculto de la especie. Sabemos que en esta subconsciencia de las causas y de los fines, radican el encanto y el poder del amor. La naturaleza ha dispuesto sus secretos muy discretamente. Porque, en cuanto un secreto tal fuera violado, el poder de su encanto desaparecería. No existiría el encanto del Amor si dos seres, al buscarse, tuvieran como objetivo y finalidad conscientes, expresos, la reproducción de la especie. Eso sólo ocurre entre parejas monárquicas, dinásticas, donde, al Amor ha sustituido la razón de estado. Y, partiendo de este caso extremo de la ausencia del encanto amoroso, puede decirse que, en todos los casos, el Amor estará en razón inversa a las otras razones.

Pues, así mismo ocurre en Arte. Las razones morales quedan sabiamente ocultas detrás del encanto estético. Sólo se busca el goce estético, por sí mismo; y cualquiera otra razón lo malogra. Pero ese goce está engranado, misteriosamente, con la conciencia moral.

Sin embargo, nos equivocáramos, si de ello indujéramos, precipitadamente, que el Arte es tan irracional como el Amor. Nos equivocáramos tanto como aquellos que sostienen que el Arte es algo tan perfectamente racional como un juego de ingenio. Mucho de ingenio necesita, ciertamente, y por tanto es, en parte, racional. Racional en cuanto técnica, irracional —y misterioso— en su esencia, en su intuitividad, el sentido crítico —autocrítico— puede intervenir legítimamente en el proceso de su elaboración formal, para evitar las caídas hacia la moralidad. Puede intervenir en esto como interviene para evitar otras caídas —en los peligros que siempre acechan a la entidad artística— por ejemplo: hacia lo retórico, hacia lo didáctico, hacia lo efectista, hacia lo rebuscado, hacia lo fácil, hacia lo snob, etc.

Proponerse hacer inmoralismo y evitar el moralismo, son cosas opuestas. En arte, el inmoralismo es lo mismo que el moralismo, en cuanto a sus resultados desvirtuantes. Uno es el derecho y otro el revés de una misma cosa que, ni del revés ni del derecho es legítima. Puede ser conveniente que el artista se cuide de no moralizar expresamente (tanto como que se cuide de inmoralizar); pero es totalmente innecesario que se preocupe por la moralidad o inmoralidad de su arte, puesto que el valor moral estará automáticamente implícito en el valor estético, siempre que la obra posea la virtud fundamental de la autenticidad.

Y una observación final. Al tratar este ex-problema —pues entendemos que puede dejar de serlo— nos pondremos más cerca de la exactitud si decimos *lo* moral y no *la* moral; en todo caso conviene distinguir entre ambas locuciones. El artículo indefinido sitúa la cosa más en el plano psicológico, natural, fenoménico, en tanto que el otro, el *la*, le da un carácter más lógico y normativo.

Lo moral se refiere al hecho mismo de conciencia, que es lo que nos interesa; la moral, en cambio, a la ciencia,

doctrina o regla de criterio y conducta, a lo formal. Diferencia parecida a la que puede hacerse entre *lo* estético y *la* estética, es decir, el hecho y la norma, el fenómeno y su ciencia.

Así definido, las relaciones de ambos valores se plantean no como relaciones exteriores, de derecho internacional, entre reinos distintos, sino como vinculaciones y conflictos de política interna, produciéndose y resolviéndose dentro del mismo reino. Y sobre todo, esta ubicación del problema —falso problema, dijimos al comenzar— en el terreno del hecho psicológico y no en el pie de la doctrina normativa, es lo que nos acerca al método científico, al de comprobación, esbozando una verdadera fenomenología, en busca de la ley que nos coloque por encima de las postulaciones teóricas de las escuelas.

Lo que debe ser —discutido hasta ahora— deja el lugar a lo que es. Lo que es, original y necesariamente, más allá de la Ética y de la Estética, y donde lo ético y lo estético dejan las apariencias formales de su diferenciación y son simplemente la vida; la vida y el espíritu; o la vida del espíritu; o el espíritu de la vida, que de estos y otros modos puede decirse; y de todos resulta siempre esa realidad anfibológica, casi siempre contradictoria, a menudo paradójal, que es el hombre.

LA EXPRESION DE LO CONCRETO

Por Ramón XIRAU

I

EL camino de la filosofía contemporánea (esta su tendencia a determinar lo concreto) nos plantea de inmediato el problema de la posibilidad de tal determinación. ¿Es posible explicar la realidad bajo la forma de los "conceptos concretos"? ¿No es acaso posible decir que tal explicación de lo real llevaría consigo una contradicción insoluble? ¿Pueden existir *conceptos* de la realidad?

Pero antes de penetrar en el problema de una manera definitiva, es bueno preguntarse qué puede significar la palabra "concreto". La dificultad está, por de pronto, en clarificar de manera conceptual el significado del término. Pues, efectivamente, concepto implica abstracción, y explicar lo concreto, la no-abstracción, por lo abstracto parece introducirnos dentro de un círculo del cual parece imposible librarse. Hablar, pronunciar, mirar, es, en algún sentido, abstraer. De ahí una primera cuestión: ¿cuál es la dosis de abstracción que hallamos en lo concreto? Sin embargo debemos, de alguna manera, ponernos en camino. Podemos, de una vez, preguntarnos, sin incurrir en círculo alguno, que es lo que *entendemos* por la palabra "concreto", y nos referimos al "entendimiento" de la palabra porque en este "entenderla" no se implica de manera alguna el contenido "real" de tal comprensión o entendimiento. Afrontamos, de este modo, dos problemas. ¿Existe en realidad algo concreto? ¿Cuándo hablamos de lo concreto, tienen las palabras alguna inteligibilidad? Puestas así las cosas debemos empezar por tratar la segunda cuestión en primer lugar.

Cuando *hablamos* de lo concreto, *entendemos* algo, damos algún sentido a la palabra. Este sentido es doble. Hallamos, en primer término, un sentimiento de espesor, de realidad tangible. En segundo lugar cuando nos referimos a lo concreto hablamos de algo que *consiste en*, de algo *consistente*, considerado por sí mismo. De ambas cualidades reunidas, se sigue una tercera. Lo concreto nos es vital, nos urge, nos llama. Es aquello que nos rodea, que podemos tocar y cuya consistencia misma es garantía de su presencia. Lo concreto es, pues, en cierto modo lo "actual".¹ Cuando en la más cotidiana de las conversaciones preguntamos: "Concretamente, ¿de qué se trata?" hacemos aparecer en nuestros términos la idea de una *necesidad inmediata* de comprensión. Nos sentimos lanzados a indagar cuál es la significación de lo que estamos discutiendo. Y en esta nuestra urgencia por comprender reside un doble imperativo: queremos saber *qué* es (consistencia) aquello de que se nos habla y, al mismo tiempo, averiguar si esta consistencia es sólida, si tiene un suficiente espesor, si sobre ella podemos afianzar los pies y caminar. Hay, pues, en la idea de lo concreto este triple entendimiento: urgencia, consistencia, seguridad. He ahí, pues, una primera aproximación al problema de lo concreto, mejor dicho, al problema del "entendimiento" (abstracto o no, estamos ante la imposibilidad de precisarlo todavía) de lo que normalmente entendemos por concreción.

Queda, empero, otro problema previo que resolver. El de la existencia real de alguna concreción fuera de toda abstracción. Este problema solamente podemos apuntarlo ligeramente. Parece, por de pronto, que se está ante la imposibilidad de "pensar" lo concreto como no-abstracto. En todo lo concreto que hallamos ante nosotros (y en este mismo *hallar ante*) reside cierta abstracción. Parece, pues, que desde el punto de vista puramente lógico-conceptual, lo concreto no puede, en caso alguno alcanzar nivel de "realidad" (es decir, de realidad ideal, pensada). Por ello lo concreto se nos manifiesta por un "hacia". No puede, jamás, instituirse como fin en sí. Y acaso el "camino" de

¹ "Actual" en el doble sentido que la palabra tiene, por ejemplo, en la lengua inglesa.

la filosofía sea precisamente esto, un camino, el camino del hombre hacia la expresión concreta de la realidad. Lo concreto se nos presenta, entonces, para la filosofía, como una "finalidad sin fin". ¿Podemos decir, pues, que los pensadores viven una filosofía que jamás han podido expresar por lo inefable de su carácter? Porque para expresar con exactitud lo concreto "dentro" y "fuera" del hombre nos veríamos llevados a un lenguaje infinito, a la contradicción misma de aquello que, normalmente, entendemos por lenguaje. "¿No habrá pues que decir —con Jean Wahl— que el lenguaje, lejos de revelar lo real, se ha revelado a sí mismo, pero como impotente?"² Si ello fuera verdad, nos veríamos llevados a un encadenamiento de contradicciones, que no podría tener fin. Pero acaso no sea verdad. Pues, en realidad, lo que ocurre es que hay dos lenguajes: el lenguaje esquemático, con lindes claros por lo generales, de la más escueta de las lógicas. Pero, por otra parte existe también otro lenguaje, un meta-lenguaje (¿el de la metafísica?) en cuyo seno encontramos la mayor de las paradojas, pues es este lenguaje, lenguaje "inefable", expresión, "allende las palabras" de lo que se puede expresar. ¿No será acaso éste el verdadero lenguaje? No digamos el único —tiene su importancia, y mucha, el lenguaje de las abstracciones—, pero sí el más auténtico.

II. EL "HACIA" DE LO CONCRETO

EN la raíz misma de todas las críticas contra la posición filosófica del intelectualismo que se había desarrollado por toda Europa a partir del Renacimiento, podríamos hallar un motivo similar. La posición de un Bergson, de un Whitehead, de un Unamuno, de un Ortega, de un Heidegger e incluso de un Husserl, estriba en romper con un pasado "intelectualista" en exceso, para sentar las nuevas bases de la filosofía. En otras palabras, todos ellos —sin que nos importe en este momento hasta que punto hayan logrado realizar sus propósitos— rechazan el pensamiento abstracto para ir, más y más, hacia lo concreto.

² JEAN WAHL, *Vers le Concret*, pág. 1.

Esto significa que en algún momento (no se puede precisar exactamente ni cuándo ni dónde) hubo un cambio radical en el pensar europeo, un cambio acaso comparable a la inversión de Descartes o de Kant. Y si debiéramos intentar fijar (si es posible fijar) un momento de la historia de la filosofía para señalar este cambio o inversión radical, acaso debiéramos hallar sus raíces en Hegel. En su filosofía existe ya la tendencia a explicar lo real por lo concreto. El hombre se identifica con la historia. No es, empero, *esta* historia, sobre *esta* tierra como diría Whitehead. Una tradición cargada en exceso de razones y razonamientos, de principios lógicos, pesaba demasiado. Y así encontramos que si la idea de la filosofía en Hegel parece llevarnos a los más concretos elementos de la naturaleza, su filosofía, su sistema filosófico, destruye su intención. En su pensar filosófico su idea de lo concreto es la más abstracta (la más "absoluta") de las ideas. Más que empezar una nueva era del pensamiento filosófico que también la empieza) lo que ocurre es que en Hegel *culmina*, en su romanticismo lógico persistente, la totalidad de la tradición digamos "racionalista" que a él desemboca. "La verdadera figura en la cual existe la verdad no puede ser sino el sistema científico de la misma".³

Por otra parte, no solamente en la raíz crítica de la filosofía contemporánea, sino también en su ideal de construcción, de comprensión según nuevas medidas de conocimiento, encontramos este paso que nos debe llevar a las cosas tal cual son, "a las cosas mismas", a lo más concreto, a lo vivencial y sentido de la realidad que nos rodea. Tal es la posición de los filósofos de nuestros días.

Ahora bien, ¿puede decirse, de una manera absoluta que se haya llegado a una comprensión concreta del Universo? Tal vez no. La filosofía, en tanto que pura filosofía, ha sabido llevar a cabo sus más íntimos anhelos. Ha sido capaz de rodear, cercar la realidad misma de las cosas, pero, siendo filosofía hablada, lenguaje escrito, ha tenido necesariamente que permanecer (y no es ello un defecto)

³ HEGEL: *Fenomenología del Espíritu*, Trad. Zubiri. Revista de Occidente. pág. 9.

dentro de los límites que el lenguaje prescribe, y lo que el lenguaje prescribe permanece siempre dentro de la abstracción. Decimos que no es ello un defecto siempre que se den cuenta los filósofos de que lo que explican *no* es exactamente lo real, sino que es una aproximación a lo real, un tender hacia la explicación de las cosas. Porque cuando acontece que los filósofos no se dan cuenta del problema y creen haber expresado (¿no será éste el caso de Hegel?) lo concreto de una manera exhaustiva y definitiva, caen, en primer lugar, en la mayor de las abstracciones, y por otra parte, se encuentran en un callejón sin salida puesto que lo que pretenden afirmar deben afirmarlo mediante palabras, y las palabras no pueden nunca expresar *todo* lo real.

Previas estas aclaraciones, pasemos a contemplar, aunque de manera excesivamente panorámica, el paisaje de la filosofía contemporánea en tres de sus más ilustres representantes.

Si deseamos considerar, pues, las manifestaciones más concretas de esta tendencia hacia lo concreto, en tres filosofías de muy diversa intención, acaso sea bueno tomar en cuenta figuras tan dispares como Bergson, Whitehead y Unamuno.

En los tres, hay una fuerte reacción contra la filosofía intelectualista —“materialista” según los términos de Whitehead— que se basaba en el Discurso del Método de Descartes. La filosofía se había “civilizado” demasiado, se había hecho demasiado “ciudadana”. Los filósofos habían abandonado la visión directa de la naturaleza, “El hombre de la ciudad es incapaz de distinguir las cenizas de los robles y confunde el centeno con el trigo”.⁴ Y muchos filósofos lo son de la ciudad, son, como diría Unamuno, filósofos de estufa. Hay pues que volver al campo, a las cosas, al mundo de las plantas y de las estrellas, al mundo del alma. Hay, en una palabra, que volver a lo concreto. Pero, ¿qué significa lo concreto? Esta es la cuestión. Veámosla en los tres casos.

⁴ JOAQUÍN XIRAU: *Lo fugaz y lo Eterno*.

Para Bergson cabe y debe distinguirse entre la realidad falsa, ilusoria, abstraída, refractada a través del espacio, y la realidad vivida, *nuestra* realidad, *nuestra* vida. Nosotros, y en este nosotros llevamos el peso de la totalidad del tiempo que somos en su plenitud de ser en progreso, nosotros, somos en tanto duramos. He ahí el meollo de la filosofía de Bergson. Tal es su más concreta aproximación a las concreciones del ser. "Constato, en primer lugar, que paso de estado en estado. Tengo calor y tengo frío, estoy alegre o estoy triste, trabajo o no hago nada, miro lo que me rodea o pienso en otra cosa. Sentimientos, voliciones, representaciones, he ahí las modificaciones entre las cuales mi existencia se reparte y que la coloran sucesivamente: cambio, pues, sin cesar".⁵ En otras palabras, duro. Y en esta idea de durar, se ve involucrada la totalidad de mi existencia, tanto mi percepción —manifestación de lo que tengo en mi conciencia de más actual, de más activamente dirigido hacia el puro presente— como mi memoria que se ramifica hacia las regiones ilimitadas de la contemplación. Porque durar significa, a la vez, pasar, percibir momento a momento todo aquello que se me haga presente, y permanecer, es decir, acumular en las regiones de la memoria, todo el espesor de la realidad que hace de mi existencia una existencia con sentido. Así soy duración en tanto contemplo y en tanto percibo, en tanto espero y preveo, en tanto soy un hombre constructor, o un hombre religioso. Religión, moral, ciencia, la totalidad de la conciencia, está tejida en el mismo telar de lo que dura. Soy duración por todos los costados de mi existir.

Ahora bien no sólo se halla involucrada la existencia mía, personal, en esta duración. La totalidad de lo que existe es duración, impulso vital.

¿Cuál es, pues, para Bergson, la realidad concreta que buscamos? La respuesta es múltiple y una: lo concreto es la vida, la conciencia, la duración, el impulso vital. . . Pero se nos plantea, se le plantea entonces a Bergson, el problema de la posibilidad de llegar a penetrar el mundo en su total realidad concreta. Su contestación, bien sa-

⁵ BERGSON, *L'Evolution Créatrice*, pág. 1.

vida, es la de la doble teoría de la inteligencia y el instinto. La inteligencia tiene caracteres formales adaptables a cualquier realidad, pero no tiene realidad a qué adaptarse, mientras que el instinto, adaptación constante, adherencia a la vida, no puede tomar distancias, no puede formular o formalizar, ver lo que vive como suyo. De ahí la solución bergsoniana: habrá una manera "refleja" del instinto, la intuición, que pueda participar de las características "adhesivas" o simpáticas del instinto y que, al mismo tiempo, sea capaz de situarse a distancia, y de vislumbrar el contenido de lo real. ¿Es ello posible? Sí y no.

No es posible si se entiende, por intuición, una forma "reflexiva". Pues una forma reflexiva no puede ya ser instintiva, tiene que ser "calculada", se tienen que pesar sus posibilidades, el pro y el contra. Y ello nos lleva de nuevo a la medida, a la razón, a la inteligencia. Una reflexión intuitiva es una reflexión inteligente. De esta inteligencia da Bergson la más honda prueba en su crítica de la *idea* (nótese bien, idea) de la Nada. Ahora bien es también imposible penetrar la realidad por intuición si prescindo de la forma reflexiva de ésta y me reduzco de nuevo al instinto. El lenguaje conceptual (muy próximo a la inteligencia) no puede expresar el último dato de lo real, las más cordiales, íntimas y secretas manifestaciones del ser. Hay acaso otras vías: la vía de la metáfora, de la transposición verbal, de la explicación metafísica de la realidad. Pero este tema queda para más tarde.

PARA Whitehead el problema de lo concreto es también esencial. Veamos como intenta resolverlo.

Considera y critica Whitehead la tendencia que él denomina, algo arbitrariamente, "materialista"; corriente que se desarrolla en el pensar europeo a partir del Renacimiento hasta el siglo XVIII. Se trata, para precisar algo más los términos, de la tendencia que brota en Descartes y que, a través del pensamiento racionalista —e incluso empirista— desemboca en Kant. Según ella se puede expresar mediante algunos conceptos absolutos (substancias,

categorías, formas "a priori", etc.), ciertas realidades inintercambiables del Universo. Una de las derivaciones de este intelectualismo "materialista" de los filósofos "modernos" es la crítica que Hume hace de la causalidad. Según él no existe ésta sino una mera repetición que engendra en nosotros, a través de las leyes de la asociación de las ideas, un hábito, una creencia. Si esta crítica de Hume fuera realmente verdadera, no habría ya bases para ciencia alguna, pues sin causalidad no hay inducción y sin inducción no pueden existir las ciencias empíricas.

El error de Hume consiste, según Whitehead, en hacer ver las cosas como realidades "presentacionales", visuales, esquemáticas. Es el vicio de todo conceptualismo. Las cosas son, en verdad, realidades concretas, y si la causalidad puede representar algo, puede tener algún sentido debe ser en tanto que unidad concreta, sentida (*felt*), experimentada. La causalidad no puede deducirse, contemplativamente, como algo que no nos atañe. Porque la causalidad nos es interna, porque vivimos en un mundo eficaz, un mundo de lucha, un mundo que implica penetración, y obstáculo. Pero nos es interna, porque, a la vez proviene del exterior. No es el sujeto, para Whitehead, una entidad absoluta. Con prioridad al sub-yecto (*sub-ject*) existe el super-yecto (*el superject*). Estamos, ante todo, ligados a un mundo, y este mundo al cual nos vemos atados es un mundo activo. En otras palabras, y aunque por estar en una etapa demasiado concreta y por lo mismo indefinible, no se pueda precisar, existe la causalidad como cosa que se relaciona a nuestro sentimiento (*feeling*), a nuestra experiencia. "La cólera, el odio, el temor, el terror, la atracción, el amor, el hambre, la avidez, el goce masivo, son sentimientos y emociones inextricablemente mezclados al funcionamiento primitivo del "retirarse de" y de la "expansión hacia".⁶ Este doble movimiento hecho de tensiones y de luchas, mi huida ante las cosas, y mi proyección hacia ellas muestran, en nuestra conciencia, y en el mundo que nos rodea, la presencia de fuerzas de causación que el

⁶ Citado por Jean Wahl: *Vers le Concret*.

“materialismo” intelectualista no se había detenido en considerar.

La causalidad es, pues, el elemento concreto por excelencia. Idéntico carácter concreto tiene en la filosofía de Whitehead la idea de la realidad espacio-temporal. No se puede hablar de tiempo o de espacio absolutos. Tiempo y espacio están relacionados, son relativos, pues el espacio “dura” y el tiempo tiene “espacios”. Lo que ocurre es que ni tiempo ni espacio, aislados, pueden significar nada. La totalidad de lo real es una totalidad “perspectiva”, hecha de constelaciones, de “acontecimientos” (events). Así, la realidad de las cosas es una realidad “eventual”, pasajera y dinámica, pero, al mismo tiempo, permanente. Y ello porque al lado de los acontecimientos están los objetos (“eternal objects”), reino “irreal” —es decir, ideal— que no *existe* en parte alguna, sino que *se manifiesta*, aparece en lo real. El color verde es un objeto. Y esta esencia que siempre *es* no necesariamente *está* en algún lugar definido. Lo único que puedo afirmar es que se me aparece, que *ahora* está *ahí*. Pero, ¿cuál es este ahora y este ahí? Ambos son ahora y ahí “eventualmente”, es decir temporal y espacialmente. Lo permanente aparece en lo “eventual”. Así podemos decir que la permanencia de lo eventual está en su carácter objetivo y que gracias a los objetos soy capaz de darme cuenta de los acontecimientos. Un acontecimiento puro no se podría precisar, pues sería continua pérdida de su propio ser.

Tenemos ahora, pues, tres elementos básicos, “concretos” de la explicación que Whitehead nos da de las cosas. Pero, ¿puede Whitehead llegar a expresar con términos definidos esta concreción de lo real en su estado más puro? Acaso sea Whitehead uno de los que han llegado más cerca de una delimitación concreta de lo concreto real. Pero lo concreto no se puede definir. Y no se puede definir porque ocupa lo concreto la capa fundamental (“inefable” por medio de palabras conceptuales) del ser.

No hay que olvidar, por otra parte, que Whitehead invocó, para ilustrar su filosofía a dos poetas, Shelley y Wordsworth, poesía del devenir y poesía del ser. Y acaso

en ellos esté el sentido último de toda filosofía; en ellos, en los poetas.

TAL vez el más concreto de los tres autores que hemos escogido (¿será por su carácter de poeta?) sea Miguel de Unamuno. ¿Qué significa, para Unamuno, lo concreto? ¿Qué es aquello que realmente se nos da como una realidad primaria y final, última y primigenia? ¿Cuál es aquella "finalidad sin fin" de que hablábamos en un principio? Es, para Unamuno, el hombre. Pero el hombre en su realidad carnal, en su vivir encarnado a una vida corpórea, el "hombre de carne y hueso". ¿Cuál es el problema, el único problema, no el de un hombre idea, sino el de un hombre que vive y se duele y se alegra de su vida? Este problema urgente, concreto, ineludible es el que le plantea al hombre su "hambre de inmortalidad". "¿Por qué quiero saber de dónde vengo a dónde voy, de dónde viene y a dónde va lo que me rodea? ¿Y qué significa todo esto? Porque no quiero morirme del todo y quiero saber si he de morirme o no definitivamente".⁷ Al hombre real, a quien se sienta a sí mismo "nada menos que todo un hombre", no le puede preocupar este problema intelectualmente, lógicamente, conceptualmente. Quienes lo consideran a esta luz proceden hipocritamente, de mala fe. Lo que ocurre en realidad es que si me ocupo intelectualmente del problema de mi origen y de mi destino, lo hago porque *tengo* un destino, porque soy destino, porque estoy destinado a una incógnita que me va en la sangre misma de mi vida. De ahí que nos pueda decir Ferrater Mora en su libro sobre Unamuno: "La preocupación por el hombre no es ni mucho menos la preocupación por lo humano. Por eso proclama Unamuno, al revés del clásico latino, que lo humano le es ajeno, y le es ajeno porque le es sospechoso, tan sospechoso cuando menos como lo sería esa "existencia humana" con la que se pretenden encubrir las nuevas abstracciones".⁸

⁷ UNAMUNO: *El sentimiento trágico de la vida*. Espasa-Calpe. pág. 34.

⁸ FERRATER MORA: *Unamuno, bosquejo de una filosofía*. Lozada. pág. 40.

Nada más concreto, pues, para Unamuno, que esta realidad vivida en la que entretijemos, con cuya materia tejemos, nuestras vidas, que esta realidad que vivimos y que, por lo mismo, morimos. Se trata de nuestra vida. Y nuestra vida no es una entidad social. Nuestra vida es *nuestra*. Somos nosotros mismos. Y en cuanto la vida se hace problema, todos los demás problemas quedan reducidos a un segundo plano. Y así nos dice Unamuno en una de sus grandes paradojas (estas sus paradojas capaces de llevarle al meollo de lo concreto): "Llegamos al cabo, oh lector, de esta lastimosa historia; a la coronación de la vida de Don Quijote, o sea a su muerte, y a la luz de la muerte es como hay que mirar la vida. Y tan es así, que aquella antigua máxima que dice "cual fué la vida, tal será la muerte" —"sicut vita finis ita"—habrá que cambiarla diciendo "cual es la muerte tal fué la vida".⁹

¿Solución? Difícil es precisarla en Unamuno. Unamuno es filósofo de problemas mucho más que de soluciones. En la "Agonía del Cristianismo" permanece dentro de la solución cristiana. En otros casos (en el "Sentimiento trágico de la vida" por ejemplo), la solución es más dramática: "Hagamos que la nada, si nos está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el destino y aun sin esperanza de victoria, peleemos contra él quiijotesicamente".¹⁰

III. PARADOJA, PARABOLA, METAFORA, IMAGEN

HEMOS entrevisto ya cómo la filosofía puede *aproximarse* a lo concreto, pero hemos podido destacar también que siempre, en los límites del razonamiento filosófico, se encuentra el obstáculo de la abstracción, la impenetrabilidad de los conceptos. Si el filósofo no puede llegar a penetrar por razonamientos lógicos, conceptuales, objetivos, en el seno mismo de lo real, ¿quién será capaz de adentrarse hacia la entraña misma de la realidad? ¿Cuál será el instrumento de tal penetración? Ambas preguntas

⁹ UNAMUNO: *El sentimiento trágico de la vida*, Austral. pág. 281.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 221.

quedan contestadas en una sola palabra. El que puede penetrar realmente es el poeta. Claro está, el poeta en el sentido más primario de la palabra, el creador. Y en este sentido muchos filósofos no han dejado de ser poetas y por ello han penetrado más hondamente que otros en este infinito tejerse y destejarse de lo real: no hay más que leer los Diálogos de Platón para darse cuenta de esta penetración creadora, de esta iluminación poética.

Ahora bien, ¿cuáles son los instrumentos poéticos para penetrar en lo real? Podemos reducirlos a cuatro: la paradoja, la parábola, la metáfora y la imagen.

Si se quiere definir la paradoja según el sentido común la entiende, se podría considerar como un afán, un prurito de contradicción, de explicar el mundo al revés. En realidad esto es la paradoja, esto es, para el sentido común. Es una opinión que contradice las opiniones corrientes y ello en el más alto nivel del lenguaje. Pues, en efecto, dentro del lenguaje, podríamos distinguir tres planos o niveles que no tienen que verse necesariamente separados en el "hablar" de todos los días. Hay un lenguaje "infra-intelectual", que no tiene que ser hablado por necesidad. Es el lenguaje de los niños, el gesto del primitivo. Encima de este tipo de lenguaje se sobrepone un plano lingüístico que podríamos denominar "intelectual", que se dirige al entendimiento claro, evidente, cotidiano. En este sentido tenía Descartes razón: "el buen sentido (o razón) es la cosa del mundo mejor repartida". Nada más cerca del buen sentir del sentido común en su carácter visual. Pero la realidad no es clara ni evidente. La realidad es compleja, es "concrecencia", plenitud de concreción. Y de ahí que surja un tercer tipo de lenguaje que, en algún sentido, (es también un signo de lo inefable) se acerca al primer nivel infra-intelectual. Este tercer nivel del lenguaje es el nivel supra-intelectual. La paradoja es el lenguaje de este lenguaje, es su expresión más concreta, más directa, por lo indirecta.

Es el lenguaje de los místicos, el lenguaje de las religiones, el lenguaje del creador, de la poesía. Cuando San Juan nos dice:

“...y abatíme tanto, tanto,
que fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance”.

su expresión vale, no por lo que nos dice, sino por aquello que esconde, por lo que sobreentiende.

Y cuando intentamos explicarlo con palabras claras, nos hallamos en la necesidad de conceptualizar y, entonces, gran parte del misterio se disuelve en la claridad de las palabras “racionalizadas”.

En la paradoja, el lenguaje vale, pues, por *lo que no dice*. Y lo que expresa es aquello que las palabras, una a una, lógicamente analizadas, no nos expresan. Y ello porque estamos allende la ciencia, “más allá de las palabras”, más allá del reino intelectual de la racionalización verbal. Estamos en un “entender no entendiendo — toda ciencia trascendiendo” (San Juan).

Ahora vemos por qué Unamuno se dirigía más que nadie, a lo concreto mismo. Porque todo el móvil, el motor, lo dinámico de su filosofía era su poesía, su paradoja.

Por una parte es el lenguaje *transcendente* por su significación poética y creadora en la metáfora. Por otra, el segundo tipo de transcendencia lo hallamos en la parábola. La parábola, bien es sabido, es un tipo de alegoría, y su valor se asemeja al de la paradoja. De la misma manera que la paradoja, trasciende al lenguaje, rompiéndolo en su centro mismo, destroncándolo y expresando mediante él lo que no nos pueden expresar las palabras de la evidencia. Dentro del marco de la parábola y ensanchando el sentido del término, podríamos introducir a los mitos. También ellos expresan, mediante una realidad lateral, el sentido de lo inefable. Las parábolas, la palabra parabólica, incurvada, da un lenguaje “poco claro”. Se dice, efectivamente, de alguien que habla con oscuridad que habla mediante parábolas. Y ésta es precisamente la superioridad de la parábola. No es clara porque expresa el misterio. Cruza, trasciende los límites de lo dado, para ir en busca de sus condiciones de posibilidad. El lenguaje parabólico es, acaso, el más alto de los lenguajes humanos. Es el lenguaje de los Libros Sagrados, es el lenguaje de las grandes creaciones poéticas, del Quijote (todo él una paradójica parábola),

de las fábulas. Es decir de lo más valioso y de lo más "inocente". Por ello es la parábola candor y valor. Expresa, a la vez, lo más alto y lo más ingenuo. Es el lenguaje de los grandes poetas y el lenguaje de los niños. Es la parábola poesía y fábula.

Debemos considerar, en tercer lugar, la metáfora, que no habrá que confundir con la imagen. En la metáfora hay siempre una transposición de la realidad. En la imagen hay reproducción. Ambas, metáfora e imagen, pertenecen a este nivel supraintelectual del lenguaje, a este nivel de lo inefable.

La metáfora es un trans-porte, una trans-cendencia, un éxtasis. En la metáfora representan también las palabras algo que está más allá de su nivel medio, "intelectual". Gracias a ella —gracias también a las imágenes— la filosofía de Bergson alcanza este nivel de verdad pocas veces alcanzado por los filósofos. Recuérdese que para Bergson las palabras "impulso vital" solamente pueden usarse como imagen de algo que, por lo diverso de su textura real, sería imposible expresar con palabras lógicas, claras. La poesía de San Juan de la Cruz, más aún la de Góngora, es poesía de Metáfora. Gracias a ella el poeta trasciende lo real. Va, no a lo físico (si entendemos por físico lo dado) sino a lo meta-físico (a lo que está más allá de lo dado, a aquello que se encuentra más allá de las palabras).

Al lado de la metáfora, encontramos, empero, la imagen. La imagen es el cuarto tipo de transcendencia. Podríamos identificarla con lo que Juan Maragall denomina la "palabra viva", la palabra que se adapta a lo real, que se moldea en el molde de la realidad como diría Bergson. Gracias a la imagen la palabra viva explica el cielo por el cielo, el mar por el mar, las estrellas por las estrellas mismas. Acaso por ello mismo sea el tipo de poesía viva, expresada por imágenes, por palabras vivientes, el tipo más puro de transcendencia. Porque en su transposición no hay tortura, no hay incurvación. Hay simple y llanamente expresión de aquello que se presenta como verdadero. Acaso sea por ello la expresión más difícil de lo real. Es la expresión de Fray Luis, es también la del propio Maragall. En ella está toda

la difícil facilidad de expresión, porque gracias a ella se desprenden las palabras de su ganga terrosa, de su peso cotidiano, claro y vulgar; y es más difícil pulir sin destruir que pulir rompiendo.

Hemos visto cuatro tipos de transcendencia, según los cuales el lenguaje se sobrepasa a sí mismo. No quiere ello decir que sean estas cuatro las cuatro únicas manifestaciones del lenguaje transcendente. ¿No hay un lenguaje musical que puede hablar a las fibras más sutiles del alma? ¿No hay un lenguaje pictórico, no existe el lenguaje del arte en su conjunto? Y todos ellos son también tipos de transcendencia, y tal vez su más pura manifestación sea la música. Porque en ella estamos frente a lo verdaderamente inefable.

Y no solamente son estos tipos de lenguaje los que trascienden lo real. Hay, efectivamente, lenguajes no hablados, lenguajes que son pura expresión interna. ¿Cómo expresar mi sensación ante la noche? Y sin embargo ella se me expresa en el alma.

IV. LA PLENITUD DE LO CONCRETO

DESPUÉS de nuestro recorrido volvemos al comienzo de nuestra indagación. El problema que se nos planteaba al principio era el problema de lo concreto. Entonces, inmediatamente, nos vimos lanzados a discutir las posibilidades de una interpretación de lo concreto mismo. Para ello hemos trazado algunos esbozos, algunos análisis que nos han puesto en situación de decir que existe la posibilidad de expresar lo concreto con un tipo de lenguaje especial, indefinible porque, precisamente, es concreto; y es que más allá del cerco de las ideas está una realidad que las ideas no pueden alcanzar. Ya para los teólogos cristianos era la razón una mera ayuda, la ayuda que necesitaba la fe para cimentarse sobre bases evidentes. Era la razón, para ellos, la "ratio", la medida de la fe. La misma idea la encontramos en uno de los más "abstractos" de todos los filósofos. Kant intenta limitar la razón. Y, más allá de la "Razón Pura" está otro tipo de razón (¿poética?) transcendente: la "Razón Práctica".

Ahora bien, si hay una manera de llegar a lo real, de penetrar en la realidad de las cosas, de concretizar, ¿no será tal vez porque lo concreto existe? Es decir, la capacidad poética de interpretar lo real establece, la existencia de una realidad poemática, expresable mediante palabras de lo inefable y, de este modo, la interpretación poética de la verdad coincide con su interpretación intelectual, coincide con ella, y la trasciende. Es la verdad, la adecuación del intelecto y la cosa. Tal es la idea que de la verdad han tenido las filosofías desde San Agustín hasta Kant. De la misma manera podríamos decir que la "verdad verdadera", la verdad real y concreta, es también un tipo de adecuación, la adecuación de nuestro esfuerzo creador a la fuerza creadora del mundo y del alma, la identificación de la creación poética y la realidad poemática. Todo lo cual no quiere decir que haya que rechazar la interpretación abstracta de lo real. Gracias a ella le ha sido posible al hombre un conocimiento de la realidad que le ha llevado, por ejemplo, al desarrollo de las ciencias físico-matemáticas, de la lógica. Lo que sí quiere decir es que al lado de la interpretación abstracta de la realidad existe la posibilidad de una interpretación concreta, que vaya al meollo mismo de las cosas. Gracias a este lenguaje de lo concreto, a este lenguaje de la poesía, se puede realizar la ambición de Gonzalo de Berceo y alcanzar la plenitud de las concreciones reales:

... "Tolgamos la corteza, al meollo entremos,
prendamos lo de dentro, lo de fuera dessemos".

CIVILIZACION A PRUEBA*

ARNOLD TOYNBEE no es, ciertamente, entre nosotros, un desconocido. Sus seis volúmenes de "A Study of History" han merecido la atención de nuestros filósofos y de nuestros críticos de literatura. Bastará recordar al lector de esta nota que encontrará el nombre de Toynbee leyendo el *Deslinde* de Alfonso Reyes, y que José Vasconcelos dedicó al libro que ahora comentamos alguno de sus artículos.

Hablar de Toynbee es imposible sin que pensemos de inmediato en Oswald Spengler y su *Decadencia de Occidente*. Trátase sin duda de una historia ya casi olvidada en nuestro desarrollo intelectual: hubo una época en que Spengler era el filósofo rector de nuestra cultura. Vino después un rechazo y, en muchos, un desprecio para las ideas, de aquel filósofo de la historia. Toynbee es el Spengler de la segunda guerra mundial, y aunque ha motivado reacciones semejantes a las que en otro tiempo ocasionó la Decadencia de Occidente, difícilmente encontrará el clima apropiado, la atmósfera benigna, que lo convertiría en director y guía de nuestras inquietudes acerca de la filosofía de la historia.

La idea regulativa de la obra de Toynbee, semejante a la de Spengler, es que, filosóficamente hablando, todas las civilizaciones son coetáneas. Esto quiere decir que en lo que llamamos civilización yace una esencia o estructura constante que unifica todas las manifestaciones de la vida histórica, y que le impone a esta vida etapas de desarrollo caracterizables con cierta precisión y un ritmo total de evolución que permite la comparación de las civilizaciones entre sí.

"Los ingleses —solía decir en sus *Investigaciones Lógicas* el creador de la fenomenología— tienen una idea poco clara de la idea". Esto vale también para Toynbee. Nuestro autor cree en un plan o designio que preside el desarrollo de la civilización, pero trátase de un designio o idea sumamente flexible, nada rígido, que funciona a veces con ejemplar fidelidad a su estructura, pero que, en ocasiones, casi desaparece y el panorama histórico que nos ofrece no exhibe ya figura aprecia-

* ARNOLD J. TOYNBEE: *Civilization on Trial*. Oxford University Press. Nueva York. 263 pp.

ble sino que deja a la libertad que plasme sin cortapisas lo que juzga conveniente.

Este libro sobre la *Civilización a Prueba*, ha surgido de una invitación hecha a Toynbee por parte de los norteamericanos para precisar qué remedios o qué solución le parecen más adecuados para salir adelante en las dificultades en que se encuentra nuestra civilización occidental.

Veamos la receta que se obtuvo de Toynbee: "En política hay que establecer un sistema constitucional cooperativo de gobierno mundial. En economía compromisos de trabajo entre la libre empresa y el socialismo. En la vida del espíritu retraer la superestructura secular a fundamentos religiosos". Estas afirmaciones son demasiado generales y sabidas como para esperar oírlas en boca de Arnold Toynbee. Su "mensaje" no se levanta mucho de la "opinión" del hombre de la calle. Sus oyentes lejos pues de la revelación esperada sólo escucharon la repetición de un credo ya sabido.

A propósito de esta receta los críticos se han expresado, como no cabía menos, un tanto desfavorablemente. Toynbee puesto a prueba quiso decir casi Toynbee suspendido o reprobado. "Su obra puede ser olímpica pero no así su personalidad". A falta de las recetas esperadas los norteamericanos se han conformado con destacar las bellas cualidades de Toynbee. Su libro no les ha proporcionado la solución esperada, pero les ha dado en cambio ocasión de conocer y de tratar de cerca a un historiador que con su obra maestra se había convertido para la mayoría en una especie de figura legendaria, lejana, escondida, olímpica.

Civilización a Prueba es una introducción al pensamiento de Toynbee. Introducción en el sentido en que se habla de introducción a la filosofía y no en el otro, bastardo, de introducción en el sentido de poner en práctica medidas encaminadas a remediar una situación aflictiva. Hay que rescatar a Toynbee del pragmatismo. Como historiador y no como físico o como filósofo Toynbee se justifica de una manera muy inglesa: "¿Por qué soy un historiador y no un filósofo o un físico? Por la misma razón de gustarme el te y el café sin azúcar". Esta "fundamentación" no satisfará a muchos pero pone fin a toda disputa relativa a los motivos que puede haber para que un gran pensador esté o no capacitado a dar respuesta a graves interrogantes del mundo contemporáneo. Lógicamente se seguiría de la obra de Toynbee una respuesta mucho más consistente que la que es capaz de dar, pero así como se ha dedicado a la historia por motivos históricos personales, así también su respuesta está motivada histórico-per-

sonalmente y no lógicamente. El mundo contemporáneo hace imposible una respuesta lógicamente satisfactoria a sus ingentes problemas por parte de sus pensadores. Se dirá sin duda que se trata con Toynbee de un ejemplo más de la incapacidad de la intelectualidad burguesa para dar respuesta a los problemas del mundo actual. Y no creemos que se esté lejos de la verdad. Toynbee pone de relieve el inflexible curso de una civilización, pero también reconoce que no se sigue de modo inexorable su decadencia mientras medie una decisión o voluntad de no morir. La guerra y las clases son los culpables de la decadencia de las civilizaciones. Un intelectual como Toynbee no puede decir más. Resta la decisión de no emplear los medios técnicos en una obra de destrucción. Pero se desconfía ya tanto de una decisión de este tipo que el "mensaje" de Toynbee parece de una sublime pobreza.

En este libro se recogen ensayos que versan en torno a la decadencia de la civilización. Toynbee se limita siempre a señalar que el proceso de civilización no es inexorable, que cabe un momento de libertad que decida de acuerdo con ciertos valores en qué sentido debe orientarse la civilización para salvarse. Ya sabemos a qué valores se refiere Toynbee. Bastará añadir que su confianza en el cristianismo es ilimitada. Dos ensayos "Cristianismo y Civilización" y "El Significado de la Historia para el Alma" encierran un conjunto de reflexiones justificativas de aquella confianza. Para la filosofía de nuestro autor, el primero: "Mi Punto de Vista sobre la Historia" y el tercero: "¿Se Repite la Historia" son de lectura indispensable. Cuatro de los ensayos darán al lector una idea concreta de lo que es Toynbee como historiador de oficio: "La Civilización Greco-Romana", "La Herencia Bizantina de Rusia", "Islam, Occidente y el Futuro", "Contactos de Civilización". Cinco estudios restantes: "El Momento Actual de la Historia", "La Unificación del Mundo y el Cambio de la Perspectiva Histórica", "El Empequeñecimiento de Europa", "Panorama Internacional" y "Civilización a Prueba", insisten en la idea de que la civilización ha dejado de ser exclusivamente civilización occidental, el historiador debe escapar al espíritu aldeano del nacionalismo, "es evidente que Jesús de Palestina y Platón de Grecia eran fuerzas operantes más fuertes que Alfredo o Isabel de Inglaterra en las vidas de los hombres y las mujeres inglesas de la época Victoriana".

Emilio URANGA.

Presencia del Pasado

GENESIS Y FUNCION DE LA GRECA ESCALONADA

Por *Rafael GIRARD*

EL último horizonte de la cultura mexicana prehispánica y quiché en Guatemala se caracteriza artísticamente por la boga que alcanza el dibujo de formas geométricas, destacándose por su frecuencia los motivos: greca y línea escalonada.

Sin embargo ambos ideogramas no entrañan variaciones esenciales en el pensamiento religioso, sino tan sólo una variante en el campo decorativo: no en el símbolo sino en la ornamentación, debida a la mutación del motivo curvilíneo en angular. Este proceso de transformación no ocurre de manera uniforme en determinada área cultural o en determinado momento y tampoco es total ya que ambas formas coexisten en la misma cultura a un mismo tiempo con equivalencias en la expresión de idéntico concepto, como veremos en seguida. En efecto, durante el período del Viejo Imperio Maya, motivos como la lengua bífida de la serpiente se figuraban alternativamente por volutas curvilíneas o por ángulos; compárense por ejemplo las partes colgantes del *maxtli* en las estelas D y P de Copán que se esquematizan en las figs. 1 y 2. Así mismo en variantes del signo *nabui olin*, estampado en el *maxtli* de los personajes copanecos, encontramos que uno de los brazos de este glifo se figura por una espiral o bien por un gancho rectilíneo. Véanse por ejemplo, las figs. 3 y 4 que reproducen respectivamente el *nabui olin* de la estela D y otro de la estela N. El tocado de la deidad representada en la estela C está constituido por dos máscaras superpuestas del dios narigudo; de sus comisuras de la boca parten sendas grecas, signo que en otras representaciones de la misma deidad (códices y monumentos) se

substituye por una onda, es decir un dibujo ofidiforme que en la boca del dios Chac que adorna el templo XI (estatua central) se ha convertido en una verdadera serpiente, en tanto que en la estela E la espiral tórñase morfológicamente en angular.

Desde tiempos antiguos se ha venido demostrando la equivalencia de figuras angulosas y circulares por su uso alternativo en expresiones de la misma alegoría. Como arquetipo de este mutuo empleo, podemos citar el ideograma cuadrangular o el circular que representan a Dios o al Cielo, términos ambivalentes en la concepción indígena. Es bien sabido que el signo calatiforme del año se representa entre los mayas por un triángulo y un trapecio, mientras en pinturas y códices zapotecos de época más reciente las rectas de este signo se truecan en curvas. Véase al efecto las figs. 5 y 6 tomadas respectivamente del *Códice Sánchez Solís* y de un vaso pintado en la cerámica zapoteca publicado por Constantine G. Rickards.¹ Compárense también las figs. 7 y 8 (vasija de Oaxaca y decoración mural de Mitla) del arte zapoteca. Tanto en el arte quiché como en el maya y en el zapoteca se emplea, alternativamente, la recta y la curva para figuras del mismo símbolo. Asimismo, debe notarse que todavía los chortís dibujan sus signos ofidiformes empleando rectas o espirales, lo que ocurre también en el dibujo de la swástica representada por curvas o por rectas terminadas en ganchos angulares, como la cruz gammada. El signo o doble espiral aparece en Teotihuacán desde la primera fase de su cerámica; en la portada del Templo XXII de Copán, el mismo símbolo se representa con formas angulosas en escultura ofiomórfica (fig. 8), pero este signo sigmoideo se convierte en greca escalonada en los bordados quichés (fig. 7) por la transferencia de la línea ondulada a la técnica del tejido. Un magnífico ejemplar de la forma primaria de la greca escalonada puede verse en el máxtli de la deidad representada en la estela 6 de Copán (fig. 9) con fecha maya 9.12.10.0.0.; y en forma semejante en un

¹ *An interpretation of the mexican year sign as a life symbol*, presentado al 27o. Congreso de Americanistas celebrado en México en 1939.

vaso pintado que puede verse en el museo de la misma localidad (fig. 10) en el que la escalera se forma por curvas lobuladas.

Es famosa la greca en escalón de Palenque, dada a conocer por Maudslay y Waldeck (fig. 11) y semejante a la que adorna la fachada de un edificio de Labná (Yucatán). La greca escalonada aparece también en el templo 23 de Yaxhilán, mientras la greca simple es frecuente en Quiriguá, habiéndose señalado, por otra parte, en urnas zapotecas de la época Monte Albán II.

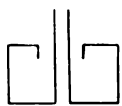
De lo antes expuesto resulta que la variación de la onda en recta no sigue, en las grecas, un proceso rectilíneo ni ocurre de manera sincrónica en las diversas culturas de Mesoamérica, pues más bien aparece en ellas como evolución espontánea de rasgos contenidos en germen en la ideografía de una cultura ancestral, que en un momento dado de su historia fué compartida por mayas y mexicanos. Este fenómeno es semejante en el campo de la lingüística al de las mutaciones fonéticas regulares que ocurren en idiomas derivados de un antiguo tronco común.

Sin embargo en las diversas culturas la greca aparece como ulterior desarrollo de la onda, por lo que su origen formalmente hablando pertenece a una época relativamente reciente, notándose marcada preferencia de la greca sobre la onda a medida que transcurre el tiempo. Por ejemplo es más frecuente en Quiriguá que en Copán, en los monumentos recientes que en los más antiguos; en México la greca es omnipresente en el horizonte Mitla-Cerro Montoso, pero existe también en Teotihuacán y en Monte Albán II; durante el período azteca el *xicalcolihbqui* alcanza su apogeo y es propiamente "El ornamento", como ha dicho Herman Beyer.² Pero ésta no es una razón para asegurar que entre los aztecas y sus congéneres, los nahuas, se haya originado la greca como lo afirma el citado autor, y tampoco es de pensar que los nahuas introdujeron este signo entre los mayas, ya que se trata de un desarrollo paralelo pero independiente. Y por los mismos motivos no podemos aceptar la teoría de Pos-

² "El origen, desarrollo y significado de la greca escalonada", en *México Antiguo*, Tomo II, Nos. 3 y 4.



1



2



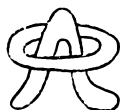
3



4



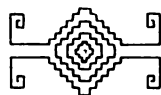
5



6



7



8



9



10



11



12



13



14



15



16



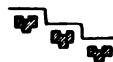
17



18



19



20

Figuras 1 a 20.

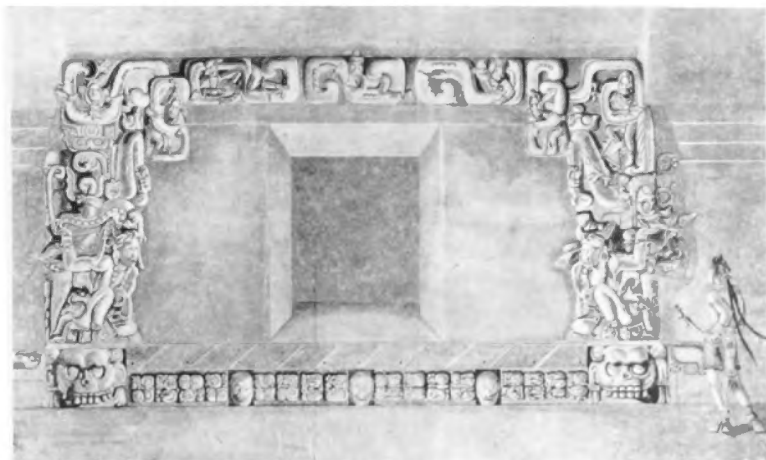


Foto 1.—Portada del templo XXII de Copán. Nótense los personajes divinos envueltos en los signos, representando los dioses de la lluvia que cabalgan las sierpes de nubes.
(De la obra: *Templo XXI! at Copán*, por Aubrey S. Trik).

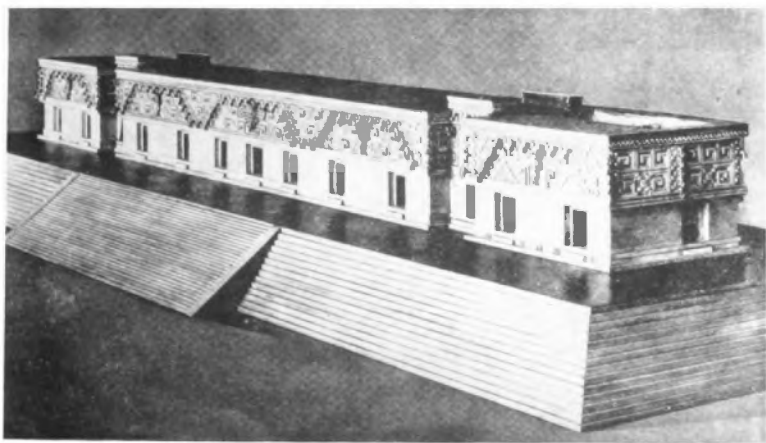


Foto 2.—Zigzag coniforme y grecas decorando el templo del culto agrario de Uxmal.
(De la obra: *Religion der Mayavölker*, por E. Dieseldorff).



Foto 3.—Grecas en
la estela C. de Copán.



Foto 4.—Grecas en
una estela de Qui-
riguá.



Foto 5.—Estela 6 de Cepán con el signo de la Sierpe de Nubes, forma de la que se deriva la greca escalonada.



Foto 6.—Signos y grecas en la estela J. de Quiriguá.

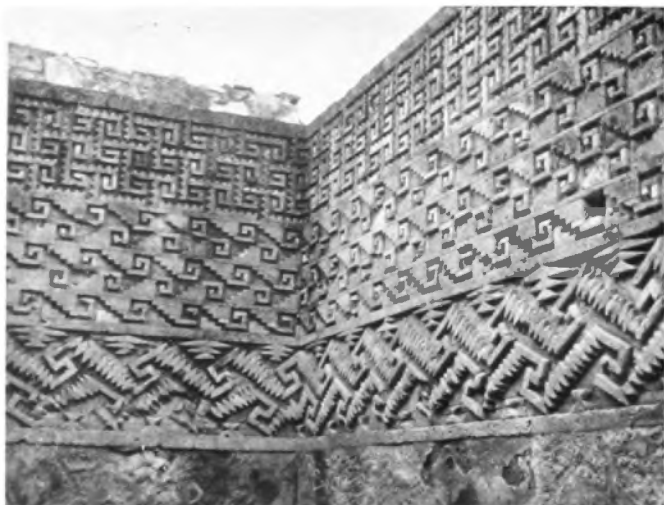


Foto 7.—Salón de las grecas. Templo de Mitla.

Foto 8.—Un templo de Mitla.

nansky que sitúa el origen del *xicalcoliubqui* en Tiahuanaco, pues el origen geográfico de este símbolo está íntimamente vinculado con el de la cultura americana.

Por su sentido esotérico, inferimos que el *xicalcoliubqui*—conocido desde Nuevo México hasta el área de los Diaguitas— fué difundido desde los núcleos de alta cultura hacia el norte y el sur juntamente con otros elementos de la cultura agrícola de la que es un exponente; porque la greca escalonada representa una síntesis de la mitología metereológica inseparable del culto al dios del Maíz, como veremos en seguida.

Este signo es, en efecto una figura ofidiforme derivada como se dijo del motivo curvilíneo que connota la idea de serpiente de nube y debe notarse que hay veces que la escalera y la onda se confunden mostrando indudable afinidad, véase por ejemplo, la fig. 12 que copiamos de Fernando Ortiz.³ Además de lo que ya se ha dicho de ésta ambivalencia de la greca-serpiente, en la comparación de motivos copanecos, respalda este postulado la circunstancia de haberse encontrado algunas grecas escalonadas en la que una cabeza de serpiente substituye el gancho o la espiral coronando la escalera, demostrándose así una vez más la equivalencia del ofidio con el signo que venimos analizando. Tal es el caso de la *xicalcoliubqui* encontrada en Monte Albán II, que en lugar del gancho o de la onda muestra una cabeza de culebra. También en un vaso pintado, de Chimbote (cultura andina), dado a conocer por Baessler en *Ancient Peruvian Art*, aparece una greca en la que el gancho interior está formado por una cabeza de serpiente motivo que remata la extremidad opuesta, lo que hace de este signo un símbolo de la culebra bicápite, y este mismo rasgo se encuentra en el pedestal escalonado de la puerta del sol en Tiahuanaco, cuyo ganchos rematan en cabeza de animal.


Herman Beyer⁴ ha hecho la observación de que ocasionalmente en vez de la venda embellecida con grecas que caracteriza el atavío de los dioses agrarios, aparecen verdaderas serpientes, una alternativa que ocurre también en el

³ *El Huracán*. México, 1947, página 243.

⁴ *Op. cit.*

arte maya en el que las deidades agrícolas tienen a guisa de cintura un reptil, ya sea figurado al natural o bien estilizado en el *maxtli* ricamente adornado y cubierto de diseños alusivos a diversas posiciones astronómicas de la deidad agraria, signos que como se ha ilustrado en las figs. 3 y 4 muestran alternativamenet la onda y el gancho angular. Porque como se dijo en otra parte, la faja de serpiente es un atributo de los dioses agrarios; lo que había notado ya Preuss al decir que la *xicalcolihqui* es el ornamento de Tezcallipoca, Quetzalcoatl, Teteoinan, Tlaloc y Chalchiuhtlicue, la que se usa además en la decoración de templos en el vestuario de los dioses relacionados con la fertilidad, fecundidad, vida y abundancia.

Lo anterior también viene a establecer un paralelo entre los signos *nabui olin* estampados en las bandas de los dioses agrarios en el arte maya, y las grecas de las fajas divinas en el arte mexicano, pintadas con los colores rituales que simbolizan las partes del cosmos; un sincretismo de estas formas puede verse en los signos cuadrangulares de la portada del Templo xxii de Copán (Véase foto 1) unos sinistroversos y otros dextroversos, es decir en un ordenamiento semejante al de los *nabui olin* en las fajas de los dioses; estas figuras evidencian un proceso evolutivo de la onda-greca desde la línea primaria hasta su desarrollo ulterior.

En su transposición en rectas estilizadas, el signo sigmoideo suele representarse por dos líneas angulares con sentido inverso, como se figura a continuación:  motivo bien conocido en México, en la América Central y en la cultura andina pero en otras ocasiones el signo aparece formando la cabellera divina en algunas caras del Ahau, encuadradas en dos de estos signos y su identificación resultaría ardua si no conociéramos la equivalencia en el campo simbólico y decorativo, del cabello igual a serpiente.

Según referencias de Sahagún, los Tlamacazque eran el nombre de entes celestes y sacerdotes subordinados a Tlaloc el gran dios de la lluvia, nombre que los pilipes pronunciaban *Tamagostad* y que corrompido en *tamagas* se usa todavía en el lenguaje popular de la América Central

para designar a una serpiente de color verde, símbolo del agua y de la vegetación.

La greca escalonada se figura en el tocado de los indios Pueblo por dos escalerillas en cuya cima hay bolas de plumón. Este último elemento es considerado por los hopis como la "oración" para pedir las lluvias, como se dijo en otra parte. Los indios mames graban una serie de *denticiones* triangulares en la cruz de madera representativa del ídolo comunal y dicen que estas figuras son "ruegos u oraciones", a la vez representando los anillos de la serpiente. Signos aparentemente tan distintos como el de los hopis y el de los mames, objetivan la misma idea fundada en que la serpiente es un servidor y vehículo de los dioses de la lluvia, y vehículo también de las oraciones dirigidas por los seres humanos a los divinos.

Esta función del ofidio como servidor del dios de la Lluvia, queda perfectamente definida por el pluviomago chortí para quien, las sierpes son portadoras de los dioses de la lluvia, que cabalgándolas viajan por la atmósfera, alegoría que se expresa en los códices mayas por una sierpe anudada, llena de agua y con una ave encima de ella. La asociación del ave y la serpiente suele combinarse en la figura de la greca escalonada en la que la escalera se ha trocado en un dibujo que puede interpretarse como alas o festón de plumas. Dos grecas escalonadas de un casco de madera, que Herman Beyer reproduce en su citado estudio, tienen incrustaciones de mosaicos que las transforman en mitades superiores de picos de ave de rapiña objetivando así el tema pájaro-serpiente; y la misma idea se representa en los basamentos escalonados de Tiahuanao, cuyos extremos terminan en cabezas de cóndor.

De las comparaciones anteriores, hemos visto que la onda o la greca que corona la escalera se asimila a una cabeza de serpiente, es decir el elemento principal del motivo, que responde a una función perfectamente determinada por los chortís, ya que en su concepto la nube tiene boca y baja a la tierra a beber agua, llenándose del líquido divino, después de lo cual "esta pesada" porque el "ángel" (espíritu de la nube) "está encima". El espíritu de la nube, o dios de la Lluvia que suele representarse

bajo la figura de un pájaro, se equipara también al agua, que es como se ha dicho la misma esencia divina, y esta suele representarse en el interior de la greca escalonada por un signo: círculo, cuadrito, triángulo (el glifo del rayo solar) u ojo, todos ideogramas equivalentes en su simbolismo, ya que expresan en diversos modos el signo de la deidad. Analógicamente encontramos la misma fórmula para representar al espíritu divino o al dios del Maíz en el interior del zigzag escalonado del *coatepantli* de Tula (fig. 13) en la misma figura del fresco de Tepantitla (Teotihuacán) (fig. 13 bis) o del zigzag coniforme de Copán grabado en alto relieve en la parte superior de la escalinata norte del Templo XI (fig. 14) en los que se representa a la deidad del Maíz envuelta en los meandros de las serpientes, como en la milpa quiché, los sinuosos surcos serpentiformes envuelven a la mata de maíz. Dibujos idénticos a los de Tula y Teotihuacán (figs. 13 y 13 bis) se reproducen con frecuencia en las telas quichés. La presencia del espíritu o dios de la Lluvia en el interior de la nube, responde a la creencia chortí de que la nube es un "convento", esto es el alcázar donde habita la deidad.

Es bien conocido que en la mitología *meteorológica*, la sierpe simboliza también el relámpago que se objetiva ya sea por una línea de zigzag (copia del natural) o bien en forma sigmoidea, connotando la idea de la serpiente de fuego; en la concepción indígena, por la cual el relámpago es el camino de Dios, vuelve a encontrarse la función de la sierpe como portadora de la deidad, al mismo tiempo, en las representaciones del rayo las variantes curvilíneas y angulares de un mismo signo. La figura del rayo-serpiente se expresa en las variantes de la greca escalonada en la que la escalera se ha trocado en zigzag.

Por ende el vocablo *xicalcoliubqui* encierra en sí mismo la explicación de su simbolismo. Herman Beyer lo traduce por voluta de jícara y Saville por calabaza torcida o doble; cualquiera de estos términos se refiere a las cucurbitáceas, instrumento de los dioses de la Lluvia con los cuales vierten las aguas celestes sobre la tierra, según la mitología maya que asocia en funciones a la sierpe y la jí-

cara y esta idea se objetiva elocuentemente en los guacales (envase hecho del fruto vaciado del jícaro-Crescentia cujete. L) de la mesa sagrada Chortí, en que el envase se equipara a la sierpe mientras su contenido líquido, representa la esencia o espíritu divino.

El mismo simbolismo se expresa en la jícara bordada de plumas en toda la orilla y que servía para recibir la sangre de los sacrificados, en el México prehispánico; la jícara con plumas representaba a la nube, mientras la sangre, esa sustancia preciosa objetivaba la sustancia divina equivalente al agua que baja de las nubes. Como se dijo, las jícaras usadas en las mesas sagradas del culto agrario indígena simbolizan la serpiente de nubes portando al espíritu divino (agua) con el que se consubstancian los sacerdotes. Y también las volutas de humo que se elevan del pebetero en el templo chortí son vehículos de oraciones, como las serpientes de nubes son los vehículos de los dioses. Asimilanse en este caso las nubes al humo y esto explica la relación etimológica entre dichos vocablos.

Con respecto a la forma escalonada, no debe olvidarse que en la concepción del chortí y del maya la serpiente de nube se asimila a la escalera divina por la que transitan los dioses, idea que remonta a la época del mito ya que el Chilam Balam de Chumayel nos indica que en el día dos Eb (escalera) de la creación del Universo se hizo la primera escalera para que Dios bajara en medio del cielo y en medio del agua, y el sacerdote su representante, sube y baja por las escalinatas de las pirámides imitando las pautas divinas. Por una escalera sube igualmente el dios del Maíz desde el mundo inferior hasta la superficie terrestre. La relación de la escalera con la masa nebulosa nos es explicada por los sacerdotes chortís que ven en ciertos tipos de nubes en forma de terrazas superpuestas, la figura de la escalera divina y conservan en su terminología ritual la fórmula mágica por la que constriñen a las nubes a formarse "grada por grada". Y esta idea se expresa de manera elocuente en las figs. 19 y 20 de bordados quichés, mostrando una escalera con el signo *Ik* (espíritu divino) en cada una de las gradas.

Es curioso encontrar el mismo concepto de la escalera divina hasta entre los Tklinkits del nordeste americano,

quienes según referencia de Thevenin et Coze pintan una escalera en casa del sacerdote, indicando que dicha escala sirve a los espíritus para montar en ella.

No sería remoto que en la masa escalonada triangular del *xicalcoljubqui* se hubiera querido representar la figura de un cerro asimilada a la pirámide y tan estrechamente vinculada a la nube que se posa en él, ya que por otra parte se representa por el signo *cabán* que es la figura estilizada de una serpiente.

La fusión en un signo de conceptos afines nos da idea del grado de síntesis logrado por los mayas para expresar, por medio de sencillas figuras, un complejo de ideas conexas especificadas en las variantes de un signo permanente en lo esencial. Esta es una característica del arte indígena, proyección del genio del pensamiento y del lenguaje.

El sentido y la función ya descritos, de la greca lo confirma su posición en lo alto de las figuras que representan escenas de la mitología agraria, como en el conocido fresco de Teotihuacán o las grecas que coronan, a guisa de almenas, el *coatcpantli* de Tula o los templos mexicanos. Esas almenas eran llamadas *mixyotl* por los aztecas vocablo que Selser traduce por "a manera de nubes" o "efigie de la nube", término que como el de *xicalcoljubqui* define por sí solo el significado del símbolo.

Estas figuras objetivan las nubes en la parte más elevada del templo o de las pinturas en las que corresponden al cielo, de acuerdo con las reglas arquitectónicas por las cuales se proyecta la estructura del cosmos en la del edificio. El mismo signo se representa en distinta forma en la cornisa de los templos mayas; por ejemplo las figuras que adornan el cornisamento del Templo xxii de Copán simbolizan los dioses de la lluvia de la mitología chortí, mientras en la fechada occidental del Cuadrángulo de la Casa de las Monjas de Uxmal, las sierpes de nubes se representan con grecas.

Para cerrar la presente exposición hablaremos de las famosas grecas en mosaicos de piedra que decoran los muros de los templos de Mitla, de las que las más notables son las del salón "de las Grecas" del que Viollet le Duc

dijo que "sólo aquellos templos de Grecia y Roma, en sus mejores épocas, igualan en belleza ornamental a este gran edificio".⁵

Se ha plasmado en las paredes de Mitla, el interesante rito chortí según el cual el pluviomago baña, con agua virgen y consagrada, el cielo y las paredes interiores del templo, que simbolizan el mundo indígena. El gotear del agua desde el cielo y las paredes sobre el piso, provoca por magia imitativa el descendimiento de las lluvias en todo el ámbito chortí. El cuadro impresionante de la tempestad y las nubes que bajan y se deshacen en agua bajo los latigazos del relámpago, en medio del estruendo del rayo, se ha representado en toda su majestad en el salón de las Grecas mediante variantes de este signo, destacándose bajo las series de *xicalcolihqui*, una doble hilera de grecas en zigzag (Véase foto 7) símbolos de la serpiente de fuego, todo lo cual nos habla elocuentemente de la función de este edificio, y de que la greca escalonada, considerada por algunos como mero adorno, encierra dentro de su frialdad geométrica un profundo sentido espiritual.

Existe un paralelo interesante entre el templo del cultivo agrario de Mitla y el de Copán, catalogado éste con el número XXII, que consiste en la exquisita figura en zigzag elaborada en mosaicos de piedra que decora el muro occidental del templo copaneco (fig. 15), pues más o menos a la misma distancia del piso se encuentra la faja de grecas en zigzag en el templo de Mitla. Esto indica que también en el edificio maya se presentó la misma escena que en el zapoteca, usándose además similar técnica de mosaico.

⁵ *Cités et Ruines américaines*, Paris, 1863.

CERVANTES Y UN MOMENTO CRUCIAL DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Por *Pedro BOSCH-GIMPERA*

CERVANTES aparece en la época de más relieve y de máximo esplendor del Estado español del Renacimiento. Pero esta época es también de hondas transformaciones en sentido positivo y en sentido negativo. Podemos decir que Cervantes está a caballo sobre las dos pendientes, la ascensional y la del descenso, en el reinado de Felipe II y en los principios del de Felipe III, en el cenit del poderío español en el mundo y a la vez en el principio de su decadencia, que va a producirse rápidamente.

Con el apogeo político coincide el cultural; pero éste se prolonga en algunos aspectos hasta cuando la decadencia política se ha manifestado ya. En el siglo XVII comienza a notarse el estancamiento en la filosofía, ya no se producen las nuevas y vigorosas construcciones anteriores de ella y de la ciencia política, habiendo pasado la época de Vives, de Vitoria y de Suárez; los descubrimientos científicos, como el de la circulación de la sangre por Servet, las invenciones técnicas que habían preludiado las de la Europa moderna no siguen. Sólo persiste en sentido ascensional la productividad de la literatura, de la pintura y del arte en general y en su protección, la corte de Felipe IV es el canto del cisne del mecenazgo de los Reyes del Renacimiento. Ello coincide ya con los síntomas más agudos de la decadencia en muchos órdenes.

Suele tomarse como símbolos de esta decadencia a Felipe III, a Felipe IV, a Olivares, a Carlos II. Pero la raíz no se halla ni en la incapacidad del primero, ni en el desapego de la cosa pública del segundo, ni en los errores de su valido, ni en la imbecilidad del último. Viene de más lejos

y sus gérmenes actúan implacablemente desde los tiempos de apogeo del Imperio, en los de Carlos V y de Felipe II y, en algunas cosas, desde los Reyes Católicos.

AL efectuar la unión de las Coronas, Fernando e Isabel no realizaron la unión de los pueblos ni los colocaron a todos sobre un pie de igualdad y en situación de convertirse en factores activos y de aportar todos ellos sus capacidades. Hubo un ofuscamiento de los pueblos levantinos y especialmente de Cataluña de quien el nuevo Estado había heredado la influencia europea, primero por sentir Fernando la hostilidad dinástica a un pueblo mal avenido con la política absolutista, luego a medida que ésta se acentuó, habiéndose prescindido de los catalanes en las nuevas empresas—con la excepción del tiempo de Carlos V y en parte del de Felipe II— por ser los catalanes el elemento perturbador de la política española al minar ésta su constitución y desordenar su vida. Castilla, que había debido doblegarse más pronto al yugo y colocada en el centro del nuevo Estado con sus energías más intactas, recién llegada a la madurez, polarizó la cooperación en las empresas reales y, a la vez que se dispersó en ellas, pudo realizar sus grandes creaciones, más atendida por la Corona. Pero ésta mantuvo el desequilibrio de las fuerzas peninsulares, en las que no se reconocía equivalencia de unas y otras. Los súbditos de la Corona de Aragón eran extranjeros en Castilla y, como tales, se vieron apartados de la empresa americana. El gobierno a través de los Consejos, centrados en la Corte y sometidos estrictamente a la voluntad real, estableció a la larga una diferencia de trato. La atención del Estado se concentraba en la política exterior europea y en la colonización americana. Los reinos castellanos se beneficiaron de ello momentáneamente; pero se vieron envueltos en el descuido de los asuntos interiores que los empobreció, agotadas sus fuerzas en las guerras europeas, en las que se malgastó la mayor parte de la riqueza extraída de las Indias, y canalizada hacia ellos su emigración. Y agravaba la debilidad interior el mal ensamblaje de los pueblos españoles que hubiera requerido un cuidado especial para coordinar

sus diferencias sin herirlas y a los que, poco a poco, se generalizó el absolutismo que chocaba con sus más arraigadas tradiciones y que era un semillero de conflictos. España podía parecer una sólida unidad vista desde fuera pero, en realidad, era sólo un conglomerado de pueblos con multitud de problemas planteados y nunca resueltos.

El gobierno de Carlos V hizo frente a los problemas españoles tan sólo en los intervalos de su política exterior a la que se consagró casi exclusivamente. Fué un emperador alemán más que un rey español, absorbido por la lucha con la Reforma, por la rivalidad con Francia y por los asuntos de Italia, que le impidieron incluso realizar su ideal de lucha contra los turcos, a la que hubiera querido llevar la cristiandad unida, de la que él, en su idea del Imperio, era la piedra de clave. Casi podría considerarse su reinado como un paréntesis en la historia de España. El gobierno de España estaba minimizado a manos de las regencias o de los secretarios que seguían el impulso del tiempo de los Reyes Católicos, al fin y al cabo esencialmente españoles y creadores de las direcciones de la política moderna del país e iniciadores de la organización del Imperio americano que se ensanchaba desmesuradamente bajo Carlos V, al que apenas interesó sino como una fuente de recursos para sus empresas europeas que le evitaba el forcejeo con la cicatería de los procuradores de las cortes españolas que no comprendían por qué habían de dar sus dineros para empresas del Imperio.

Felipe II hereda todos los problemas que Carlos V no había podido solucionar y que habían producido su cansancio y su abdicación. Con la empresa imposible de restaurar la unidad católica que había de agravar la distracción de las energías españolas en Europa, le legó el semillero de conflictos de Flandes, lógicamente una dependencia del Imperio centro-europeo, con la que España nada tenía de común y separada de ella por el enemigo francés. Fracuada la política de inteligencia con Inglaterra con la muerte de María y la definitiva incorporación a la Reforma, Felipe había de verse amenazado en sus flancos descubiertos de Flandes y de su imperio colonial por el nuevo enemigo inglés. Este no podía admitir, en el momento en que co-

menzaba a sentir ambiciones de expansión, el reparto del mundo por las bulas de Alejandro VI entre España y Portugal y no se limitó a poner los cimientos de sus colonias norteamericanas en las tierras dejadas libres por los españoles sino que había de obstaculizar con sus corsarios la navegación española a las Indias, manteniendo a Felipe II en continua alarma. El conflicto con Inglaterra, al producirse, a pesar de que Felipe II trató de demorarlo tanto como pudo, selló la ruina de la preponderancia marítima española, mal preparada España que no había medido bastante las fuerzas de su rival y su pericia. A los expertos marinos de Isabel y a la movilización de todas las fuerzas de Inglaterra consciente del peligro de vida o muerte para el país, opuso la Armada "invencible" que luchaba con una táctica arcaica y mandada por el Duque de Medinastonia, inexperto en asuntos de mar, al que trató de disipar sus justos temores incitándole a confiar en la ayuda providencial que esta vez no se reveló. En medio de estos fracasos, brilla sólo el éxito de Lepanto: por un momento, en un respiro de los asuntos europeos, pudo Felipe II emprender la tan deseada campaña contra los turcos; pero nuevamente el hado adverso se conjuró contra él para que no fuese posible sacar de ella las consecuencias que hubieran podido esperarse: por una parte la retirada de Venecia celosa del prestigio español y, por otra, el recelo de las ambiciones de Don Juan de Austria.

En el gobierno interior y en la organización del imperio de las Indias, ciertamente Felipe II realizó un esfuerzo muchas veces eficaz y de resultado perenne. Pero era tarde para asentarlos sobre sólidos y sanos cimientos. La dispersión de fuerzas se había producido y los vicios del sistema, con raíces en los tiempos de los Reyes Católicos y de Carlos V iban a condenar a la larga a nuevos fracasos. El absolutismo real y el miedo al encumbramiento peligroso de las grandes personalidades había terminado por esterilizarlas y por impedir que surgieran otras nuevas. Así se había oscurecido a Colón, a Gonzalo de Córdoba, a Cortés, a Don Juan de Austria; al mismo Duque de Alba se le utilizó cuando no había otro de quien echar mano y la

elección no hizo sino agravar el conflicto flamenco. Las instrucciones de Carlos V para que el joven rey no confiase en nadie fueron seguidas puntualmente y las selecciones de la aristocracia española se vieron apartadas de la dirección de la política, reducidas a cargos honorarios y cortesanos o a empresas menores. Se prefirió servirse para éstas incluso de generales y almirantes extranjeros al servicio de España, menos peligrosos para la autoridad real. La elevación de las clases medias de formación universitaria, aseguró colaboraciones técnicas eficaces, pero, apartadas del sentido de la responsabilidad y de la dirección, no hizo sino contribuir a la burocratización del Estado, que la aplicación de Felipe II a los negocios públicos no libró de su peso muerto ni pudo impedir su corrupción. La máquina monstruosa de la administración española resultaba cada vez menos eficaz y el rey no alcanzaba a todas partes y, con la lejanía y las dificultades de comunicaciones, con no dejar libertad para resolver nada a los jefes distantes que habían de atenderse estrictamente a sus órdenes, las instrucciones llegaban cuando ya eran muchas veces inútiles por haberse producido el fracaso que trataban de evitar.

En el reinado de Felipe II se inicia ya la curva descendente y, a su muerte aparecen inmediatamente los síntomas de la decadencia y de la incapacidad. El mismo temía por la suerte de su imperio en manos de su hijo mediocre y éste, entregado a validos, por su propia incapacidad, ni sabía escogerlos ni tenía de donde echar mano. Se había agotado hasta la tradición militar brillante de los tiempos pasados y, cuando el Conde Duque de Olivares bajo Felipe IV intentó renovar el prestigio de las armas españolas, no pudo enfrentar a Condé sino jefes mediocres que revelaron que ya España no era una potencia temible. El Estado mal construido y mal administrado, apoyado en un pueblo depauperado iba a hacer bancarrota y el único remedio intentado era el recrudecimiento del despotismo y de la burocracia cada vez más incapaz. La política de prestigio mal entendida por Olivares en su loca ambición y en sus celos de Richelieu no eran tampoco lo más apropiado para galvanizar el cadáver del poderío español.

EN este mundo apareció Cervantes. Su juventud se produce cuando todavía no eran visibles los síntomas del mal interior que iba a corroer a España y, salido de una familia de hidalgos pobres, se lanza a abrirse paso, soñando con una carrera brillante en Italia, lleno de esperanzas. Allí se alista entre los combatientes que van a luchar contra los turcos, lleno de fe en la empresa y en su joven y esperanzador caudillo. Su fe dura hasta el momento de la batalla de la que sale manco y con la triste impresión que, en su espíritu humano y bueno, han producido los horrores de la guerra. Pronto comprenderá que no ha nacido para hombre de guerra y habrá de buscar en la vocación de las letras otro campo más adecuado a su temperamento.

Por algún tiempo se empeña en continuar siendo soldado y sueña con ilustrarse en las empresas africanas que se planean, abandonando la continuación de la gran ofensiva contra los turcos en el corazón de su poderío. Don Juan no puede tampoco realizarlas, sin asistencia bastante del rey y Cervantes vuelve a la patria, provisto de buenas cartas de recomendación de sus jefes que habrán de serle fatales al ser apresado por un corsario argelino que lo creará un alto personaje del que pueda sacar abundante rescate. Con ello su cautiverio no hace sino prolongarse. En Argel se pudre Cervantes largos años y aprende lo que puede la crueldad del hombre, explotando al hombre, tratando a los esclavos como bestias, moliéndolos a palos, matándolos o guardándolos como prenda de cuantioso rescate, como a él mismo que logra escapar con vida de sus tentativas de fuga y que asume la responsabilidad de ellas para salvar a los compañeros con los que se hubiera tenido menos consideración. Ahora le protegen las cartas de recomendación que hicieron creerle un personaje y que antes causaron su pérdida. En medio de aquel mundo de dolor conoce también la rara compasión de moros más humanos y de moritas sentimentales que se apiadan de los cautivos, la fraternidad de éstos entre sí, la abnegación, de los buenos frailes que van a rescatarlos y a los que él mismo deberá al fin su propia libertad. Y, en medio de sus tristezas un nuevo desengaño de su rey: éste no se preocupa de los cautivos,

no hace nada por aquellos hombres, algunos de los cuales han luchado por él, han vertido su sangre en sus empresas. Sabe que sólo su familia reúne doblón a doblón para pagar su rescate y que a pesar de sus privaciones la suma no alcanza; sólo su hermano puede ser redimido y él habrá de esperar aún, hasta que llega el día de la libertad.

Ya en España piensa que podrá interesar a sus compatriotas en favor de los cautivos y que él, que ha conseguido salir de aquel infierno, tiene el deber de trabajar por ellos. Cree que en el teatro, su drama pintando los padecimientos de aquellos hermanos levantará un clamor que obligue a libertarlos. Ya no aspira a la gloria de participar en la destrucción del turco y de hacer triunfar la cruz sobre la media luna; el objetivo es más modesto: sólo la liberación de algunos cautivos. Pero tampoco aquí triunfa. La obra no tiene éxito, es considerada aburrida y floja literariamente, deja de representarse y se olvida. Los públicos españoles no vibran por la noble causa, lo mismo que el rey, hundido en su montaña de expedientes apenas si se entera cuando le hablan de sus súbditos esclavizados en Africa. ¿Qué hacer? Ni la gloria militar, primero, ni la redención de los cautivos después, ni la gloria literaria, ni siquiera poder vivir escribiendo para el teatro: es otro mundo de intrigas dominado por competidores que acaparan el éxito y que evitan que otros lleguen a disputárselo y su rival es nada menos que Lope de Vega que le perseguirá implacablemente con su hostilidad toda su vida.

Cervantes se transforma en burócrata, lo único posible en aquel Estado para quien no cuenta con importantes valedores ni con fortuna personal, pero ni aquél es un oficio seguro. Los terribles interventores de cuentas descubren una tremenda irregularidad en sus cuentas: unos cuantos ducados sin justificar que luego resultarían justificados; pero entretanto Cervantes va a la cárcel y su honorabilidad es puesta en entredicho, como más tarde, en Valladolid, adonde va a pretender pues no logra ni mal vivir con sus humildes trabajos, habrá de ver envuelta en las redes de la justicia a su hermana porque auxilió a un hidalgo asesinado a la puerta de su casa. Se sospecharán relaciones ilícitas y los maliciosos críticos literarios moder-

nos pensarán incluso que Cervantes vive como alcahuete del honor de la hermana.

Para salir de la miseria incluso se decidió a emigrar y dirigió al Presidente del Consejo de Indias una instancia pidiendo un puesto humilde en la administración colonial. Enumera sus servicios, sus heridas, su cautiverio, las privaciones de su familia para rescatarle, su servicio en la administración —incluso para el aprovisionamiento de la Armada— “y en todo este tiempo no se le ha hecho merced ninguna”. Y “pide y suplica humildemente” la “merced de un oficio en las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacos, que es el uno la contaduría del Nuevo reino de Granada o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatimala o contador de las galeras de Cartagena o corregidor de la ciudad de la Paz”. Tampoco lo logra. La instancia ni llegó al rey. El ponente del Consejo de Indias, el doctor Núñez Mosquecho la despachó con una frase puesta por él al margen. “Busque por acá en que se le haga merced”. Cervantes no tenía influencias ni dinero para sobornar a algún “coyote” que gestionara su asunto. Entonces, en 1590, era comisario requisador de víveres y se enteró de las vacantes en las Indias al volver de Carmona donde había estado embargando aceite. ¿Qué les importa a aquellos graves doctores del Consejo de Indias los servicios de Cervantes de Lepanto y quién se acuerda ya de aquello?

De la vida, en aquel Imperio que declina ya, en el que no hay un lugar para él, Cervantes no había sacado sino mendrugos de pan a fuerza de trabajo y humillaciones. Pero su espíritu se había enriquecido con un conocimiento profundo de su país y de sus hombres de todas las condiciones. Había convivido con los grandes y con los humildes, con la gente del campo, con el hampa sevillana, con las compañías de cómicos, con los moros de Africa en misiones realizadas para la administración. Conocía la corrupción y la mediocridad del ambiente, cada vez más estrecho, en el que cada vez se olvidaban más los viejos ideales y que llega al máximo en los primeros años del reinado de Felipe III. A través de sus andanzas y de sus ricas y tristes experiencias —que no habían borrado sin

embargo su fe en un mundo mejor y en hombres más justos— Cervantes maduró el plan de su obra maestra y en ella lo recogió todo. Ficción aparente, argumento que cierra la época de los libros de caballerías tan del gusto de las gentes, el protagonista presentado como un loco con ribetes ridículos, su escudero divirtiendo a los lectores con sus rasgos cómicos y soeces; pero debajo de todo ello, la realidad viva de España, de su propio corazón, de sus ilusiones y desengaños, de su renunciamento. Entonces obtuvo el éxito y su obra fué leída ávidamente en todas partes sin duda sin comprender la profunda tragedia que encerraba y, de nuevo, la envidia se cebó en él. Aprovechando la fama obtenida con la publicación de la primera parte del Quijote, un mediocre imitador que trató de hacer tragar al público una falsa continuación y Cervantes, acuciado ya por la enfermedad, “puesto el pie en el estribo” hubo de terminar a toda prisa la verdadera segunda parte y cerrarla en los umbrales de su muerte. La gloria completa ya no la vería él mismo.

El Quijote es el resultado de la vida de Cervantes, y de su experiencia. Por él desfilan todos los tipos que ha conocido, ya desde Argel, que adquieren viva realidad, espejo de la sociedad española, de sus miserias y sus dolores, crítica sutil e implacable en el envoltorio de una novela sin finalidad trascendental aparente. En él adquieren forma definitiva personajes que ya aparecen en obras anteriores y ha sido preparado y meditado durante largos años en las soledades de los caminos castellanos, en la vida agitada de Sevilla, en el abandono de la cárcel, después de los desengaños de la Corte. La redacción definitiva esperó largo tiempo hasta que Cervantes tuvo espacio para escribirlo, tranquilamente la primera parte, apresurando la segunda después de aparecer el falso Quijote de Avellaneda.

Toda la sociedad española y todos los fracasos de España. El desfacedor de entuertos, el que cree que las mozas de partido son damas, que se ha enamorado de la zafia lugareña convirtiéndola en alta princesa, que busca una justicia superior inspirada en una moral purísima, topa con la Santa Hermandad, con el Duque que se burla de su locura y con el bachiller Sansón Carrasco que, moliéndolo

a palos, le vuelve a la realidad mezquina de la aldea y a su vida vulgar. Sancho, el hombre del pueblo, que acabó por contagiarse de los ideales de su amo, también es vuelto a la realidad después de su ilusión de gobernar rectamente la insula Barataria. Es preciso dejarlo todo como está, comprender que los molinos de viento no son gigantes, dejar a los privilegiados en sus puestos, justamente o no, que la envidia ande suelta, que los cuadrilleros sean los dueños del campo de Castilla y aseguren el "orden". Someterse y vegetar. También Cervantes había querido desfacer entuertos y soñado con andanzas gloriosas y debió renunciar a éstas y hundirse en la vulgaridad de la burocracia y dejar a los cautivos que habían padecido con él en sus prisiones sin que nadie se interesase por ellos. ¿De qué le había servido luchar en Lepanto si el doctor Núñez Mosquecho —que nunca había pensado en semejantes cosas— era quien había de resolver su instancia con una simple nota marginal? El premio de la lucha era seguir llevando los calzones remendados como Don Quijote y mal comer. También España había soñado y había luchado con malandrines y se había estrellado en la empresa, las cuadrillas de la Santa Hermandad la mantenían quieta, y "los familiares" de la Santa Inquisición acechaban los descarriamientos de su ortodoxia.

Pero enfermo, molido, desengañado, Cervantes escribe su Quijote. Quiere que no se olvide todo lo que ha visto. ¿Quién sabe? Muchos creerán que ha escrito un nuevo libro de caballerías para divertir a sus contemporáneos o los más maliciosos que se ha burlado de la afición de aquellos a las novelas de aventura. No importa. Allí está oculto en sus episodios el sentido profundo. Otros tiempos vendrán y otras gentes que sabrán entender. Alguien comprenderá que hay entuertos que desfacer, que la bondad, la compasión y el amor a los hombres no carecen de sentido. Y acaso España también, la España que Cervantes había visto salir con las luces del alba y tener que volver a encerrarse en la calma pueblerina, como Don Quijote.

BOLIVAR

Por *Arturo USLAR-PIETRI*

CON el siglo XIX se abre una honda, rica y oscura crisis del mundo hispánico. Las dos agencias fundamentales de su unidad: la monarquía castellana y la iglesia católica, que habían culminado en el absolutismo y la contra-reforma, parecen eclipsarse.

Un día desaparece el rey de la cabeza del imperio en forma inesperada, y simultáneamente se viene extendiendo entre la gente culta o influyente un desdén filosófico por el catolicismo y por el fraile. El pueblo español acéfalo regresa a la behetría medieval, y los criollos de Indias se ven obligados a entrar en la historia universal.

Esa crisis, con toda su significación y su misterio, se encarna prodigiosamente en un hombre: Bolívar. Por eso pocas almas hay tan ricas y complejas como la suya. Su psicología es historia.

Las armas y las letras, el espíritu y la acción, el sentir y el presentir, el saber y el obrar, tenían en él una simultaneidad y una altura privilegiadas. Era brazos y era lengua como lo quería Pero Mudo. Y vivía en el presente, en el pasado, en la fama y en la inmortalidad, a un mismo tiempo, como tuvo que vivir el padre de Jorge Manrique.

No era tan sólo capitán, hombre de guerra, a pesar de que sus acciones y hazañas lo parangonan con los mayores. Tendría inmensa gloria con sólo la campaña del año 13, o con la campaña de Boyacá.

Era también un fundador, un adelantado, hombre de poner nombres a las nuevas cosas, de tomar posesión, de hacer la ley y de crear.

Era, de añadidura, un pensador. Vió más hondo y más claro que nadie, entre las convulsiones de los pueblos y los humos del pensamiento europeo, la verdadera condición de su América y el signo de su fatalidad.

Ya a estas alturas de la suma hay pocos que lo sigan, pero aún hay más.

Tenía en grado excelso el don de expresión de los grandes escritores. Lo que hacía correspondía a un pensamiento luminoso y se manifestaba en una expresión viva y hermosa. Sentía las voces.

Pero, aún por encima de todo esto, es una de las almas más cargadas de sed trágica que hayan conocido los hombres.

Nadie se ha parecido más a un mundo, y nunca un mundo, tan extenso complejo y arduo, se ha expresado con más plenitud en un alma.

Bolívar es Nuestra América. Mientras más criollos son los pueblos y los hombres más lo entienden y más cerca están de él.

El no representa un aspecto de América o una hora de su historia. Toda su tierra, todo su pueblo, todo su tiempo. En el Inca Garcilaso ya está algo de él, y en Sor Juana, y en Tupac Amaru, y en Bernal Díaz, y en la cúpula mexicana, y en el nacimiento quiteño y en la música de Lamas. De él hay ya en los negros del cacao y de la caña, en los indios de la coca y de la yuca, en el quetzal, en el maíz, en la fiesta de San Juan, en el canto popular.

Hay quienes han dicho que se parece mucho a los capitanes de la conquista, y es cierto. Pero no es por azar de semejanza, sino porque tanto él como los otros eran esencialmente hispánicos.

Era cristiano viejo, criollo viejo, español del Pirineo, venido a Indias en el siglo xvi en la carne de su abuelo homónimo, con trescientos años para mezclarse a la tierra, para amarse con ella y recibir la sangre ardiente y bulliciosa del negro y la fría y taciturna del indio.

No es tampoco azar que aquella alma cristalizase en la Venezuela de fines del siglo xviii. No podía hacerlo mejor en otra parte. La tensión histórica de lo hispánico no era mayor en ningún otro punto del imperio. Era en aquella costa abierta a Europa, sin ciudadelas defensivas, donde el espíritu español iba a afrontar más desnudo la crisis de la consciencia occidental en el marco de la contradicción americana.

Allí encarna en ese hombre. Como antes ese mismo espíritu, en otras horas críticas y en otras circunstancias había encarnado en un Cortés y en un Trajano.

Recuerda a Cortés y a Trajano porque era tan español como ellos, es decir, hombre cargado de símbolos culturales que atraviesa las fronteras de otros mundos arrasado por una ansia sobrehumana de unidad.

Las gentes superficiales lo que menos miran en Bolívar es lo poderosa y consciente que en él era la tradición. Lo fundamental no era lo de separatista, ni lo de revolucionario según el modelo de la filosofía del siglo XVIII. Más que lo que había aprendido en los libros nuevos, podía en él la intuición de la realidad tradicional. La Patria nunca le fué encierro, ni Provincia. "Nuestra Patria es la América" dijo una vez. Pero era en realidad la América española, una América homogénea y unitaria; y en el fondo de su más remota ambición lo que estaba era volverse sobre España, una vez libertada América, para libertarla, o para reconquistar el sepulcro de Don Quijote como hubiera entendido Unamuno, pero en todo caso para rehacer la unidad hispánica. A la manera del Cid, que se iba de Castilla para hacerla, y, sobre todo, a la manera de Trajano.

Una manera que, en su aspecto ético, es trágica y senequista.

En la hora en que los nuevos Estados abren los ojos buscando el rumbo y ensayando instituciones, él, en Angostura, ante los afrancesados, los enamorados de "las Luces", dice aquellas palabras que sólo medio siglo después, en la desesperanza del caos, empieza a comprender Hispanoamérica. "¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela: examinad las Leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero: observad los primeros actos del Gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional".

Para él lo americano, lo criollo, no es sólo un hecho, es un ser vivo, y ese ser es el que tiene la clave de nuestro destino y al que importa conocer.

En esto difiere genialmente de los hombres de su tiempo. Para él no hay dos Américas, una culta y una bárbara, una urbana que representa la civilización y una rural que representa la barbarie. El sabe que esa barbarie rural es el vestigio, desfigurado en la soledad y en la aspereza del campesino, de los ideales de la civilización hispánica en la forma en que cuajaron en el siglo xvii. Para él no hay sino una sola América, que tiene que hacerse por sus hombres y que salvarse entera, y esa es la autora de los acontecimientos pasados y de los presentes.

EL no es un militar de escuela, como no es un pensador de sistema. Ha leído a Montecuculi, como ha leído a Montesquieu y a Rousseau y a Locke. Pero a la hora de atravesar los Andes lo hará bajo la fiebre de una inspiración heroica, de un sentimiento dramático del destino. Perteneció a la familia de Pizarro o de Juana de Arco, no a la de Wellington o a la de Federico.

Como también, a la hora de afrontar la organización americana, él se da cuenta de que es una empresa sin precedentes que tiene que dar sus propias soluciones.

Los Padres de la Revolución de los Estados Unidos no fueron sino los continuadores de un sistema político que les había sido propio durante toda la vida colonial. El "town meeting" se transformó sin desnaturalizarse en Asamblea republicana y las Cartas de establecimiento en Constituciones. No hubo crisis de valores, ni contradicción espiritual interna.

La crisis del mundo hispánico fué ante todo una crisis de valores. La serie de los acontecimientos exteriores: interrupción de la dinastía, batallas, alzamientos, congresos, constituciones, no fueron sino el reflejo de la crisis de las agencias fundamentales de la unidad y del orden.

Bolívar sabe desde el primer momento que la independencia no es sino una faz del problema. La guerra contra los españoles no es sino una primera etapa cruenta de un largo y doloroso proceso, en cuyo término ha de relucir la reconciliación de América con su destino. El lo sabe y lo está diciendo: "le temo más a la paz que a la guerra"; "los españoles se acabarán bien pronto, pero nos-

otros ¿cuándo?"; "la independencia es el único bien que hemos alcanzado, a costa de los demás",

El sabe como nadie que América no es esa nueva España que los peninsulares han estado construyendo con tan tesonera grandeza. Pero sabe también que su historia, que es su ser vivo, está impregnada de hispanismo hasta los tuétanos.

Y también sabe que eso que llaman la "civilización" los hombres de su tiempo y los que han de venir detrás de ellos, es decir los ideales políticos y sociales del siglo XVIII francés, son en gran parte incompatibles con la realidad criolla.

Ese es su tema. Toda su acción y su pensamiento derivan de allí. "No somos europeos, no somos indios". "Americanos por nacimiento y europeos por derechos". "Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte".

El quiere penetrar y descifrar el enigma americano. Y toda su pasión, en el sentido cristiano, va tendiendo hacia esa identificación. Hasta la mística fusión final, que hace que ahora, para entender a nuestra América, podamos lo mismo agotar los estudios corográficos y documentales, que acercarnos a su alma.

Todo lo que va realizando es parte de esa gran empresa. En sus aciertos, y acaso más en sus fracasos.

Porque nadie ha fracasado con tan trágica grandeza como él, si no es precisamente Don Quiote. Si él se hubiera limitado a libertar países, a concebir leyes, a expresar profecías, sería un libertador, un legislador o un profeta más. Como Don Quijote hubiera sido un caballero andante más. Pero él lo que es es el majadero, el que está golpeando y majando sobre las almas, las realidades y los misterios, para que el hombre no se duerma ni en el sueño, ni en la duda.

Nadie ha golpeado tan reciamente sobre América, sobre lo que América es; ni nadie le ha puesto la esfinge del destino tan en la cara. Es un majar en lo informe y en lo flúido, un "arar en el mar", que no se pierde.

El podrá, en la hora final, volverse con amargura hacia lo andado, y pensar que ya está cuerdo, que ya está

muerto, pero allí también se engaña. No seguiría haciendo tanto si no hubiera fracasado.

LA vida de Bolívar puede dividirse, aparentemente, en cuatro tiempos. Un tiempo de crecer que va hasta 1808, hasta los veinticinco años. Es la época de conocer, de descubrir, de ensayar, de ponerse en contacto con los hombres, con las cosas, con los países, con las ideas.

Empieza con el Catecismo del Padre Astete y termina con "El Espíritu de las Leyes". En el camino tropieza con "Emilio" y con Rousseau, en la persona de aquel extraordinario preceptor que se llamó Simón Carreño, Simón Rodríguez o simplemente Samuel Robinson, y que sabe ser el maestro innumerable de aquel solo discípulo. En el momento en que su sensibilidad despierta, Robinson intenta educarlo según el modelo de "Emilio" en el descubrimiento de la naturaleza.

Viene el primer viaje a Europa y el matrimonio a los diecinueve años. María Teresa Toro es casi irreal. Vive apenas los meses necesarios para torcer la vida sentimental de Bolívar, y muere desorbitándolo. Vuelve a Europa con Robinson y allí va a encontrar el destino.

Cuando regresa a América ya está dedicado. Ha aceptado una misión inmensa. Y empieza el majar.

Los once años que siguen, hasta 1819, son el tiempo de creer. De creer, que es luchar y obstinarse contra el fracaso. Mira caer a Miranda y la Primera República. Ve evaporarse aquella fulgurante victoria del año 13 ante el galope de los caballos de Boves, y vuelve por tercera vez a aferrarse a las esperanzas contra las realidades, a la intuición contra los hechos, durante aquella penosa y desesperada campaña del Orinoco y de los llanos, que en la hora más comprometida se corona de triunfo en el Congreso de Angostura y en la batalla de Boyacá.

El tiempo de triunfar son los seis años que siguen hasta 1825. Allí están las mayores victorias, las apoteosis de pueblos enteros, las entradas triunfales, el endiosamiento, la Presidencia de Colombia, la del Perú, la funda-

ción de Bolivia, el canto de Olmedo, la admiración de la Europa liberal, el saludo de Choquehuanca en el Cuzco y el estandarte de Pizarro.

Y desde 1826 hasta la muerte en 1830, sería el tiempo de llorar. Años de desilusión y agonía. Todo se desintegra. Los hombres y los pueblos parecen volverle la espalda. No se le cree. Se conspira contra su vida. Se le niega y se le llama tirano. Nadie parece quererlo. Hasta que cierra los ojos en la casa del español Joaquín de Mier.

Pero no es tan simple y tan lineal la vida de un hombre tan complejo y tan trabado con lo telúrico y con lo espiritual de su mundo, su tiempo y su raza.

Fracaso y victoria, o contradicción, hay en todas las horas de su vida. El no es el que cumple un deber, sino el que se inmola. El que se sacrifica a un gran fin inalcanzable. Un alma trágica. Nunca se ha puesto a medir el tamaño de su empresa. Se propuso cosas enormes que no logró realizar. Y realizó cosas sobrehumanas, para las que no parecía tener medios.

El año de 1813, con un puñado de soldados bisoños, perdido en las gargantas de un ramal de los Andes, declara solemnemente la guerra a muerte al imperio español. El año de 1826 convoca a un Congreso americano, que debe transformarse en una asamblea de todos los pueblos de la tierra, para discutir las cuestiones de la paz y de la guerra y crear una nueva vida internacional.

Esa es la grandeza. Y al modo hispánico. Y eso es lo que él va a llamar, con tanto sentido, su majadería.

Su gusto literario se había formado en el neo-clasicismo. Cuando con tanta donosura hace la crítica del poema de Olmedo, cita sin vacilaciones a Horacio, a Boileau y a Pope.

Pero cuando se pone a escribir se olvida de esa preceptiva tiesa y artificial, y no guarda de ella sino la invitación a la claridad.

Su prosa tiene un vigor, una flexibilidad, un ritmo vital, que no se encuentran en ningún prosista castellano de su tiempo. Sus cartas y sus discursos revelan un ex-

cepcional don de expresión. Puede Bolívar tomarse por el primer prosista hispanoamericano de su hora.

Recuérdese el estilo de la época, la frialdad, el sonsonete, el retórico alargamiento de aquellas oraciones pomposas y hueras que escribían los maestros de entonces.

Jovellanos estaba todavía diciendo: "Iriamos a inclinar la rodilla ante el sátrapa de Madrid, para ayudarle a usurpar el trono de Pelayo y robar a nuestro Fernando el Sétimo la herencia de los Alfonsos y los Fernandos de Castilla? ¿Iriamos a mezclarnos con los Ofarriles, Urquijos y Morlas, con los caballeros Arribas y Marquinas, para ser, como ellos insultados y despreciados por los insolentes bajáes del tirano, o iríamos a confundirnos entre los demás apóstatas de la patria, para ser, como ellos, escupidos y escarnecidos por nuestros fieles y oprimidos hermanos, para ostentar a su vista la ignominia que cubre siempre el rostro de los traidores y para ser a todas horas objeto de su odio y execración?"

No menos frío artificio hay en Leandro Fernández de Moratín o en el arcaizante Conde de Toreno que rueda pesadamente su carro de palabras: "Sin muro y sin torreones, según nos ha transmitido Floro, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. También desguarnecida y desmurada, resistió al de Francia, con tenaz porfía, si no por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En ésta como en aquella mancillaron su fama ilustres capitanes, y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estreilarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces, en menos de un año, cercaron los franceses a Zaragoza: una, malogradamente; otra, con pérdidas e inauditos reveses. Cuanto fué de realce y nombre para Aragón la heroica defensa de su capital, fué de abatimiento y desdoro para sus sitiadores, aguerridos y diestros, no haberse enseñoreado de ella pronto y de la primera embestida".

Es toda una nueva sensibilidad y un nuevo sentido, los que se revelan por contraste en la prosa bolivariana, tan directa, tan viva: "Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud".

Esa fuerza que trae el sentimiento a la palabra y la levanta en algo más que su sustancia, ese don de la poesía, que apenas se vislumbra en los espesos párrafos de la época, arde en Bolívar con una agilidad de llama:

“¡Hijas del sol! ¡Ya sois tan libres como hermosas! Tenéis una patria iluminada por las armas del Ejército Libertador: libres son vuestros padres y vuestros hermanos: libres serán vuestros esposos, y libres daréis al mundo los frutos de vuestro amor”.

Las educandas de Arequipa, hechas a los soporosos sermones, debieron cerrar los ojos deslumbradas ante la evocación luminosa que les desnudaba la sensibilidad.

La prosa de Bolívar, como su persona y como sus hechos, tiene los nervios de un fino potro. Es cosa viva y trémula. Nunca está haciendo frases. Escribe para expresar aquellos relámpagos, aquellas intuiciones, aquellas angustias que le atraviesan la mente. La frase es directa, enérgica, contrastada. No sabe a literatura. Sabe a hombre verdadero. Es confesión. El está en lo que dice, por encima de retóricas y reglas, y aun con esas incorrecciones que asustan a los que no saben del idioma sino la gramática.

Y por eso al cambiar de tono, cambia de forma su prosa. Cuando ya no es la arenga fulgurante, o el análisis político, sino la triste memoria de las cosas pasadas, sabe escribirle a su tío Esteban Palacios aquella elegiaca carta del Cuzco:

“¿Dónde está Caracas? se preguntará usted. Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de libertad, y están cubiertos de la gloria del martirio. . . Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres: y yo los representaré a presencia de la posteridad”.

El discípulo de los neo-clásicos se expresa como un romántico. Como un hombre de pasión, de poesía y de sentimiento. Más que don Alvaro va a resultar él el héroe del romanticismo hispánico. El ser, de verdad o de ficción, de vida o de sueño, en quien culminan esos viejos

rasgos que el romanticismo va a descubrir en los hombres excepcionales.

TREINTA y tres años después de Miranda, dos años después de Bello, doce años antes de Sucre, nace Bolívar en la misma Venezuela de ellos.

En él culmina lo que ellos anuncian y realizan.

Ese año de 1783 es el mismo en que Miranda sale de las filas del ejército español y pasa a los Estados Unidos a iniciar y a iniciarse en su misión. Crear un mundo americano libre y uno: una Colombia.

Lo que Miranda concibe como sueño político, lo va a concebir Bello como empresa cultural: la salvación y reconstrucción del mundo hispánico sobre la lengua y los valores espirituales.

Y Sucre, aquel Mariscal de veintinueve años, que en el corazón del imperio español, en el reino de Pizarro, a la cabeza de una legión de soldados de todas las Indias, vence el último y más poderoso ejército virreinal, es ese pensamiento convertido en acción esplendorosa.

Lo que en estos hombres está con magnificencia impresionante es un destino y una conciencia colectivos. Los venezolanos de aquella hora sentían como nadie en América la sensación de la unidad y de los valores universales. El mundo de su tiempo les brindó la ocasión excepcional. Venezuela se transformó para ellos en una base de operaciones, como Castilla para los castellanos de la reconquista, y como España para los españoles del imperio.

Fué un país sacrificado a un concepto y a una emoción. Un pueblo que se desangró al servicio de una ambición de grandeza. Lo que importaba no eran los pueblos o los campos de la provincia nativa, la riqueza de los ricos o la pobreza de los pobres, la paz o la prosperidad, sino la Independencia de América, el destino de la libertad, "la esperanza del universo", "el imperio sagrado de la naturaleza", la justicia y la gloria.

Toda esta emoción está encarnada en Bolívar.

Es una pasión por lo desmesurado, por lo absoluto, por lo glorioso. Un ansia de no estarse, de acción, de posesión, de plusultranza.

El largo contacto de lo español con el mundo y con las razas mágicas que encontró en América, llega a su clave en este hombre difícil, tan criollo, tan español, tan universal.

En él Venezuela ardió y se consumió como una mecha, en dar aquella llama que deslumbra, ilumina y atrae.

La tercera parte de la población venezolana pereció, directa o indirectamente, en la guerra. La prosperidad alcanzada a fines del siglo XVIII desapareció. El arcaduz quedó sin agua, la tierra sin semillas, el arado sin brazos. Los campesinos se volvieron soldados y andaban por los pantanos de Guayaquil, o por el altiplano del Titicaca. El antiguo mayordomo era ahora General o magistrado. Los soldados que regresaban no sabían volver al campo. Preparaban golpes armados contra las autoridades o merodeaban las soledades como bandoleros.

Los hombres que enterraron a Bolívar creyeron que habían enterrado el sol de una edad dorada de gloria. "Ha muerto el sol de Colombia", clamaban. Les parecía que empezaba una época de sombras, de decadencia, de memorias.

Por contraste, lo que habían hecho antes les parecía más grande y maravilloso. Eran cosas sobrehumanas. Aquellos no habían sido hombres, sino semidioses.

Pero el pueblo, que había dado aquellas almas, seguía en lo esencial siendo el mismo. El mismo con el añadido de que su sentido mágico estaba ahora más vivo con la leyenda o con la historia de Bolívar.

Bolívar había sabido llevarlo a la grandeza y a la gloria. Cuando volviera otro Bolívar volvería a la grandeza y a la gloria.

Las dos pasiones fundamentales del alma popular venezolana: el mesianismo y la igualdad, quedaban vivas y ansiosas trabajando su historia.

Bolívar lo ha hecho, para siempre, un pueblo hambriento de grandeza.

EL HONDUREÑO RAMON ROSA

Por *Rafael Heliodoro VALLE*

LA historia de Honduras puede escribirse en una lágrima. País de pinos en primavera eterna y de montañas difíciles, por él han corrido largos ríos de sangre en una larga noche de odio y de dolor; en él han nacido, flores llenas de luz, algunas de las almas insignes de América: el pensador José del Valle, ciudadano de un mundo antípoda; Francisco Morazán, hombre telúrico que construyó antes que muchos héroes de la América española la ciudad utópica en que todos los hombres deben nacer libres y vivir como hermanos; José Trinidad Reyes, el sabio y educador que vivió en su Hircania poniendo en el pecho áspero de las fieras un corazón de miel; y Marco Aurelio Soto, el estadista que hizo la reforma liberal, decapitando cortacabezas y alzando sobre el filo de los machetes salvajes un trono provisional a la cultura.

En ese país, bajo ese cielo suave que no se ha podido entender aún con esa tierra, nació una hermosa claridad: Ramón Rosa. Hace un siglo justo, un 14 de julio, advino en Tegucigalpa, sin áurcos dones en la cuna, porque sus diamantes hereditarios eran otros; humillado por no haber surgido como fruto de bodas, el hombre que ha enriquecido a Honduras con el oro de su pensamiento, la plata de su lirismo, el hierro de su voluntad.

Entre sus antecesores tenía cuatro ilustres: José Simón de Zelaya, el teólogo que construyó con su dinero el mejor templo católico de la ciudad en que el patrono San Miguel no ha podido aún exterminar al Diablo; Felipe Santiago Reyes, maestro de música, que puso llave de sol en el acta de la independencia de 1821; el Dr. José Trinidad Reyes, uno de los pilotos espirituales que más han hecho por la redención de su pueblo y cuyo nombre está

vinculado a la fundación de la Universidad de Honduras; y otro de los fundadores, discípulo y maestro a la vez, el Dr. Máximo Soto.

Era Tegucigalpa en 1848 una de las ciudades más olvidadas por los ángeles y por los hombres: una ciudad hundida en los Andes, con dos ríos que inútilmente siguen dando su lección de fraternidad al juntarse bajo los arcos del Puente Mallol; con aires que bajaban a su regazo desde las copas de los pinares; con lentas campanas melodiosas presidiendo las tareas domésticas y los chismes de los politicastros que se agazapaban detrás de los balcones para ver madurar, sin riesgo, la nueva rebelión contra el régimen; y unas palomas que ponían su nota blanca en aquellos días negros. Las gentes se asomaban a la puerta cuando se sentía el paso de los correos expresos que llegaban de Comayagua con noticias del complot frustrado o con las hojas volantes en que algún general en estado de merecer la presidencia hacía a sus queridos conciudadanos una de esas promesas que parten el alma o que cambian el curso de las estaciones. Así era Tegucigalpa, remota y feliz, con su plaza y sus portales, su Calle del Comercio, ya sin la bonanza de las minas, y con 10,000 habitantes que oían atentamente los sermones del padre Reyes, pagaban puntualmente diezmos y primicias; pero eran miseros pecadores, algunos de ellos en pecado mortal. Al otro lado del Río Grande vivían, como si fueran habitantes de otro mundo, los indios de Comayagüela, que enseñaban su complejo de inferioridad al sólo oír sonar los apellidos en que temblaban recuerdos de días argentíferos: Vázquez, Zelaya, Midence, Ferrari, Fiallos, Vigil.

En una de las casas más humildes se crió el hijo de doña Isidora Rosa y de don Juan José Soto —¡las damas primero!—, a la sombra de su madre amorosa, y así que pudo concurrir a la escuela de la maestra escolástica —que enseñaba a leer, escribir y las cuatro reglas de la aritmética, además de elementos de urbanidad— sintió que en el alma se le abrían unas puertas azules, para atisbar con nostalgia creciente las ciudades de otros países, y los dos ríos que le transportaban en canoa de sueños hacia el mar. Siete años tenía cuando vió, rodeado de cirios, exánime para siempre,

a su tío el padre Reyes, y presenció sus funerales, que durante siete días hicieron llorar a las campanas de las cuatro iglesias.

Su niñez y su adolescencia transcurrieron en un clima mortal, entre lamentos de heridos que habían dado su sangre para prolongar la vida de los generales que volvían del destierro o de los que caían del solio codiciado, sin que ninguno de ellos hubiese hecho la felicidad de su amado pueblo.

Había nacido el mismo año en que nació otra Constitución Política, y no cabían en los 11,000 kilómetros cuadrados de la república los tres próceres: Juan Lindo, Francisco Ferrera y Santos Guardiola. El cónsul inglés Mr. Federico Chatfield aparecía, de pronto, en la escena, adueñándose de una isla en que había un tigre fantasmal. De 1848 a 1867 —en que se trasladó a la capital de Guatemala, para seguir sus estudios de jurisprudencia, la hemorrhagia de Honduras fué intermitente. Alianzas de los caciques con banda presidencial y abundante carne de cañón, intrigas menudas, engañifas, alharacas, toques de clarín, divisas rojas o verdes en el sombrero, anarquía a tambor batiente. . . Se seguía hablando de la unión centroamericana en discursos pomposos y en pactos que, al día siguiente de firmados, se convertían en reliquias de archivo. Aún vivían algunos de los epígonos del general Morazán, otros habían peleado en Nicaragua contra el filibustero William Walker, y al regresar bajo arcos triunfales e incienso de tedéums, se sentían más presidenciables que de costumbre; y así fueron, vinieron y volvieron Xatruch y Guardiola, Cabañas y Juan López, Arias y Medina, medinitas y medinones. Mientras se desangraba Honduras y se hablaba de una nueva reforma de la Constitución y los antropófagos deglutían y el país continuaba en bancarrota, el odio en Centroamérica seguía su marcha triunfal, de barrio en barrio, de ciudad en ciudad, de país en país.

Ramón Rosa vió florecer su angustiada adolescencia en aquella atmósfera de espanto y toques de somatén; y en la memoria se le quedó indeleble el grito de terror que, al rayar el alba o entre la noche quieta, surgía de pronto: "¡Los indios! ¡Los indios!" Eran el "coco" de los niños y

de los adultos, pues de súbito hacían irrupción hablando castellano de Curarén o de Texíguat, las hordas sanguinarias.

EN GUATEMALA

EL joven Rosa marchó a Guatemala en 1867, en busca del ámbito en que ensayaría su primera ascensión. Guatemala era entonces para los centroamericanos algo así como París. Ahí estaban las siete sillas de la sabiduría, sentado en una de ellas el Señor Presidente, con la pesadilla de dirigir la política istmeña. Además, Guatemala había sido la metrópoli de la capitania general, y en aquel año era la santa sede de un mariscal sin batalla: el Mariscal Cerna.

Rosa llegó a Guatemala con su título de bachiller en Filosofía por la Universidad de Honduras, después de haber estudiado su Balmes, su Corcuera y su Nebrija. Poco tiempo después era decano del Colegio de Abogados don Raymundo Arroyo, quien tenía un propósito nobilísimo: dar a los estudiantes los mejores maestros y los mejores estímulos. Ante las Pandectas, las Siete Partidas, la Instituta y toda la erudición de canonistas y de compiladores de cedularios, Rosa no se sentía más feliz que cuando iba a la casa del más ilustre hombre de letras que tenía la "dulce cara parens" de Landívar: don José Milla, uno de los más doctos y benévolos. Milla daba lecciones de Literatura, Derecho Internacional, y Oratoria Forense, a otros dos jóvenes que brillarían más tarde: Marco Aurelio Soto y el futuro arzobispo Ricardo Casanova y Estrada. El Dr. Mariano Ospina, ex presidente de Colombia, les enseñaba una novedad: Economía Política. Era Milla, sin saberlo, el animador de la elocuencia flamante de Rosa; y su Juan Chapín y su Marcos Morolica—dos personajes de la vida real que había acicalado irónicamente—hicieron aflorar en el estudiante Rosa el complejo del provinciano que llegaba de extramuros de Atenas para escuchar a Demóstenes y Licurgos. Y fué así como el hondureño silencioso y de ardiente imaginación supo encontrar a tiempo su orgulloso escudo al sólo recordar que sus coterráneos Morazán y Valle habían entrado triunfalmente en la metrópoli

de los Aycinenas y los Montúfares, para demostrar que en las montañas de Honduras hay también coronas de oro mental. Quizá entonces, engreído por los recuerdos de aquellos próceres, sintió por vez primera el afán de estudiarlos y de hablar con ellos en un largo diálogo que habría de terminar en Tegucigalpa al labrar en mármol sus elogios y los de otros compatriotas y alzarles sobre el pavés de la admiración nacional.

Fué en Guatemala en donde Rosa, entrecerrando los códigos, escribió los primeros versos y sintió la quemadura de la cláusula en los labios. Versos que eran como los bocetos de las prosas que más tarde saturaría con lágrimas de candoroso romanticismo y por las que haría pasar, en mágico desfile, nubes y alas de Honduras, querellas de amor y palabras que aun efunden el aroma de los jazmines eternos.

El 2 de diciembre de 1867 Ramón Rosa recibió, "cum laude", el título de abogado, después del examen en que cinco sinodales hicieron gala de su saber, dispensándole "tres meses del tiempo ordinario de la pasantía"; y dos años más tarde obtuvo el de licenciado en leyes, que nunca usó para "pleitos ni para dictar autos y sentencias", sino para demostrar que los estadistas deben hacer estudios preparatorios, iniciándose en los misterios de la Filosofía del Derecho y en la técnica elemental del estilo literario.

LA REVOLUCION DEL 71

EL triunfo de la república de Juárez en México golpeaba impaciente los muros de Guatemala, incitando a la rebelión contra el régimen que Rafael Carrera había instaurado treinta años antes. Un conservador que desde 1829 había participado activamente en la política, el general Miguel García Granados, y un joven con látigo en la mano y madera de dictador, Justo Rufino Barrios, encabezaron la revolución liberal que dió en tierra con aquel régimen el 30 de junio de 1871. Ramón Rosa y Marco Aurelio Soto, los dos hondureños más luminosos que vivían en Guatemala, se incorporaron al movimiento renovador, y unidos a Manuel Lemus, fundaron en pro de la candida-

tura de García Granados un periódico cuyo nombre era bandera: "El Centroamericano". Colaboró con el nuevo régimen y en octubre de aquel año llegó a ser subsecretario de Hacienda. En octubre de 1872 presentó sus credenciales de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Honduras ante el gobierno de Guatemala. Seguía preparándose para llevar sus luces espirituales a la noche densa en que Honduras estaba sumergida. Barrios sucedió a García Granados, y así que se cansó de tejer y destejer combinaciones para poner a Honduras bajo su férula, logró llegar a un acuerdo con el presidente de El Salvador, a fin de dar todo el apoyo que Marco Aurelio Soto necesitaba para ser presidente. Soto estaba preparado para serlo y Rosa para compartir con él las responsabilidades del poder, iniciando la reforma trascendental que cambiaría la estructura del Estado y de la Nación.

Honduras no había tenido desde 1821 un solo día blanco. Subían y bajaban los residentes, morían los prescindibles y nacían otros con más apetito de mando y con ignorancia total de los problemas colectivos; pero con petulancia que hacía estremecerse a las estrellas. El país estaba al borde de la disolución; los ahorcados seguían balanceándose en los pinos, a la sombra de las aves golosas. Los verdes y los rojos iban de norte a sur disputándose las últimas migajas del macabro festín; y nada podía refrenar el galope de los caballos enardecidos por el olor de la pólvora. A "medinas" y "medinitas" se agregaban los "medinones" que sabían montar bien a caballo y firmar a medias. En tal momento, cuando aparecían desatadas las fuerzas unánimes del mal, salió la aurora tras los montes: Soto y Rosa, Rosa y Soto, perfectamente identificados, izando banderas de paz. Como por ensalmo, los cuatro cabecillas que se disputaban la presidencia se retiraron a sus guaridas, acataron el nuevo régimen, y comenzó la tarea de la conciliación nacional, para levantar sobre la ceniza el señuelo de la nueva ilusión. El 27 de agosto de 1876, al proclamarse presidente Soto, el demagogo se llamó a silencio, el matachín envainó su machete y el grupo de los hombres nuevos comenzó a trazar su programa de organización administrativa, de convivialidad y de cultura.

Ahí daba comienzo la nueva Honduras, y los directores de aquel movimiento, en que iban a colaborar todos los hondureños de buena voluntad, eran Soto el presidente y Rosa el ministro general.

No era fácil la tarea en un país deshecho por la endémica guerra civil, saturado de sangre fraterna, corroído por el odio, la maldad y la muerte. Era Honduras el peón más importante en el ajedrez de la intriga política centroamericana; y los ambiciosos la ofrecían en rehenes, por ser su pueblo, el de Morazán y de Cabañas, el que más ha deseado la reconstrucción de la república federal. Soto y Rosa tenían compromiso con Barrios, el caudillo que ambicionaba tener en sus manos algo más que el fuste guatemalteco; y creía que su ex-Secretario de Relaciones Exteriores sería, en la presidencia de Honduras, tan sólo su vasallo. La marea del liberalismo mexicano rebasó las fronteras de Guatemala y entró a sus anchas en tierra hondureña; pero Soto y Rosa tenían luz propia y no se resignaron a convertirse en satélites. Al iniciar la reforma no encontraron la resistencia que en México y Guatemala tuvieron Juárez y Barrios; lo que prueba que las semillas ideológicas de Morazán habían encontrado en tierra de Honduras el calor que necesitarían para estallar más tarde, sin tropiezos. La tarea de pacificar a los disidentes y de convencer a los reacios no tuvo obstáculos; los primates del Partido Conservador se apresuraron a dar su adhesión a las leyes reformadoras (supresión de diezmos y primicias, registro civil, extinción de las órdenes religiosas y las cofradías, así como de los votos eclesiásticos, y secularización de los cementerios).

Pero el problema era más profundo: no bastaban esas reformas; era preciso organizar al país sobre otras bases; darle crédito, buscar fuentes de trabajo, abrir escuelas, instalar varios de los servicios públicos que no eran conocidos, dar una legislación adecuada, y utilizar el modesto material humano que había a la disposición, mientras se seleccionaba a jóvenes de todo el país para que definieran su vocación e ir construyendo así un equipo que pudiera perfeccionar la tarea emprendida, al amparo de una paz en que el régimen presidencialista —que siguen teniendo

varios de los países hispanoamericanos— permitiese el advenimiento de la educación política y justificase la dictadura constructiva. Para ello Soto y Rosa congregaron a los hombres de todos los partidos, a los mejores, y abrieron la hospitalidad a varios cubanos que colaboraron con decisión al servicio de aquel programa revolucionario: Tomás Estrada Palma, Máximo Gómez, Antonio Maceo y otros más, que hallaron pan y comprensión en su segunda patria.

Honduras pudo rehacer su vida y demostrar que era capaz de emanciparse de su tradición bochornosa, desoyendo la voz del caudillo analfabeta y marchando hacia la democracia, lentamente, por el camino de la cultura. En siete años se fundaron la Biblioteca y el Archivo Nacionales; el primer colegio de enseñanza superior para mujeres; "La Paz", el primer periódico; la primera oficina de estadística; se trazó la trayectoria a las relaciones internacionales; se dió becas a los jóvenes más aptos; renació la Universidad bajo otro plan de estudios; y se celebró la Primera Exposición Nacional. Pero en toda esa obra, en la que Ramón Rosa dió a conocerse como civilizador, sobresalieron su capacidad de trabajo, su amor a la juventud—valorándola y estimulándola, como maestro insigne— y su continuo afán por entender la realidad de Honduras, para formular interpretaciones y buscar en el pasado próximo las virtudes cardinales de los hombres a quienes se sigue rindiendo reverencia cívica, y cuyas biografías escribió: Valle, Reyes y Morazán. Gran parte de la reforma emprendida por Soto debe ser incorporada al haber de Rosa, y se puede advertir su mano de estilista en la literatura presidencial de aquella época, sin que pretendiese eclipsar a quien le había dado la plenitud de su confianza.

Los dos estadistas jóvenes—raro caso de colaboración inteligente— trasladaron de Comayagua a Tegucigalpa la capital de la república, y la convirtieron en el centro de su dinamismo, algo así como la corte dorada de su dictadura, rodeándose de escritores y de universitarios, pero también de los capaces de colaborar en un programa burocrático que rompía el ritmo de la tradición en el país más deteriorado por los apetitos felinos y los odios montaraces. Tegucigalpa cobró diferente fisonomía: Soto y Rosa eran

los animadores de una fiesta en la que se daban cita la gracia y la espiritualidad: el general Enrique Gutiérrez, un general que había peleado contra indios y follones, demostraba poseer buen gusto literario; el poeta cubano José Joaquín Palma, era el secretario privado del presidente Soto; el orador y jurista Adolfo Zúñiga dirigía el periódico oficial; y jóvenes como Manuel Molina Vijil, Alberto Uclés, Ramón Reyes, Rómulo E. Durón y Esteban Guardiola comenzaron a sobresalir como paladines de la hondureñidad, cuyo ideario esbozó Rosa con su ejemplo de constructor y sus palabras vehementes. Después del magisterio fecundo de José Trinidad Reyes, el de Rosa —otro maestro por antonomasia— es el que más huellas ha dejado en la vida intelectual de Honduras; y ambos siguen siendo rectores honorarios de su modesta universidad, varones magnánimos que, a la manera de los árboles amables, siguen desparramando la generosidad de su verde sombra entreverada de sol.

EL GRIS CREPUSCULO

EL 27 de agosto de 1883 Soto se retiró del escenario político de Honduras y Rosa fué nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos; pero presentó su renuncia y regresó a Guatemala a entregarse de nuevo al estudio. Fué entonces cuando escribió las biografías de Morazán y de Manuel Diéguez Olaverri. La Academia Guatemalteca le dió la bienvenida como miembro de número, y poco después visitó Costa Rica y algunas ciudades norteamericanas. Desencantado de la política, tuvo cierta satisfacción al ver que el nuevo gobernante hondureño, general Luis Bográn, respetaba la obra del predecesor, y volvió a la tierra y al cielo de la patria en la alegría de un retorno que habría de amargarse al presenciar la nueva hecatombe. Los años azarosos de 1892 y 1893 le abrumaron de pesimismo al advertir que su obra sufría quebrantos, y acaso presintió que por mucho tiempo Honduras seguiría viendo a sus hijos devorándose sin piedad.

Rosa fundó la revista "El Guacerique", convocando a quienes animó cuando era ministro omnipotente y que seguían siendo sus discípulos: Durón, Guardiola, Juan María Cuéllar. Era su postrer resplandor. El 12 de octubre de 1892 al celebrarse el cuarto centenario de Colón, dijo su último discurso. Era casi un fantasma. Se le animaron los ojos en la cruel lejanía de la nostalgia; su discurso fué una guirnalda de roble y de laurel. Era su testamento lírico. De la tribuna le bajaron casi en brazos, pues sufría incurable cojera; y sólo le faltaba, como al gran orador francés, pedir que en su agonía le llevaran música y flores.

El 28 de mayo de 1893 murió Ramón Rosa, y al saberlo no pudieron contener el llanto las campanas de Tegucigalpa. El presidente Vázquez ordenó que se le rindieran honores de general de división. Para cumplir uno de sus últimos deseos, fué sepultado bajo enorme libro de piedra, como si quisiera que le acompañase simbólicamente uno de sus más fieles amigos; y ahí decansan sus huesos, que tanto sufrieron. En tierra hondureña, bajo la paz del cielo más azul del mundo, está convertida en polvo la lengua que derramó ambrosía en esos instantes en que la luz arroja sus escalas hacia Jacob dormido.

SU TIEMPO

VIDA fugaz la de Ramón Rosa, que se quemó en la angustia de no poder servir a su patria como lo habría deseado, porque era dueño de las mejores calidades para ser estadista de influencia entrañable, como lo fueron los constructores de América que dieron dura batalla por la inteligencia. Vivió 46 años. Fué una de esas ráfagas de luz que evidencian la aurora que cuida su tesoro. Vivió en una espantosa noche continental, en la que rugían las fieras humanas y las familias feudales se disputaban el poder: los hermanos Monagas, de Venezuela; los López del Paraguay o los Pérez de alguna otra tierra americana en desventura. Los dos partidos históricos—conservadores y liberales— hacían los mismos juramentos y cometían idénticos desmanes. Cada uno de ellos imponía, al día siguiente de la "revolución libertadora", su capricho en forma de

constitución o de leyes. Desde México hasta el Paraguay se escuchaban los mismos alaridos de terror: Santa Anna en México, Carrera en Guatemala, Melgarejo en Bolivia, Rosas en la Argentina, el liberal Mosquera en Colombia, el conservador García Moreno en el Ecuador; y ninguno de los problemas capitales en vía de solución, ninguna esperanza de organizar el estado, la anarquía en derredor. Las noticias que llegaban sobre las revoluciones en Europa seguían alentando a los que en América deseaban más que un cambio de normas políticas, el advenimiento de hombres nuevos. La invasión francesa a México, la invasión española al Perú, las agresiones por falta de pago de intereses de alguna deuda extranjera; persecución de los jesuitas en Colombia, Guatemala y Ecuador; fusilamientos a granel, periodistas vomitando chismes en vez de vitalizar ideas, caudillos aclamados por el mismo pueblo que aplaudió la víspera al vencido; y en el fondo de aquel caos, el odio feroz, la miseria aguda, el afán de destrucción, las primeras aventuras del capitalismo en busca de los paraísos fructuosos.

En ese medio histórico vivió Ramón Rosa, alma selecta, que hallaba en los libros el supremo deleite y en la meditación espinosa y callada el grato solaz. Su vida fue un breve amanecer asomándose a un paisaje frío y gris, en el que sólo la luz de su paisaje interior modificaba pasajeramente la tristeza despiadada en torno. Murió como había nacido: en medio de una tempestad de llanto y de sangre.

SU CULTURA

TEGUCIGALPA era en 1857, cuando Rosa tenía 10 años, la ciudad más alejada de las preocupaciones intelectuales de América. Las noticias del mundo exterior le llegaban a través de Trujillo por el norte o del correo de las brujas que vuelan sobre los aeródromos andinos. Eran contadísimos los hombres que en aquella época leían y meditaban. No había ni en la capital de la república un núcleo de almas escogidas, ni una biblioteca pública, mucho menos un colegio en que se recibieran las novedades del progreso.

Al morir José Trinidad Reyes, los discípulos no pudieron continuar su obra en la universidad con el mismo fervor, ni tuvieron el señorío espiritual del poeta y maestro. Las guerras civiles siempre culminaban en la ascensión de un gobernante que malgastaría el tiempo en conjurar las acechanzas de sus enemigos, y el Erario siempre estaba en déficit, por las voracidades de los amigos que exigían el pago de dinero en préstamo o por las pérdidas personales cada vez más onerosas en las asonadas. ¿Qué preocupación podría tenerse por las tareas del espíritu? ¿Qué compromisos para dar a la cultura la parte alícuota que le pertenece?

Ramón Rosa fué un autodidacto, como casi todos los hombres que sobresalieron en la vida de la América española del siglo pasado. Halló en Guatemala dos o tres maestros que sabían plasmar algunas inquietudes renovadoras en el alma de jóvenes como él, ávidos del más allá de la sabiduría. Lector de los clásicos españoles al alcance; de los escritores centroamericanos en que hay enjundia o destellos de riqueza emotiva —Antonio José de Irisarri, José Batres Montúfar, Juan Diéguez—; de los europeos que iluminaban el mundo americano a través de sus colaboraciones de prensa o de sus libros sin buena difusión: Guizot, Hugo, Lamartine, Littré, Castelar; y de los pensadores de América: José del Valle, Victorino Lastarria, Andrés Bello. Lector continuamente deslumbrado, Rosa acudía sitibundo a los veneros de las ideas vivas; y, releyendo a los autores de su predilección, escudriñando en las abras de su pensamiento, pudo encontrar el suyo y configurar su estilo.

SU OBRA

ROSA fué, sobre todo, un hombre de estudio, un orador que se valía de la tribuna y un escritor que utilizaba la prensa para diseminar ideas y dar credenciales a su vocación de pensador. Murió agobiado por la enfermedad que en Centroamérica ha hecho tantas víctimas en los jóvenes ascendentes. Se evadía de la áspera realidad incomprensiva; y hallaba en el fondo de la botella encantada el elixir

ilusorio. Su obra quedó inconclusa; pero nadie en Honduras, y acaso en Centroamérica, —fuera de Darío— ha dado, a su edad, espigas con oro más esbelto. Nadie también se ha preocupado por la planificación de los problemas de nuestro país, en un momento dado, como él supo hacerlo.

José del Valle es el pensador centroamericano de mayores preocupaciones, el que atisbó con más precisión en la noche cerrada, y supo anticipar una de las utopías centroamericanas que están incorporadas a la historia de las ideas: la unión de los pueblos de este hemisferio. Ramón Rosa fué quien penetró con más decisión en las vísceras de la realidad hondureña, y hasta hoy no han sido superadas la dignidad de su estilo y la limpieza meridiana de su pensamiento. Desdeñaba al demagogo. Construía a Honduras con los materiales del sueño y con la viril serenidad de quien escruta, más que en los libros, en los fenómenos ambientales. Mientras en nuestra América se derramaba la sangre humana, derrochando rendimiento de sacrificio, azuzada por las letras de molde Ramón Rosa seguía paseando en su belvedere, saturado de nostalgia, enamorado de las grandes almas que le habían precedido en la tarea de trabajar para el futuro, no para el pasajero asalto del poder.

Vivió en una época de inseguridad, de incomodidad, en que los bajos instintos hacían imposible que la voz del pensador fuera escuchada con atención. Pero tenía fe en la obra persuasiva de las ideas, que como el hilo sutil del agua penetran la entraña del granito, como en la parábola. Creía que las ideas son las que acondicionan la conducta de los pueblos y hay que trabajar con optimismo para que se abran paso hacia ese mundo mejor en que la inteligencia será la única rectora de los destinos humanos. Amaba la herencia de nuestros antepasados y que fueron héroes genuinos porque libraron las batallas más arduas, para aniquilar la ignorancia, la superstición, el apetito sórdido, todo lo que impide la grandeza plena a que el hombre tiene derecho. Buscaba ejemplos en la historia de los pueblos que han trabajado para la felicidad y sufrido en largas agonías para librarse de sus enemigos milenarios y encender el fuego hogareño de la civilización en torno del cual todos los

pueblos se han reunido para disfrutar las excelencias de su trabajo.

En la política halló el único medio posible que en nuestros países puede hallar quien busca un ambiente propicio para construir su ciudad acústica y combatir al falso apóstol que habla de honradez y se nutre con el sudor y la esperanza de los trabajadores. Y aunque tuvo lugar eminente en la política y saboreó ingratitud y desdén, lívida baba y negra insidia, no se dejó seducir por el duende de la ambición vulgar, ni incurrió en el error de su jefe y amigo Marco Aurelio Soto, quien andando el tiempo pretendería la vuelta al solio. Rosa dijo alguna vez que no buscaba prestigio adulando a los partidos y que le bastaba ser buen ciudadano; porque sabía muy bien que a la patria se le puede servir desde un puesto ínfimo y honrarla desde el sitio eminente de la vocación, haciendo labor que perdure, y nadie como el cazador de ideas, el minero de la verdad, para servirla y honrarla. No quería confundirse con los que, sin haberse preparado para ser alcaldes de su ciudad natal, creen que las hadas les entregaron en la cuna el don que se necesita para gobernar a un pueblo. “Los hombres públicos se gastan —dijo alguna vez— como las monedas que circulan mucho”.

Rosa era un súbdito del reino de la inteligencia. Tenía fe en el progreso constante y en el valor de las instituciones como normas de bien, pero no que fuesen “bastante poderosas para enmendar la plana de la naturaleza”. Su ideario era el del civilizador que busca en la tolerancia el aire claro para que las asperezas se suavicen, y por eso era un verdadero liberal, no de los que buscan “el orden como un fin supremo, sino como un medio de realizar el derecho”. Propugnó —al trazar el programa del Partido Progresista— “un gobierno fuerte, con tales atribuciones, que, en cualquier evento, ponga a raya el desorden”. No creía ciegamente en la bondad de la ley, sino de quienes la aplican.

Su más valiosa experiencia la ganó al dar a Honduras el primer Código de Instrucción Pública. Su discurso al reinstaurarse la Universidad Central, transparenta lo más vigoroso de su doctrina: en él hizo profesión de fe como

secuaz de la escuela positivista y creía que la ciencia bastaba para operar el milagro de transformar a las masas y de armarlas plenamente para conquistar las preseas de la vida; y al expresarse desdeñosamente de la metafísica, formuló un augurio equivocado respecto a esa disciplina, porque ésta no es lo que creía, es decir la escolástica, sino una de las humanidades que fulguran en la historia del pensamiento filosófico. Pero si él viviera, aceptaría el fracaso de su vaticinio, porque su autocritica le permitía rectificar sin perder su devoción al progreso y la verdad. "Llegará un día —afirmó— en que algunas de las ideas que hoy preconizamos como buenas, como necesarias, serán ya inconvenientes y hasta retrógradas". No creía en la inmovilidad de las ideas, sino en su reforma constante hacia la perfección.

Es uno de los grandes hondureños, un benemérito, un fundador. Pensaba que los cinco pueblos centroamericanos debían regresar a la unidad, para engrandecerse; pero no por los caminos de la violencia, sino a lo largo de la educación, por obra de la cultura que es orden y es riqueza. Todo un siglo de tentativas para rehacer la patria fragmentada en estéril ambición de hegemonía le hablaban con clarísima elocuencia de que habrá que rectificar la política unionista al uso, dejando al libro, el vehículo y la amistad la tarea en que han fracasado las armas.

En el primer centenario de la muerte de Ramón Rosa los hondureños que aman la Honduras que él amó y pensó, deben releer las mejores páginas del patricio ilustre cuyo espíritu sigue en marcha hacia la luz y cuyos huesos reposan en la ciudad en que se meció su cuna, a la sombra de un cielo que deja caer su más fino azul sobre la flor que él llevaba en su apellido y en su emblema.

EL IDEARIO EDUCATIVO DE JUSTO SIERRA

Por *Agustín YÁÑEZ*

EL mundo americano de habla española celebra en este año el primer centenario del nacimiento de un egregio polígrafo mexicano: Justo Sierra (1848-1912) a quien varias Universidades del Continente, por iniciativa de la de La Habana, están proclamando *Maestro de América*, con lo cual quedan ratificados los precedentes de consagración que ya en vida recibió el fundador de la Universidad de México: así cuando los delegados de los países hispano-americanos al Congreso Social y Económico reunido en Madrid el año de 1900 lo eligieron unánimemente para que a nombre de todos hablara en la sesión inaugural; así en los públicos testimonios de grandes americanos como Martí, como Darío, que reconocieron las dimensiones continentales de Sierra.

Poeta y prosista, periodista político y orador, historiador y maestro, la obra escrita de Sierra llena quince nutridísimos volúmenes, que han comenzado a salir de las prensas de la Universidad Nacional de México, deseosa de rendir el más perdurable homenaje a quien por crearla luchó durante seis tenaces lustros.

De tan varios aspectos, nos proponemos enfocar aquí los relacionados con el ideario y las realizaciones de Sierra en el campo de la educación pública, procurando destacar la validez continental de las soluciones expuestas y practicadas por el Maestro mexicano.

La preocupación por tales asuntos aparece muy temprano y es el objeto predilecto de don Justo en sus escritos periodísticos y en sus discursos.

Enhiestos a lo largo de la vida y de la obra, ciertos principios fundamentan la teoría educativa, en cuya soli-

dez radica el éxito que alcanzaron al tornarse programa de gobierno.

El primero de esos principios establece la enseñanza democrática y obligatoria en el ciclo primario. Ya en 1874, el 31 de enero, al hablar en la distribución de premios a los alumnos de las escuelas sostenidas por la Compañía Lancasteriana y la Sociedad Artística Industrial, en presencia del Presidente de la República, don Justo reclama la atención para tantos niños que careciendo de libro e instrucción “¿cómo queréis que amen a la patria? ¿qué significa para ellos este nombre? El triste recuerdo del padre llevado por la fuerza a la guerra y sacrificado en un rincón oscuro; del hogar desnudo; de la madre sola; del pobre campo incendiado”. Y con vehemencia continúa: “No olvidemos, no olvide la patria, que se están sucediendo a nuestro lado generaciones de esclavos, que nuestras fiestas están enlutadas por una sombra, que necesitamos un diluvio de instrucción por bautismo en las cabezas de esos melancólicos vencidos de la conquista, que esa será una inmensa inmigración de almas en el seno de nuestra sociedad, que necesitamos hacerlo así, si queremos adelanto y progreso; que debemos hacerlo así, si somos dignos de llamarnos hombres libres”; el discurso culmina en esta tesis: “Hagamos valer el derecho del niño a la instrucción y obliguemos al padre a respetar este derecho, proclamando la enseñanza obligatoria. Santifiquemos la escuela abriéndola a todos los vientos, como el templo del género humano”.

Reiteradas estas ideas en circunstancias semejantes, llega el año de 1890 y la reunión del primer Congreso Nacional de Instrucción; los méritos acumulados por Sierra lo hacen acreedor a presidirlo, las ideas expuestas en los quince años anteriores alcanzan concreción, el resumen de los trabajos es ya el bosquejo del Código Nacional de la Instrucción Pública. En punto a obligatoriedad de la enseñanza se plantea la necesidad de la coacción y de la tutela del Estado aun sobre los establecimientos privados.

No podía dejarse de lado el obstáculo económico interpuesto al ideal de la escuela obligatoria. En el primer discurso que produjo Sierra con el carácter de Secretario de Instrucción, después de constatar el interés colectivo

para fundar nuevas escuelas, reconoce, sobre todo en los establecimientos rurales, que la asistencia no responde al número de alumnos en edad escolar o analfabetos, y es, dice, "porque no hemos encontrado, o al menos la ley no ha encontrado todavía el medio de conciliar el interés de los padres en que los hijos les ayuden en las faenas del campo, con los deberes de la escuela: una mejor distribución del tiempo, el aliciente de un poco de alimento encontrado por el niño al llegar a la escuela, remediarían considerablemente la situación. Pero eso no basta". Y ante el superior interés de la patria, pide actitudes enérgicas para que la asistencia a la escuela "cese de ser una obligación verbal", "porque el niño tiene derecho a no crecer para esclavo, porque la patria no tiene un solo día que perder en la formación de la primera generación completa de hombres libres". "Y procuraremos facilitar todo" —dice poco después— "no contrariaremos el empleo de los niños por sus familias en las labores campestres e industriales compatibles con su salud y su educación, marcando horarios rurales en consonancia plena con estas necesidades", y añade que sobre todo habrá de pasarse por encima de la rutina, de la mala educación, de la apatía: hay que desamortizar esa mitad exánime de la nación, que son los analfabetos.

La idea de la conquista de la patria por la educación obligatoria encuentra su expresión decisiva en el discurso del 13 de septiembre de 1910, referido en un pasaje culminante a suscitar el fervor del indígena por la escuela. "El primer resultado será una duplicación de la patria. La mitad de los habitantes de la República, y me quedo corto, ignora lo que es ser mexicano, no participa de la conciencia nacional; el aislamiento, la miseria de las necesidades y de los medios de vida, el predominio de la superstición y del alcoholismo privan a un inmenso grupo de nuestros conciudadanos en teoría, de todo contacto con el alma nacional. . . Cometemos crímenes de lesa nación cada vez que retardamos esta labor santa de unión, de mexicanización, de redención de almas, de salvamento de la República. . . Pensad que es preferible esta especie de aneja de almas, que la de un fragmento de nación conquistada. . . Ya sabemos todos lo que nos vais a decir: la instrucción obli-

gatoria existe en nuestras leyes, pero allí se está. No puede ser esto una sorpresa para nadie: hay dificultades, hay imposibilidades temporales en la configuración de nuestro país, en la composición de nuestras poblaciones, en su aislamiento físico y espiritual. . . Lo que sí sería para todos la peor de las desilusiones y la más triste, sería que nos dijeseis: no hay esfuerzo constante por cumplir con ese precepto, no se comprende su trascendencia, no se estima su infinito valor nacional y humano; nada se hace". Luego considera que igual pesimismo existía en el capítulo del progreso material, de las vías de comunicación, y México ha ido venciendo esos supuestos imposibles; así es preciso que el precepto legal de la escuela obligatoria siga convirtiéndose "en un sentimiento, en un entusiasmo, en un amor".

Ya se advierte cuán ligado se halla el principio de la enseñanza obligatoria, con el del carácter mexicano que la escuela debe tener. Injustamente ha querido verse en el porfirismo una voluntad extranjerizante y de descastamiento; y más injustamente se pretende incluir el nombre de Sierra entre los propugnadores de ajenos estilos. Eso es desconocer en absoluto el pensamiento del maestro, en quien fué siempre una obsesión la idea de México, de sus problemas, de sus urgencias, de sus posibilidades. —"La escuela debe ser nacional, debe ser mexicana"— predica desde sus años mozos, y al final es la consigna entregada a la Universidad, en el célebre discurso de inauguración.

Un punto reviste singular elocuencia: el relativo a los textos escolares; en el segundo Congreso de Instrucción, el año de 1901, habla del texto extranjero, "mal traducido con frecuencia y mal ajustado a nuestras ideas y aspiraciones; hemos querido, al trazar las bases definitivas de nuestra educación nacional, llamar a la vida al libro nacional".

Y en la madurez de su elevación al primer cargo en el ramo educativo, le oímos decir: "la era que hoy comienza es la de la *escuela nacional*. . . en busca de todas las ignorancias, de todos los aislamientos sociales o étnicos, en busca de la nación que aún no vive, que aún no es nuestra, que es

capaz de amar y de pensar, pero en la que ni pensamos ni amamos”.

Y cuando del principio al fin sostiene también el tema del laicismo, lejos de infundir una neutralidad hueca, propone por su contenido la religión de la patria, el culto a los héroes, la pasión por resolver los problemas que atañen al país.

Actitud que se halla lejos de una xenofobia, por el extremo contrario. Pocos mexicanos habrá que posean como Sierra el sentido de lo universal y la convicción de cuán indispensable resulta el comercio espiritual con todos los valores de la historia humana. Sus libros, crónicas y apuntes de viaje; sus abundantes reseñas periodísticas de la actualidad extranjera, que fué género de su predilección, muestran el armonioso equilibrio en que mutuamente se sustentan, robustecen y afinan los conceptos del ser universal y del ser nacional. Por tanto, en el ideario de Sierra, la escuela, por una parte atenta a lo que la patria demanda de ella, por otra debe nutrirse de cuanto le sea favorable, antiguo y moderno, sin discriminar el origen de la fuente. Sus estudios acerca de los problemas educativos de México están llenos de citas, ejemplos, antecedentes y lecciones extranjeras, no sólo aprovechables, sino indispensables para infundir carácter y conseguir el éxito de la escuela mexicana.

Otro de los axiomas de don Justo afirma que “la palabra *instrucción* es deficiente para hablar de la escuela” porque “la instrucción no es la escuela primaria o secundaria un fin en sí, es un medio de educación”; principio reiterado, sin modificaciones, desde los años de periodismo hasta los de la suprema dirección de la educación pública, y con el que se enlaza por modo estrechísimo el concepto de educación integral: “es decir, no desentenderse del ejercicio de una sola facultad, sino desenvolver en el adolescente al hombre entero”. Y respondiendo a la objeción de que los medios para ese desarrollo son los mismos para educandos mexicanos o no, y que así la escuela no podría denominarse nacional, declara que “mal puede afirmarse eso, si se inculca al niño constantemente y por todos los medios posibles la idea de los deberes que tiene para con la

nación que lo ha envuelto, sostenido y dignificado, y lo hace marchar considerándolo como la personificación del primero de sus ideales y el más santo de sus fines”.

Don Justo Sierra no sucumbe al educacionismo; es decir, no cree que la educación, menos aún la influencia educativa de la escuela, ofrezcan la panacea para los males de la patria y el individuo: “No está ya conformado nuestro cerebro —decía al sentar las bases de la educación nacional, en 1890— para las ilusiones que nuestros padres acariciaban siempre que de instrucción se trataba; no abrigamos la esperanza de que con ella vamos a hacer germinar la edad de oro y resucitar el reinado de Astrea. No; solamente queremos, pero lo queremos con férreo empeño, crear por medio de la escuela educativa, un esfuerzo que rompa la esfera de pasividad y atonía en que vegetan nuestras clases rurales, que imprima un impulso aunque sea doloroso a nuestro pueblo; ¿qué importa? si por medio de esa vasta perturbación del medio en que ha vivido, penetran en él, como el aire libre en los espacios cerrados, los dos elementos morales por excelencia; la tendencia a lo mejor, la noción de la responsabilidad. Queremos contribuir, en suma, a formar un pueblo de hombres, en la acepción más levantada de la palabra, aun cuando esos hombres sufran más; el sufrimiento de los individuos es la condición del avance de la especie en la batalla de la vida”. En 1905, ya como Secretario de Instrucción, repetía la idea en una distribución de premios: “Hace un momento oía yo a los niños cantar con sus vocecitas sonoras un himno dulce en que decían (poco percibí las palabras); pero creo que decían que esperaban de las escuelas y de lo que hiciéramos por las escuelas, toda su felicidad. Esto es una bendita ilusión de niños; nosotros no podemos dar la felicidad; no se obtiene aquí en la tierra. . . lo que buscamos en las escuelas, lo que os daremos, lo que sólo podemos daros, son las armas que os ayudarán a luchar y lograr, si es posible, el ligero fragmento de felicidad que aquí se puede obtener. Nosotros lo que deseamos es que contribuyáis con vuestros dolores y vuestros trabajos, con vuestros afanes y vuestros infortunios, a hacer una patria feliz”.

Por este camino aparece la idea de la educación integral en su amplitud máxima: como saturación y aprovechamiento del ambiente, del medio social. En *El Federalista*, el año de 1875, escribió estas palabras: "En el inmenso papel social que hemos atribuido a nuestros gobiernos, no hemos cuidado de asignarles una misión, que es de las muy pocas que le corresponden. La de educador del pueblo. Y ¿hay acaso elemento más poderoso de educación que las fiestas? Los eternos maestros de costumbres de los pueblos libres, los griegos, iban de la cuna al sepulcro por una espléndida vía de fiestas populares"; luego, con marcada tendencia positivista, propone la erección y sentido de una serie de fiestas que, constituyendo el culto externo de la patria, sean poderosos factores educativos, morales y estéticos a la vez. En sucesivas exposiciones reafirma el principio de aprovechar las fuerzas favorables del ambiente al servicio de la educación y, en cuanto a la escuela, proclamando el activismo.

Y he aquí otro principio elemental: "Dejaos sugerir por el niño, por sus instintos, por sus movimientos, por sus anhelos, los medios de sugerirlo a vuestra vez; pensad que el libro, y el interrogatorio, y la proyección, y el objeto visto y manipulado sin cesar, son el único medio de que, al ponerse en contacto con la realidad, esta realidad contribuya a su perenne nutrición y a la restauración perenne de su vigor y de su mente".

En esa misma ocasión, exhortando a los maestros, al inaugurarse la Academia de Profesores, el 10 de septiembre de 1904, exponía su concepto activo de la educación moral, en consonancia con el espíritu laico de la escuela. Comenzaba diciendo: "La escuela laica es un soberano organismo de paz; continuadora, coadyuvadora y reforzadora de la familia, en todo declara a ésta intangible, como dicen los italianos, inviolable en su religión y su santuario; eso es precisamente lo que impedirá siempre a la escuela reemplazar al hogar, eso es lo que hace irrealizable, sino a costa del más abominable de los despotismos, el ensueño escolar del socialismo. La patria une, no divide; el Estado es un poder conciliador. ¿Los dogmas religiosos suelen dividir? Pues los detenemos, no en el corazón de los niños,

sino en el dintel de la escuela; la escuela laica es el 'dejado a los niños que vengan a mí', de la maternidad de la patria"; y añade: "en la escuela primaria formamos las conciencias infantiles inculcando preceptos morales, no fundándolos, no filosofándolos; imponiéndolos; no formamos con ellos códigos que damos a aprender de memoria, sino que los inferimos de toda la conducta, de la vida misma del niño en la escuela, de la explotación sistemática por los maestros, de las consecuencias de los actos; no sólo de las consecuencias de las faltas, sino de las acciones en general. Y así la educación moral es el coronamiento de la educación de la voluntad, sobre la cual se informa el carácter, fin supremo de la escuela, porque equivale a formar hombres".

II

Así resumidos los axiomas que fundamentan el ideario educativo de Sierra, examinemos cómo se desenvuelven y aplican.

En primer lugar se presenta la cuestión del matiz ideológico que les imprima rumbo; y en este punto se ha pensado, sin mayor discernimiento, que Sierra es un corifeo del positivismo, sujeto a una lenta evolución que acaba en el espiritualismo.

Nunca fué un positivista rigurosamente ortodoxo; se lo impedía el acervo de convicciones espiritualistas que se hallan a lo largo de su obra, desde los primeros años; pero a su modo, no dejó de ser positivista. Entendámonos.

El rigor objetivo, el afán de someter los fenómenos a leyes fijas, la necesidad de una concatenación sistemática de los hechos y de las ideas, el imperativo de un método y, también, el ansia de una religión natural en que objetos inmediatos sucediesen a los sobrenaturales, como impulso efectivo que diera sentido a la vida, son los motivos de su adhesión al positivismo. Pero ya en 1874, en un artículo publicado el 9 de enero, en el periódico *La Tribuna*, muestra su inconformidad con el "espíritu de exclusivismo positivista"; y poco después, el 26 de febrero, escribe: "Partidarios ardientes del método positivista de la enseñanza, no

lo somos de la filosofía de la escuela. Creemos en la existencia del espíritu”.

Aparte las bondades del método, el positivismo tiene para Sierra el mérito de haber desterrado de las escuelas “todo el dogmatismo que se había adherido como una parásita al árbol de la ciencia; ha caído por tierra, y la juventud corre a iniciarse en esa religión pura del saber y de la verdad”.

Ciencia y Patria son los objetos permanentes de la religión que se forja don Justo. En 1910, al inaugurarse la Universidad, todavía mantienen su altura soberana, según puede advertir quien lea el discurso, uno de los últimos grandes discursos del Maestro, pronunciado en esa ocasión, y que puede compararse con la temprana *Apología de la Ciencia*, dicha el 8 de septiembre de 1877.

Más aún: la idea de Patria infunde al cientificismo positivista un sentido especial en la adopción personalísima que hace Sierra del pensamiento comtiano; idea que progresivamente concreta sus contornos, hasta ceñir los problemas específicos de México: la ciencia al servicio de las necesidades nacionales: la Athena Promakos, erguida en la inauguración de la Universidad.

La temprana posición espiritualista se hace ostensible a través de la polémica entablada por Sierra contra Barreda en 1875, a propósito de la figura de Robespierre. Barreda tiene, para Sierra, “el fanatismo del antifanatismo”; don Justo precisa el carácter de la ontología, distinguiéndola de la acepción que quiere darle Barreda; llama falsa a la teoría de los tres estados de Comte, como filosofía de la historia; se revuelve contra la tesis de que lo útil sea el bien de la humanidad, criterio que tacha de arbitrario; aparece con toda fuerza el criterio histórico frente a las abstracciones, lo que luego dará uno de los rasgos sobresalientes al pensamiento de Sierra.

La polémica con Barreda reafirma una de las mayores discrepancias de Sierra frente al positivismo, expuesta en 1874, a saber: la incompreensión del positivismo hacia la filosofía y la denuncia de don Justo por este gran vacío en los estudios mexicanos. “Bien se podría demostrar que la lógica de estas instituciones (educativas de México) nos

llevaría a la obligación para el Estado de fundar una cátedra de filosofía antidogmática y espiritualista; pero no queremos tanto, nos basta con que se enseñe a los que van a ser hombres, cómo han pensado los otros hombres, y qué influencia han tenido estos pensamientos en el destino de las sociedades; nos basta con una cátedra de Historia de la Filosofía". Y poco después: "Hay en el hombre algo de espontáneo y de original. . . esa idea directriz de la evolución vital; y eso no pertenece ni a la química, ni a la física, ni a ninguna ciencia experimental, eso entra en la zona de las ideas, esos son los derechos del espíritu, esa es la filosofía. Otro sabio, Marcelin Berthelot, el gran químico francés, ha reconocido en elocuentes páginas los fueros de esta ciencia, que llama la ciencia ideal. No es justa esta proscrición (de la filosofía). . . ¿No es M. Littré el que ha dicho estas bellas y austeras frases: 'Lo que está más allá es absolutamente inaccesible al espíritu humano; pero inaccesible no quiere decir nulo o no existente. La inmensidad material o intelectual adhiere por un lazo estrecho a nuestros conocimientos, y por esta alianza se convierte en una idea positiva del mismo orden; quiere decir, que al abordarla, esta inmensidad aparece bajo su doble carácter: la realidad y la inaccesibilidad; es un océano que debate nuestras playas, y para el cual no tenemos ni barca, ni velas, pero cuya clara visión es tan terrible como saludable'. ¿Y por qué no mostrar a los jóvenes lo que se ha meditado al borde de estas playas? Tal vez muchos de ellos encontrarían, como nosotros, que cuando esas olas han ido a estrellarse en el promontorio de Sunium, el alma de Platón ha sido una vela que ha surcado el océano de la inmensidad".

Pero estas discrepancias no eran parte a romper con el progreso que, según Sierra, significaba el positivismo en la historia de la educación pública. Y así cuando el antiguo partido liberal, el de los liberales metafísicos, como los llamaba don Justo, aliándose a la crónica ofensiva de los conservadores contra el positivismo educativo y principalmente contra la Escuela Preparatoria, trataron de modificar los planes de estudios, por modo radical, y dieron traza de acabar con la Preparatoria, Sierra se convirtió en ague-

rrido paladín, ya en la Cámara de Diputados, ya en la prensa, contra esa acometida; sus artículos periodísticos contra el Plan de Estudios propuesto por don Ezequiel Montes (artículos publicados en *La Libertad*, en los primeros meses de 1881) son memorables. Había sucedido lo mismo que con las ideas críticas relativas a la Constitución: cuando el partido reaccionario las quiso aprovechar, Sierra puntualizó su posición y declaró que era incompatible con los propósitos conservadores de volver al pasado, pues lo que quería era ir adelante: "el progreso en el orden": lema de su positivismo político.

La acometida le hizo concebir el plan de restaurar la Universidad, para poner a salvo las conquistas de la educación pública y su liberación definitiva de todo dogmatismo, así religioso, como pedagógico y estatal. Presentó a la Cámara un proyecto de ley, que fué ampliamente discutido por la prensa. Luego tocaremos este punto con detenimiento. Baste aquí presentar el hecho como expresión de la ideología profesada por don Justo, que, sobre los antecedentes presentados, podemos resumir en estos términos: progresista y laica.

Justo Sierra es uno de los mayores ideólogos del laicismo escolar en México. Atrás hemos ofrecido la sinopsis de su pensamiento al respecto. De principio a fin, su obra desenvuelve la tesis, con variados razonamientos, como que constituye una de sus más arraigadas convicciones. El principio laico se convirtió en norma de la gestión magisterial y ministerial, sin titubeos, ni al realizar el sueño juvenil de la restauración universitaria, a la que aplicó la ideología laica.

Conviene ahora pasar a la consideración del ideario de Sierra en el orden al estado de cosas que guardaba la enseñanza pública cuando comenzó su actuación y al programa que puso en práctica.

III

EL primer contacto vital con la realidad educativa de México lo tuvo en la Escuela Preparatoria, es decir: en el grado de la enseñanza secundaria. Sucesor de Ignacio Ma-

nuel Altamirano en la cátedra de historia general que se profesaba en aquella Escuela, ligó su vida con poderosos lazos a los problemas y destino del plantel, tuvo allí muchas de sus actuaciones eminentes, luchó por la Preparatoria muchas de sus batallas parlamentarias y periodísticas, le consagró sus primeras palabras cuando fué nombrado Secretario de Instrucción Pública y antes de inaugurar la nueva Universidad explicó a los preparatorianos el sentido de la flamante institución y el sitio que en ella les tocaría ocupar.

No es extraño, por tanto, el volumen considerable de sus ideas relativas a la enseñanza secundaria, cifrada en la Escuela Preparatoria.

La idea superior en esta esfera plantea el carácter de cultura general, de preparación para la vida y de formación del carácter, que debe tener la segunda enseñanza, desechando así las mutilaciones y deformaciones que le imprimiera el carácter de enseñanza pre-profesional, aspecto que, por otra parte, se consigue si la escuela realiza la educación integral como capacitación básica para iniciar estudios especializados. He aquí algunos textos alusivos: "Si el Congreso había aceptado y hecho suya la idea de dar a las escuelas preparatorias un valor propio sin ligarlas necesariamente a las profesionales; si habíamos declarado que en nuestro concepto la preparación debía ser general, no para carrera determinada, sino para vivir útilmente en el grupo ilustrado de la nación, ¿por qué no coronar estos estudios, no con un certificado vulgar que poco dice entre sociedades del temperamento de la nuestra, sino con un documento especial, diploma o título, que expresase bien que el que lo había merecido no interrumpía sus estudios, sino que los había completado en un grado suficiente; diploma que algún día tendría valor positivo para penetrar o para abrir senderos cerrados hoy, o ignorados? Así lo comprendió el Congreso y así lo dispuso". (Discurso de clausura del Segundo Congreso de Instrucción. 3 de marzo de 1891). "Pudiera decirse que nuestro sistema escolar se compone de una serie de escuelas preparatorias; este punto de vista exclusivo ha sido perjudicial. . . la enseñanza secundaria debe ser una educación preparatoria para la vida, y, como con-

secuencia, no como antecedencia, preparatoria para determinadas profesiones: en ella se forman no los médicos, ni los abogados futuros, sino los futuros hombres". (Discurso de apertura del Consejo Superior de Educación. 13 de septiembre de 1902). "La preparación (secundaria) consiste precisamente en educar sistemáticamente las facultades de los alumnos para que puedan seleccionar, para que puedan elegir con acierto las armas con que han de luchar en la vida". (Discurso en la Cámara de Diputados sobre uso de facultades legislativas hasta el 30 de marzo de 1907).

En los términos reducidos de este ensayo no es posible analizar las ideas que presiden los planes y programas de estudio, las normas pedagógicas y administrativas, el enlace de la instrucción primaria y profesional con la segunda enseñanza, ideas todas que se condicionan por la tesis central que acaba de exponerse.

La familiaridad amorosa de Sierra con los problemas de la escuela secundaria, no mengua su lúcido interés por los grados inferiores de la educación. Al contrario. Y tanto, que su principal motivo para desistir de la restauración de la Universidad en 1881 fué que antes urgía darle por cimiento la escuela primaria organizada a la altura de la moderna pedagogía y de las necesidades nacionales. Y esto fué lo que solicitó sus mayores afanes cuando, primero desde la subsecretaría y después al frente de la recién creada Secretaría de Instrucción, tuvo en sus manos el gobierno escolar de México. Quedan ya trazadas las grandes líneas ideológicas que norman la política de Sierra en esta tarea. Conviene ahora escorzar los procedimientos de que se sirvió, pues existe una lógica dependencia respecto a aquellos principios.

Lo primero fué la preocupación por mejorar las condiciones culturales y económicas del magisterio. La dignidad ciudadana del maestro es otro de los tópicos constantes de don Justo, tópico vinculado con el de la salvación patria por la educación; si su laicismo veía en las escuelas los nuevos templos, en los maestros proclamaba los sacerdotes de la patria, y esto sin tono de metáfora o de hipérbole. Así, al tomar a su cargo los asuntos educativos, quiere hacer realidad su vieja convicción, impulsando la enseñanza nor-

mal, creando academias de profesores, becando a maestros y estudiantes distinguidos para que vayan al extranjero. Una de sus primeras circulares, fechada el 20 de octubre de 1901, principia con estas palabras: "Es una verdad axiomática que el valor de una escuela está en proporción directa del prestigio y la competencia del profesorado más bien que de la bondad intrínseca de los planes de estudios".

Pero la dignificación y el mejoramiento cultural del profesorado implica su mejoramiento económico; mientras el maestro de escuela cobre sueldos miserables, ridículamente incomparables con los de otros profesionistas, ¿cómo querer espléndidos rendimientos o grandes capacidades aplicadas a este trabajo, si no es por excepción?

Las intervenciones de Sierra cuando la Cámara de Diputados discutía los presupuestos del ramo de Instrucción, principalmente en las sesiones del 24 de mayo de 1881 y el 12 de mayo de 1882, respiran en su noble elocuencia el interés por tamaña cuestión, que alcanza en ciertos momentos el tono indignado hacia quienes no la comprenden, víctimas de miopía fiscal.

Más viva es la serie de comunicaciones cambiadas con el Ministro de Hacienda don José Ives Limantour, sin que a Sierra le importara ni la consideración personal a que su amistad con el poderoso personaje lo constreñía, ni la fuerza política de Limantour. Así llega a decirle, en 31 de diciembre de 1907: "los quehaceres de usted, tan provechosos para la nación, le han impedido salir de los viejos puntos de vista en cuestiones pedagógicas, que no ha estudiado, pero que con su admirable buen sentido acabará por aceptar. . . Para usted la educación pública es un ramo administrativo de la misma importancia que los demás; para mí, para todos los pensadores modernos, para todos los hombres de Estado actuales (incluyo entre ellos a Roosevelt, al Kaiser, al general Díaz, y no hablo de los muertos porque llenaría la hoja) el concepto de usted es insostenible: la educación es el servicio nacional de mayor importancia: es el supremo. . . Porque veamos a fondo las cosas, mi querido amigo; todo lo que ha hecho aquí el capital extranjero y el Gobierno en la transformación del país: los ferrocarriles, las fábricas, los empréstitos y la futura inmigración y el actual co-

mercio, todo nos liga y nos subordina en gran parte al extranjero. Si anegados así por esta situación de dependencia, no buscamos el modo de conservarnos a través de todo, *nosotros mismos*, y de crecer y desarrollarnos por medio del cultivo del hombre en las generaciones que llegan, la planta mexicana desaparecerá a la sombra de otras infinitamente más vigorosas. . . Ahora bien, el elemento primordial de este organismo de vida es el maestro, y si no creamos para él toda especie de alicientes, ¿de dónde sacamos ese ser compuesto no sólo de inteligencia, sino de sacrificio, de entusiasmo y de fe que debe ser el maestro de escuela?" Luego se extiende en largas consideraciones acerca de lo que ganan empleados mecánicos de la administración, para llegar a la plena justificación de los términos propuestos para las seguridades económicas que la nación debe dispensar a los educadores. Esta y otras cartas con el mismo corresponsal demuestran la lucha que tuvo que sostener don Justo para conseguir la paulatina elevación del presupuesto y las ventajas en favor del magisterio nacional.

Otra preocupación del Maestro fué construir locales apropiados para las escuelas y mejorar los ya existentes, así como la dotación de útiles exigidos por los sistemas de enseñanza más progresistas. "Quisiéramos hacer de cada escuela un palacio lujoso de higiene, de comodidad para el triple o cuádruple desenvolvimiento infantil; un palacio de arte modesto, modestísimo, pero en tal guisa ornado por la naturaleza, por el buen gusto y por el aseo, que constituyera un ambiente de educación estética en torno de cada educando".

La atención de Sierra en cuanto al ciclo primario de la enseñanza se dilata hacia la organización escrupulosa de centros que no existían bajo la dependencia del Estado o que funcionaban aleatoriamente, desperdigados. Fincar de modo definitivo el sistema preescolar, los jardines de niños; crear con fisonomía decisiva la escuela rural y multiplicar por todo el país los planteles de esta naturaleza; coordinar con energía el sistema de escuelas para adultos, son tres timbres legítimos para la gloria del gran educador, precursor —en estos tres capítulos— de las grandes empresas que

luego distinguirán a México en la historia de la educación continental.

Fué en 1890 cuando trazó la idea del jardín de niños donde “despierten las facultades rudimentarias del pequeño por medio del juego organizado”, y luego: “todo queda al amparo de la mujer, que entre cantos, flores y sonrisas, puede desplegar los inagotables recursos de la pedagogía soberana del corazón”.

En la propia circunstancia clamó por la necesidad de estructurar macizamente y multiplicar las escuelas de tipo rural: “Pedimos—decía con vehemencia— la multiplicación de escuelas, la creación de maestros ambulantes, la formación de colonias infantiles en los campos”. Y cuando se le objetaba el alto costo de la empresa, respondía: “nuestra misión no es financiera; cierto, no podíamos desentendernos de la realidad económica, a riesgo de proceder como soñadores; pero por esto desentendernos de la ignorancia, que es también una espantosa realidad, era todo lo contrario de nuestro deber”.

Y sobre las escuelas para adultos decía: el obrero y la obrera “encontrarán abiertas de par en par las puertas de una vida nueva, en donde puedan entrar en comunión con el pensamiento de la humanidad, recibir las sugerencias sistemáticas que atenúen sus malos o desarrollen sus buenos instintos, y abrir su alma a la luz. La democracia mexicana se debe esto a sí misma”.

El cuadro de la visión educativa de don Justo se cierra con los temas de la enseñanza politécnica y de la Universidad. Las escuelas agrícolas y las de Artes y Oficios fueron motivo de arduos trabajos, principalmente para deslindar sus finalidades, para dotarlas de programas ajustados a la realidad nacional y para incrementar su rendimiento. No sólo, sino que renovó la idea de que en la enseñanza primaria cumplieran una función educativa práctica, redundante en el progreso técnico del país, como preparación remota o próxima, las clases de trabajos manuales, cuyos programas fueron severamente reajustados, dándoseles importancia decisiva en el elenco de las asignaturas. Es el obligado antecedente de lo que luego habría de llamarse: oficios, en el plan de la enseñanza mexicana.

En cuanto a la enseñanza superior, queda ya dicho cuán tenazmente acarició Sierra el sueño de infundir nueva vida a la Universidad Mexicana, desde el año de 1881, en que presentó a la Cámara un proyecto de ley. Venido al gobierno de la educación nacional, y en tanto llegaba el momento oportuno de realizar su viejo anhelo, se aplica a reorganizar, modernizando sus métodos, cada uno de los planteles de enseñanza profesional. Ni los detalles de estas reformas parciales, ni el proceso de ideas accesorias y de vicisitudes porque atravesó la reinstauración de la Universidad entran dentro del plan de estas páginas. Merecen un tratamiento especial y amplio. Habremos de contentarnos por ahora con resumir el pensamiento capital que presidió a la suprema empresa de Sierra.

La Universidad es el coronamiento de una grande obra de educación nacional, dentro de la que, por medio de una serie de selecciones ("sin selección no hay evolución posible") se formen los grupos directores, ligados íntima y profundamente con la base democrática. La Universidad no deberá dar simplemente vida a elementos que se distinguieran en el orden del estudio y de la ciencia, para convertirlos en aristocracia de grupos distinguidos, en casta privilegiada, desvinculada del pueblo. La enseñanza superior no puede tener, como no tiene la ciencia, otra ley que el método: esto será normalmente fuera del alcance del gobierno. Nacionalizar la ciencia, mexicanizar el saber, y por la acción científica desarrollar la suprema energía educadora de la República, he aquí el programa de la institución, a la vez universal, humana y nacional. Cuando el joven sea hombre, es preciso que la Universidad o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción, al servicio de la humanidad y de la patria, con un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad. La nación entera debe hacer suya a la Universidad, infundirle su aliento y su vida, impulsarla, proporcionarle los medios de realizar sus fines. La Universidad será el espejo de la patria.

IV

ACASO la última lección y síntesis de su ideario educativo es un documento intitulado *Pro domo mea*, escrito en marzo de 1911, cuando por una maniobra de Limantour, encaminada a sortear la tempestad revolucionaria, el gabinete presidencial fué removido, con la sola excepción del propio Limantour, que era precisamente el personaje político sobresaliente. Debemos a la familia Sierra el poder utilizar el sensacional manuscrito, rigurosamente inédito. El Maestro reconoce la corrección legal de la medida, pues "los ministros son sólo secretarios, y no por cierto de *Estado*, sino de *despacho*", aunque la permanencia de Limantour neutraliza el propósito aducido.

Mas he aquí el fragmento de mayor interés con relación al tema que tratamos: "Lo que nos ha dolido (sic) a cuantos nos preocupamos honda y enérgicamente del problema de la educación nacional, a cuantos sentimos la urgencia de encaminarlo a una solución, en cada emergencia inquietante de nuestra vida autonómica, no podemos contemplar con serenidad plácida que quede sentado el mortal precedente de que la palanca propulsora de este complicado mecanismo pueda confiarse a personas que, por inteligentes y bien intencionadas que sean (y este es sin duda el caso actual) carecen de la preparación teórica y experiencial indispensables para mantener normalmente equilibrado un delicadísimo movimiento que más que de carácter administrativo o gubernamental, es de carácter psicológico. El control económico, la pesquisa fiscal, la inquisición burocrática son buenos y justos, si se quiere, y sobre todo son estrictamente legales; pero son medios de segundo orden para realizar el programa soberano que la Secretaría de Instrucción Pública tiene a su cargo, y que ha sido felizmente sintetizado en esta fórmula: "crear el alma nacional". Y pues al lado de esta misión propia de los maestros, las otras, incluyendo quizás la del ministro, resultan moral y cívicamente inferiores; y pues para formar almas son almas las que se necesitan, y no manequies ni rutinas, quien no sepa dirigir con el alma, es decir, con entusiasmo, con fe, con amor, con religión, atrevámonos a decir la palabra, esta la-

bor educativa; quien no sepa comunicar todo esto, quien no tenga el propósito y el poder de inyectar su espíritu entero en este mundo espiritual y sentimental, quien quiera gobernarlo puramente con reglas oficinescas y moralismos de rutina, habrá hecho el más grave mal que puede hacerse a un organismo en plena revolución, acrecentar la corteza y atrofiar la médula”.

El sentido reclamo manifiesta que al realizarse la idea de fundar la Universidad, Sierra presentó su dimisión: “la perspectiva del día siguiente era para mi —escribe— un poco cruel, porque necesitaba para subsistir, rehacer labor y sistema de vida abandonados por diez años, pero lo hice con la convicción de que pasada cierta edad los hombres no pueden ser bastante útiles a sí mismos y morir en paz. La situación del país obligó al Presidente a aplazar la admisión de las renunciadas, y esa misma situación lo obligó tres meses después a admitirlas intempestivamente”. Sierra recomendó entonces con vehemencia que ocupara el puesto de Secretario de Instrucción don Ezequiel Chávez, por su gran conocimiento del ramo, por su entusiasmo inagotable. Se le desoyó.

El documento finaliza en estos términos: “Yo seguiré creyendo que todo programa de gobierno cuyo eje no descanse sobre estos dos polos: Educación y Justicia, no quiere decir nada ni para la humanidad ni para la patria. Como lo que acaba de pasar indica que ni los mismos que hoy regentan la política son capaces de aquilatar la obra realizada, bajo mi dirección, por la Secretaría de Instrucción Pública, me considero en el deber de decirlo, no por vanidad, sino porque cada cual debe responder de sus hechos”.

La componenda de Limantour fué ineficaz para contener el alud popular. Triunfante la Revolución, reconoció los méritos del Maestro Sierra, le confió la Embajada de México en España y cuando a poco retornó el cuerpo inerte del gran educador, la nación, presidida por don Francisco I. Madero, le rindió fastuoso homenaje, apenas comparable a la apoteosis republicana con que sus restos fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres, en enero de este año.

Esencial capítulo de meditación para México y los países hispanoamericanos, el ideario educativo de Sierra pervive. ¿Se ha sacrificado el ideal a la política?, ¿el amor a la rutina oficinesca?, ¿el democratismo de la educación, a los intereses de grupo y de personas?, ¿el interés patrio, a los caprichos de la moda?, ¿la fe en un futuro cierto, a la demagogia del presente?, ¿el sentido apostólico de la educación, al desabrimiento burocrático?

Dimensión Imaginaria

ANIVERSARIO

Por *Gabriela MISTRAL*

TODAVÍA, Miguel, me valen,
como al que fué saqueado,
unos quedados cabellos,
el voleo de tus voces,
y unas saetas de pasos
por lo que reste de tiempo
y albee de eternidades.

Todavía siento extrañeza
de no apartar tus naranjas
ni comer tu pan sobrado
y de abrir y cerrar
por mano mía tu casa.

Me asombra el que, contra el logro
de Muerte y de matadores,
sigas quedado y erguido
—caña o junco no cascado—
y que, llamado con voz
o silencio, igual me acudas.

Todavía no me vuelven
marcha mía, cuerpo mío.
Todavía estoy contigo
parada y fija en tu trance,
detenidos como en puente,

sin decidirte a seguir
y yo negada a volverme.

Todavía somos el Tiempo,
pero probamos ya el sorbo
primero, y dimos el paso
adelantado y medroso,
y una luz llega anticipada
de la mayor, da la mano
y convida y toma y lleva.

Todavía como en esa
mañana de techo herido
y de muros humeantes,
seguimos, mano a la mano,
escarnecidos, robados,
y los dos rectos e íntegros.

Sin saber tú que te vas yendo,
sin saber yo que te sigo,
dueños ya de claridades
y de abras sin atajo.

O resbalamos unos céspedes
que no atajan con linderos
ni con su término afligen.

Y seguimos todavía de la mano
ni despiertos ni dormidos,
a la cita e ignorando
que ya somos arribados.

PROFUNDO VERANO

Por Rosamel del VALLE

ANOCHE floreció el Hudson.
Yo estaba de pie frente a un sueño,
Bajo el Washington Bridge.
Lo que florece es un jardín. Si supieras
Que lo que florece es un jardín y no una flor.
Pero para saber lo que se vive hay que volver atrás.
Volver a la primera mañana, al primer sol
Que cantó en tus mejillas. A la piedra que dice:
El fuego es mi fruto. Y se pasa. Se pasa
Con un deseo de mirar lo que florece.

¿Vamos tan cubiertos? ¿No hemos sido despertados?
El sol canta todavía sobre el Hudson.
Parece que ayer vino el sueño y parece
Que puede volver. No hemos dejado
La imagen de la noche. Nuestros dedos
No han roto el imán. Iremos como eso
Que cantas sin saber.

Ella había nacido en un anillo.
Un anillo era lo que yo deseaba
En lo más solo de mí. E irá como eso
Que va a cantar.
Si crees que algo nos retiene. Si crees
Que estamos para crecer sin ruido y de noche.
Eres lo que he seguido sin oír.

Palisades. New Jersey. Manhattan. Todavía
Puedo retenerte en el anillo

De mi vitral. La faz cuyos signos
 Echan la red en la mañana.
 No, no hemos sido despertados. Las
 Cosas nos siguen. Alguna voz cae.
 Somos el agua. Eres el agua. El mundo era el agua.
 Otros eran el bosque debajo del Washington Bridge.
 Las barcas ceñían guirnaldas. Nadaban
 Hacia el hueco de mi costado.

Y yo quería
 Remontar el sueño, partir el agua. Decir:
 En el enigma del túnel hacia New Jersey
 Florece un jardín. Si supieras que florece
 Nuestro rostro al dormir. Somos eso.
 No nos dejan partir.

Oh, mañana, en una hora perdida en el reloj.
 En un instante en que hemos vuelto
 El rostro hacia atrás. Hay que arder
 En las estatuas. Mañana nadie creará.
 Ya se sabe. Los meteoros crecen

Junto a los tulipanes
 En el Jardín Botánico.

Nadie creará que se sueña. Las estatuas
 Se echarán a andar por las orillas verdes
 De Riverside Driver.

¿Cómo creer si se sueña? Que nos oigan
 Creer. Hacia adentro tuerce el mundo.
 Que nos dejen soñar. El meteoro negro.
 El meteoro jaspeado. Los jardineros
 Cortarán sus meteoros.

"El jardín del poeta está en la 68 Street", se dirá.
 Junto al Hudson de lámparas desplegadas.
 Ahí duermes. El vitral reparte las cartas.

Corazón de diamante. Viene el Rey. Estamos
En un país democrático. Las ardillas
Guardan sol para diciembre. Los sueños
Guardan realidad para vivir. Un día
Estás en New Jersey. Hay que cruzar.
Cruzar por la vida solamente. Otro día
Vuelves del Vermont Cemetery. Electra,
Dice el Rey de Espadas. Una mano
Levanta las aguas. Este sueño reinará.

Si crees que somos como nos ven,
Es que duermes.
Si nadas sobre narcisos y orquídeas,
Es que hablas. Si caminas debajo de mí,
Es que cantas. Extraño. ¿Cómo saber
Si lo que tocas existe? Hoy es el día
Del condenado a muerte. Se espera.
Esperas. Han envejecido
De pronto las puertas.
Por eso está el verano en mi ventana.
Un profundo verano. Un calor
Para la muerte.

EL RETORNO DEL DESTERRADO*

Por Vicente LLORENS CASTILLO

Vida y esperanza

LA vida del desterrado apenas merece tal nombre. Rota, frustrada, vacía, fantasmal, está en realidad más cerca de la muerte que de la vida. Cuando el motivo del *non omnis moriar* horaciano se repite en Ovidio, poeta desterrado, reaparece con una variación significativa: no "he muerto" del todo. . . Ya no habla un ser viviente sino un hombre que pertenece al pasado. Por lo menos, la existencia del desterrado, y este es uno de sus rasgos más característicos, se proyecta anormalmente hacia el pasado. Como el anciano, el desterrado, viejo prematuro, vive casi exclusivamente del recuerdo.

Melancólico vivir, digno de la conmiseración de Espronceda: "¡Ay de aquel que vive sólo en lo pasado". Pues vivir así supone una alteración esencial de la existencia humana, que se equilibra siempre, aunque en forma inestable y cambiante, entre dos términos tan opuestos como necesarios: el pasado y el futuro. El desterrado, falto de uno de ellos, padece una especie de mutilación irremediable, si es que no se siente, en forma más irreparable todavía, privado de ambos, paralizado del todo, sin resto de vida:

pasado muerto, porvenir helado.¹

Pero el desterrado no se resigna a sucumbir por completo. Para no dejar de vivir trata de recobrar de algún modo el perdido equilibrio. Hundido en el pasado, perdido en él, intentará salvarse lanzándose a una nueva vida donde el olvido le permita sentirse renacer. ¿Podrá acaso, pres-

* Fragmento de un ensayo sobre la *Poesía española del destierro*.

¹ RAFAEL ALBERTI, *A mis amigos los poetas uruguayos*.

cindiendo de su existencia anterior, alcanzar la apetecida plenitud? El vivir es una continuidad, y lo que malogró su vida fué precisamente una honda escisión. Su ser, falto de raíz ¿volverá a arraigar verdaderamente?

Ante la imposibilidad de desprenderse del pasado, pero temiendo perecer en él al mismo tiempo, el desterrado, tendiendo la vista hacia adelante, acaba por crearse otro futuro, tan estrechamente vinculado esta vez al pasado que casi no parece sino la transposición hacia el porvenir de lo que ya pasó: la esperanza del retorno a la patria.

En esa esperanza, estrecho y luminoso portillo abierto hacia un mañana mejor, se concentra todo el anhelo de vivir del desterrado. Por eso le es indispensable. A veces surge vivificadora en el momento mismo de abandonar la tierra nativa, cuando el dolor de la partida nubla los ojos y oprime el ánimo. Apenas sale de Vivar, el Cid habla ya entre lágrimas, pero con firmeza, del retorno a Castilla.

Es verdad que esa esperanza es insegura, que lucha constantemente con el desaliento, que en ocasiones deja de ser verdadera esperanza para convertirse en una larga espera sin atisbo de satisfacción, tan angustiosa como el deseo desesperanzado de los inmortales que pueblan el limbo dan-tesco:

amargos son los días
de la vida, viviendo
sólo una larga espera
a fuerza de recuerdos.²

Pero aún así vuelve a resurgir una y otra vez en el desterrado, porque constituye su verdadera razón de vida. El anhelo del retorno es demasiado fuerte para que su posibilidad de realización desaparezca del todo en quien no se resigna a vivir muriendo.

Ese deseo del retorno no se manifiesta muchas veces ni de manera directa en la actual poesía española de destierro. En cambio, es muy frecuente entre los emigrados del siglo XIX, desde los afrancesados de principios de siglo hasta los últimos proscritos liberales, media centuria después. De Meléndez Valdés a Víctor Balaguer pocas veces

² LUIS CERNUDA, *Un español habla de su tierra*.

falta, en medio de evocaciones nostálgicas o exhortaciones patrióticas, la expresión del ansia irreprimible del retorno, iniciada casi siempre por un *¿Cuándo...?*, esperanzado o no, que se repite sin cesar como nota insistente y dolorosa.

La vuelta a la patria

CLARO está que la vuelta a la patria no responde en cada caso a la misma aspiración. Lo que desea don Angel de Saavedra, por ejemplo, es que ese día llegue cuando no se haya apagado aún su ardor juvenil para poder combatir briosamente a los opresores de su patria. El día del retorno significa para él en primer término el momento de la reparación justiciera:

¿Cuándo en oriente brillará el gran día?
 Haz que en espacio breve
 las esferas girando
 traigan su ansiada luz. Ah, llegue cuando
 del ardor juvenil, que espira, aún llenas
 latan con fuerza y robustez mis venas,
 y aun conserven mis brazos poderío
 para, esgrimiendo la fulmínea espada,
 el yugo de mi patria idolatrada
 ayudar a romper con noble brio.

¡Cuán gozoso otra vez, oh patria mía,
 por ti mi sangre verteré gritando
 libertad y venganza...!³

El futuro duque de Rivas escribía estos versos a los treinta y tres años, poco después de haber embarcado en Gibraltar y teniendo ante su vista las costas españolas, donde la libertad acababa de sucumbir ante la tiranía impuesta por una intervención militar extranjera.

Meléndez Valdés, en cambio, a los sesenta años de edad, trabajado por persecuciones anteriores, por las violencias de la revolución y de la guerra —el dulce Batilo estuvo a punto de ser pasado por las armas en Asturias— y por las amarguras del destierro, suspira llorando por el día del retorno no movido por deseos justicieros ni impulsos

³ *El desterrado.*

combativos, sino en busca de quietud, de paz, de amor y de amistad. El destierro no es más que un naufragio, y como el náufrago, lo único que anhela es un puerto acogedor:

¡Cuándo en mis estrechos lares,
que hoy en soledad se afligen
sin un dueño, salvo y ledo
tornarán a recibirle,
donde un venturoso olvido
reine y en pobreza humilde,
sin que ni celos ni enconos
contra su bondad conspiren!
Al ver mis dulces amigos
¡ay! será que fino a unirse
mi pecho a su pecho llegue
y su ardor les comunique,
hallando en sus tiernos brazos,
a mi eterno amor sensibles,
un puerto, do al fin gozoso
por siempre y en paz respire.⁴

Viejo o joven, en paz o en guerra, el desterrado ansía de todos modos la vuelta a la patria, aun cuando no crea poder satisfacer sus más vivos deseos. El propio don Angel de Saavedra imagina al cabo que el injusto destino puede retardar el día de la reparación. No importa; clamará igualmente por el retorno, para llorar al menos sobre la tumba de los amigos y deudos desaparecidos; aun cuando el lecho de su propia tumba se abra a sus pies, aunque sólo sea para el último descanso. Todo, con tal de que la muerte no llegue antes que el suspirado día:

ah, venga al menos
antes que airada la sañuda muerte
de su guadaña con potente mano
descargue el golpe en la garganta mía.⁵

La imagen de la muerte

PERO el golpe de la terrible guadaña puede llegar prematuramente. Sobre el afán del desterrado se cierne siempre la imagen de la muerte, amenazadora igualmente para vie-

⁴ *El náufrago.*

⁵ *El desterrado.*

jos y para jóvenes, pues, como decía Celestina siguiendo a Petrarca, "ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir".

El ansia universal de vivir más, de prolongar la vida, se agudiza precisamente en aquellos cuya existencia es más precaria, como el enfermo o el desterrado.

La muerte en el destierro significa en primer término la frustración total de la única grata esperanza que lo sostiene en la vida, la del retorno. Frente a la falsa existencia que arrastra en tierra ajena, el retorno representa la vuelta a la verdadera vida. Morir no constituye, pues, en ese caso, el acabamiento de una existencia, sino más bien el obstáculo infranqueable que impide llegar a vivir. Es un morir que precede al nacer, que lo anula. Lo que aniquila esa muerte no es un pasado sino un futuro. No es extraño que el desterrado la tema por un lado tanto como la desea por otro, que mientras pide vivir más pueda renunciar a la vida. Le angustia pensar que la muerte llegue antes del retorno al suelo amado; pero si nunca ha de volverlo a ver, nada le importa prolongar su amarga existencia; lo que implora es que acabe cuanto antes:

¡Oh muerte, muerte cruda!
Si está tu avara mano
presta a cortar mi estambre delicado,
detén de tu sañuda
daga el golpe tirano
hasta que logre ver el suelo amado.
Mas ¡ay! si ha escrito el hado
que lejos de la España,
víctima dolorosa
de suerte rigurosa,
cubra mi triste polvo tierra extraña,
muerte, vea yo ahora
de mi amargo existir la última hora.⁶

Por otra parte, la muerte en el destierro es tan imperfecta como la vida. Si hay una perfección o plenitud en el vivir también la hay en el morir, que para algunos mortales no parece sino la solemne entrada en la inmortalidad, la coronación de una vida fecunda perpetuada entre la admi-

⁶ PÉREZ DE CAMINO, *Al Garona*.

ración o la reverencia de los hombres. Otros, ya que no triunfalmente, pueden llegar al tránsito definitivo por lo menos con serenidad, el dolor calmado por la consolación, la congoja mitigada por el afecto de los mismos seres que acompañaron su vida. Pero el desterrado, además de extinguirse sin que su existencia haya logrado cabal remate, muere en tierra extraña y alejado de los suyos. Morir apagado y solitario en donde culmina su soledad. El desterrado, más necesitado que nadie de vinculación afectiva, de calor humano, verá llegar su último instante en medio de un aislamiento desolador. Ovidio se angustiaba pensando que el doloroso trance, doblemente doloroso para él, iba a llegar sin que las piadosas lágrimas de la esposa cayesen como un bálsamo sobre su rostro, sin sentir su mano amiga, sin escuchar sus lamentaciones, tan desconsoladas como consoladoras.⁷ Siglos más tarde un proscrito español lamentaba casi con las mismas palabras la ausencia de la esposa y de la hija:

¡Ya no las veré! ¡Por siempre
sin su amor y sus caricias,
hasta que la cruda parca
mi lazo mortal divida!
Sin tener ¡oh desconsuelo!
tal vez ni una mano amiga
que mis apagados ojos
cierre en mi última agonía,
ni quien en la humilde tumba,
con entrañas compasivas
algunas lágrimas vierta
y el eterno adiós me diga.⁸

No sólo entre los suyos quiere morir el desterrado. Necesita de los seres y de las cosas que rodearon su vida anterior. Junto al hogar humano, en su recuerdo vive el pai-

⁷ *Tristia*, III, epíst. III.

"nec mea consueto languescent corpora lecto,
depositum nec me qui fleat, ullus erit;
nec dominae lacrimis in nostra cadentibus ora
accident animae tempora parva meae;
nec mandata dabo nec cum clamore supremo
labentes oculos condet amica manus".

⁸ MELÉNDEZ VALDÉS, *Los suspiros de un proscrito*.

saje familiar, ese campo íntimo cuyas aguas, árboles y flores perduran imborrables en sus menores detalles. En ese campo "suyo" y no en otro, es donde quisiera morir:

—¡Mi campo! ¿Morir sin ti?
 (Junto a la alberca, el jazmín
 se enreda al ciprés del huerto).
 —¡Mi campo! ¿Morir allí...!
 (Al pie del mastranzo en flor,
 ¿seguirá el agua corriendo?)
 —¡Mi campo! ¿Morir en ti...!⁹

Muerte y reintegración

MORIR no es solamente la extinción, el acabamiento de una vida. Es también una reintegración, un retorno al origen, a la tierra que somos y de donde venimos:

el cuerpo, que es de tierra, clama por su tierra.¹⁰

Volver al regazo maternal de esa tierra es el destino natural del ser nacido de ella, y la posibilidad de florecer de nuevo, de participar en el perenne renacimiento de las cosas vivas:

este sueño volver quiero al regazo
 maternal de mi tierra y en abrazo
 profundo hacerlo florecer de nuevo.¹¹

En este sentido morir en el destierro constituye algo tan extraño como la propia vida del desterrado, fuera de su órbita natural y ajena al mundo que la rodea. Es un morir fuera de sí o morir prestado, como dice Moreno Villa:

¿Por qué no vuelves a tu tierra, a ti?
 Remozarás tu edad, tu luna.
 O morirás dentro de ti mismo,
 en tu tierra, en tu yo, no sobre alguien
 ajeno a tu paisaje y tu conciencia.
 Lo grave de morir en tierra extraña
 es que mueres en otro, no en ti mismo.
 Te morirás prestado.¹²

⁹ EMILIO PRADOS, *Últimas nostalgias del jardín perdido*.

¹⁰ LUIS CERNUDA, *El ruiseñor sobre la piedra*.

¹¹ JUAN REJANO, *Fidelidad del sueño*, p. 162.

¹² *Tu tierra*.

A veces el desterrado llega a aceptar con grave resignación la posibilidad, tan admisible sin embargo, de ese doloroso morir fuera de sí, lejos de su tierra:

Si no has de volverme a España,
Dios de la única bondad,
si no has de acostarme en ella,
hágase tu voluntad.¹³

Pero ni aun en medio de esta triste aceptación dejaba Unamuno de alimentar una última y vaga esperanza de contacto con la tierra española, a la que ya se había acercado tanto del otro lado de sus fronteras que hasta podía verla con sus propios ojos. ¡Si al menos esos ojos pudiesen guardar eternamente su imagen!

Logre morir con los ojos abiertos,
guardando en ellos tus claras montañas. . .¹⁴

Aún más allá de la muerte el desterrado sigue anhelando el retorno al suelo patrio. Si no pudo volver en vida, que lo lleven después de muerto. El sepulcro en tierra extraña significa la perpetuación del destierro. La fidelidad a la tierra exige cuando menos el retorno tras la muerte, la reintegración póstuma. En todo tiempo ésta ha sido una de las últimas esperanzas del desterrado. Así también para don Miguel de Unamuno:

Si caigo aquí, sobre esta tierra verde
mollar y tibia de la dulce Francia,
si caigo aquí donde el hastío muere
celado en rosas de sutil fragancia,
si caigo aquí, oficina del buen gusto
donde sólo el olvido da consuelo,
llevad mi cuerpo al maternal y adusto
páramo que se hermana con el cielo.¹⁵

Pero a diferencia de otros desterrados, Unamuno no desea el retorno póstumo a la tierra para reposar en ella definitivamente, en eterno descanso. Tras una vida de combate, ni aun muerto quiere descansar en paz. Si pide que lleven su cuerpo al maternal y adusto páramo castella-

¹³ UNAMUNO, *Romancero del destierro*, p. 131.

¹⁴ *Ibid.*, p. 29.

¹⁵ *Ibid.*, p. 11.

no es para que arraigue en él, para que su corazón cobre nuevo impulso y siga clamando eternamente su verdad. Morir en Francia no era sólo caer en tierra ajena, sino dejarse prender para siempre en la seducción de aquel tibio jardín propicio a la quietud y al olvido. Unamuno quisiera arrancar su cuerpo de aquella atmósfera apacible y llevarlo en majestuosa ascensión desde las dulces y bajas tierras de Francia a las ásperas y altas de Castilla para no sucumbir del todo en la misión combativa de su vida y de su destierro:

Subidme allá, se hará mi carne roca
y allí en el yermo clamará su credo,
daré al desierto de mi patria boca
de gritar a los sordos por el miedo.¹⁶

Perdón y dignidad

LA muerte no es el único impedimento decisivo que puede cruzarse en el retorno a la patria del desterrado. Otros hay menos irreparables pero, en ocasiones, no menos dificultosos. Volver a la patria, aun pudiendo, no es cosa sencilla sino arte grave, según el más ilustre de los desterrados florentinos:¹⁷

Antes de que las circunstancias que determinaron su destierro hayan desaparecido, el proscrito puede tener un día la posibilidad de volver. Tarde o temprano el mismo poder que le forzó a expatriarse le abrirá las puertas de la patria por la que tanto ha suspirado. Momento difícil. ¿Volverá? Después de una dolorosa peregrinación, deshecha su vida, quebrantada su voluntad ¿se dejará llevar por el creciente anhelo del retorno? En la historia de las emigraciones políticas el perdón del desterrado ha sido frecuente; pero también lo ha sido el rechazarlo. Aceptar el ofrecimiento del enemigo, por generoso que sea, supone reconocerle una autoridad que el desterrado le niega y que el simple destierro desmiente. Ante la amnistía de Na-

¹⁶ *Romancero del destierro*, p. 14.

¹⁷ DANTE, *Inferno*, X, 78-81.

poleón el pequeño, Víctor Hugo exclama, con decisión inquebrantable: "Je ne fléchirai pas..."¹⁸

Además el perdón pocas veces suele ser verdadero y generoso. Quien lo otorga está movido por intereses políticos, esto es de dominio y de lucha. La consideración humana del infortunio del desterrado no cuenta en realidad, a no ser como factor aprovechable para la afirmación del propio poder. Por eso el perdón se concede con limitaciones, o en condiciones que lo hacen inaceptable.

En 1316 los güelfos florentinos se decidieron a perdonar sin excepción a todos los proscritos, entre los cuales figuraba Dante Alighieri. Desaparecidos con los años los principales jefes del partido contrario el perdón pudo ser, sin riesgo, tan generoso como amplio; no fué sino humillante. Los desterrados se obligaban a ir procesionalmente, con el cirio en la mano y el sambenito de la ignominia en la cabeza, a la iglesia de San Giovanni, donde, juntamente con los malhechores comunes, tenían que depositar una suma de dinero como ofrenda. Sólo entonces quedaban en libertad.

Dante llevaba por entonces cerca de quince años fuera de su ciudad. Harto sabía por propia experiencia cuán dura es la peregrinación del destierro y cuán difícil moverse utilizando los caminos ajenos, donde hasta el pan que se come tiene ingrato sabor.¹⁹ Y si había lanzado terribles invectivas contra Florencia, también había suspirado por ella como el más devoto de sus hijos. Anhelando el retorno, rechazó sin embargo con indignación el perdón ofrecido. No es ese, dice a un amigo florentino, el camino de volver a la patria. ¿Acaso es preciso para ello llenarse de ignominia? Dante no aceptará ningún ofrecimiento que le haga perder la fama y el honor.²⁰

¹⁸ *Ultima verba (Les Châtiments)*.

¹⁹ *Paradiso*, XVII, 58-60.

Tu proverai sì come sa di sale
lo pane altrui, e com'è duro calle
lo scendere e il salir per l'altrui scale.

²⁰ *Epístola X*.

Non est haec via redeundi ad patriam, Pater mi; sed si alia per

Con honor también es como deseaba volver a su tierra el primer desterrado español:

mas a grand ondra volveremos a Castiella.²¹

El honor, la fama, no valen menos que las penalidades del destierro. La reintegración a la patria para ser verdadera tiene que ser completa. Retorno íntegro, no parcial, del desterrado como persona con todos los atributos de la dignidad humana. Volver sin ellos es una vuelta a medias, peor que el destierro. Enriquez Gómez, el español que más hondamente ha llorado la pérdida de la patria, deseaba como nadie poder volver a ella, pero con plenitud, llevando lo mismo que sacó del patrio nido:

Bien pudiera volver favorecido,
mas eso bueno fuera si llevara
lo mismo que saqué del patrio nido.
Si con volver mi fama restaurara,
a la Libia cruel vuelta le diera,
que morir en mi patria me bastara.
Pero volver a dar venganza fiera
a mis émulos todos, fuera cosa
para que muerte yo propio me diera.
Ampáreme la mano poderosa,
que con ella seguramente vivo
libre desta canalla maliciosa.²²

El retorno condicionado es indigno, además de inseguro. Volver gracias al favor es quedar expuesto a la venganza de la "canalla maliciosa". Ni dignidad ni seguridad. Más vale el destierro. Fuera del patrio nido el desterrado al menos se siente seguro y libre. Por encima de un vivir precario pero digno, más fuerte que la misma añoranza

vos aut deinde per alios inuenietur, quae famae Dantis atque honori non deroget, illam non lentis passibus acceptabo. Quod si per nullam talem Florentia introitur, numquam Florentiam introibo. Quidni? nonne solis astrorumque specula ubique conspiciam? nonne dulcissimas veritates potero speculari ubique sub caelo, ni prius inglorium, immo ignominiosum, populo Florentinaeque civitati me reddam?"

²¹ *Cantar de mio Cid*, 156 (Ed. Menéndez Pidal).

²² *Elegía del destierro*.

de la patria, la libertad del destierro se impone como un deber:

Por mucho que el pecho añore
 Salamanca,
 el aire claro de Gredos
 que hace corazón a España,
 la verdad —justicia pide,
 Salamanca,
 la libertad del destierro.²³

La esperanza cumplida

Al fin, un día la esperanza del retorno se cumple. En el camino, tan largo a veces, tan difícil siempre, muchos son los que cayeron sin llegar a la meta. ¡Qué gran día en cambio para quienes pueden alcanzarla. La vuelta del ausente al lugar nativo va acompañada en toda la poesía occidental de jubilosas exclamaciones que apenas pueden traducir la emoción del que contempla de nuevo la tierra amiga, tras larga separación! ¡Qué no será para el desterrado que vió cerradas durante largo tiempo las puertas de la patria!

El desterrado no va por el mundo voluntariamente para combatir como el guerrero, ni para rehacer su vida como el emigrante; peregrina sin más objeto que recobrar la patria perdida, cuya imagen le acompaña como una obsesión. Lanzado al vacío, la tierra que quedó a su espalda es la única que lleva delante de sí por dondequiera que vaya. Sus ojos no ven lo que miran, sino lo que llevan dentro. Peregrinando por Europa, don Francisco Martínez de la Rosa no veía más que su patria, es decir, su patria chica, su Granada. Ante las ruinas romanas no pensaba sino en las quebrantadas torres de la Alhambra; a través de los Alpes le seguía la imagen de Sierra Nevada; ni las márgenes del Sena, del Arno o del Támesis podían hacerle olvidar al Darró o al Genil. Cuando al cabo de ocho años de destierro pudo retornar a su ciudad, no es extraño que sus primeros versos fueran para saludarla con entusiasmo, gozándose en su contemplación, como ante el ser amado que se recobra después de perdido:

²³ UNAMUNO, *Salamanca (Romancero del destierro)*.

Amada patria mía,
 al fin te vuelvo a ver. Tu hermoso suelo
 tus campos de abundancia y de alegría,
 tu claro sol y tu apacible cielo.
 Sí, ya miro magnífica extenderse
 de una y otra colina a la llanura
 la famosa ciudad; descollar torres
 entre jardines de eternal verdura,
 besar sus muros cristalinos ríos,
 su vega circundar erguidos montes,
 y la Nevada Sierra
 coronar los lejanos horizontes. . .²⁴

Por entonces, en las postrimerías del reinado de Fernando VII, volvieron a España otros muchos liberales emigrados como Martínez de la Rosa, pero ninguno como él celebró con tanta efusión el retorno a la patria. Los mismos que habían cantado con tristes acentos el dolor de la partida, permanecieron silenciosos al volver. ¿Es que sólo se canta el dolor y no la felicidad? ¿O es que el retorno desvaneció las esperanzas que lo precedieron?

El desengaño del retorno

Lo que para unos fué esperanza satisfecha, pudo ser para otros verdadero desengaño. Poco después de su regreso a España, otro político y escritor de la gran emigración liberal de 1823, don Antonio Alcalá Galiano, dirigía al duque de Rivas, compañero suyo de destierro, una composición que bien pudiera titularse "El desengaño del retorno", a la que pertenecen los versos siguientes:

Cuando penaba de trabajos lleno,
 del patrio suelo ausente,
 un porvenir dichoso acá en su seno
 me pintaba la mente,
 y peregrino por la tierra extraña,
 siempre esperaba el día
 que pisando la tierra de mi España,
 feliz me juzgaría.
 Y ahora la huello, y si la vista giro
 ¡miseró! a cualquier lado,
 en la patria que amé sólo me miro

²⁴ *La vuelta a la patria.*

de nuevo desterrado.
 ¡Por pago a mis penosos sacrificios,
 el desprecio y olvido!
 ¡Estos, oh patria, son los beneficios
 que mi amor te ha debido!

¿Qué vale que tu tierra conocida
 mis años juveniles
 recuerde, y al otoño de mi vida
 renueve mis abriles,
 si, alrededor de mí todo trocado,
 hallo madrastra dura
 la que madre dejó... ?

Donde aplausos dejé miro despego,
 donde amistad tibieza,
 un yermo de ceniza donde fuego,
 vejez donde belleza.
 No es ésta no mi España suspirada,
 la que adoré constante,
 la imagen halagüeña que invocada
 tuve siempre delante.²⁵

La patria es para el desterrado la imagen de todos los bienes. Juventud, afectos, bienestar, personas y paisajes familiares, todos los recuerdos de un pasado mejor se van agrupando en su mente hasta formar un cuadro perfecto. Con la lejanía y el tiempo esa imagen no hace sino depurarse y embellecerse. Los contornos ásperos se suavizan o desaparecen, lo delicado se afina todavía más, lo minúsculo cobra de improviso insospechado relieve, y todo concurre a dar al conjunto un mágico atractivo. La patria deja de corresponder a una realidad geográfica determinada para convertirse en una especie de paraíso terrenal. Así es, ni más ni menos, como Víctor Balaguer denomina a su país en una de sus poesías de destierro: *Lo paradís del mon.*²⁶

Esta es sin duda la imagen halagüeña que tuvo siempre delante Alcalá Galiano. El suelo patrio idealizado pierde su

²⁵ Esta composición figura en las *Memorias* de A. G. (Madrid, 1886), pero se sigue aquí otra versión más extensa y menos incorrecta incluida en el tomo I de las *Obras Completas* del Duque de Rivas (Colección de Escritores Castellanos).

²⁶ *Lluny de ma terra.*

terrenal naturaleza. En el destierro, dice Unamuno, "la patria se hace celeste".²⁷

Pero en el recuerdo del desterrado la patria no sufre únicamente, por decirlo así, un proceso de sublimación, sino también de estabilización. La patria idealizada perdura además como una imagen fija e inalterable. Difícilmente aceptará el desterrado la posibilidad de que su cuadro sea infiel o que necesite modificación. Nada más desagradable para él que la transformación, después de su partida, de cosas cuya fisonomía le era familiar. Un caserón derruido, el nuevo aspecto de tal calle, el traslado de la fuente de la vieja plaza, todo ello le perturba como una especie de infidelidad a su amorosa y constante evocación.

Sin embargo, esa alterada realidad, cambiante como la vida, es la verdadera, no la inmóvil forjada en el destierro. Al cabo de algún tiempo todo puede parecer trocado. En circunstancias extremas hasta de un modo radical, inverosímil. El hombre de nuestro tiempo, que hasta su juventud sólo supo de ciudades arrasadas como de algo remoto perdido en la historia de lejanas civilizaciones, ha podido ver con sus propios ojos el fulminante poder destructor de la civilización moderna. Es seguro que muchos ausentes contemporáneos al volver a su ciudad nativa apenas habrán podido reconocer entre ruinas informes los lugares de su evocación.

No solamente cambia la realidad física, el aspecto externo de las cosas. El mundo de ayer tampoco es el de hoy. Pasados los años, el desterrado habrá perdido a los viejos amigos que acompañaron sus horas juveniles, y se hallará en un mundo nuevo para él, respirando difícilmente una atmósfera distinta, entre gentes desconocidas y con otras preocupaciones ajenas a las suyas. No es sorprendente que el afecto de antes se haya trocado en despego. El desterrado se reincorpora a la vida de su país inoportunamente, a destiempo, sin que pueda establecer una verdadera convivencia con quienes lo consideran como un advenedizo. Amarga impresión; el hombre que padeció viviendo desvinculado en tierra ajena, acaba por sentirse desterrado otra vez y en su propia tierra.

²⁷ *Romancero del destierro*, p. 146.

Otros ausentes, desterrados forzosos o emigrantes voluntarios, han podido sufrir al retorno el mismo doloroso desencanto. Pero no dejaron de preverlo. Por eso veían acercarse con inquietud no disimulada el instante de pisar la tierra nativa. Al entrar en Francia, después de dieciocho años de expatriación, Víctor Hugo se pregunta qué le deparará el destino.²⁸ Un emigrante español del pasado siglo, Casimiro del Collado, a punto ya de divisar tras muy larga ausencia su valle natal, se siente agitado por opuestos sentimientos:

A ti me acerco, valle de mi infancia,
de temor y esperanza palpitante.²⁹

También él experimenta la amargura de verse recibido como un extraño:

v en mi propio solar fríos semblantes
hoy como advenedizo me reciben.³⁰

Y como Alcalá Galiano, lo encuentra todo distinto; pero a diferencia del desterrado gaditano, el emigrante montañés observa, juntamente con la transformación del valle amado, la de su propia persona:

Y vuelvo, como ves, de los extraños
con heridas de penas en el alma,
con la escarcha en el rostro de los años.
Tú también, valle amado, ¡cuán distinto!³¹

Además de la patria cambia el desterrado; y no únicamente en su apariencia personal. Tras la experiencia del destierro, que no puede pasar por su vida sin dejar huella profunda, el desterrado, aun sin canas, ni arrugas ni vejez, ha dejado de ser el mismo que fué. El propio Alcalá Galiano de 1823, classicista en las letras, liberal exaltado en la polí-

²⁸ *Au moment de rentrer en France.*

"Qu'est-ce qui va sortir de ta main qui se voile,
o destin?"

²⁹ *Viendo o el valle paterno.*

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.*

tica, había dejado de existir diez años más tarde cuando volvió a España.

Al final, amargado por el duro desengaño, Alcalá Galiano acaba maldiciendo el día en que, de vuelta a España, pisó otra vez los Pirineos. Reacción excesiva, pero no extraña en quien alimentaba aspiraciones igualmente excesivas. Esperar de la sociedad humana el pago a un sacrificio parece demasiada pretensión, pero pedirlo como premio al amor patrio es además injusto. Si ese amor es sincero no aspira a recompensa. Cuando volvió a Francia Víctor Hugo, lo que pedía era una parte en las miserias de su país, que atravesaba entonces momentos bien graves. Si el destierro ha sido un sacrificio impuesto por el deber, por amor a la patria, el retorno puede ser un sacrificio más en el cumplimiento del mismo deber. Esa es la hora, para el poeta francés, en que todos deben ponerse a la obra.³² O como ha dicho un desterrado español contemporáneo, la hora del esfuerzo:

porque es hora de esfuerzo la hora del arribo.³³

La desilusión del retorno no es en último término sino la consecuencia del íntimo desasosiego que consume al desterrado. Ni alejándose definitivamente de su patria, ni volviendo a ella podrá encontrar ya cabal satisfacción. Su vida ha quedado sometida a una permanente inquietud y contradicción. Nada es para él completo ni firme. Su expatriación es un mal y un bien al mismo tiempo; vive muriendo, pero no deja de vivir; la gran actividad que despliega por fuera oculta un vacío interior; quiere olvidar su pasado, pero sólo en él se goza; sueña con el retorno y lo rechaza. Ni se deshace del todo, ni se rehace por completo. Toda su existencia es un vivir a medias. Desarraigado quiere echar raíz en otro medio, que no es menos acogedor que hostil y donde al cabo ha de frustrarse su empeño de vivir de veras.

³² *Au moment de rentrer en France.*

Puisque c'est l'heure où tous doivent se mettre à l'oeuvre.

³³ MORENO VILLA, *Nos trajeron las ondas.*

¿Cómo extrañar que al final, transcurridos los años, el desterrado, sometido a constante tensión, a opuestos movimientos, acabe maltrecho, inadaptado e inadaptable hasta en su propia tierra? El destierro no es tan sólo una pérdida, un cambio o un derrumbamiento, ni siquiera una anulación definitiva; es sobre todo una ruptura, un quebrantamiento interior que deja como dolido para siempre lo más hondo del ser, inutilizándolo para la satisfacción plena, para el contento puro, para el reposo verdadero:

¿Cómo puedo aguardar ningún reposo
si el reloj de mi vida se ha quebrado? ³⁴

³⁴ ENRÍQUEZ GÓMEZ, *Elegía del destierro*.

UNAMUNO Y SUS CRIATURAS: “ANTOLIN S. PAPARRIGOPULOS”

Por Juan LOPEZ-MORILLAS

SERÍA ocioso buscar en la copiosa bibliografía de Unamuno la *Vida de Antolín S. Paparrigópulos*. Es ésta una historia o novela que se quedó en ciernes, como uno de esos bocetos que a las veces encontramos en el rincón polvoriento de un taller de pintor. Don Miguel, ocupado quizá en tarea de mayores arrestos, se limitó a trazar los contornos individuantes de su personaje con idea de hacer uso de él cuando se ofreciera ocasión propicia. Creyó llegada ésta con la composición de *Niebla*, obra maestra del género nivelesco, y en ella dió cabida a este curioso individuo, sin cuidarse gran cosa, a juicio nuestro, de si la intromisión venía o no al caso. El lector poco ducho en arbitrariedades unamunescas creerá oportuno repetir, frente a este episodio llovido del cielo, las palabras del propio Unamuno sobre la *Novela del Curioso impertinente* inserta en el *Quijote*, a saber, que es “por entero impertinente a la acción de la historia”. Pero lo cierto es que, inoportuno y todo, el boceto de Antolín S. Paparrigópulos representa una valiosa ilustración de cómo Unamuno pensaba y sacaba a luz a sus entes de ficción. En vista de ello, nos proponemos aquí “editar” el episodio de Paparrigópulos, rodearle de un cuerpo de comentarios y apostillas que acaso nos permitan entender mejor la manera en que Unamuno modelaba a sus criaturas. Estimamos provechosa esta tarea porque es de sospechar que todos los personajes unamunescos están tallados de manera muy semejante.

Sobradamente conocida es la diferenciación que Unamuno establece entre escritores “ovíparos” y “vivíparos”. Esta distinción, subrayada a menudo por don Miguel en

sus escritos primerizos, recibe sanción formal en el ensayo que publicó, con el título de *A lo que salga*, en septiembre de 1904. Recordémosla. Ovíparo es aquel escritor que "hace un esquema, plano o minuta de su obra, y trabaja luego sobre él; es decir, pone un huevo y lo empolla". Debería añadirse que el escritor ovíparo parece tener un concepto eugenésico de su labor. Mediante una prudente selección de sus elementos fecundantes aspira a determinar de antemano el organismo literario que se propone crear. No es menester quebrarse mucho la cabeza para hallar ejemplos de esta modalidad literaria: la mayoría de los escritores naturalistas, con Zola y su "novela experimental" a la cabeza, son fervorosos ponedores de huevos, y, si bien las empolladuras no son todo lo eugenésicas que fuera de desear, el motivo de ello no está en la fecundación misma, sino en la selección de los factores determinantes de ella.

Radicalmente diferentes de los ovíparos son los escritores vivíparos. Estos, dice Unamuno, "cuando conciben el propósito de escribir una novela. . ., empiezan a darle vueltas en la cabeza al argumento, lo piensan y repiensen, dormidos y despiertos, esto es, gestan. Y cuando sienten verdaderos dolores de parto. . . se sientan, toman la pluma, y paren". Nada importa que, poco satisfechos del fruto de su ingenio, traten más tarde de retocarlo, de componer sus facciones con afeites y oropeles. El organismo es inmodificable en lo sustancial y, so pena de aniquilarlo, saldrá incólume de estos arrepentimientos tardíos. Quizá el caso más notable de escritor vivíparo contemporáneo sea Pío Baroja, que es, por añadidura, de los que nunca se arrepienten. Cuando Baroja habla—como lo hace en su discurso de ingreso en la Academia Española—de componer novelas "a la buena de Dios", no hace más que parafrasear el "a lo que salga" de Unamuno, es decir, el lema del escritor vivíparo.

No es la posible validez teórica de esta distinción, sino el uso práctico que Unamuno hace de ella lo que nos mueve a sacarla a relucir en este lugar. En el ensayo a que nos referimos Unamuno revela su preferencia por la manera ovípara de componer, aunque, añade, "desde hace

algún tiempo he ensayado a producir vivíparamente, y así van los ensayos que durante este año [1904] vengo publicando en diferentes revistas". Confesión interesante en la que parecen entrecruzarse dos cosas: 1) que hasta 1904 los escritos de Unamuno gravitan hacia una meta preconcebida, es decir, que son escritos corroboratorios de una tesis determinada; y 2) que a partir de esa fecha toman un marcado sesgo de errabunda pesquisa, de aventura de pensamiento. Un examen somero de la obra de Unamuno, con atención a esa línea divisoria de 1904, tendería a confirmar su declaración. Los cinco ensayos —pongamos por caso— de 1895, recogidos bajo el título de *En torno al casticismo*, presentan, en deliberada articulación, otras tantas demostraciones de la paralizante influencia que el casticismo formal y ordenancista ha tenido en la historia espiritual de España. Son, pues, ensayos engendrados ovíparamente. Si ahora repasamos los ensayos posteriores a 1904, hallaremos que sus mismos títulos —*Soliloquios y conversaciones, Contra esto y aquello*, etc.— son ya un anticipo de su génesis vivípara; títulos en que apunta la preferencia por el merodeo intelectual, en que se rehuye la posada a fin de regodearse en las distracciones del camino. En los ensayos de esta segunda etapa se descubre a un Unamuno inquisitivo, especie de azotacalles socrático, de cuya pluma brotan frases como estas: "os daré. . . una sarta de reflexiones sueltas sobre lo que se presente". (*Conversación I*); "El lector puede seguir por su cuenta haciendo toda clase de variaciones sobre este tema. . . Yo no he pretendido más que sugerirle una línea de reflexiones. . .". (*En defensa de la baraganería*); "Lo mejor. . . es escribir uno cuando se le antoje, como se le antoje y sobre lo que se le antoje". (*Desabogo lírico*).

En el mismo ensayo *A lo que salga* Unamuno señala su novela *Paz en la guerra* como muestra de biogénesis ovípara: "Escribí primero un cuento —dice— y, apenas lo hube concluido, caí en la cuenta de que podía servir de núcleo, o más bien, de embrión a una novela, y me puse a empollarlo". A primera vista parecería lógico sugerir que todas las novelas de Unamuno —recuérdese el calificativo ovíparo de "ejemplares" que a algunas aplica—

han seguido, en lo esencial, el patrón de *Paz en la guerra*. La mayoría de los críticos han hecho notar cómo Unamuno toma un núcleo conceptual y lo desarrolla hasta hacer de él una novela. Por lo pronto, nos limitaremos a señalar que, a pesar de la evidente inquina que siente hacia esos críticos que ven en sus novelas nada más que "conceptos personificados, ensayos en forma dialogada", Unamuno se ve forzado a admitir, en el prólogo sus *Tres novelas ejemplares*, que "un concepto puede llegar a hacerse persona", esto es, materia novelable. Porque conviene subrayar que, para Unamuno, concepto vale tanto como realidad íntima, como realidad que no surge de la captación pasiva del mundo sensible, sino de la directa penetración de éste por una voluntad capaz de arrancarle su significado simbólico: "La realidad en la vida de don Quijote no fueron los molinos de viento, sino los gigantes. Los molinos eran fenoménicos, aparentes; los gigantes eran numéricos, sustanciales". En la caprichosa terminología unamunesca realidad íntima viene a ser, pues, algo muy semejante a la intuición bergsoniana, a "aquella facultad de ver inmanente en la facultad de obrar" que Bergson consideraba como la "facultad estética" del hombre. Deberá añadirse que esta facultad de ver no es sensoria. El mundo exterior que se nos mete por los ojos es, para Unamuno, una impostura, un gigante que se nos disfraza de molino de viento. La visión unamunesca se proyecta de dentro afuera y resulta de una íntima e irracional convicción que permite, al abrir los ojos al mundo aparental, ver en él lo que se quiere ver, idearlo, disponerlo, y aun negarlo a voluntad. La conocida frase unamunesca "creer para crear" resume admirablemente este importante sector de su pensamiento.

Tamaño noción de la realidad habrá de llevar inevitablemente a una fantasmagórica "poética de la vida" y, por ende, a una insólita poética de la novela. Si el mundo exterior es insustancial, si no tiene otro sentido que el que libremente le otorga la voluntad, quedará anulado *ipso facto* la base misma sobre que se asienta la vida convencional. En efecto, la evolución orgánica de ésta resulta del entrecruce o adaptabilidad de dos realidades a las que se

concede una tácita hipóstasis: el yo y la circunstancia. En variable proporción ambas se conjugan y complementan. El conflicto dramático que da sentido a la vida —como da sentido a la novela que la refleja— está implícito en una de estas tres posibilidades: la dominación del medio por el individuo, la subordinación del individuo al medio, o el equilibrio entre individuo y medio. Toda interpretación doctrinaria de la vida, toda escuela, secta o tendencia, no es, en fin de cuentas, más que una proyección parcial y arrogante de este postulado. Ahora bien, si se niega la sustancialidad de la circunstancia, absorbiéndola en la sustancialidad del yo, se desplazará, alterándola, la índole del conflicto dramático que da cuerpo a la vida y su novela. Este conflicto ya no surgirá de la coexistencia de dos fuerzas que, por tener realidad independiente, ejercen una acción recíproca, es decir, no resultará de la *antagonía* entre esas dos fuerzas. El conflicto brotará ahora de una diferenciación cismática del yo, única realidad admitida. A este cisma del yo es a lo que Unamuno da el nombre de *agonía*.

El cisma agónico del yo nace, como todos los cismas, de una pugna entre dos potencias, cada una de las cuales reclama para sí la absoluta primacía jurisdiccional y ejecutiva en el ámbito de la conciencia. Estas dos potencias pueden recibir nombres tan variados como caprichosos: razón y fe, inteligencia e intuición, cabeza y corazón. Lo que una afirma, lo niega la otra. Lánzanse mutuamente anatemas escalofriantes, con el tácito convencimiento de que serán ineficaces. El agonista vive condenado a un infierno perpetuo, cuyo tormento radical es la duda. Y su tránsito por la vida es un incesante monólogo, interrumpido a veces por accesos de dolor cósmico. Lo que se ha llamado el “energumenismo” de Unamuno es la manifestación aguda de su íntima agonía.

El agonista no es sólo una especie de hombre, sino el hombre. Repetir, como se hace a menudo, que los agonistas de Unamuno son otras tantas hechuras de su creador cortadas según el mismo patrón, es recalcar algo tan evidente como poco comprendido. Porque lo que comparten Unamuno y sus criaturas, lo que hay de consustancial es

uno y otras, no son con preferencia las ideas, creencias y prejuicios, sino la cualidad de ser agonistas, esto es, hombres. El propio Unamuno nos lo confirma plenamente en un ensayo que publicó en 1900 con el título de *La ideocracia*: "Apenas creo en más idea propulsora del progreso —dice— que en la idea-hombre", y creer en la idea-hombre equivale a aseverar al hombre frente a las ideas, a manumitirle de la esclavitud impuesta por una noción ideocrática del progreso que reduce al hombre a mero instrumento o vehículo de ideas. No es que Unamuno pretenda negar importancia a las ideas. Lo que pretende es servirse de ellas para afirmar su cualidad de hombre: "Vivir todas las ideas para con ellas enriquecerme yo en cuanto idea, es a lo que aspiro. Luego que les saco el jugo, arrojo de la boca la pulpa; las estrujo y ¡fuera con ellas!".

Vivir todas las ideas. Ahí, sucintamente, está el sino del agonista. Perseguir imágenes contradictorias, sentar plaza en la milicia de la incertidumbre, batallar simultánea o sucesivamente en bandos ideológicos opuestos, y hacer de esa pugna pábulo para su angustia incurable. Si hay derechos inalienables, dice Unamuno, "no es el menos precioso el inalienable derecho a contradecirme, a ser cada día nuevo, sin dejar por ello de ser el mismo siempre, a afirmar mis distintos aspectos trabajando para que mi vida los integre". Los que tan a menudo hacen frívolo hincapié en las paradojas de Unamuno, los que ven en sus dichos y contradichos el propósito de solazarse en un *bavardage* intelectual a expensas de sus lectores, harían bien en meditar sobre el contenido de esta notable declaración. Porque lo significativo de la contradicción unamunesca es que de ella brota un inagotable caudal de energía, de persistencia vital. Nada tiene que ver esa contradicción con el deliberado juego intelectual de quien se complace en contraponer ideas por simple curiosidad. Por interesante que parezca tal pasatiempo será, a la larga, infecundo, y quien a él se habitúe lo hará convencido de la propia impotencia espiritual. Una cosa, diría Unamuno, es coquetear con las ideas y otra cosa es fecundarlas. Y una idea que no se ha convertido en "aspecto de uno mismo" es de contenido vital nulo.

Sería equivocado suponer, no obstante, que todos los personajes unamunescos son agonistas en el sentido a que nos referimos, aunque probablemente lo son los más importantes. Junto a éstos, en flagrante oposición, figuran en ocasiones los antagonistas, esto es, los que encarnan una filosofía de la vida en manifiesta discordancia con la que propugna Unamuno. Ni que decir tiene que tan hijuelas de su autor son éstos como los agonistas, pero con una radical diferencia, a saber: que mientras con sus agonistas comparte Unamuno la cualidad de ser hombres, dejando aparte, como secundario, el cariz ideológico, en los antagonistas, por el contrario, el autor hace resaltar el cariz ideológico, dejando aparte, como secundaria, la cualidad de ser hombres. Acaso la mejor manera de acentuar esta diferencia sea, parafraseando a Unamuno, llamar al agonista idea-hombre y al antagonista hombre-idea.

Lo notable de los antagonistas unamunescos es que de ellos lo sabemos todo y no sabemos nada. Lo sabemos todo porque, al levantarse ante nuestros ojos en aparición súbita vienen ya provistos de todas sus armas, como otras tantas Minervas salidas del cerebro de Unamuno. Sus pensamientos y propósitos son mundos, precisos, y están exentos de la densa niebla en que, por lo general, se diluye la vida espiritual de los agonistas. Son criaturas sin dimensión de profundidad. En ellos no se ha operado la cismática diferenciación de la conciencia en que hemos creído descubrir la clave de la agonía. Si no marchan siempre con rumbo fijo, tienen al menos el absoluto convencimiento de que por el camino que van no pueden perderse. Son, en suma, los ideócratas o ideomaniacos, los que prevén la época bienaventurada en que, según don Fulgencio, el filósofo de *Amor y pedagogía*, "se hayan reducido por completo las cosas a ideas [y en que] desaparecerán las cosas quedando las ideas tan sólo". No sabemos nada de ellos porque su génesis nos es desconocida y porque, para conocer a alguien, precisa que su órbita temporal vaya a veces cerca de la nuestra en amigable o irritante compañía. Ahora bien, los antagonistas son intemporales. No son proyecciones vitales, sino momentos corporeizados. No nos acompañan, sino que ocasionalmente nos cortan el paso.

Recuérdese, a este propósito, cuán a menudo Unamuno vive la vida entera de sus agonistas. Ignacio Iturriondo, Apolodoro Carrascal nos son conocidos desde la cuna al sepulcro. La evolución de su personalidad es, a pesar de indecisos derroteros, parte de un flujo temporal. Son, en resumen, hombres "de carne y hueso" que nacen para agonizar y mueren porque agonizan. En cambio, Fulgencio Entrambosmares, Antolín S. Paparrigópulos, ambos antagonistas, ni nacen, ni agonizan, ni mueren. Y así debe ser, porque no son hombres; son meros ovillos de ideas.

Hay, a nuestro modo de ver, una estrecha ligazón entre la índole del personaje unamunescos y la manera en que ha sido sacado a luz, ligazón que bien pudiera expresarse en los términos siguientes: el agonista ha sido engendrado vivíparamente; el antagonista, ovíparamente. Uno y otro están ya implícitos en los ensayos de Unamuno, y a éstos es menester acudir para confirmar la conexión. Porque no cabe duda que la novela, o "nivola", unamunescas es sencillamente una prolongación consciente del ensayo, mejor aún, la superestructura de éste, aquella parte de la armazón intelectual de Unamuno visible por encima de la superficie turbulenta de su pensamiento. Conviene, a estas alturas, no atribuir una importancia desmedida a lo que Unamuno sugiere sobre la génesis ovípara de su novela *Paz en la guerra*. Lo ovíparo en ella es lo documental y externo, las observaciones sobre costumbres vascas y el relato de la guerra civil carlista, "para cuya hechura —añade el autor— procedí con tanta escrupulosidad como si se tratase de escribir una historia, pues no hay en él detalle que no pueda comprobar documentalmente". Esta vertiente aparenicial de Unamuno, esta solícita preocupación por el realismo epidérmico y la "hechología", no es más que una fase pasajera de su novela. Ya en el prólogo a la segunda edición (1923) de *Paz en la guerra* el autor declara: "En esta novela hay pinturas de paisaje y dibujo, y colorido de tiempo y de lugar. Porque después he abandonado este proceder, forjando novelas fuera de lugar y tiempo determinados, en esqueleto, a modo de dramas íntimos, y dejando para otras obras la contemplación de paisajes y celajes y marinas. Así... no he querido distraer al

lector del relato del desarrollo de acciones y pasiones humanas. . .". En las novelas posteriores la circunstancia será, pues, absorbida por el yo, y la acción novelesca consistirá en el relato del "drama íntimo" de la conciencia. Unamuno tratará de expurgar todo cuanto sea impertinente al desenvolvimiento de ese drama, todo aquello que pueda turbar con insidioso hechizo el forcejeo que se libra en la entraña misma de su criatura. El "mundo" de la novela será el que se invente azarosamente el personaje, un mundo soñado y creado a cada instante, pues, como dice Unamuno en frase que para sí quisieran nuestros flamantes existencialistas, "el sendero nos lo hacemos con los pies según caminamos a la ventura".

Entre el realismo documental de *Paz en la guerra* y el realismo íntimo de *Niebla* se discierne una etapa de transición en el desenvolvimiento de la novela unamunescas. Esta etapa se cristaliza en *Amor y pedagogía*. El "paisaje" y el "dibujo" desaparecen como lindes de la acción agonística, pero en su lugar surge la figura del antagonista quien, en cierto modo, viene a apropiarse esa misma función limitadora. El horizonte físico queda reemplazado por el horizonte ideológico. El agonista ya no se estrella contra la barrera que ante él levanta la realidad física, sino contra aquella barrera mucho más impenetrable y siniestra que le opone el mundo de las ideas recibidas, la tiranía ideocrática. Nada ilustra mejor el sentido de esa evolución que la manera en que mueren los agonistas de *Paz en la guerra*, *Amor y pedagogía* y *Niebla*: Ignacio Iturriondo muere derribado por la bala de un enemigo impersonal, esto es, se rinde ante lo físico; Apolodoro Carrascal se suicida, azorado ante un mundo en que la voluntad —el amor— nada puede contra el engreimiento de las ideologías sistemáticas —la pedagogía—: se rinde, pues, ante lo ideocrático; pero, en cambio, Augusto Pérez no se rinde ante nada; su voluntad de vivir no reconoce lindero alguno y en su afán de persistencia llega incluso a tramarse la muerte de su creador, Miguel de Unamuno, para que éste a su vez no le mate. El caso de Augusto Pérez es sintomático, pues, a partir de *Niebla*, los agonistas de Unamuno no soltarán la vida más que ante Dios mismo, compar-

tiendo en ello la suerte de su propio autor quien, como ente "nivolesco" que es, soñado y creado por Dios, también se morirá. "Dios —dice Unamuno— cuando no sabe qué hacer de nosotros, nos mata".

Nos hemos alargado tanto en la consideración teórica de los personajes unamunescos porque sólo entendiendo su morfología podremos elucidar su función. De lo expuesto parecería deducirse que la figura del antagonista ocupa un espacio muy reducido en la evolución de la novela de Unamuno, tan reducido que, sin peligro de exagerar, podríamos circunscribirlo a las páginas de *Amor y pedagogía*. Es ésta, en nuestra opinión, obra de cardinal importancia para quien estudie esa evolución, pues en ella se concluye la *fase concursiva* del pensamiento de Unamuno y en ella se apunta el arranque de la *fase discursiva*. En la primera de estas fases hallamos a un Unamuno en formación, que extrae de la confusa marejada ideológica que hacia él se precipita sustancia para el propio manjar espiritual; en la segunda se nos presenta un Unamuno ahito ya de todas las filosofías de segunda mano, un sér atormentado que va desenrollando angustiadamente el hilo de su propia visión del mundo y el hombre. El tránsito de la génesis ovípara a la vivípara, que sigue inmediatamente, es la instrumentación metódica de ese cambio radical. En vista de ello, estimamos justificado suponer que cuando el antagonista, engendrado ovíparamente, reaparece sin ton ni son en *Niebla* bajo el nombre de Antolín S. Paparrigópulos, nos hallamos en presencia de un notable anacronismo.

Si se acepta la delineación del antagonista que se dió más arriba, Paparrigópulos vendría a ser el perfecto personaje antagónico. Su aparición en la vida y la "nivola" de Augusto Pérez es momentánea, limitada al capítulo XXIII de *Niebla*. Ni antes ni después de ese momento desempeña papel alguno el erudito personaje, cosa en que sale del patrón de los antagonistas de *Amor y pedagogía* quienes, en calidad de fronteras ideológicas, oponen repetidas veces su *ne plus ultra* al derrotero del personaje agónico. Este es ya indicio de que el antagonista va de capa caída, de que Unamuno no sabe a ciencia cierta qué puesto asignarle en

la fábrica esencial de su novela. Es más, si se cercenara a *Niebla* ese capítulo XXIII, nada perdería el eslabonamiento sustancial de la trama; pero sí se perdería el fruto de una de las raras ocasiones en que Unamuno afloja su habitual adustez y parece deleitarse en formar una criatura de indudable perfil caricaturesco.

El anacronismo de Paparrigópulos, que hemos vislumbrado ya en el examen teórico de la novelística de Unamuno, se echa de ver claramente al desmenuzar los materiales con que Unamuno ha forjado a su personaje. Del análisis de ellos se concluye que Paparrigópulos es la encarnación de un complejo de ideas, prejuicios y opiniones de Unamuno que se remontan, en su exposición, a los ensayos primerizos del período ovíparo, es decir a los anteriores a 1904. Tomemos, por vía de ejemplo, el nombre mismo del antagonista: Antolín S. Paparrigópulos. La S. tímida y misteriosa que sirve de cópula entre el nombre de pila aflautado y el apellido funambulesco es la inicial del apellido paterno, del epónimo verdadero y trasmisible. Ahora bien, ocurre que ese epónimo es "Sánchez", un patronímico de baratillo —como lo son todos los patronímicos— cuya presencia viene a empañar el lustre de su poseedor y a hundirle en una especie de socialismo nominal. De ahí la amputación del apellido delatador, del cual sólo queda, en calidad de muñón atrofiado, esa críptica S. Tan ingenuo deseo de significarse mediante lo más significativo que tiene el hombre, v. gr.: su nombre, constituye la materia de un perspicaz ensayo que, en julio de 1903, publicó Unamuno bajo el título de *La selección de los Fulánez*.

Unamuno nos presenta a Paparrigópulos como "joven que había de dar a la patria días de gloria dilucidando sus más ignoradas glorias". La suprema aspiración del personaje está en darse a conocer algún día como investigador infatigable del pasado de su pueblo, en "reforzar con su voz, debidamente disciplinada, la hermosa sinfonía genuinamente nacional y castiza". Pocos hombres han mostrado tanta ansiedad por el porvenir de su raza como Miguel de Unamuno, y pocos hombres han oteado el horizonte de las nuevas generaciones con tan viva esperanza. Ya en 1895, en el ensayo *Sobre el marasmo actual de España*, Unamuno

diagnosticaba la causa de ese estancamiento espiritual hallándola en el hecho de que en España "no hay juventud; habrá jóvenes, pero juventud falta". Decir juventud equivale a decir "frescura y espontaneidad", ver el mundo con ojos capaces de descubrir instintivamente lo que tiene de nuevo, de maravilloso y de singular, defender ardorosamente la viabilidad de toda orientación novel por desequilibrada que parezca, arrojar del templo a los mercaderes del buen sentido y el justo medio. "Vivimos—apunta Unamuno— en plena *presbitocracia* (*vetustocracia* se la ha llamado), bajo el senado de los *sachems*, sufriendo la imposición de viejos incapaces de comprender el espíritu joven y que mormojean 'no empujar, muchachos', cuando no ejercen de manzanillos de los que se acogen a su sombra protectora. 'Ah, usted es joven todavía, tiene tiempo por delante. . .', es decir, 'no es usted bastante *camello* todavía para poder alternar' ". En un pueblo así, los jóvenes nacen viejos o envejecen al llegar a la edad juvenil, movidos por el miedo de desentonar, a salirse de la pauta recibida, y a perder por ello el espaldarazo que habrá de mandarles, armados caballeros de la senilidad, a proteger el orden establecido. Paparrigópulos es un ejemplo admirable de ese tipo de español joven carente de juventud. Para él lo imperativo es "no desafinar", no ahuecar la voz en barítonos filosofantes ni atiplarla en gorjeos modernistas. Demasiado bien sabe que, evitando el "llaneza muchacho" de los viejos, llegará sin otro inconveniente al punto de su destino. Su minuciosa labor de erudición vendrá, a su debido tiempo, a engrosar el ya voluminoso caudal de monografías, apuntes, comentarios y reseñas sobre "ignoradas glorias" de su patria, sin pensar que, si son ignoradas, se debe a que merecen ignorarse, y por fortuna seguirán ignorándose aunque se las saque a luz. Descubrir y comentar un oscuro manuscrito e incluirlo en una colección de libros raros y curiosos no es volverlo a la vida; es sencillamente trasladarlo de la fosa común a un mausoleo. La erudición de Paparrigópulos se complace en la trasvasación de datos, en un alterno tragar y vomitar de libros consumado en la calma sofocante de su cuarto de trabajo, lejos de la vida y de los hombres. "El estudio. . . oscuro, paciente, silencioso —pro-

clama el joven erudito— es mi razón de ser en la vida”. Al tiempo en que Augusto Pérez va a visitarle, Paparrigópulos está dedicado al análisis de la mujer, tarea singularmente desinteresada, porque está basada “más en los libros que no en la vida”. “Pertenece —añade Unamuno— a la clase de esos comentadores de Homero que, si Homero mismo redivivo entrase en su oficina cantando, le echarían a empellones porque les estorbaba el trabajar sobre los textos muertos de sus obras”. Y excusa decir que la misma suerte de Homero correría cualquier mujer de carne y hueso que viniera a turbar los estudios en que está enfrascado nuestro personaje.

Esta faceta de Paparrigópulos arranca del ensayo *La juventud “intelectual” española*, de marzo de 1896, en el que Unamuno volvía a subrayar irritadamente la diagnosis de que en España “no hay juventud”, expuesta un año antes en *Sobre el marasmo actual de España*. Temía Unamuno, no sin razón, que al reaccionar contra la hueste de los señoritos buscaempleos, rimadores amenos, enciclopedistas de café, y ponderadores del “garbanzo castizo” cultural, se cayera en el grave error de atribuir un valor desmesurado a la erudición exangüe de los colectores de papeletas: “hay también —decía— la oscura legión de los jóvenes modestos y graves, de sólidos conocimientos, de hábitos de abnegada investigación libresca, la legioncilla laboriosa y formal de los ratas de biblioteca o de revistas, que compulsan con toda conciencia la fe de bautismo de algún olvidado ingenio de nuestros pasados siglos, de alguna lumbrera apagada de la ciencia española o el último trabajo *formal* que viene de fuera”. En su entusiasmo por lo cuantitativo, por el acaparamiento del dato insignificante y el detalle nimio, por la mera acumulación de hechos de que parte el método científico, Paparrigópulos llega a convencerse de que “en última instancia todo es forma”, esto es, de que todo puede reducirse a representación esquemática e ideal. Su falta de imaginación le impide ver que dentro de cada forma palpita una cualidad, a cuyo descubrimiento debe aspirar la verdadera ciencia para tener un valor y contenido humanos. En su obsesión por las formas y las fórmulas, Paparrigópulos podría compararse a un

anatomista que, en su análisis de la estructura de tejidos, vasos y músculos, se olvidara de que éstos tienen una función fisiológica y de que, al fin y al cabo, estudia el cadáver para comprender mejor el cuerpo vivo. En la medida de sus fuerzas Paparrigópulos concibe un universo que, en sus rasgos generales, no difiere mucho del de Hegel. También Hegel "comprendió que el mundo de la ciencia son formas enchufadas unas en otras, formas de formas y formas de estas formas en proceso inacabable". Pero el formalismo trascendental de Hegel tenía, como objetivo último, el redescubrimiento de la realidad, mejor dicho, de lo cualitativo de ésta, y, con ser muchas y válidas las objeciones que a su sistema se pueden hacer, es indudable que el esquematismo hegeliano es, ante todo, instrumental. Ello se confirma recordando, como sugiere Unamuno, que "de las ruinas de aquella torre [la filosofía de Hegel], aspiración a la ciencia absoluta, se han sacado cimientos para la ciencia positiva y sólida". Al igual que Hegel, Paparrigópulos ve en el universo "un caleidoscopio de formas enchufadas las unas en las otras", pero formas que ya no son instrumentales, sino absolutas. El mundo es un "caleidoscopio", es decir, un juguete, en cuya policromía simétrica se divierte, sin otro propósito, el observador que sin cesar sacude el tubo. Nuestro personaje viene a ser un hermano menor de don Fulgencio Entrambosmares, antagonista de *Amor y pedagogía*, quien, por creer a pies juntillas que "el universo se ha hecho para ser explicado por el hombre", estiliza esperpénticamente la filosofía de Hegel. Paparrigópulos no va tan lejos. El diría, con su habitual modestia, que el universo ha sido hecho para ser clasificado por el hombre. Y que esta clasificación no hace prever una explicación ulterior se evidencia en que, como señala Unamuno, su personaje "no había publicado nada, ni lo ha publicado todavía". El formalismo deshumanizado de uno y otro antagonista incorpora las observaciones que Unamuno hace sobre Hegel en el ensayo *La tradición eterna*, de febrero de 1895.

A Paparrigópulos le cuadra a maravilla el conocido dictamen de Buffon: "le génie n'est qu'une grande aptitude à la patience", esa paciencia que le capacita para tra-

bajos de orfebrería erudita y para el rastreo pertinaz de aquel dato que, precisamente por ser el más insignificante, ofrece, en su captura, mayores garantías de originalidad. Apercibiéndose de que el águila ve mucho y distingue poco, y la hormiga ve poco y distingue mucho, Paparrigópulos se pronuncia en favor de la visión formical del mundo, fraccionándolo en sus componentes microscópicos y señalando a éstos el lugar correspondiente en un exquisito fichero. No es, por consiguiente, extraño que su lema sea "todo lo que se gana en extensión se pierde en intensidad", y que tenga fe ciega "en las maravillas de la diferenciación del trabajo y en el enorme progreso aportado a las ciencias por la abnegada legión de los pincha-ranas, caza-vocablos, barrunta-fechas y cuenta-gotas de toda laya". Paparrigópulos no parece darse cuenta de que la diferenciación del trabajo, cuya utilidad para la ciencia nadie se atrevería a discutir, no es un fin en sí, sino sólo el medio de facilitar el gradual acercamiento de todas las ciencias bajo el "poder integrador" del hombre. Cuanto más se especializa la actividad humana, mayor esfuerzo deberá hacer el hombre para no diferenciarse, para ser "hombre pleno, íntegro, capaz de *consumir* los más de los diversos elementos que un ámbito diferenciado le ofrece". En la febril manía por diferenciarse, por supeditar la vida al conocimiento en vez de enriquecer aquélla por medio de éste, se descubre un síntoma de la grave dolencia que entenebrece el porvenir del hombre: la mengua de su dignidad. Porque hoy, como lamenta Unamuno, "no basta ser hombre, un hombre completo, entero; es preciso *distinguirse*, hay que subir lo más posible del cero de la escala y subir de cualquier modo, hay que adquirir valor social de cambio". De ahí la concentración, cada día más absorbente, en lo infinitesimal de la experiencia humana, en las partículas diminutas de conocimiento depositadas en las rugosidades y hendiduras del árbol de la ciencia. La apetencia de originalidad es, en el hombre de nuestros días, razón bastante para el sacrificio de lo que en él hay de "verdaderamente original... lo originario, lo común a todos, lo humano". Paparrigópulos no titubeará en ahogar al individuo que lleva dentro como tributo al satánico deseo de relumbrar.

Tres obras prepara a este fin: "una historia de los escritores oscuros españoles, es decir, de aquellos que no figuran en las historias literarias corrientes", una obra sobre "aquellos [escritores] cuyas obras se han perdido", y una "historia de aquellos otros que, habiendo pensado escribir, no llegaron a hacerlo". No es probable que estos trabajos lleguen a cuajar, pero de ello no será culpable el erudito. El universo de lo insignificante es tan vasto, hay tantos granos de arena en la playa del conocimiento humano, que ni la infinita paciencia de un hombre como él puede aspirar a contarlos. Quienquiera que desee ahondar en las ideas de Unamuno sobre integración humana y diferenciación del trabajo, de las que Paparrigópulos es una deformación parcial, puede acudir al ensayo *La dignidad humana*, cuya fecha de composición es incierta, aunque es indudablemente anterior a 1900.

Tal es, en suma, Antolín S. Paparrigópulos, antagonista unamunescos. A los trazos que en su retrato hemos acentuado podríamos añadir otros varios de menor importancia. Todos ellos, en conjunto articulado, tenderían a corroborar lo que más arriba anticipábamos, a saber, que la introducción de tal personaje en *Niebla* es un curioso anacronismo. El Unamuno de 1914 ya no necesita de antagonistas para afirmar, por contraste, la esencia agnosta de sus mal llamados entes de ficción. La masa ideológica con que Paparrigópulos ha sido modelado proviene de aquella fase en el pensamiento de Unamuno en que éste va cimentando su posición ante las ideas recibidas, la fase concursiva, ovípara y antagonista que finaliza, según propia confesión, en 1904. No sin motivo dice Unamuno de Paparrigópulos que "no puede... escribir de este erudito singular sino con reposada serenidad y sin efectismos *nivolescos* de ninguna clase".

RUFINO TAMAYO

UN NUEVO CICLO DE LA PINTURA DE MEXICO

Por *Luis CARDOZA Y ARAGÓN*

HACE cosa de tres lustros escribí un ensayo sobre la pintura de Rufino Tamayo, recogido, más tarde, en "La Nube y el Reloj", libro que publicó la Universidad Nacional Autónoma de México. Mis apreciaciones allí expuestas acerca de la pintura mexicana contemporánea, me siguen pareciendo exactas, en sus lineamientos generales, aunque algunas de sus páginas, y entre ellas las dedicadas a Tamayo, se hayan quedado cortas en relación a la obra que ha pintado en los últimos años. Sin embargo, aquella valoración del gran pintor mexicano, la sigo considerando justa y acertada en sus direcciones básicas. No pude prever que lograrse acendrar y superar tanto la línea de su arte que, al ahondar en sí mismo alcanzase, con magnífico y mexicanísimo refinamiento, las sinfonías plásticas que hoy admiro en esta muestra de su talento.

Cuando al recorrer la exposición vamos desde su naturaleza muerta del reloj despertador y aquellos plátanos sobre una mesa (año 1932) hasta la naturaleza muerta en blancos y grises, pintada cerca de veinte años después, casi el mismo tema exactamente, advertimos el extenso camino recorrido dentro de sí, dentro de su pintura y la unidad innegable de la misma. Su originalidad, su pureza intrínseca, surge avasallante y las virtudes que nos hicieron amarla entonces, las encontramos como antes, pero con nuevas dimensiones y desarrollos mucho más complejos y logrados.

La orquestación del color, sobre todo, vuélvese sinfónica y con una profundidad que no tiene ninguno de los pintores mexicanos: Tamayo, con la resonancia inconfundible que da a sus obras, se destaca no sólo en la pintura

de su patria sino en la pintura contemporánea. El recuerdo de Matisse llega a la memoria, no como influencia, sino por la vibración de su color. En Tamayo hay una profundidad que no tiene Matisse, situada en las antípodas del gran artista francés: es un color mexicano, mexicano de Tamayo, grave y radical, torno a repetir, con sus gamas de ocres y rojos, de verdes, azules, grises. La resonancia es muy diferente en ambos: alas y espuma reverberantes en Matisse, con sutilísima gracia decorativa; pie firme y tezontle o jade en Tamayo, con exquisita fortaleza plástica.

Nada hay más presente en toda la obra de Tamayo que su tierra natal, con sus formas, colores y resonancias. Cuando a veces, muy raras veces —nunca, en realidad— desaparece ese mundo, un instante brevísimo, como para reafirmar su dominio con mayor majestad, pensamos que la mejor pintura francesa de nuestros días asoma como una flor entre los labios de un ídolo. Y si tornamos los ojos a sus primeras obras, óleos o gouaches, veremos que tal aparición es fiel desde entonces, y que ha servido como elemento catalizador, para alcanzar sus propios desarrollos sinfónicos. Es una relación de época que se establece por la necesidad en Tamayo de que sus cuadros se sostengan solamente por las virtudes privativas de la pintura y, sobre todo, de su propia pintura.

Tamayo entiende la pintura de manera muy diferente —y hasta opuesta— de la tendencia más universalmente conocida de la obra mural contemporánea de México. Y en ello reside uno de sus valores extraordinarios y fundamentales, así como la más exacta y valedera razón de ser de su pintura.

Es opuesto —antípoda— a la tendencia de Siqueiros, y digo de la tendencia, porque en la obra de Siqueiros, dentro de su apasionamiento, sin darse cuenta o contra su propia voluntad, tal oposición no suele ser tan manifiesta. Tamayo va, con muy sensibles balanzas, hacia la más acabada pureza de la pintura que anhela ser nada más que pintura. Dentro de tan severa disciplina, alcanza a decirnos, con claridad poética de medios estrictamente plásticos, la verdad de México en sus esencias populares y tradicionales. Tamayo es un artista en quien las recónditas voces

de su tierra, con su caudal de siglos, engendran un coro henchido de la extraña unidad que le otorga, como a ningún otro, su tradición popular y su transposición culta y actual, actual de siempre, como ocurrió con Federico García Lorca. No me gusta esta invasión de campos diferentes que acabo de hacer, al recordar la poesía del granadino a propósito de Rufino Tamayo; pero, dada la dificultad que encontramos al intentar asir la verdad de una obra, la dejamos aquí con la validez de una metáfora.

Qué bien para el arte de México que además de la tendencia de la pintura mural haya surgido una obra de intención opuesta y alcances singulares. Sin puntualizar decimos pintura mural, en términos generales, señalando la tendencia social-política que la caracteriza, aunque en mucho de Orozco y también en lo mejor de Diego, lo más interesante muchas veces sea lo que llamamos, para explicarnos en el caso de Rivera, sus "herejías". Es indispensable que se sepa dentro y fuera de México, ahora que la pintura mural ha empezado a cerrar su ciclo y no se percibe posibilidad de superación entre sus grandes artistas, que una nueva creación, no sólo diferente sino opuesta, se ha abierto camino y continúa la tradición de la mejor manera: no tal postrera marejada de un movimiento, como séquito moribundo que marcha por inercia, sino como fuerza nueva y potente, animada y dirigida por sus propias alas.

Orozco ha sido, con frecuencia, un disidente dentro de la línea más generalmente conocida de la pintura mural mexicana: una pintura eminentemente social y política, catequizadora y entendida como arma para la lucha. Pero ¿no podríamos decir algo semejante del propio Siqueiros y, desde luego, de Rivera? Los límites de tal orientación son patentes cuando, con rigidez que no puede ocultar ni la más brillante dialéctica, quiere erigirse en infalible norma, cerrando la ruta a algo más revolucionario y, por ende, eternamente válido: la búsqueda y constante investigación de la verdad.

No pretendemos ser poseedores de la verdad, ni admitimos que nos la encuentren y nos la den ya hecha, sino que la construimos y la conquistamos minuto a minuto: buscamos, investigamos, y nos alzamos contra todo sistema,

contra toda tendencia que tienda a limitar la invención, aunque sea con el más valioso pretexto. El dinamismo de las cosas y los acontecimientos obliga a la cultura a alejarse, aparentemente, de ejercer influencia, de hacerse política, para desarrollarse en el camino de la investigación, que es el mejor para servir históricamente. Sin embargo, no es menos claro que el artista debe ser dueño de perfecto conocimiento político de la realidad histórica en la cual alienta, así como el político debe comprender los problemas planteados por el artista. Las dos disciplinas, las políticas y las culturales, siempre se han encontrado muy estrechamente unidas. En Siqueiros la confusión o, más bien, la limitación de sus escritos proviene de considerar el marxismo como un sistema, en vez de comprenderlo como un método.

Qué bien que se conozca en México este nuevo eslabón de su tradición artística. Y digo en México porque la obra de Tamayo hace años que tiene repercusión en el mundo mucho mayor a la que encuentra en su propia tierra. No cabe duda que la pintura mural ha pasado ya el cenit, después de cumplir, admirablemente, con su destino histórico, en todos los terrenos de su posibilidad y su ambición. No es que pretendamos desconocer su valor singular, sus logradas realizaciones; no es que en nuestra memoria viva sólo su insistencia, su limitación y sus caracteres vulnerables. El amplio análisis de sus más altos triunfos, de sus mejores ejemplos, lo hemos hecho en "La Nube y el Reloj". Allí mostramos, a tiempo, con esfuerzo extenso y coherente, las razones más justas de su renombre y de sus debilidades. Todo ello no impide, sino que, por el contrario, nos ayuda a percibir el requerimiento de proseguir la tradición del arte de México por el mejor camino de forjar la tradición: contradiciéndola, enfrentándose a ella. Siempre se ha formado así la tradición: yendo contra ella, con aportaciones que no son "continuación", sombra de un cuerpo, sino energía y verdad nuevas, alma y cuerpo, que más tarde dará su propia sombra cuando engendre, fatalmente, su academia. No es la insistencia dentro de la pintura mural, en la dirección que apasiona, en sus teorías, a David Alfaro Siqueiros, en la clásica dirección —dijéramos— de esta pintura, que ha pasado ya su hora más brillante entre nosotros,

lo que significaría renovación o continuidad verdadera de la tradición. Tamayo es digno sucesor de la tradición artística de México porque su obra es lo contrario a esa insistencia, lo contrario a una sombra de José Clemente, Diego o Siqueiros. El sitio de Tamayo se halla, por lo mismo, entre los mejores pintores de México y de cualquier gran época.

Hay otra cosa en el arte de México, y no sólo la pintura mural que creó con su pujanza y el entendimiento de su momento, el renombre universal de la plástica mexicana. Digamos lo que digamos, la dimensión de Diego Rivera, Alfaro Siqueiros o José Clemente Orozco, no la estamos escatimando, sino la estamos considerando como siempre lo hemos hecho: con franqueza y sinceridad, con la crítica admiración que siempre hemos deseado. Allí está la obra de estos pintores, creciendo en su grandeza y reduciéndose en sus debilidades, como toda obra digna de resistir al tiempo, de renacer de generación en generación. Hay otra cosa en México, algo nuevo, diferente, opuesto a la pintura mural: el arte de Tamayo. Y recuerdo también, el de sus grabadores: Leopoldo Méndez, Alfredo Zalce, José Chávez Morado, en quienes, mejor que en otras presencias jóvenes de la plástica mexicana, encuentro los valores más representativos. Orozco perdura en nuestro pensamiento con su señera condición de poeta trágico, del más grande poeta trágico que ha dado América. Acaso no tiene igual en el arte de nuestros días, y cuando pensamos en lo que lleva realizado, su obra nos parece prodigiosa por su riqueza y su intensidad vaticinante, patética y desgarradora.

No hay asidero extraño a la pintura misma y lo que Tamayo tiene que decir lo dice líricamente, sin arenga, cantando en sus formas y colores. No hay cuadro que no sea pretexto para juegos propios de su pintura empecinada, sin proponérselo, en no ser sino pintura. Desde luego, el mensaje existe, como ha existido siempre en toda obra esencialmente lírica, por extremada que sea su pureza y su intención. Esta obra sólo pudo haber sido pintada por un mexicano, aunque se insinúe la Escuela de París en algunos de sus cuadros: se realiza dentro de una intención universal, pero con acento y contenido tomados de su propio suelo.

Su interés, su valor, reside en ello primordialmente, y contra el criterio del materialismo histórico y la enseñanza misma de la historia, se halla la exigencia, desde luego pueril, de querer mantener abierto un ciclo de la pintura mexicana que se está cerrando con la fatalidad ineludible que engendra situaciones políticas y sociales diferentes. Con la revolución y por la revolución, surgió a la vida la nueva pintura de México. Sin la revolución, indudablemente, no se hubiera producido tal y como es; pero han pasado cerca de cuarenta años de la revolución hasta la fecha y otras son las condiciones.

Con sinceridad y decisión, con lealtad a México, a sí mismo, y con la fatalidad que nos imponen los hechos y las circunstancias sociales y políticas, hevos visto cómo la joven pintura se ha ido alejando, sin excepción alguna, de las líneas originales engendradas por la revolución, encerradas, principalmente, en la pintura mural. Aun en los pintores jóvenes, en que el pensamiento político revolucionario es patente —como en Chávez Morado, Alfredo Zalce, Raúl Anguiano— los caminos son otros.

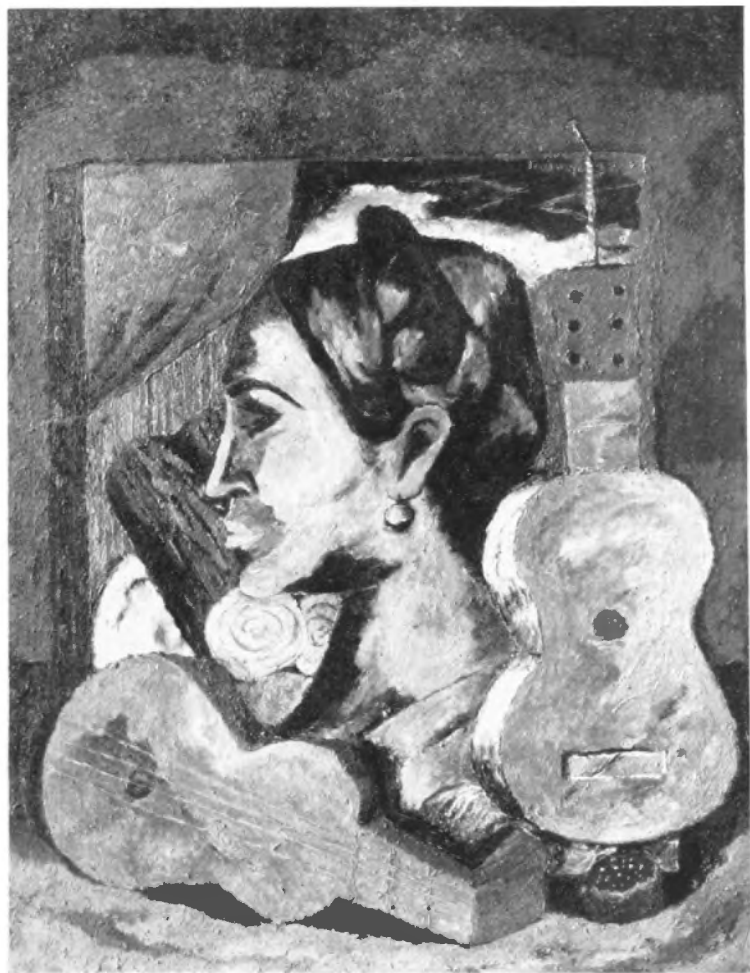
No han vivido la época heroica, la epopeya revolucionaria, porque han nacido al arte varios lustros después. No creo que debemos apreciarles por lo que, para Siqueiros, pueda ser incompetencia política que se traduce en incompetencia artística. El error, en nuestro parecer, nos inclinamos a pensar que está en Siqueiros, por juzgarles hasta de modo antimarxista. “¿Qué significa para un escritor ser ‘revolucionario?’” —escribe Elio Vittorini, en “Politécnico”, al cerrar recientemente con su correligionario Togliatti una polémica sobre estos debatidos temas—. “Mi familiaridad con ciertos políticos me ha enseñado que ellos reconocen la cualidad de ‘revolucionario’ en quienes embochan la trompeta de la Revolución en torno a los problemas políticos, en quienes se adueñan de los problemas políticos y los transforman en bel canto: con palabras, imágenes, comparaciones. Tal cosa, en mi opinión, nada encierra de revolucionario; por el contrario, es una manera de ser “arcádico”.* El asunto, el tema puede ser un gran problema revolucionario, pero si el escritor no lo ha encontrado di-

* Forma conformista del arte.

rectamente en la vida, si le llega porque la política o la ideología le han servido de intermediarias, si le llega como "tema", hará tronar la trompeta y será "arcádico", y no un escritor revolucionario. En la hipótesis mejor, si posee un temperamento lírico, nos dará lirismo. Pero, no es el lirismo lo que hará de un escritor un revolucionario". Reclamarles a las nuevas generaciones que vivan en ese clima que animó e hizo cuajar el gran movimiento de la pintura al fresco, es claramente arbitrario. No puede llegarles por programa, como tarea o tema. Cuando pintan dentro de tal clima —clima perfectamente artificial— hacen lirismo o "arcadismo" y, sobre todo, pintan lo que no existe, fantasías o aspiraciones secretas: hacen mal surrealismo, como pésimo surrealismo es, y no marxismo, exigir la persistencia de una obra en ambiente que ya no existe, porque han cambiado radicalmente las condiciones históricas.

Rufino Tamayo es resultado tan legítimo de las condiciones sociales y de la evolución de la pintura, como lo fueron y lo son en dirección opuesta Alfaro Siqueiros, Orozco y Rivera. Falso sería en él todo esfuerzo que pretendiera prolongar un rumbo que, con criterio puramente marxista, como lo desearía Siqueiros, habríamos de estimar obsoleto en Tamayo y la joven pintura mexicana. Tamayo es casi de la edad de Siqueiros, y de hecho son de la misma generación; pero, por temperamento, intuición y condiciones históricas, Tamayo no aceptó nunca ser voz en el coro de solistas de "los tres grandes": Rivera, Orozco y Siqueiros.

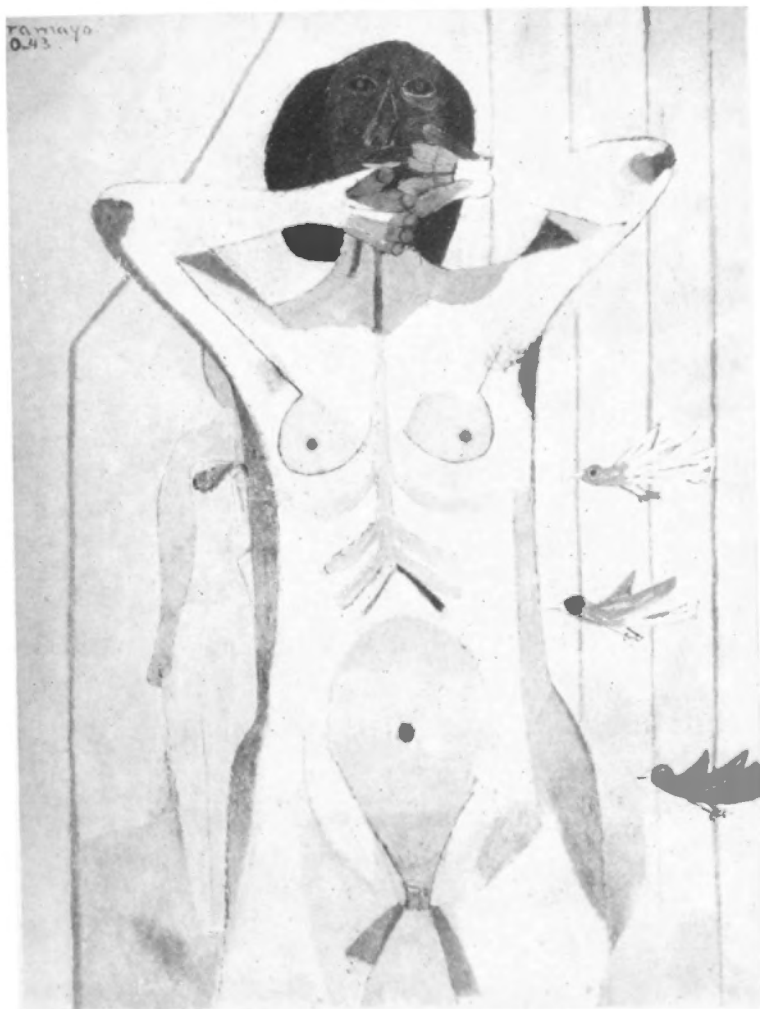
La maestría con que están pintadas sus obras no nace, simplemente, de su amorosa minuciosidad, de su ajustado tono, sino de la armoniosa profundidad con que resuenan sus elementos personales y gentilicios. Las formas precolumbinas, y tal vez, las de santos coloniales de los pueblecillos mexicanos, se hallan transpuestas muy ampliamente, con vuelo verdadero, hasta alcanzar la asunción característica de la obra *creada*. No están presentes imitativamente, sino que de la captación de su energía poética, llevada a otros ámbitos, surge esta pintura de Tamayo en donde encontramos confundido ese primitivismo fuerte y admi-



RUFINO TAMAYO. *Naturaleza muerta con retrato*. *Óleo*. 1932.



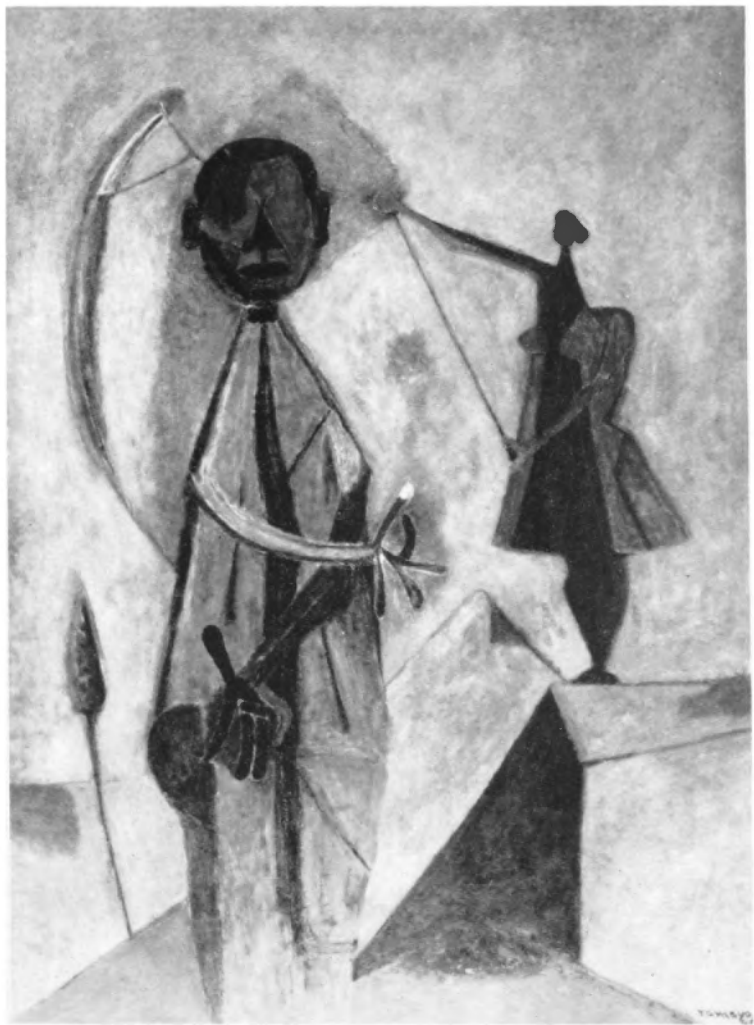
Niña bonita. *Olro*. 1937.



Desnudo en blanco. Óleo. 1943.



Bailarinas sobre el mar. *Óleo*, 1941.



Autorretrato. Óleo. 1946.



Mujer alcanzando la luna. *Óleo*. 1946.



Hombre feliz. *Oleo*. 1947.



Pájaro agresivo. *Óleo*. 1948.

rable y el ímpetu de la más elaborada pintura contemporánea. De tal confluencia engéndrase nuestra sorpresa, y su impacto es grande en nuestro espíritu. Sentimos su mexicanidad, su remoto acento, y, a la vez, pensamos en dos o tres nombres de entre los más notables de la pintura europea de nuestros días. Rufino Tamayo está pintando a México con lenguaje y metáforas y sentimiento hondos, populares y tradicionales, en donde lo europeo nutre con su lección su fuerza, para que ésta se realice con cabal plenitud. Porque esta pintura no es europea, y hasta lo es menos que mucha otra del México coetáneo: su carácter nacional, su ubicación es completa en tiempo y en espacio, como toda obra que se alimenta de legítimas esencias. Desborda su mexicanidad en síntesis de elementos arqueológicos, coloniales y populares, lograda a través de nuevas presencias insólitas y personalísimas. Para muchos, en el color y en sus calidades plásticas, reside el valor general y accesible de esta obra. Sin embargo, color y calidades plásticas, encierran función adjetiva y no función sustantiva: son resultado y no origen. Surgen del desarrollo de un concepto de la forma y el color; surgen de sensualidad propia y, más que todo, del entendimiento de lo que es la pintura. Tamayo no podía encontrar su camino en el fresco, porque el fresco requiere una dimensión de la cual su pintura carece: decimos *decorar al fresco*, pero la pintura al fresco *no debe ser decorativa*. Tamayo logra en sus mejores obras un objeto, un ser poético que vive y canta sencillamente el gozo admirable de la plástica. No es una pintura decorativa: la gravedad de sus contrabajos y violoncellos, de tono extraordinariamente cálido y lento, reclama percepción aguda que ilumine sus facetas ocultas y muestre su profunda mexicanidad moderna y milenaria.

Los objetos, recuerdos, nostalgias, son un punto de partida: se sale de ellos, se aleja y su memoria de pintor se recrea tanto en su meditación que asocia muchos elementos distantes e inventa temas y variaciones. Cuando más logra salirse de los objetos o mayor penetración logra en ellos por medio de asociaciones y confluencias de matices, rimas y transposiciones, entonces advertimos con certeza el camino de su desarrollo. Sus límites pueden pare-

cer reducidos en una naturaleza muerta; pero, surgen innumerables correspondencias de elementos, y así el objeto, como objeto mismo deja de existir para transfigurarse. Piedras, plantas, animales, obras de la naturaleza y de los hombres de México, emergen poco a poco en cada una de sus telas, lentamente ajustadas y de pareja resonancia. No es un color objetivo, sino un color de esencias que consiguen mantener su hegemonía en el recuerdo y en la invención. Parte de una tuna, de los colores de una cajita popular o de unos papeles verdes o morados en que se halla impreso un "corrido"; de un muro de tezontle o de cantera verde de Oaxaca; de un color Guanajuato o de un color Yucatán; de una figura humana, de un perro o de un caballo, exactamente, como lo hace el músico con el tema de la danza popular que liberta dentro de una sinfonía. Pero, el impulso de Tamayo ahora es mucho mayor, y los elementos reales, populares, se hallan aprovechados con tan rica y variada transposición que ya no recibe la simiente para devolverla simiente sino para devolverla fruto o flor. Tamayo expresa lo natal por otros caminos, hemos señalado, sin influencia alguna de sus compañeros, de los cuales difiere fácil, firme y netamente. Hay una oposición frontal con la corriente mayor y la equivocación al acercarnos a él surge de querer establecer inútiles comparaciones. Si en Orozco, temperamento dramático, hay una trasmutación de pasiones, en Tamayo —temperamento lírico— hay una trasmutación de sensaciones. Los objetos que hace el pueblo, el ámbito en que vive, también expresan su alma y la conforman.

Pienso, o más bien sueño y creo en mi imaginación el retrato de México que están pintando sus artistas actuales. Es como un mosaico, en el cual cada uno participa con sus mejores dotes y sus más logradas perfecciones. No es una obra de sacrificio de personalidades, sino de madura exaltación y plenitud de las mismas. México es esa gigantesca imagen en que se halla la voz de sus ídolos y sus altares virreinales, sus expresiones populares, su complejidad y su exquisita elementalidad abrupta, su pasión, misterio y profecía. Aquellos que han penetrado su misterio y profecía, son los pintores más grandes, los que han trabajado en

nuevas dimensiones. Sin embargo, a México no lo percibimos sino en la suma de todos. Una suma en que cada uno da su espíritu sin sacrificarlo, sin limitarlo y confundirlo en el total. Nada más absurdo que exigir en nombre de lo que sea, la permanencia de un tono o de un rumbo. El retrato de México no puede ser sólo éste o aquel rasgo, sino también lo que no conocemos: sobre todo lo que no conocemos. Estará hecho y —jamás terminado— como habría querido el Conde de Lautréamont: hecho por todos. Hoy vemos la aportación de Rufino Tamayo en el retrato que la pintura contemporánea traza de México. La falta de Tamayo la advertíamos, y de sentir su ausencia con nuestra pasión y también con las sollicitaciones de la época, comprobamos su legitimidad. Se ha colmado un vacío y el retrato se completa un poco más, y hasta el parecido ha mejorado. El modelo se mueve sin parar y cuando pensamos que ha sido fijada una imagen definitiva, la duda nos ilumina simultáneamente con su fecunda molestia. Nuevas generaciones retocan o empiezan el trabajo interminable, y a cada siglo va siendo más clara su presencia, como si estuviésemos desenterrando una estatua en el centro de una noche de siglos. Hemos visto a Tamayo trabajar con eficacia y con amor verdadero en esa apasionante tarea.

Tamayo compone sus poemas, sobre todo, con el color, con sus valores plásticos: texturas, gamas sinfónicas de mexicanidad radical, formas que emergen de la plástica precortesiana, cuya novedad no se marchita nunca, cuya fuerza no languidece nunca. Por su depuración hasta reducirse a sus elementos esenciales, sin otra intención que la de ser canto, se le ha querido señalar como superficial: es el ejemplo claro de una voz que dice la verdad de México, de acuerdo con su temperamento y con su propia comprensión de la pintura. Ha surgido en el mejor momento para destacarse: su presencia se impone con la mayor sencillez y hasta como con desgano, por sí misma y ajena a otro designio que ser y estar allí, viva y pujante, cantando por cada pulgada de su superficie, con acento y contenido que surge con legitimidad igual a la de la más mexicana y nativa obra de arte. No es una voz más en el coro, sino que canta aparte, por su cuenta y riesgo, y como se le da la gana. No

había sitio para ella en el coro mural, en donde, en realidad, hay tres solistas aparentemente reunidos y con una misma intención igualmente aparente. El ciclo de la pintura al fresco lo abrieron y lo están cerrando sus creadores, en el muro y fuera del muro, en sus óleos, grabados y acuarelas. Rufino Tamayo abre un nuevo ciclo.

ESTO TAMBIEN ES GRITAR

Por Lino NOVÁS CALVO

"Esto También es Gritar" es un fragmento de novela. El lector necesita algunos antecedentes para comprenderlo. Los personajes principales, Santos Oquendo y Camila Timiraos, han venido a caer, tras una serie de vicisitudes, al delito que una revolución triunfante castiga con más severidad. Santos vino a ser confidente; Camila, percatándose un día de que lo es, y de que va a ser descubierto por Chano, uno de los conspiradores, a quien ella amaba, lo mata para salvar a Santos. En Chano concurre también la circunstancia de ser hijo del médico que asistió al niño: el Dr. Alderac, a quien en vano Santos había suplido: "¡Doctor, si no ha de vivir bien, que no viva!" A partir de entonces, la desdicha se asienta sobre la familia y Santos va derivando hacia la culpa que ahora, en esta noche de agosto de 1933, hace crisis con lo que se relata en este capítulo.

Los dos últimos días han sido de expectación y de silencio entre nosotros. Santos no quiere hablar y yo no me atrevo a preguntarle. Viene a casa más a menudo; a veces para el carro a la puerta, apaga el motor, vuelve a prenderlo y sigue. Con todo, no se le nota nada exteriormente; ha aprendido a controlar los músculos de la cara y la luz de los ojos. Desde arriba, lo he visto dos o tres veces cruzarse con el Largo. Se saludaron con gruñidos. Todavía el Largo sigue en su cuarto debajo de la escalera, con su enjambre de fiñes. No ha hecho ningún movimiento; nadie sospecha y a nadie da motivo de sospecha. Todavía ayer se pasó dos horas delante del cuarto de Fuguíta, el joven muerto por la policía, velándolo como todos. Parecía contristado. Quizás lo estuviera. Quizás fuera él mismo una de las causas de la muerte de Fuguíta.

Santos se sienta a la mesa y mordisquea y pellizca la comida. Es su única forma de decirme que van mal las cosas. Por otro lado, no tendría que decírmelo. Lourdes lo dice. Lo dicen todos. Para ellos (para todos, menos nosotros, y los demás señalados) van bien las cosas. Repiten la frase consabida: Lo bueno que tienen, es lo malo que se han puesto. Ahora se están poniendo realmente malos para nosotros. Yo lo siento, además, premonitoriamente. Otra vez ha vuelto esa presión, que me avisa, que me hace sentir, y sufrir, las malas noticias antes de que ocurran, con la agravante de que ahora expresan, ya claramente, la noticia. Alguien grita en el patio: ¡Ahora sí que se cae el Hombre!

Por la mañana enterraron a Fuguita. Por la tarde se hizo un silencio expectante. Al menos, así se me figura. Ni aun los niños alborotaron en el patio. Hace un calor aplastante. El sol quemó todo el día con encono, todas las azoteas parecen calcinadas. Se me ocurre que todas las casas son bloques de ceniza, que se sostendrán solamente hasta que sople la brisa. Pero la brisa no sopla. El zinc de nuestro techo está como al rojo-blanco. El vaho es inaguantable dentro del cuarto. Yo he bajado a Tarsito al cuarto de los Temes, para que juegue, y subo tres cubos de agua. Los echo en el tanque y me meto debajo de la ducha. El tanque ha calentado el agua y salgo de la ducha como de un baño turco. Me siento débil; en las últimas semanas, he comido voraz y continuamente, echando grasa, pero en los últimos días la presión (esa presión oscura que ahora es casi transparente) me ha botado el apetito. También yo mordisqueo en la mesa.

Me pongo el vestido de zaraza y salgo en dirección al mar. Fina Temes me cuidará a Tarsito. Le ha cogido cariño. Es curioso. Ella, que no ha podido tener hijos, ha venido a encariñarse con un niño. . . enfermo. Me cuesta trabajo decírmelo a mí misma: *enfermo*. Y no obstante, o por eso mismo, me lo estoy diciendo de continuo, con más frecuencia últimamente. Y lo curioso es que Santos hace lo mismo. Ayer mismo, después de un largo silencio, después de acostarlo, salimos al muro de la azotea y nos pusimos a recordar cuando él fué a ver al Dr. Alderac y le

dijo: —“Doctor, por lo que usted más quiera, si no ha de vivir bien, que no viva”.

Pero el Dr. Alderac *no podía* resolverlo. El sabía que no podría vivir bien. Pero él *no podía* hacer que no viviera. Se contentó con hablarnos de la naturaleza, y su sabiduría. Yo estaba pensando, al mismo tiempo, que eso había sido, realmente, el principio de *todo*. Santos había querido olvidarlo, pero cuanto más lo intentaba, más se alzaba una voz secreta para decírselo: *Alderac pudo hacerlo, Alderac pudo hacerlo. ALDERAC PUDO HACERLO. . .* Pero Alderac no lo había hecho, y después. . .

Nos habíamos quedado callados sobre el muro. Debajo, en el yermo, ardían varias pilas de basura. El silencio fué roto por un petardo, en uno de los primeros edificios. Santos se enderezó, dijo, por decir algo: —¡Sigue la fiesta!

Era una frase; estaba vacía; no correspondía ya a nada. Ahora los dos empezábamos a saber que la fiesta no seguía, sino que terminaba. Pero aun no nos atrevíamos a decírnoslo. No nos atrevíamos a admitirlo, porque no sabríamos qué hacer con nosotros.

Eso fué ayer. Hoy es como si aquel silencio entre nosotros se hubiera solidificado y nos ahogara. A mi regreso, Fina Temes me dice que había estado un señor a preguntar por nosotros. Me lo describió. No ha dejado su nombre, pero, por la descripción es evidente. Pero al mismo tiempo parece increíble. ¿El Dr. Alderac? —me dije— ¿El Dr. Alderac? Hago que Fina me lo describa nuevamente, y no hay duda: el pelo negro, canoso, apretado a las sienes; la nariz pequeña y remangada; y sobre todo, aquella pestaña izquierda inconfundible: la pestaña blanca. Fina dice que había dicho que volvería más tarde. Había reconocido a Tarsito, lo había cogido por la mano, le había examinado atentamente los labios, las uñas, y los ojos. Había preguntado si corría y si se sofocaba mucho. Fina le había dicho que corría, pero que yo no lo dejaba. No sabía si se sofocaba.

Cojo al niño de la mano y subo lentamente la escalera. Arriba, el vaho ha empezado a ceder un poco, pero es todavía agobiante. Trato de hacer comer al niño. Parece que se ha sofocado un poco. Con dificultad logro hacerle

tomar la leche. Luego lo acuesta en la camita y se queda callado, jugando débilmente con la sábana, hablando solo. Voy hasta la cocina y, asomando al vertedero, me fijo en la puerta del cuartito del altar: en ella hay una estampa de la Virgen de las Mercedes. Le miro un momento fijamente a los ojos, pero no puedo rezarle. He descubierto que estoy en ese estado en que no sabe uno si humillarse o retar. La reto con los ojos, pero no me atrevo aún a hacerlo con el pensamiento, mucho menos con las palabras.

Tarsito se ha ido durmiendo. Yo hago la comida, la pongo en la mesa y me quedo mirándola. Santos puede venir o no. Quizás no venga. Siento que pasa una manifestación por la calle, y más lejos oigo un estruendo de multitud. También suenan tiros y petardos; clarinazos de automóviles; me parece que hasta sirenas de barcos. Una ola de gente entra abajo, en el patio, y los oigo hablar excitadamente. Asomo, y veo todavía al Largo, de pie, contra el poste de la escalera, las piernas cruzadas. Su puerta está abierta y Felicia está hurgando el anafe. Los niños mayores andan entre la gente. Esta se ha apelotonado en el cuarto del hermano de Fuguita. No sólo parecen excitados, sino envalentonados y contentos. Hay hombres y mujeres; algunos parecen estudiantes. Una, incluso, se me parece a Lourdes, pero no estoy segura. En todo caso, no sube. El molote se bota a la calle.

Al volverme, sentí pasos en la escalera; me parecieron los de Santos, pero más vivos. Una vez arriba, lucía animado, pero extraño. Me mira un minuto fijamente, entre perplejo y espantado. Entonces dice roncamente:

—Algunos están ya escapando. Mis propios jefes están escapando.

No esperó respuesta. Siguió adelante, pasó la vista sobre la mesa, la demoró sobre el niño. Luego pasó al cuarto. Yo le seguí. De camino, había ido sacando del bolsillo un fajo de billetes. Los sostuvo en la mano, como sopesándolo, y luego empezó a contarlos, como quien da una mano de cartas, sobre la mesita.

—He estado pensando —dijo en voz ronca—. Lo mío tendrá que saberse. Hay fichas y acaso gentes que hablen.

Pero a ti no te saben nada. Tú todavía puedes salir a flote.

Me había alejado para no oírlo. Cuando se dió cuenta, puso los billetes en la gaveta y salió.

Yo me quedo dormida, o semidormida, en la butaca. Me despierta el niño. He estado oyendo ruidos distantes y es su cese temporal, más que el gruñido del niño, lo que me despierta. Debe de ser medianoche. Abajo todos están recogidos, y las ventanas del edificio de al lado están cerradas. Aprovecho para ir a darme una ducha. Todavía tengo que esperar, dentro, a que acabe de llenarse el tanque. Permanezco desnuda en la caseta, con la puerta y el ventano abiertos, como para gritar, o respirar, con mi cuerpo. Después salgo a la azotea. La luna cae ahora de plano, y no se oye nada, pero cuando me asomo al muro noto una acumulación de sombras en el de enfrente, al otro lado de la calle. Vuelvo despacio y entro de nuevo en la ducha. Ahora el tanque está lleno y dejo correr el agua sobre mí hasta que se agota. Cuando salgo varios muros tienen acumulaciones de formas, como murciélagos arracimados y silenciosos. Sé que me están mirando; y yo voy pasando despacio ante su vista. También esto es gritar.

Justamente entonces oigo de nuevo pasos en la escalera. Esta vez viene poco a poco, pero más que calma es aturdimiento y cansancio. Me dice que ha ido a guardar, que son las dos de la mañana. Se tiende, vestido, en el sofá, y yo trato de empatar el sueño en la cama. Lo consigo a medias y cuando despierto él está cambiando al niño, con la cara enjabonada. Desayunamos en silencio.

Santos sale luego vacilando. Lo veo atravesar la azotea, bajo el sol, y de súbito siento temor de que se caiga por la escalera o se recueste contra la barandilla y se desprendra. Es entonces cuando acuden, articuladas, varias impresiones a mi mente. Recuerdo (me figuro) que en los últimos días Santos ha tenido una extraña tendencia a moverse, tambaleándose, hasta el borde de los precipicios: la barandilla, la escalera, el muro de la azotea, el extraño pasillo o reborde que da sobre la profunda grieta entre los paredones. Recuerdo que ha repetido obsesionadamente estos movimientos. Se acerca a los bordes a velocidades

variables, como una máquina extraña, en que los cambios fueran caprichosos y desconcertados. A veces arranca velozmente y luego modera y luego vuelve a acelerar; otras es lo contrario: arranca poco a poco, acelera, disminuye y por fin da un impulso: que detiene y frena justamente al borde del peligro. Pero éstas pueden ser simples figuraciones.

El niño ha pasado la mañana inusitadamente tranquilo. Ha tomado sorbos de leche, a cortos intervalos. Ha llorado sin fuerza; respira con sonido y anda como siempre con la boquita ligeramente entreabierta. Yo hago por no mirarlo; siento que tengo que acumular fuerzas para después. Siento que *después* está siendo ahora mismo, pero no del todo. Alguna suerte ha sido echada, pero sólo lo admito a medias. Algo en mí hace por ocultármelo, por apartarme; algo parece también señalarme, oscuramente alguna salida. Hay todavía en mí una ventana de esperanza; pero es una ventana oscura y sin perspectiva.

A mediodía se hace en torno una pausa. Es entonces cuando me doy cuenta que he estado oyendo rumores, o bien un gran rumor distante, como de oleajes. Un grupo de gente ha salido en tropel del patio, dejando tras sí ese alto que a medias me despierta. Es entonces cuando suenan pasos de nuevo en la escalera. Me sobresaltan. No son los de Santos. No son los de Lourdes. Pueden ser —en seguida noto que son— los del Largo. Esto me alienta, me pongo de pie y voy a su encuentro. El Largo es, después de todo, de los nuestros. El sabe *lo de Santos*. No sabe, sin embargo, *lo mío*: me digo esto, mentalmente, como si temiera lo contrario.

El Largo trae un no sé qué de extraño en la cara. Luce sereno, avanza con aplomo. Parece demasiado tranquilo y cuando habla, noto en seguida que su voz no es la misma. Su tono es ahora raspante, y hay rodeos, evasivas, y quiebros irónicos en lo que dice. Me informa que ha mandado su mujer a casa de un pariente, con los niños. Luego dispara a bocajarro:

—Esto se acabó. El Hombre está huyendo. Ya están asaltando las estaciones.

Hace pausa y me mira a los ojos, como para ver el efecto. Yo miro a los suyos, en busca de un apoyo, pero no lo encuentro. No hay ya nada en sus ojos que pueda sostenerme, nada que pueda comprenderme. No hay alarma, ni miedo, ni nada de lo que debiera haber a estas alturas en sus ojos. Automáticamente, me pongo a la defensiva, pero el sentido no está claro en mi mente. El Largo guarda las manos en los bolsillos y da unos pasos por la sala, como buscando, en su cabeza, un enlace. Dice de pronto:

—¿Y ustedes? —recalca el ustedes—. Tengo entendido que alguien fué ya a escarbar a aquel traspatio del caserío. Parece que alguien ha visto *la cosa*.

Estoy demasiado perpleja para analizar esto. No recuerdo haberle participado nunca al Largo este secreto. No creo que Santos lo haya hecho tampoco. Esa es una de las cosas que siempre nos hemos guardado para nosotros solos. Santos me ha dicho que no se lo comunicó siquiera a su jefe inmediato. Chano Alderac había desaparecido, simplemente, en medio de la conspiración, y el Largo no tenía por qué saberlo. Pero algo me dice que hay un sentido más allá de sus palabras. Cuando logro sobreponerme un poco, las palabras empiezan a flotar, sueltas, espectrales, en mi cabeza. *Alguien* ha ido a escarbar. *Alguien* ha visto *la cosa*.

Hago un gran esfuerzo por afrontar estos términos, pero el Largo mismo queda fuera del cuadro. Me digo que nadie puede haber visto *la cosa*, salvo Martín, y éste es imposible que lo haya revelado. Pero si alguien ha ido a escarbar, es porque lo sabía. Pero, ¿cómo era que el Largo lo sabía? Cuando llego a este punto en mi mente, se ha producido en el patio, abajo, un rumor más alto y el Largo lo aprovecha para ir a ver, y dejarme en suspenso.

Aturdida, me echo fuera y marchó tras él hasta el muro. Abro la boca para llamarlo, como quien demanda auxilio, pero ya el Largo ha bajado la escalera y está cruzando el patio, entre otra gente, hacia la calle. Ahorra entra y sale gente, todos muy agitados, algunos gritando, dos o tres ya con revólveres a la vista. Fuera es cada vez mayor el estruendo. Por la calle pasa una multitud voci-

ferante. Algunas mujeres han metido sus niños en los cuartos y cerrado las puertas.

Vuelvo al cuarto. Tarsito está junto al fregadero, chapoteando. El agua, al saltar, parece darle la ilusión de ayudar al aliento que le falta. Alza lentamente los párpados, y me mira, la boquita entreabierta. Abajo se produce otro rumor más fuerte. Yo giro por el cuarto, rebotando contra mí misma, apretándome, con los puños cerrados, debajo de los oídos. Al fin estallo, bajo corriendo y en el patio vuelvo a girar sobre mí misma. Pero nadie parece atenderme. Noto que la puerta del Largo está cerrada, y todo el mundo va y viene en una suerte de delirio. De un día para otro, todos se han hecho extraños. Se han puesto en movimiento, movidos de consuno por algo que a mí me rechaza. Pero nadie lo advierte. Están demasiado embriagados.

El sol cae ahora como plomo sobre cada tabla y cada ladrillo. Otra vez arriba, me aferro, de momento, a la idea de que no he limpiado el cuarto y que tengo que hacer el almuerzo. Pero no llego a encender el fogón. Preparo la leche para el niño y lo siento con el pomo en la hamaca. El saca los pies por ambos lados y se entretiene con el pomo. Entonces llega Santos.

Santos parece aturdido. Se sienta de espalda a la ventana, y mira alucinadamente hacia delante, tan fijo, que parece un cadáver. Yo estoy de pie frente a él. Por largo rato nos quedamos así, mirándonos, como dos cadáveres, uno sentado y el otro de pie. Por fin pronuncia:

—Se acabó. Se acabó. Las fieras. Se han soltado. Se acabó.

Calla un momento más. Yo me acuclillo en el suelo, a su lado. Le interrogo solamente con los ojos.

—Ah, se me olvidaba —Santos pareció reanimarse un instante—. El Largo. Lo vi con unos tipos. Acabo de enterarme. Parece que el Largo trabajaba a dos caras. Ahora está con *éstos*. Los *otros* están escapando. . . el que puede.

Tardo un minuto en percatarme. Santos se ha puesto de pie, ha ido al cuarto y vuelve con su mejor traje. Parece

reanimado. Saca un rollo de billetes y los pone con cuidado sobre la mesa. Su voz es ahora resuelta:

—Bueno, ha llegado la hora. Voy a echar la última pelea. Pelea de patas. Se que van a tumbarme, pero no me cogerán agachado.

Saca la Luger de debajo de la peana y se la guarda contra el vientre. Yo salgo a su paso:

—¡Espera! —le digo—. Yo voy contigo. El Largo lo sabe. También lo mío, lo de Chano. Estuvo aquí. Ahora me doy cuenta. Seguramente estuvo a la escucha, estos meses atrás, y se ha enterado. Así que yo tengo que irme contigo.

Pero esto es locura. Los dos volvemos a mirarnos espantados. De súbito nos hemos dado cuenta de que, juntos, no podemos irnos, y de que no hay realmente a donde ir. Tarsito nos lo subraya con un gruñido en el fondo. Los dos volvemos la vista hacia allá, y yo leo en el rostro de Santos el pensamiento que acaba de asentarse en mi mente: *lo que no hizo Alderac. . . lo que Alderac debió hacer y que no hizo. . .*

Santos trata de rehacerse. Ahora hay otra tarea por delante. *Lo que no hizo Alderac. . . Lo que debió hacer Alderac. . .* Santos anuncia: —Todo el mundo está en la calle. Tenemos algún tiempo. Ahora se están ocupando de los de arriba. Puede que hasta mañana o pasado no se ocupen de los de abajo.

Volvemos a callar, consultándonos con la vista. Yo abro la boca, asida a una esperanza, y voy a pronunciar el nombre de Lourdes, cuando Santos me ataja:

—Habías de ver a mi hermana. Parece una poseída. Pasó con un grupo en una máquina. Todo el mundo de caza.

Sentimos un chasquido en el fondo. El pomo se ha caído al suelo y se ha roto. Tarsito se ha tomado solo la mitad de la leche y se ha quedado dormido. Duerme, como siempre, superficialmente, boqueando y agitándose en sueños. Deben de haber pasado dos o tres horas. El sol está bajando y tenemos ya la casa cubierta de la sombra del edificio contigo. También se ha levantado un poco de brisa.

Nuestra decisión es tácita y todavía vaga. Yo resuelvo bajar para que Santos se quede solo con el niño. No sé lo que piensa, pero quiero darle un chance. Ninguno se atreve a mencionar *el becho* por su nombre. Por un momento nos miramos fijamente, y yo creo ver una súplica en los ojos de Santos. Algo como esto: "hazlo tú; tú tienes más valor para estas cosas. . ."

Me suelto rápidamente de él y bajo. Me llego hasta la bodega y compro unas cervezas. El bodeguero está bajando la puerta de hierro. La cuadra está tranquila pero más abajo y más arriba corre mucho estruendo. Suenan tiros por todas partes.

Al regreso me encuentro un bullente dique de gente en la acera y el pasillo. Algunos me miran, pero no el tiempo suficiente para interesarse. Yo avanzo entre ellos, poco a poco, como en una procesión, y subo rígidamente la escalera. No puedo caminar de otro modo, y tengo conciencia de esto, como si fuera otra persona observándome. Este es un nuevo detalle, o al menos un detalle ampliado en los últimos días: una parte de mí parece ahora desprendida, y parece seguirme, como un espectro, observándome siempre fríamente. Así que me veo, o creo verme, como quizás me han visto las mujeres de abajo. O más bien como me han sentido.

Porque ahora creo que no me miran ya como era, sino como he venido a ser.

El niño sigue amodorrado. A veces abre los ojos, gruñe, se revuelve en la cuna, donde lo ha puesto Santos. Este ha entrado en el baño, dejando abierta la puerta. Se está afeitando. Es la tercera vez que se afeitó hoy. Yo me he sentido de pronto muy fatigada y me he dejado caer en la butaca. Por un par de horas más, no sé de cierto lo que pasa en el cuarto; estoy libre de pensamientos, abatida, vacía, esperando. Al venir la noche, siento un creciente abajeo abajo. Ese rumor envuelve mi modorra, y soy incapaz de percibir su sentido más allá de él mismo. Santos está sentado otra vez contra la ventana, en ese estado de anestesia espontánea que nos permite momentáneamente abstraernos y cobrar nuevas fuerzas. Después viene el desgarramiento.

Santos vuelve. Había salido, sin que yo lo notara, y cuando alzo la vista veo su figura angulosa y desencajada, mirándome fijamente con ojos pastosos. Por un instante pienso que es una sombra y que puedo ver a través de ella. Santos no se mueve y sigue mirándome. Luego mira hacia la cuna. El niño parece responder a su mirada y lloriquea. Santos murmura:

—*Puede vivir.* Eso dijo el Dr. Alderac, el padre de Chano. No dijo cómo podía vivir. Ahora nos toca a nosotros decidir cómo. . .

Se interrumpe. Otra vez está allí lo inmencionable. Santos tiene una nueva expresión. Lo miro fijamente. Lo que veo es una horrenda perplejidad, algo que parece decisión espantada. Va al fondo y lo siento enjuagarse la cara. Vuelve a salir sin decir nada y baja la escalera crepitante, como quien se descuelga, por un precipicio, afianzando los pies desesperadamente.

Ahora soy yo la que está sola con el niño. Al cerrar de todo la noche me doy cuenta de que hemos dejado encendidos los bombillos, que han estado ardiendo todo el día. El niño despierta y trato de alimentarlo. Es una tarea tediosa, lenta, y a veces desesperante, pero hoy trato más bien de prolongarla. Luego me siento con él en el silloncito y lo mezo hasta adormecerlo. Después que lo acuesto, vuelvo en mí con una nueva impresión. Es como si algo demasiado evidente me hubiera estado siendo malignamente velado por mucho tiempo, como si en la confusión me hubiera olvidado de cobrar una vieja deuda vencida. Apago las luces de la salita, el cuarto y la cocina, y me voy al cuartucho del fondo. La puerta está como atorada. No tiene cerradura, cierra sólo por presión. Trato de recordar cuánto tiempo hace que no entro allí. Me doy cuenta de que hace solamente tres meses: ¡estos tres últimos meses! Empujo con recelo; vacilo; muevo mecánicamente los dedos como para persignarme, y me pregunto: ¿me estará permitido?

No me pregunto quién pueda prohibírmelo; sé que ahora todo depende de mí misma. Por grados rápidos, pasa la sombra que me atajaba y arrimo el hombro. La puerta cede. Pronto estoy sola, encerrada en la pequeña cámara oscura.

La luz de la claraboya es suficiente para alumbrarla tan pronto la vista se acostumbra. Es una luz mixta de foco eléctrico, luna y resplandor de las casas. Debe de haber muchas luces encendidas en las casas, y debe de haber muchas ventanas abiertas, pero yo estoy a oscuras. El altar, en el fondo, me parece reducido, aterido y como aplanado por su propia culpa. Delante están las tazas de aceite consumido, con las mariposas secas. Brillan, blancas, y parecen desproporcionadamente grandes a los dos extremos de la forma cóncava por donde se escalonan los santos. Paso gradualmente la vista por ellos: San Lázaro, en el centro; Don Bosco y Norberto, a los lados; dos pequeñas Mercedes y Regla encima de ellos; y arriba, la gran Mercedes, que es también Obatalá y el Santísimo Sacramento. Tardo en terminar el recorrido. Entre las imágenes hay momias de rosas blancas. Al fin la miro de frente. Ella me mira. Las dos sostenemos la mirada, frente a frente en un terrible y silencioso prelude de combate.

De un impulso, avanzo hasta la estrecha puertecita del costado, tiro de ella, asomo sobre la escombrera. La veo allá abajo, con algunos restos de candelada, levemente avivados por la brisa. La miro fijamente también para convencirme de que puedo afrontar igualmente un abismo — cualquier abismo—. El humo asciende, perezoso, por entre los paredones, es acre y me lastima los ojos, pero éstos no tienen lágrimas.

Giro sobre los talones y vuelvo a entrar. Entablo de nuevo un duelo de miradas con la de las Mercedes. Ahora alguien ha encendido un foco, al otro lado de la calle, casi a nivel de mi azotea, y proyecta directamente la luz a nivel de la Virgen. Me parece que la luz la ha achicado aún más, y que las diminutas figuras que tiene debajo se están moviendo, prestas a escapar, a figurarse y abandonarla en el último combate decisivo. Pienso que dentro de un instante ellos, que son su base, se habrán desvanecido y que se derrumbará por sí sola. Todavía me aferro a esta ilusión; todavía vacilo en mover la mano. Pero un minuto después un nuevo impulso mueve por sí solo esta mano. Avanzo hacia Ella, la levanto por la corona, la tengo un momento en suspenso; siento como un vahido y la blanca forma

parece licuarse ante mis ojos. Me sostengo, y al recobrarme tengo la impresión de que los esclavitos tallados debajo se están escabullendo. Cierro los ojos; luego, con un nuevo impulso, me vuelvo y la arrojo por sobre el muro. La miro caer lenta, muy lentamente, formando paracaídas con el hábito. . . a la escombrera.

Hecho esto, lo que sigue ocurre prontamente, en rápidos actos de furia. Vuelvo al cuartucho, cojo el San Lázaro y lo arrojo también a la escombrera. Tengo la impresión de que la de las Mercedes no ha terminado aún de caer, que todavía está en suspenso sobre las candelas. La veo allá abajo, tenue mancha blanca en la oscuridad, entre puntos rojos. Luego siento el baque, más pesado, del santo de caoba. Este desaparece de mi vista. Los demás van sobre él en golpecitos secos y breves, como disparos de revólver. Al fin vuelvo al sitio, alzo el altar, y lo arrojo, de canto, por la puerta, a la azotea. Me arrojo sobre él, lo alzo de nuevo, lo mando, en un movimiento de campaneó, también por sobre el muro. El golpe, abajo, suena blando. Caen sobre un brasero y levanta un surtidor de chispas. Por entonces, se han reunido abajo un montón de curiosos, y me quedo mirándolos, desde el muro, hasta que se disuelven.

Al volver al cuarto oigo pasos y conversaciones apagadas en la azotea, pero no miro hacia allí. Concentro por unos minutos la atención en la cuna. Conmigo viene el presentimiento de que el acto tiene que haber efectuado algún cambio, pero no me atrevo a esperar, concretamente, ninguno. Oscuramente, pienso que si el sacrilegio ha sido suficiente, las Potencias tienen que haberse asustado, y tratado de borrar, o rectificar, su mala obra. Pero si no ha sido suficiente (sigo diciéndome) si no he conseguido más que irritarlas, entonces, es posible que no hayan hecho más que prolongar la ofensa (o el castigo). Pero en este caso (sigo razonando, con los ojos cerrados), tendremos un motivo más para obrar por nuestra cuenta.

Me siento reanimada y poseída de una fuerza extraña. En parte es una sensación de libertad. Estoy condenada, no a medias, sino definitivamente y sin remedio. Y no dependo ya de ninguna duda ni de esperanza alguna. He empezado a descender, por mi propio peso, a las tinieblas, y no me ator-

menta ya ningún pensamiento sobre la posibilidad de remontar el curso. Sé que no podrá ser. Sé que mi acto ha sido absoluto. Luego, todo tormento, toda duda, toda presión o solicitud de fuerzas contrarias ha dejado de obrar. Estoy en paz. En esa paz poderosa abro los ojos. Al mismo tiempo, me parece que se han abierto mis oídos. Siento lloriquear al niño y me acerco. El también abre los ojos; me parece que sonrío. Patalea vivamente y la pantalla rosada del bombillo disimula su color violáceo. Por un instante me atrevo a esperar un milagro, y la paz y fortaleza que había esperado como condenada desaparecen. Otra vez la duda me atormenta. Otra vez vuelvo a tener, sin fe suficiente, una esperanza.

Ha pasado, quizás, una hora. Todavía siento rumor en la azotea, pasos en la escalera. La brisa de la noche ha refrescado. A veces pasa perezosamente un soplo blando y caliente, demora en el cuarto, se arremolina, me envuelve. Todavía estoy de pie en la sala, y tengo todos los sentidos puestos en la cuna.

Han cesado momentáneamente los rumores. Al volverme, me encuentro con Santos, encuadrado en la puerta. Pasa a mi lado y noto que se para en el comedorcito. Pero antes ha estado también mirando a la cuna, y a continuación advierto que se pone a examinar las piezas, como registrando, sin tocar nada. Está tratando de ver lo que he hecho: si he movido algún frasco; si tengo algo preparado. En suma, si he decidido *hacerlo* yo misma. Hasta entonces, no se me había ocurrido que también ese acto me estuviera reservado. Había dado por supuesto que tendría que ser él. . . o las Potencias. Pero éstas se habían negado, evidentemente, y ahora sólo quedaba él. . . o yo. ¿Por qué no *también* yo? ¿Por qué no yo sola?

Pero cuando me he hecho estas preguntas, advierto que Santos está parado ante el pequeño aparador, mirando, fijo, a un pomo de cristal negro, que estaba volcado en primer plano. No era un veneno; era un calmante; y traté de adivinar lo que había en su pensamiento. Se me ocurre pensar que pudiera intentar algo que sólo resultara a medias, y esta idea me espanta. Dije: ¡No! ¡No! Pero si él me oyó, no hizo el menor movimiento. Sigue allí, mirando al pomo,

sin tocarlo. Se vuelve de nuevo y sigue, pasillo adelante, hasta el cuartucho, ahora abierto, del altar, ahora sin altar. Pasa despacio por él y a continuación se queda doblado sobre el muro, mirando hacia abajo, a la escombrera. Al regresar, no me pregunta nada; no me dice por qué he arrojado los santos; no necesita preguntarlo.

Santos entra de nuevo, pasa junto al aparador, mira otra vez al pomo, y sigue hasta la azotea. Le siento bajar la escalera y me parece que ahora su paso es más flojo, menos empeñado en afianzarse, que desciende con abandono. Antes de que él llegue abajo, estalla un tumulto y brotan varios chillidos en el patio. Corro allá. Santos se está levantando contra el pasamanos, rodeado de gente. Se ha llevado un pañuelo a la frente y está sangrando. Pero está de pie, y aparta la gente a manotazos, y sale a la calle antes de que puedan alcanzarlo. Tenía el carro a la puerta y sale zumbando. Por los comentarios, descubro que se ha caído del tercer peldaño, contra el patio de cemento. Mujeres y hombres me rodean y tengo que abrirme paso también con los codos para remontar la escalera. No digo palabra.

Santos ha tardado un par de horas. Todo este tiempo he estado de pie, moviéndome por el cuarto. El niño ha llorado, se ha movido, y se ha vuelto a dormir. He notado que el lloro es de hambre, pero no me resuelvo a alimentarlo. Del patio ha subido gente; algunos se han quedado agazapados en la sombra de los muros. La caída de Santos ha sido tema de excitación por largo rato, pero luego alguien ha empezado a tocar amortiguadamente un tambor (a las altas horas de la noche) y la música parece haber disipado el suceso. También los que han subido a la azotea descienden atraídos por la música.

Todavía están tocando cuando regresa Santos. Yo había ido hasta el sitio del altar y desde allí, a oscuras, lo observo moviéndose por el cuarto y la sala. No parece buscarme a mí; llega hasta cerca de mí y en vez de mirar hacia donde estoy, mira a la estrecha puerta que da a la azotea y el muro sobre la escombrera. Advierto que Santos ha cerrado la puerta del frente, que también ha apagado las luces. A poco suenan pasos en la escalera. El niño gruñe. Alguien llama a la puerta, pero no contestamos. Luego lo

sentimos descender nuevamente. Por entonces ha cesado la música.

—Es Cunagua— murmura Santos. —Parece que ha salido del escondrijo.

No contesto. Los dos nos miramos de cerca, a oscuras, pero nadie vuelve a hablar, hasta que Santos, dando otra vuelta por la sala, regresa diciendo:

—Me pregunto a qué habrá venido. Puede que él no se haya enterado todavía. Están todavía borrachos. Hé vuelto a ver a Lourdes, pasando. Están locos. Están frenéticos.

No le contesto. Sigo tratando de resolver en mi mente la nueva cuestión. Me pregunto si debo salir, para forzar a Santos a quedarse solo con el niño y resolver por sí mismo. ¿O debemos *afrentarlo* juntos? ¿O debo esperar a que salga él y *hacerlo* yo sola? Santos añade:

—Seguramente no han abierto todavía el fichero. Puede haber algún tiempo. Tú pudieras ir, temporalmente, a casa de Monona. No creo que te rechace.

Un momento después me estoy poniendo el vestido. Santos me ha abierto una vía y la estoy siguiendo. Minutos después estoy atravesando la sala, atravesando la azotea, atravesando el patio, como un reo que va hacia la muerte. Todo parece ahora más tranquilo, pero aun corren autos y gente gritando. También suenan tiros. Pero una vez en la acera, no estoy segura de poder dar un paso.

De súbito me siento abatida. No puedo moverme en ningún sentido. Es como si la luz y la vista de la calle, amplia y libre, me hubieran herido de muerte: a mí habitante de la alta covacha del horror y del crimen. Trato de hallar en mi cabeza alguna noción dominante, por qué guiarme, pero no se me ocurre ninguna. Nada tira de mí hacia fuera, sino que todo parece venir de fuera adentro, actuando, contra mí, inmovilizándome o haciéndome girar en redondo sobre el mismo sitio. Todavía tengo la llave en la mano. Permanezco así largo rato.

Por fin, termino por decidirme. Empujo el llavín, entro en el pasillo y atravieso el patio callada. No hay nadie a la vista. Subo la escalera despacito y una vez arriba, me quedo a la sombra del muro. La sala está apagada, pero el

cuarto tiene luz y por la ventana abierta veo a Santos moviéndose despacio. Advierto que ha ido a la cocina y que vuelve atravesando rígidamente el cuarto. En la sala no percibo bien sus movimientos, pero sé que está junto a la cuna y le siento bajar la rejilla. Cierro los ojos y trato de tenerme de pie contra el muro.

Cuando abro de nuevo los ojos no hay luz en ningún cuarto. Sigo entonces la sombra en derredor, hasta tener el muro de la escombrera al alcance de la vista. El muro está perfectamente visible, pero Santos no aparece. Luego percibo su sombra saliendo por la puertecita y lo sigo con la vista hasta que se acuesta en el muro. El muro forma una comba suave, con el centro más elevado que los bordes. Santos se tiende sobre la caída exterior, justamente sobre el borde de la escombrera. Noto que está boca arriba y —como yo había ido percibiendo gradualmente— que tiene *algo* abrazado sobre el pecho. Es curioso que diga *algo*: sé perfectamente lo que es. Y no obstante, en aquel momento, no me atrevo a representármelo. Me digo, mentalmente, *algo*. Mis imágenes no pueden rebasar esa abstracción.

Permanezco quieta y rígida contra el muro, mirando de frente a la forma horizontal sobre el muro. No: las dos formas. Fuerzo la vista y el oído, pero no percibo ningún movimiento ni (lo que parecía extraño) oigo ningún sonido. Me digo casi en voz alta: Se ha tomado el calmante. Quizás le haya dado también al niño parte del calmante. Ahora los dos se están durmiendo. Cuando Santos se duerma del todo, se desprenderá sobre el borde.

Pero estas palabras eran una obsesión y se repetían en mi mente y me impedían percibir su sentido: *le ha dado un calmante; se ha tomado un calmante*. Y estoy segura de que ha sido así. Y no obstante, no hago nada por ir en su auxilio, ahora que se ha decidido a *irse* con el niño. Pienso entonces que quizás también se haya abierto una vena y que está desangrándose. No obstante, no puedo moverme.

No hay bien ni mal en lo que hago. Está fuera de mí. El descubrimiento me ha dejado tan aturdida, que todas mis facultades son poco para verificarlo. Por otro lado, no sé si quiero esto o no. No sé si quiero también que se vaya Santos ni si quisiera hallarme en su lugar. Pero el procedi-

miento, tan sorprendente, me ha dejado espantada. Me había imaginado muchas otras formas posibles, desde las más limpias (un viaje en bote mar a afuera, por ejemplo) a las más horribles (con sangre por medio). Pero otra forma de sangre. No había podido figurarme ésta, y cuando vi a Santos mirando al veronal, sólo pensé en que él necesitaba el sedante. Y ahora Santos estaba durmiendo sobre el muro tres pisos sobre la escombrera.

Pienso entonces en la fase siguiente. Me represento lo que hay abajo. Yo he arrojado los santos a la escombrera, pero están a varios metros del muro. Cayendo a plomo, Santos irá a dar contra la zapata de cemento de un edificio interrumpido, de la que sobresalen puntas de cabilla. Luego no habrá posibilidad de que falle el golpe. Cuando despierte (si despierta) será sólo por un instante. Entonces, todo habrá pasado.

¿Todo? Esta pregunta es un aguijonazo en mi mente. No. Todo, no. Yo soy parte de ese dolor, de esas personas-dolor, y yo estoy todavía viva y despierta, y estaré viva y despierta cuando, por la mañana, acudan los vecinos, a mirar, a través de los escombros, a los santos arrojados, a los cuerpos rotos y sin vida. El dolor no habrá pasado entonces. El dolor siempre reencarna. Siempre está con nosotros. Habrá pasado uno, pero en su lugar, habrá otro todavía más horrible. Porque entonces en vez de una criatura imperfecta, habrá una mujer más imperfecta todavía. ¿Que haría yo sin Santos? ¿Qué haría yo sin la otra parte de mi dolor mismo? Más aún: ¿qué harían conmigo los que ahora podían hacer lo que quisieran?

A pesar de estas preguntas, que me acuciaban, no podía moverme. No podía dar los pocos pasos que mediaban desde el paredón al muro para salvarlo. Salvar, por lo menos, a Santos y aplazar el acto para otro día y otra forma. ¿Por qué? No se me ocurrió preguntármelo. Era como en una pesadilla. Mecánicamente, era el acto más simple del mundo, pero yo no estaba en el mundo de la mecánica, y no podía moverme.

Entonces cerré los ojos y dejé correr el tiempo. No sé cuánto. Puede haber sido diez minutos, veinte, una hora... Cuando los abrí, de nuevo (se me habían doblado

las rodillas, y estaba a punto de caerme) me los restregué para cerciorarme. El relieve había desaparecido; el muro estaba limpio y buído como siempre. Desvié la mirada hacia la puertecita del cuarto del altar y noté que del interior manaba luz. No recordaba si Santos había dejado la sala encendida. Traté de convencerme de que no y que, por tanto, se había levantado del muro y había entrado y encendido la luz.

Me aferré a ese deseo. Contra toda probabilidad, seguía diciéndome que en vez de desprenderse por el borde, había rodado en el otro sentido, se había vuelto a poner de pie, estaba en el cuarto. Y no razono por qué. No hay razón. Pero lo deseo, y este deseo domina todas mis otras facultades. Sólo después me doy cuenta de lo absurdo de esta idea.

Pero lo absurdo ha sucedido. Cuando doy la vuelta (pegada, todavía, al paredón) me encuentro frente a la ventana, y veo a Santos en la sala, de pie, con la luz en el rostro. Más aún siento gruñir al niño. No me detengo a conjeturar lo ocurrido (a decirme, como después, que el calmante no ha surtido efecto, que la tensión nerviosa lo ha dominado, etc.). Siento un poderoso deseo de atravesar la azotea, de arrojarme al cuello de Santos, de abrazarlo. Pero instantáneamente, una idea me detiene: ¿qué había hecho yo aquí todo este tiempo? ¿No lo había estado mirando? ¿No podía haberlo salvado yo misma? ¿Cómo había de explicárselo? Más aún: ¿cómo había de ponerlo a él a prueba de tener que explicármelo?

Me vuelvo temblando y me deslizo otra vez a lo largo del muro. Al llegar a la escalera echo una mirada hacia la puerta. Vuelvo a ver a Santos, todavía de pie, y percibo que la rejilla está levantada. Santos está inclinado sobre ella, en una actitud que me describo a mí misma como amorosa. Entonces descendo sin ruido, cruzo el patio sin ruido, abro la puerta y salgo a la noche de la madrugada sin ruido.

La idea de ir a casa de Monona, no se me ocurre hasta que veo asomar el alba. Me he pasado la última hora de la noche caminando, fatigándome, por las calles vacías y cruzadas, de vez en cuando, por automóviles veloces y miste-

riosos. Ignoro por qué calles ni en qué sentido. Pero de pronto alzo la vista y advierto que está clareando por entre dos edificios. Miro en derredor y descubro que estoy, justamente, a tres cuadras de casa. Monona está a más de cincuenta y, por otro lado, es dudoso que me admita en su casa. Recuerdo lo que ocurrió con Lalo cuando vino Charlito. Más aún, no estoy segura de que Monona viva aún en el mismo sitio. Y finalmente, sé que sería inútil. Mi estado de ánimo es ahora de resignación y fatiga. ¿Y Santos? No he pensado en él durante esta hora.

Pero no era ya realmente Santos lo que importaba. El y yo estábamos perdidos, de todos modos. Yo había salido a la calle solamente para ahorrarme mi presencia cuando pudiera atormentarlo. Ahora, podía volver y anunciar que no había encontrado a Monona. Entonces sería mi turno. Entonces podía salir él y dejarme a mí sola con el niño. Y esta vez tendría que ser la última.

El día irrumpe antes de que yo llegue a casa. La puerta de la calle está abierta, y hay gente levantada —y gente que viene a acostarse. Pero nadie repara mucho en mí. Alguien me pregunta por Santos, digo “bien-bien” y atravieso el patio. Fuera, los ruidos han vuelto a agrandarse. También hay dos o tres hombres en la azotea; uno está sobre el muro y mira a una azotea vecina, acechando. Nuestra puerta está abierta y lo primero que veo dentro es a Santos, de pie, ante la mesa. Delante, sobre la mesa, está el niño. Santos lo está vistiendo.

Entro callada y los contemplo un instante, perpleja. El niño parece animado. Cuando se vuelve, el rostro de Santos está como el de un muerto. Me cuesta trabajo pensar que pueda ser él mismo, y cuando me habla su voz es también espectral y cadavérica. No me pregunta nada. Me informa tan sólo:

—Voy a bajarlo al cuarto de Fina, —y añade, con incongruencia—. Demasiado encerrado aquí arriba. Tiene que jugar con los otros niños.

No sé, ni pretendo averiguar, qué hay detrás de esas palabras. Me aparto y Santos sale, despacio, con el niño de la mano. Espero hasta que han bajado, y luego echo una ojeada por el cuarto. Todo está en orden. Nada ha cam-

biado. El pomio de calmante está derecho, pero eso es todo. Me asomo al muro, sobre la escombrera, y veo abajo algunos curiosos, pero la de las Mercedes ha desaparecido. Sólo los santos menores están todavía allí, arrumbados, entre las candelas apagadas.

Fuera, y lejos, los ruidos han ido creciendo. Lo mismo abajo, en el patio, y en los cuartos. Santos tarda en regresar unos minutos, y cuando llega a la puerta se vuelve, sobresaltado. Alguien ha subido tras él y está allí, al borde de la azotca, mirando adelante. Vacila un momento antes de avanzar. Santos queda como clavado en el umbral, y yo corro aturrida a interponerme, como para protegerlo. Pero el hombre viene hacia nosotros con paso tranquilo, y sonrío. Su voz es lo más natural posible:

—¡Qué hubo! —y añade— ¿No se puede pasar?

Santos se aparta para dejarle paso. El Dr. Alderac entra sencillamente y se deja caer en la butaca. Pone, sobre la mesita, un paquete que trae en la mano. Nos mira enigmáticamente desde abajo.

—¿Qué pasa aquí? ¿No hay alegría en esta casa? —pero en seguida parece retractarse. Su rostro cobra una expresión de gravedad. Dice en voz baja. —La alegría falta en muchas otras casas. Es la hora de rendir cuentas—. Hace un silencio, y alza la voz. —Alguna vez, todos tenemos que rendir cuentas.

Echa una mirada indicativa hacia el paquete. Se pone de pie y nos mira a los dos con los ojos húmedos. Yo no puedo interpretar esa humedad. Ni Santos ni yo decimos palabra. Los dos estamos, simplemente, aguardando.

El Dr. Alderac da unos pasos por la casa. Va hasta el fondo, ve abierta la puerta del altar y entra. De allí pasa, por la puertecita, al muro de la escombrera, y mira hacia abajo. Vuelve sobre sus pasos, y vuelve a mirarnos. Ahora, sus ojos están secos, pero hay en ellos como una gran inteligencia. Mira al paquete nuevamente, y va a decir algo cuando estalla abajo un gran estruendo. Suenan, en la calle, varios disparos seguidos, y la gente se agolpa a la acera. El Dr. Alderac corre al borde del muro; nosotros vamos, automáticamente, tras él, y vemos un tropel de gente entrando y saliendo. Suenan, fuera varios disparos más, y

algunas mujeres cierran las puertas de sus cuartos. Yo veo entonces venir a Tarsito corriendo, a través del patio, y empezar a subir gateando la escalera. Yo hago ademán de bajar a recibirlo, pero el Dr. Alderac me detiene con la mano. El niño empieza a subir, a pequeños brincos, espantado. Arriba, los tres lo contemplamos sin movernos. Nunca ha subido solo la escalera. Nunca lo hemos visto correr de ese modo. Pero el niño sigue subiendo, subiendo, subiendo. Un nuevo estruendo apresura su impulso y, un instante después, está arriba.

Una vez arriba, el niño sigue corriendo. Ninguno ha hecho ademán de estorbárselo. Nos volvemos, simplemente, para seguirlo con la vista. A mitad de la azotea, vacila, gira, parece buscar un segundo con la vista el camino perdido y... cae. Todavía los tres seguimos inmóviles. No sé por cuanto tiempo. Quizás un minuto, quizás dos. El Dr. Alderac es el primero en moverse. Va hacia el niño, se arrodilla, le toma el pulso, le abre el cuello y lo ausculta. Luego lo levanta en brazos, entra, y lo tiende en la cama. Cuando entramos nosotros, nos recibe en medio de la sala. Ahora no se detiene. Va mirando adelante, al vacío, y dice de paso:

—Todos tenemos nuestras cuentas. Y siempre llega la hora. La hora llega, y pasa, siempre.

Añade cruzando el umbral:

—Buena suerte—. Y nos indica, con la mirada, al paquete. —Ah, me olvidaba decirles: el Largo ha sufrido un accidente. No volverán a verlo.

LA MUSICA EN LA SOCIEDAD EUROPEA*

EN esta obra de Adolfo Salazar² culminan sus investigaciones y meditaciones de muchos años; no sólo en materia estrictamente musical, sino también en estudios estéticos y sociales. El hecho de ser, dentro del concepto moderno, la primera historia general de la música en lengua española, habría dado ya al libro una gran importancia; pero, ésta es mucho mayor todavía.

El autor ha querido explicar el desarrollo del arte musical relacionándolo en cada caso con las características fundamentales de la época. Salazar concibe la responsabilidad del historiador desde un punto de vista muy elevado. El arte no es un fenómeno aislado e independiente. Siempre refleja los movimientos determinantes del momento en que está desarrollándose y al mismo tiempo se presenta como la expresión más perfecta y auténtica de este ambiente. Así es que Salazar procura que el lector no pierda de vista las actividades políticas y sociales, ni las ideas filosóficas que rodean al mundo estético en que la música se forma.

Salazar desarrolla su gran gesta en análogo sentido al de cierto filósofo que compara la historia a un gran río visto desde una altura cercana desde donde uno puede contemplar el ir y venir de los barcos y las actividades dispersas de las gentes, mientras que éstas se ignoran unas a otras, a causa de las muchas curvas que impiden su vista. Desde el punto eminente en que se sitúa, hace ver cómo las gentes y las actividades aparentemente dispersas se relacionan entre sí. Tiene siempre en cuenta el pasado y el porvenir de las distintas fases del arte musical. Con objeto de subrayar la unidad fundamental de la cultura europea y la tradición continua que informa las diferentes manifestaciones musicales en cualquier momento, el autor se aparta con frecuencia del orden cronológico estricto. Prefiere trazar en detalle la evolución de un aspecto determinado de la música en el momento en que llega a su perfección o en las circunstancias históricas en que adquiere su desarrollo pleno. La historia detallada de la evolución de la música en sus relaciones con el primitivo teatro, por ejemplo, y los

* ADOLFO SALAZAR: *La Música en la Sociedad Europea*. El Colegio de México. 4 vols. México. 1942-1946.

elementos que contribuyeron a la creación de las formas de la música dramática se reservan hasta la parte del libro dedicada a la música del Barroco. De esta manera el lector percibe con más claridad, la continuidad del sentido y el desarrollo de las formas al estudiarse la música de una época en la cual el arte dramático, en todos sus aspectos, adquiere una importancia desconocida hasta ahora; la significación de la tradición juglaresca desde los tiempos más remotos tanto como los distintos aspectos del teatro medieval religioso y profano, en conjunto con el nuevo humanismo se presentan así en su mayor claridad.

En este sentido, Salazar vuelve hacia atrás en los dos primeros capítulos dedicados al período del Rococó y del Clasicismo para detallar la evolución de los instrumentos de teclado desde los primeros tiempos medievales, a fin de relacionar así más estrechamente con sus fuentes el desarrollo de la música instrumental y de sus formas, que es la gran aportación de los siglos XVIII y XIX. Otras veces, el autor dirige la mirada al futuro en la hipótesis de cómo será la última etapa de una cierta tendencia. Esta manera de presentar la historia del arte como un panorama en donde se puede ver "todo a la vez", por decirlo así, tiene grandes ventajas para el lector cultivado, aunque no sea en la materia, porque nunca pierde de vista el sentido de la continuidad constante de la actividad musical y hace comprender con la mayor precisión cómo se relaciona un período con otro —aun a mucha distancia— unas veces destacando cierto aspecto del arte otras veces otro.

Salazar no quiere interrumpir su historia deteniéndose en detalles, por importantes que sean, que podrían llevarse a consideración fuera del asunto de que está tratando o borrar los contornos de un análisis muy apretado. Al mismo tiempo, su gran erudición y su imaginación despierta le sugieren muchas cosas que merecen decirse. Siempre son cosas de gran provecho para el lector y muchas veces incluyen datos ahora reunidos por primera vez. Todo en notas, algunas veces muy extensas. Así, por ejemplo, describe con mucho detalle la evolución de los distintos grupos de instrumentos de cuerda desde los primeros tiempos medievales hasta el perfeccionamiento del violín en el siglo XVII. Estas aclaraciones importantísimas están ilustradas con dibujos muy claros de instrumentos auténticos de todas las épocas. Unos apuntes de gran valor sobre los nombres de estos instrumentos en distintas regiones y en distintas épocas acompañan dichos dibujos. No son de menor importancia y novedad unas notas sobre las características de la vihuela y la guitarra y sus relaciones. Todos estos datos, así como los relativos a las danzas y los bailes de la Edad Media y del

Renacimiento, son de gran interés para el musicólogo. Otras notas detallan las distintas formas poéticas y musicales y sus consecuencias en la lírica medieval. Estas interesan al filólogo tanto como al especialista de la música. Junto a los asuntos relativos a materias específicamente técnicas, otros ensayos colocados al final de cada capítulo tratan de aspectos variados como el relativo al "Goût", en tiempos de Voltaire, su ética y posterior desaparición, en el capítulo sobre la Ilustración y la Revolución francesa (Vol. III, Cap. I). Casi la mitad de este volumen está destinada a analizar las relaciones entre el siglo XVIII y el XIX y mostrar la larga gestación del movimiento romántico.

Al lector de habla española le agradará ver que se da, por primera vez en una historia general de la música, una consideración adecuada a la música española de todas las épocas y una explicación de sus relaciones con las demás corrientes musicales. No son de menos importancia los datos tan interesantes sobre el teatro español y el arte escénico de la Edad Media y del Siglo de Oro. Este tema abre nuevos horizontes de gran amplitud; materia de pensamiento no sólo para el musicógrafo sino para el historiador de la literatura española.

La música considerada como expresión ejemplar del espíritu humano a través de los siglos es lo que interesa a Salazar en primer término. Así traza sus desarrollos y sus cambios de forma y de materia técnica y estilística conforme varían los criterios estéticos y las circunstancias sociales con que está siempre ligada, sin detenerse en pormenores biográficos de los músicos, salvo cuando esos aspectos tienen importancia como aclaración del sentido expresivo de su música o del ambiente social dentro del cual se creó. Sin embargo, Salazar dedica largas páginas a Beethoven y a Wagner porque ellos simbolizan como ningunos otros músicos toda su época; Beethoven: el gran creador que hace posible toda la música después de él; Wagner, porque en él se resumen todas las consecuencias del Romanticismo. Alrededor de estas dos grandes personalidades, el autor consagra una larga serie de capítulos sobre la música romántica, que forman un estudio muy original en todos sus aspectos.

Para Salazar la música es una entidad orgánica que crece y decae y vuelve a crecer continuamente. En su multitud de variaciones es siempre una: y constantemente: el arte que une al hombre con el cosmos por las vías acústicas, y con los otros seres humanos por hablar más directamente a las emociones y a su instinto social. Salazar ha traído a su historia una manera dinámica de presentar la

materia y un sentido de síntesis poco comunes. El lector le agradece un libro que no sólo detalla y analiza sino que explica el arte más difícil de comprender desde el punto de vista histórico e intelectual.

Isabel POPE.

Cambridge, Mass. Marzo de 1948.

Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz...*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3 y 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, 2 Vols.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK (7 pesos).
- 7.—*El hombre del budo*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Martí escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).
- 10.—*Jardín Cerrado*, por EMILIO PRADOS. (7 pesos).
- 11.—*Juventud de América*, por GREGORIO BERMAN. (7 pesos).
- 12.—*Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw*, por RODOLFO USIGLI. (8 pesos).
- 13.—*Europa-América*, por MARIANO PICÓN-SALAS. (5.00 pesos).
- 14.—*Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas*, por JESÚS SILVA HERZOG. (5 pesos).

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6, 9, 10, 11 y 12).

MEXICO	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.20 dólares

OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.
- El Surrealismo entre Viejo y nuevo Mundo*, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.
- Sugestiones para la Tercera República Española*, por MANUEL MÁRQUEZ. 1.00 peso.
- Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana*, por JESÚS SILVA HERZOG. 2 pesos.

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1948:
(6 números)

MEXICO	25.00 pesos
OTROS PAISES DE AMERICA	6.00 dólares
EUROPA	7.50 ..

Precio del ejemplar:

México	5.00 pesos
Otros países	1.10 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Mariano Picón-Salas* Esquema de Venezuela.
Jorge Tamayo Lo que perdimos y lo que nos queda.
Manuel Moreno Sánchez El imperialismo en América Latina.

Notas, por Horacio Quiñones y Norbert Fryd.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Eduardo Nicol* Libertad y Comunidad.
Alberto Zum Felde Ética y Estética.
Ramón Xirau La expresión de lo concreto.

Nota, por Emilio Uranga.

PRESENCIA DEL PASADO

- Rafael Girard* Génesis y función de la greca escalonada.
Pedro Bosch-Gimpera Cervantes y un momento crucial de la historia de España.
Arturo Uslar Pietri Bolívar.
Rafael Heliodoro Valle El hondureño Ramón Rosa.
Agustín Yáñez El ideario educativo de Justo Sierra.

DIMENSION IMAGINARIA

- Gabriela Mistral* Aniversario.
Rosamel del Valle Profundo Verano.
Vicente Llorens Castillo El retorno del desterrado.
Juan López Morillas Unamuno y sus criaturas.
Luis Cardoza y Aragón Rufino Tamayo. Un nuevo ciclo de la pintura en México.
Lino Novás Calvo Esto también es gritar.

Nota, por Isabel Pope.